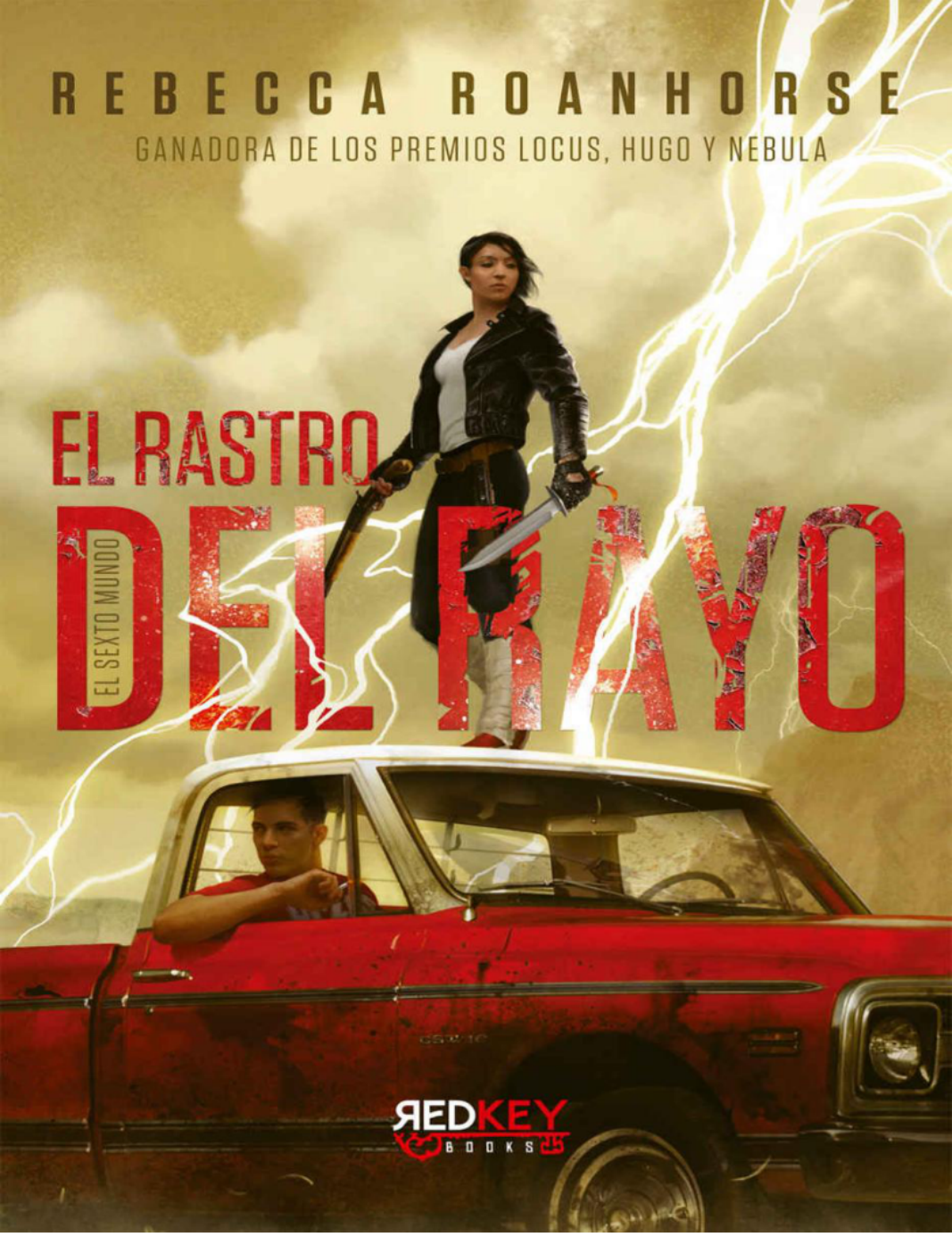
REBECCA ROANHORSE

GANADORA DE LOS PREMIOS LOCUS, HUGO Y NEBULA



EL RASTRO DEL RAYO

EL SEXTO MUNDO

REDKEY BOOKS

Sinopsis

La mayor parte del mundo ha quedado sumergido bajo las aguas tras un apocalipsis climático. sin embargo, la antigua reserva navaja de dinétah ha renacido.

Ahora, los dioses y los héroes de las leyendas recorren la tierra, pero también los monstruos.

Maggie Hoskie es una cazadora de monstruos de Dinétah, una asesina dotada de poderes sobrenaturales. Y ella es la última esperanza de un pequeño pueblo que necesita ayuda para encontrar a una niña desaparecida. Pero lo que Maggie descubre sobre el monstruo que hay tras la desaparición de la pequeña es mucho más aterrador que cualquier cosa que pudiera imaginar.

A regañadientes, Maggie recibe la ayuda de Kai Arviso, un curandero poco convencional, y juntos viajarán por la reserva desentrañando pistas de antiguas leyendas, intercambiando favores con embaucadores y luchando contra la brujería oscura en un mundo fallido.

A medida que Maggie descubre la verdad detrás de los asesinatos, tendrá que enfrentarse a su pasado si quiere sobrevivir.

Bienvenidos al Sexto Mundo.

EL RASTRO DEL RAYO

EL SEXTO MUNDO

REBECCA ROANHORSE

EL RASTRO DEL RAYO

EL SEXTO MUNDO

Traducido por Raúl García Campos

REDKEY BOOKS

EL RASTRO
DEL RAYO

Título original: ***Trail of Lightning***
Text copyright © 2018 by Rebecca Roanhorse. All rights reserved.
Publicado por acuerdo con el editor original, Simon & Schuster Inc.

Copyright © de ilustración de portada, Tommy Arnold, 2018
© de la traducción, Raúl García Campos, 2022
© de la edición española, Red Key Books, 2022
Calle Pere IV, 51, 4º 4ª, 08018 Barcelona
www.redkeybooks.com

Primera edición: junio de 2022

Diseño y maquetación: Claudia Andrade

ISBN: 978-84-125438-1-0

Todos los derechos reservados:
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluidas la reprografía, tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, la difusión a través de Internet y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para mi amor shí, Michael.
Nunca lo habría logrado sin ti.

Capítulo 1

El monstruo ha estado aquí. Lo huelo.

En su hedor se perciben el sudor acre del esfuerzo, la enjundia del cuerpo desaseado de un depredador y algo más que no termino de distinguir. El tufo, que agria el aire de la noche, deja de ser un simple olor para convertirse en algo más profundo, más elemental. Me inquieta y pone sobre aviso todos mis sentidos. Un sudor frío me humedece la frente y me lo retiro con el dorso de la mano.

También huelo a la niña que se ha llevado. Este rastro es más leve, más limpio. Inocente. Está viva, o al menos lo estaba cuando salió de aquí. Ahora tal vez desprenda un olor muy distinto.

La puerta de la casa capitular de Lukachukai se abre. Una mujer, quizá la madre de la niña, está sentada con el rostro petrificado en una silla plegable de metal vieja y abollada, en la primera fila de la pequeña sala. La rodean un hombre de mediana edad con un sombrero vaquero de Silver Belly y un muchacho vestido con un atuendo militar de faena que parece unos años más joven que yo. Le sostiene la mano a la mujer y le dice algo al oído.

Todos los habitantes de Lukachukai se han congregado aquí; unos para mostrar su apoyo, otros por curiosidad y otros para presenciar el doloroso espectáculo. Distribuidos en grupos de dos o de tres, permanecen consternados y encogidos en las destartaladas sillas grises, respirando el aire viciado, más cargado de lo normal con las ventanas entabladas y la sensación asfixiante de que hubiera demasiada gente en un espacio demasiado reducido. Todos proceden de los alrededores, son navajos (o *diné*, el nombre que empleamos nosotros) cuyos ancestros han habitado en las estribaciones de las montañas Chuska durante muchas más generaciones de las que los *bilagáana* llevan en el continente; que aún hoy siguen contando historias sobre aquellos parientes suyos que fueron torturados y asesinados durante el Gran Traslado o en los internados indios como si hubieran ocurrido ayer mismo; que muy probablemente nunca hayan puesto un pie fuera de la reserva, ni siquiera antes, cuando no era más que un terruño insignificante para los Estados Unidos y no la Dinétah encumbrada que es hoy. Los *diné* conocen

las antiguas historias que recitaban los *hataałii*, las leyendas tradicionales sobre monstruos y sobre los héroes que les daban caza; ya las conocían, de hecho, desde mucho antes de que esos monstruos dejaran de ser una leyenda para empezar a raptar a los niños de la aldea mientras duermen. Y ahora acuden a mí para que sea su heroína.

Sin embargo, yo no soy ninguna heroína. Soy, más bien, el último recurso, la táctica de la tierra quemada. Soy esa persona a la que se contrata cuando los héroes han vuelto a casa en una bolsa para cadáveres.

Mis mocasines no hacen el menor ruido cuando piso las baldosas agrietadas para acercarme a la madre. Los murmullos se apagan a mi paso y los presentes se giran para mirarme. Es obvio que mi reputación me precede, y no todas las miradas son amigables. Un grupo de chicos, quizá los amigos del muchacho, permanece junto a la pared. Sin disimular sus risitas, me siguen con los ojos, y nadie les dice que se callen. Los ignoro e intento convencerme de que me da igual, de que he venido a hacer mi trabajo y que me paguen, y de que, aparte de eso, lo que Lukachukai opine de mí me es irrelevante. Pero siempre he mentido fatal.

La madre solo tiene una pregunta para mí:

—¿Puedes salvarla?

¿Puedo? Esa es la verdadera pregunta, ¿verdad? ¿De qué me sirven mis habilidades, los poderes de mis clanes, si no consigo salvarla?

—Puedo encontrarla —respondo. Y es cierto, no me cabe ninguna duda de eso. Solo que una cosa es encontrar y otra salvar. La madre, que parece pensar lo mismo que yo, cierra los ojos y gira la cabeza.

El hombre del sombrero vaquero carraspea y se levanta. Lleva unos Levi's viejos y desgastados que quizá le sentaran bien hace diez años pero que ahora le quedan apretados y hacen que la barriga le cuelgue sobre la hebilla del cinturón. Una camisa vaquera igual de poco favorecedora le cubre la panza que ha echado con el paso del tiempo, y la mirada que sus ojos enrojecidos detienen en mí me revela que él ya ha iniciado el duelo. Que él también duda que se pueda salvar a la pequeña.

Me presenta a la madre y al muchacho antes de presentarse él. Me dice sus nombres y apellidos y a qué clanes pertenecen, como es costumbre. Él es el tío de la niña desaparecida; y el muchacho, el hermano de esta. Todos llevan el apellido Begay, tan común aquí como lo es Smith entre los *bilagáana*. No obstante, los clanes, las relaciones ancestrales que nos convierten

en miembros de los *diné* y determinan nuestros compromisos de parentesco, me son desconocidos.

Guarda una pausa para que les recite mi nombre y mis clanes, a fin de que puedan ubicarme en su pequeño mundo y así decidir qué relación guardamos y conforme a qué *k'é* deben tratarme. Y conforme a qué *k'é* debo tratarlos yo a ellos. Pero no satisfago sus deseos. Nunca he observado en exceso las tradiciones, y es mucho mejor para todos que sigamos siendo desconocidos.

Al cabo, el mayor de los Begay asiente, al entender que no estoy dispuesta a atenerme a la etiqueta de los *diné*, y señala la bolsa de tela que tiene a sus pies.

—Es cuanto tenemos para negociar —dice. Le tiemblan las manos mientras habla, lo que me lleva a sospechar que miente tan mal como yo, pero levanta el mentón en un gesto desafiante, con los ojos bien abiertos bajo el ala del sombrero.

Me acerco y me agacho para examinar el contenido de la bolsa, haciendo un cálculo rápido. Las joyas de plata están bien (cuentas, brazaletes estampados antiguos, alguna que otra flor de calabaza), aunque las turquesas son una porquería, sin esa telaraña de vetas finas que multiplicaría su valor. Puedo trocar la plata por otros artículos en los mercados de Tse Bonito, pero las turquesas no me sirven de nada, no son más que un puñado de guijarros azules.

—Las turquesas no valen una mierda —digo.

El hermano gruñe y aparta la silla de un empujón. Las patas de metal chirrían quejumbrosas al arrastrarse por el suelo. Se cruza de brazos para hacerse el ofendido.

Lo ignoro y miro al tío.

—Quizá prefiráis recurrir a algún otro. A los Perros de la Ley o a los Chicos Sedientos.

El hombre menea la cabeza, su bravuconería desinflada por lo limitado de sus opciones.

—Lo intentamos. Nadie acudió a nuestra llamada. No habríamos enviado a un corredor si no estuviéramos…

«Desesperados». No se decide a confesarlo. Lo entiendo.

El corredor era un crío en moto. Bajo y achaparrado, así que tal vez «corredor» no sea la manera más acertada de llamarlo, aunque calzaba unas Nike viejas, con un grueso refuerzo de cinta americana alrededor de la puntera y sobre el sello del talón, de modo que ¿quién sabe? Se quedó sentado delante de mi puerta, con la moto marchando ruidosamente en vacío, haciendo ladrar a mis perros. Salí a decirle que se fuera al infierno, que ya no me dedicaba a cazar monstruos, pero él me respondió que Lukachukai necesitaba ayuda y que nadie había escuchado su

llamada, que se trataba de una niña y que, además, era un trabajo remunerado. Yo le contesté que no era mi problema, pero el crío siguió insistiendo y, a decir verdad, sí que me interesaba. Durante los últimos nueve meses no había hecho otra cosa que contemplar las paredes de mi caravana, de manera que ¿en qué otra cosa podía emplear el tiempo? Además, me estaba quedando sin ahorros y un trato así podía venirme bien. Así que, al ver que el crío se negaba a marcharse, decidí ir a Lukachukai. Pero ya empiezo a arrepentirme. Durante los meses de aislamiento voluntario me había olvidado de lo mucho que odio a la gente, y de lo mucho que la gente me odia a mí.

El tío me tiende las manos, y me suplica con la mirada lo que no acierta a expresar con palabras.

—Creía que quizá… cuando vieras…

Y claro que lo veo. Pero sospecho que los Begay no quieren darme más. Tal vez se resistan a pagarme porque soy una mujer.

Tal vez porque no soy Él.

—¡Esto es una payasada! —estalla el hermano, cuyo exabrupto propaga una risa nerviosa entre los presentes—. ¿Qué puede hacer ella que no podamos hacer nosotros? —Señala a su grupito de amigos, que observan desde la pared—. ¿Los poderes de sus clanes? Ni siquiera quiere decirnos cuáles son sus clanes. ¿Y eso de que fue aprendiza de Neizghání? No tenemos más prueba que su palabra.

Al oír el nombre de Neizghání, el pulso se me acelera y un nudo me cierra la garganta. Pero me obligo a tragarme este dolor que tan familiar me es ya, la amargura del abandono. Las cosquillas patéticas del deseo. Hace mucho que ya no soy nada de Neizghání.

—No es solo su palabra —replica el tío—. Lo dice todo el mundo.

—¿Todo el mundo? Lo que dice todo el mundo es que no es de fiar. Que hay algo extraño en ella, según las costumbres de los navajos. Eso es lo que dice todo el mundo.

La gente empieza a murmurar, a intercambiar opiniones sobre lo extraña que soy, me juego el cuello. Pero el tío agita las manos para pedirles silencio.

—Es la única que ha venido. ¿Qué quieres que haga? ¿Que le diga que se marche? ¿Que deje a tu hermana a su suerte cuando va a caer la noche, con esa cosa que se la ha llevado?

—¡Envíame a mí! —exige el hermano.

—¡No! La montaña no es un lugar en el que adentrarse de noche. Los monstruos… —Pone los ojos en mí, en la persona a la que sí está dispuesto a enviar a la montaña por la noche. Aun así,

no observo ninguna señal de consternación en su gesto. A fin de cuentas, me paga para que me juegue la vida, pese a que no se haya estirado con los honorarios. El sobrino es un familiar, una cuestión muy distinta.

—Ya hemos perdido a una —zanja con un hilo de voz.

Por un momento, parece que el muchacho fuera a retar a su tío, pero cuando repara en la mirada de su madre, se le encorvan los hombros. Exhala estentóreamente y se sienta a plomo en la silla.

—No tengo miedo —masculla a modo de último disparo. Pero no es cierto. Los harapos militares son un mero disfraz y, además, ha desistido demasiado pronto. Miro a la pandilla de la pared. Todos guardan silencio y miran a cualquier parte menos a su amigo. Intuyo que tiene aún menos años de los que creía.

Deslizo la vista hacia la ventana entablada al otro lado de la cual el sol se apresura a ponerse. Si llevara reloj, haría como que consulto la hora.

—Con tanto palique se me está yendo la mejor luz —digo—. Pagadme lo que me corresponde y dejadme hacer mi trabajo o no me paguéis y dejad que me vaya a casa. A mí me da igual. —Guardo una pausa y miro a la madre—. Pero quizá no le dé igual a tu hija.

El muchacho se estremece. Disfruto al verlo ponerse colorado de la vergüenza cuando una voz rasga el aire cargado.

—¿Tienes los poderes de tus clanes? —Es lo primero que dice la madre desde que me preguntó si podría salvar a su hija. Como sorprendida por no haberse contenido, levanta las manos con la intención de cubrirse la boca, pero después se detiene, vuelve a bajarlas hasta el regazo y agarra la tela de su falda larga antes de añadir en voz baja—: Como él, el Cazador de Monstruos. Es lo que se rumorea. Que te instruyó él. Que eres… como él.

No, yo no soy como Neizghání. Él es el legendario Cazador de Monstruos, el hijo inmortal de dos miembros del Pueblo Sagrado. Yo soy humana, una cincodedos, aunque tampoco soy lo que se dice normal, como el hermano y sus amigos. Si me lo hubieran preguntado los otros, el muchacho o el tío, me habría negado. Pero no ignoraré a una madre que sufre.

—Honágháahnii, nacida para K'aahanáanii. —Solo son mis dos primeros clanes, pero con eso basta.

Las sospechas que los presentes venían mascullando dan pie a una hostilidad indisimulada, y uno de los chicos me espeta algo feo.

La madre se levanta, con la espalda erguida, e impone silencio en la sala con una mirada fulminante. Los ojos se le llenan de

una ferocidad que me lleva a compadecerme de ella, pese a mi firme intención de no dejarme afectar por nada.

—Tenemos más —dice. El tío hace ademán de protestar, pero ella lo interrumpe, su voz ahora más fuerte, tajante—. Tenemos más para negociar. Te pagaremos. Pero encuéntrala. Encuentra a mi hija.

Y entonces sé que es el momento.

Cuadro los hombros, haciendo bailar la escopeta que cargo a la espalda. Por simple costumbre, palpo por encima el cinturón de cartuchos y el cuchillo de caza Böker que llevo enfundado en la cadera. Paseo las yemas de los dedos por los puñales arrojadizos que he alojado en la parte superior de las polainas de mis mocasines, uno plateado a la derecha y otro de obsidiana a la izquierda. Me echo el macuto al hombro, me doy media vuelta en silencio y paso a través de la multitud enmudecida. Mantengo la cabeza alta, las manos relajadas y la vista al frente. Abro la puerta y salgo de la asfixiante casa capitular en el momento en que el hermano me pregunta a voz en cuello:

—¿Y si no vuelves?

No me molesto en responderle. Si no vuelvo, Lukachukai tendrá problemas bastante más graves que el de una niña desaparecida.

Capítulo 2

Sigo el rastro evidente, las ramas rotas y el brillo de la hierba, durante la hora larga que dedico a ascender por la ladera sin divisar a mi presa. Aun así, continúo avanzando con paso seguro. Y, por un instante, inmersa en la belleza de la luz mortecina del sol y en la cadencia de mi respiración, me olvido de que he venido a matar a una cosa.

El bosque me rodea. Las ponderosas y las píceas azules tapizan las montañas del desierto de la meseta, ofreciéndoles cobijo a los tejones pequeños, a los ratones y a las aves nocturnas. Los pinos perfuman el aire, y el manto de acículas desprendidas cruje blandamente a mi paso. Los insectos revolotean gozosos en el aire cada vez más frío del anochecer, zumbando en torno a mis oídos, atraídos por mi sudor. Se aprecia una cierta hermosura en todo esto, una paz que me permito paladear. También paladearé la sangre derramada, de eso no me cabe duda, pero este equilibrio entre la tierra, lo animal y mi ser me hace sentir bien. Me hace sentir que es real.

El sol termina de ocultarse, la luna se eleva, y la noche se asienta opaca a mi alrededor. Los árboles se reducen a meras sombras, las criaturas huyen de los depredadores nocturnos y los insectos se dispersan. Mi dicha se desvanece junto con la luz del sol.

Sigo adelante hasta que el hedor a podrido se vuelve tan penetrante que me abruma. El miedo, como una intuición aciaga, se me aprieta en el estómago, avisándome de que debo de estar cerca. Me trago mis temores, que me resecan la boca y me dejan un regusto amargo, y continúo caminando. Vuelvo a palpar mis armas para cerciorarme.

Un destello me llama la atención y me invita a acercarme un poco más. Me agacho y me estiro para ver mejor. Una hoguera tiembla y aletea, proyectando sus llamas al azar hacia los troncos de los árboles inmensos. El fuego hace cuanto puede por ganar altura, pero se sostiene sobre un puñado de ramitas sueltas que hay amontonadas en un hoyo mínimo, consumiéndose desganado al instante.

Doy un rodeo hacia el sur hasta que me detengo a favor de la brisa y al este del campamento. Cargo la escopeta con los cartuchos llenos de polen de maíz y posta de obsidiana, ambos

sagrados para los *diné*. Una munición concebida para eliminar a los *yee naaldlǫǫshii*, los *ch'į'įdii* y, en definitiva, cualquier monstruo que more en Dinétah. Si estoy equivocada y este monstruo es de la variedad humana más común, la munición también hará efecto sin problema. Un agujero en el corazón es un agujero en el corazón, sin importar con qué lo hayas abierto.

Encuentro un lugar conveniente, donde la fronda me tapa sin impedirme observar el campamento, y me aprieto la escopeta contra el hombro. Oriento el cañón. Lo que veo me revuelve el estómago.

El monstruo parece un hombre, pero yo sé cuál es su verdadera naturaleza. Está echado sobre un saco de dormir azul, debajo de un cobertizo improvisado, una tosca lona de lienzo tendida entre dos ponderosas por medio de un bramante de factoría. Su cuerpo voluminoso tapa a la niña, pero la oigo. Un maullido sollozante surge poco a poco cuando él pasea la boca por su cuello y ella le suplica que pare.

Pero no para.

Una oleada de rabia me recorre el cuerpo y me emborrona la vista cuando me asaltan los recuerdos: el peso de un hombre inmovilizándome, la sangre espesa agolpándoseme en la boca mientras unos dedos pétreos me atenazan el cráneo y me golpean la cabeza contra el suelo. Un olor lacerante a injusticia.

Los recuerdos me estremecen, hacen que me tiemblen las manos. Me obligo a serenarme. Me digo a mí misma que aquello quedó atrás y ya no puede afectarme; el monstruo que me lo hizo está muerto. Lo maté yo.

Albergo la remota esperanza de que Neizghání suba la montaña a la carrera, con su llameante espada de rayos en ristre, para poner fin a todo esto. Incluso espero medio segundo para ver si sucede de verdad, pero… nada. Únicamente estoy yo. Sola.

Levanto la escopeta y me la acoplo en el hombro para afirmarla. Adelanto un pie sin dejar de mirar al frente. Piso a propósito una rama caída. El chasquido desgaja de súbito la noche silenciosa.

Espero a que el monstruo se gire, a que me ofrezca un blanco fácil. En vano.

Con los ojos aún clavados en su espalda, me agacho y cojo una piedra. La lanzo con fuerza hacia un zumaque lejano y choca contra el tronco, produciendo un llamativo ruido sordo. Sujeto bien la escopeta, con el dedo en el gatillo.

Todavía nada, y los gritos de la niña se vuelven cada vez más enérgicos y desesperados.

A la mierda. Golpeo con la culata de la escopeta el árbol que

utilizo a modo de cubierta y grito:

—¡Eh! ¡Aquí!

El monstruo se incorpora y gira la cabeza en todas direcciones, escrutando la negrura de la noche para dar conmigo. No puede ver nada con la hoguera tan cerca.

Trago saliva de pura rabia. Tiene la boca ensangrentada. Le estaba royendo la garganta. El hijo de puta se la está comiendo.

Abro fuego. El disparo le desgarra el pecho. Se tambalea pero no termina de caer. La sangre mana al principio en finos hilos, despidiendo destellos húmedos bajo la luz de las llamas, pero enseguida comienza a escaparse a borbotones. Empiezo a contar hacia atrás desde diez. A los diez segundos el ser humano ha perdido tanta sangre que acaba desplomándose. Sé que de ser humano solo tiene la forma pero, aun así, espero que la regla siga sirviendo; si sigo viva diez segundos más, habré ganado.

Es un monstruo muy corpulento, de espaldas anchas y robusto. No me extraña que pudiera cargar con la niña durante varios kilómetros ladera arriba. Bajo la luz temblorosa de la precaria hoguera, no distingo muchos detalles. Pese a la forma de hombre, unos bultos nudosos con aspecto de tumores agigantados se le arraciman en la espalda, los hombros y los muslos. Los brazos, que se antojan demasiado largos, se le descuelgan del tronco y se arrastran por el suelo. La piel es tan traslúcida que parece brillarle. Y ahora tiene un agujero sanguinolento en el pecho.

Recargo y disparo de nuevo, esta vez reventándole parte del hombro. Los jirones de carne y piel saltan sobre la niña, que se echa atrás a gatas.

El monstruo permanece en pie y me gruñe como un jabalí herido, cegado por la ira.

—¡Corre! —le grito a la niña según me acerco. Seis, cinco, cuatro, pero apenas se tambalea, aunque tenga un hoyo en el pecho y le falte medio brazo. Lo cual me confirma que estoy en un buen apuro.

—Cae —susurro—. Cae de una vez.

Introduce una enorme mano con aspecto de zarpa bajo el saco de dormir y saca una amedrentadora hacha alargada, forjada para talar árboles y destrozar las ventanas de las niñas. Tengo claro que me rebanaría el cuerpo como si fuera de mantequilla, pero no pienso darle la oportunidad.

Con un movimiento bien ensayado, guardo la escopeta en la funda de la espalda y saco el Böker. Dieciocho centímetros de acero curvo, más pesado por arriba para poder descargarlo a modo de machete. Pero, antes de que pueda atacarlo, el

monstruo se gira hacia la niña y la levanta, se la carga al hombro y echa a correr con ella.

—¡Mierda!

Salgo tras él y, como puedo, guardo el cuchillo de caza y saco uno de los pequeños puñales rápidos que llevo en los mocasines. Arrojo la hoja de obsidiana, que, veloz como el rayo, vuela suave y recta gracias a un balanceo bajo de la mano. Experimento una satisfacción macabra cuando le alcanza en la corva. El monstruo ruge y trastabilla, y está a punto de dejar caer a la niña, que chilla aterrorizada. Sin embargo, sigue adelante, más rápido de lo que cabría esperar con un puñal en la pierna, más rápido de lo que cabría esperar con ese aspecto, hasta que instantes después desaparece entre las sombras de la foresta. Por tanto, me decanto por la única opción que me queda: lo persigo.

Y, con la necesidad, llega Honágháahnii, como un incendio que se propagara por mis venas, que azotase mis músculos, que me transformara en algo superior a lo que soy sin su influencia. La vista se me aguza. Los pulmones se me dilatan. E incluso vuelo, con los pies ahora más ligeros, sin apenas rozar el suelo. De forma instintiva, esquivo los árboles y salto por encima de las ramas caídas y de los matorrales espesos. Me estoy acercando al monstruo demasiado rápido, durante los milisegundos que transcurren entre una exhalación y otra. Mido los últimos pasos y salto sobre sus espaldas anchas.

La fuerza del impacto hace que los tres caigamos al lecho del bosque. La niña sale despedida cuando el monstruo se estampa de bruces contra el suelo. Su mole amortigua mi caída, lo que me concede una ventaja momentánea que no dudo en aprovechar. Ruedo y saco el cuchillo al tiempo que recojo las piernas. Estoy lista cuando el monstruo se levanta.

Sus ojos brincan entre el arma y la niña, que se encuentra tendida boca abajo, muda. Quizá ya esté muerta, pero no podría asegurarlo. El monstruo vuelve a mirarnos primero a la una y luego a la otra, y esta vez, cuando detiene la vista en la pequeña, se relame.

Descargo el cuchillo contra su garganta, todavía con la rapidez de Honágháahnii, pero el monstruo alarga un brazo a modo de escudo. Sin perder un segundo, me giro antes de que la hoja lo toque, liviana como un puma, y eludo su defensa. Le hundo el cuchillo en el estómago y lo rajo. Dos veces. Tres. Contundente, rauda y despiadada, como se me enseñó. La sangre me baña las manos. El hedor de sus tripas me marea y unas lágrimas súbitas me nublan la vista, pero no me detengo. No paro entre una puñalada y otra para ver si lo he logrado. Me limito a

esperar a que caiga al suelo.

No hay suerte, puesto que unos brazos enormes me envuelven y constriñen. El cañón de la escopeta se me hunde dolorosamente en la columna. Me cuesta respirar. Siento que el hombro me arde cuando me lo apresa con la boca, decidido a traspasar el cuero de mi chaqueta.

Doy un grito, limpio e instintivo, mientras forcejeo contra sus brazos descomunales. El pánico me zarandea los huesos y un sinfín de estrellas estallan y parpadean en los límites de mi campo visual. Me aprieta con más fuerza. Se sirve de los dientes para castigarme el hombro como un perro que se peleara con un hueso. Todavía tengo el Böker en la mano derecha. En un intento desesperado, me lo paso a la izquierda y me retuerzo para soltar ese brazo. Y, con todas mis fuerzas, le tiro una puñalada amplia al cuello. El movimiento ha sido torpe y forzado, pero eficaz. El monstruo me suelta a la vez que libera un mugido de dolor. Me aparta de sí de un empujón. Salgo por los aires, haciendo aspavientos con los brazos y las piernas.

Me golpeo violentamente contra el suelo. Un latigazo de dolor me recorre el costado. No tengo tiempo para recuperar el aliento y noto que el hombro me palpita, pero me revuelvo hasta ponerme de pie y hago lo que puedo para colocar el cuchillo entre él y yo.

Sin embargo, no hace falta. El monstruo se tambalea, a duras penas manteniendo en su sitio con la mano la carne y los tendones del cuello, y es entonces cuando compruebo que le he cortado la cabeza. Lo contemplo admirada según cae al suelo.

Muerto.

El monstruo ha muerto.

Me postro de rodillas, exhausta. Porque lo que Honágháahnii da ahora después lo quita, y aunque no haya empleado durante demasiado tiempo los poderes de mis clanes, apenas me quedan fuerzas. El corazón me aporrea el pecho como si fuera un tambor gigante. El rugido de un huracán me azota los oídos, y no tardan en adueñarse de mí unos temblores ridículos, que me sacuden los músculos mientras la adrenalina se disipa.

Grito, exultante, obscenamente feliz. Conozco este subidón. K'aahanáanii, los poderes de mi clan, una sed de sangre que se deleita con la presa. El sentimiento de culpa y un profundo pavor me paralizan, e intento desprenderme de K'aahanáanii mentalmente, pero no dejará que lo ignore mientras esté cubierta de la sangre de mi enemigo, cuyo cuerpo inerte yace a mis pies. Presto atención cuando el eco de mi voz va y viene por entre la espesura y aguardo a que la contumacia de los letales poderes de

mi clan flaquee.

Durante unos instantes solo oigo mi respiración, el soplo amable de la brisa entre los árboles.

La tierra y los guijarros se me adhieren a las mallas empapadas de sangre y me pinchan las rodillas cuando gateo para recoger el cuchillo y el puñal. Los limpio lo mejor que puedo y enfundo la hoja de obsidiana.

Utilizo el Böker para cortarle lo que le queda del cuello y la cabeza termina de desprenderse. No estoy segura de qué clase de monstruo acabo de cargarme, pero tengo claro que ha tardado una eternidad en morir, y por eso debo andarme con cuidado. Descabezarlo es casi la única manera de cerciorarme de que no volverá a levantarse en cuanto me dé la vuelta.

Oigo un frufrú detrás de mí.

Cuando me giro, demasiado rápido, siento un martillazo en la cabeza. Si se trata de otro monstruo, no estoy en condiciones de enfrentarme a él.

Es la niña. Me había olvidado por completo de la niña.

Se ha puesto de pie por sí sola y se ha apoyado de espaldas contra el tronco de un árbol desnudo. Tiene el camisón todo sucio y hecho jirones. El pelo le cuelga en pequeños cordones apelmazados por la sangre. Pese a la tez morena, su rostro ha adquirido una escalofriante palidez fantasmal. Ahora puedo verle la herida, la sangre negra, con el blanco de los huesos y los tendones a la vista allí donde el monstruo le ha arrancado la carne a mordiscos. Contengo un escalofrío de espanto y me pregunto cómo es posible que siga viva. El monstruo no solo le estaba royendo la piel, sino que pretendía destrozarle la garganta.

Intenta decir algo; mueve la boca, pero los daños son tan graves que no consigue articular palabra. Tiene los ojos grandes, alargados y vidriosos. No aparenta más de doce años. Y, por el aspecto de la herida, sospecho que no llegará a los trece.

Me acerco a ella y me agacho para mirarla frente a frente. Se parece mucho a mí, con el mismo cabello moreno, la misma piel marrón y la misma cara ancha y angulosa.

Aún llevo el Böker en la mano, pero lo mantengo pegado al suelo, oculto.

—El monstruo te atrapó —le digo en voz baja. Señalo la herida. La niña gira los ojos, intentando verse el cuello ensangrentado—. ¿Sabes lo que eso significa?

La única respuesta que consigue darme es un gemido débil.

Una vez Neizghání me dijo que el mal es una enfermedad. Me dijo que él podía verlo en la gente, como si fuera una mancha.

Que los *bilagáana* se equivocan, porque el mal no es solo un concepto espiritual ni los actos de un Hombre Malo. Es algo real, físico, similar a una enfermedad contagiosa. Y se puede contraer si algo maligno se te introduce en el cuerpo. Y una vez que lo tienes dentro, puedes quedar a su merced. Te empuja a hacer cosas malas. A destruir lo que antes te importaba. A ir contra aquellos a quienes antes nunca habrías hecho daño. Y, al final, incluso a matar. Y si eso ocurriera, tú también podrías convertirte en un monstruo.

Me dijo que yo llevo dentro parte de ese mal, que se me metió a causa de los hechos que tuvieron lugar la noche en que me encontró. Y que se manifiesta en la forma del K'aahanáanii, el cual me confiere fuerza y me vuelve cruel cuando me hace falta. Pero que ando bordeando el precipicio. Debo procurar que no crezca, y no alimentarlo sin necesidad. Porque mi destino aún no está decidido. Puedo ser una cazadora de monstruos, o puedo terminar convertida en uno de esos monstruos.

Me reí cuando me advirtió esto. Le dije que no eran más que supersticiones, murmuraciones de viejos, pese a que estaba hablando con un inmortal. Pero lo cierto es que me cagué las patas abajo, porque sabía por qué me lo estaba contando.

En aquel momento nos encontrábamos rodeados de cadáveres, y él tenía los ojos anclados en mí, aunque tan distantes e insondables como los rincones más remotos del universo. Yo estaba limpiando el Böker con el abrigo de un muerto. Pero los labios fruncidos de Neizghání y el nudo de sus cejas espesas me dejaron claro lo que pensaba.

A la mañana siguiente se había marchado. Por qué el Cazador de Monstruos no me mató sin más si creía que iba a convertirme en un monstruo, no sabría decirlo. Quizá por los años durante los que fui su aprendiza. Quizá al final le entraran dudas. Pero ahora, frente a esta niña que no es tan distinta de mí, es como un puñetazo en el estómago.

Podría soltarle el sermón que Neizghání me soltó a mí, pero antes que cruel prefiero ser sincera. Le hablo con sencillez:

—Significa que te has infectado.

Sus jadeos húmedos cobran fuerza.

—Aunque sobrevivieras, la infección no haría sino empeorar. Tendrías que luchar contra ella el resto de tu vida. Te consumiría, se adueñaría de ti. —Trago saliva para aclararme la garganta—. He conocido a tu familia. En el pueblo. Parecía buena gente. —Me froto el dorso de la mano contra la nariz, que ha empezado a picarme de pronto.

La pequeña se gira de un lado a otro, pero no aparta los ojos

de mí.

—Intentarían consolarte. Intentarían que todo volviera a estar bien. Que tú volvieras a estar bien. Pero no lo entenderían. Lo que te ha ocurrido ya no tiene remedio. —Es lo más largo que le he dicho a nadie desde hace meses. Pero ahora que me he decidido a hablar, es crucial que lo sepa. Que comprenda por qué debo hacer lo que voy a hacer.

—La infección —continúo—. Te… transformará por dentro, en algo que le hará daño a la gente, en algo que no quieres ser. —«En algo monstruoso», quiero añadir—. ¿Lo entiendes?

Cuando la niña traga saliva, veo como se le mueven los músculos de la garganta, húmedos y destellantes, por dentro del cuello destrozado.

Asiento y sujeto el cuchillo con fuerza. Quiero decirle que lo siento, pero me limito a recomendarle:

—Cierra los ojos.

La pequeña me obedece. Le aparto el pelo de la cara con delicadeza. Dejo el cuello al descubierto.

—Lo siento —susurro al cabo. Y me convenzo a mí misma de que entiende que la estoy salvando, aunque no lo parezca.

Descargo el Böker.

La cabeza se separa con limpieza.

El cuerpo se desploma sobre el lecho del bosque.

Se me hace un nudo en el estómago que me obliga a hacerme un ovillo, que me produce arcadas. Ignoro el hecho de que de pronto el cuchillo parece pesar más que antes, de que me cuesta reconocerlo. De que la empuñadura parece quemarme la palma de la mano como una lija. Y no puedo evitar pensar que, si esto era lo correcto, ¿por qué siento que ha sido un gran error?

Me aparto del cuerpo dando tumbos. La tierra está enrojecida a causa de la carnicería que he desatado en solo unos minutos. Tomo conciencia de la situación, de los olores, de la sangre, de los cuerpos descabezados. Memorizo los detalles. Es el material del que están hechas las pesadillas.

El bosque está en calma y, opine lo que opine de mí, tanto si soy clemente o un monstruo, se lo guarda para sí. Las astillas de la hoguera chisporrotean y sisean a lo lejos antes de terminar de ceder a las llamas. Momentos después, también las llamas mueren, dejándome a solas con la oscuridad y la ceniza.

Capítulo 3

No regreso a Lukachukai hasta muy entrada la medianoche.

Echo abajo el campamento improvisado del monstruo, reavivo el fuego momentáneamente para quemar todo lo que no pueda aprovecharse y recojo las dos cabezas en sendos sacos de lona. Parto uno de los cartuchos de la escopeta, vierto un poco de polen de maíz en mi mano y lo disemino sobre los cuerpos mientras elevo una oración breve. No es que acostumbre a rezar, pero el abuelo Tah dice que el polen une la carne a la tierra. En mi opinión, arrancar la cabeza también es una técnica muy eficaz, pero ¿quién soy yo para cuestionar a un curandero?

Noto en la espalda el peso y la humedad de las cabezas cortadas, y la caminata a oscuras hacia las afueras del bosque con una carga así aporta nuevo material para las pesadillas. Lo único bueno es que estoy yo sola. No hay animales ni más monstruos en las cercanías. En un par de ocasiones diviso al coyote que me sigue, aunque se mantiene a distancia. No distingo nada más que un par de ojos amarillos que destellan en medio de la negrura.

Solo una bombilla desprotegida alumbra la entrada de la casa capitular. En lugar de ver en ella una baliza que me da la bienvenida a mi regreso, siento que emite un brillo pálido y amenazador. La puerta principal está bloqueada, trancada para impedirles el paso a los monstruos por la noche. No tengo claro que no quieran protegerse también de mí, pero aporreo la puerta con fuerza, con la esperanza de que todavía quede alguien esperando a que vuelva.

Oigo desbloquearse las cerraduras por dentro. Aparece un rostro. Es el corredor, el crío que se me presentó en la puerta esta mañana para ofrecerme el trabajo de Lukachukai.

—¿Dónde están los demás? —pregunto.

Me mira con los ojos como platos, y entonces caigo en que debo de tener una pinta horrible. Me aparto el pelo de la cara, dejando un rastro de sangre a lo largo de la frente, y le sonrío.

—Encerrados —responde—. Les dan miedo los monstruos.

—¿Al hermano también?

El crío ladea la boca.

—Sobre todo a él.

Sonrío. No soy la única que no se dejó impresionar por el

joven Begay.

—¿Y tú por qué no te has encerrado?

—Me ofrecí a quedarme aquí. A mí no me dan miedo los monstruos.

—¿No? —Cuando desplazo el peso de los sacos ensangrentados que llevo al hombro, oigo el clac-clac de los cráneos al entrechocar—. ¿Y por qué no?

—Sabía que lo matarías. Eres famosa.

Resoplo.

—¿Cómo que soy famosa?

—Eres la novia del Cazador de Monstruos.

Arqueo los labios hacia abajo.

—No soy su novia.

Me mira desilusionado. «Ya somos dos.»

—Bueno —digo—, ¿tienes lo mío?

—¿Tienes lo nuestro?

No se anda por las ramas el crío este. Me retiro los sacos del hombro. Sostengo el grande y aparto el pequeño a un lado.

—No lo abras. —Señalo con los labios el menor de los bultos —. Es para la familia. Para que tengan algo que enterrar.

—¿No has podido salvarla?

No le respondo. Es muy complicado y estoy demasiado cansada para explicárselo. Abro la bolsa grande y le dejo ver el contenido.

Al asomarse, su chulería se desinfla y tiene que tragar saliva.

—¿Eso es…?

—La cabeza del monstruo. Voy a llevársela a un curandero de Tse Bonito que conozco para que me diga qué es. Qué era.

El crío asiente.

—Genial. —Quizá lo parezca a su edad, pero para mí es cualquier cosa menos eso. Lleva la mano tras la puerta y acerca la bolsa de tela que me mostraron antes.

Me tomo un momento para examinarla. Las mismas joyas de plata, las mismas turquesas de mierda.

—¿En serio?

—¡Ah! —dice, como si se le hubiera olvidado algo. Vuelve a estirar la mano hacia la cara interior de la puerta y saca dos mantas de lana. Una de ellas parece una Pendleton, gruesa y cálida, aunque los azules, verdes y amarillos estridentes del patrón genérico de flechas se antojan muy típicos. Sin embargo, veo que la otra es una Two Grey Hills, un tipo de cobertor que, según mi *nalí*, cuesta mucho encontrar y se considera muy valioso, y que ya apenas se fabrica.

Estoy impresionada.

—Esto sí que es un buen trato.

El crío se encoge de hombros y se hurga entre los dientes. Se fija en el menor de los sacos ensangrentados, pero no como si le asustara lo que hay dentro, sino más bien como si sintiera curiosidad.

Me quedo la Pendleton pero le devuelvo la Two Grey Hills.

—Dile a la familia que me doy por pagada. Con esto me basta. —Los honorarios son los honorarios, y ahí no pienso ceder, pero no puedo quedarme con la Two Grey Hills cuando les he traído la cabeza de la niña en un saco.

Me encajo la manta estridente bajo el brazo, cojo la bolsa de las joyas con una mano y levanto el saco que contiene la cabeza del monstruo con la otra. Me encamino hacia mi camioneta.

—Entonces ¿crees que hay más monstruos? —Ya de espaldas al crío, su voz suena un tanto entrecortada, más por la emoción que por el miedo.

—No lo sabré hasta que el curandero me diga algo.

Aunque no lo veo, percibo que recoge el saco pequeño.

—No lo abras.

—Es ella, ¿verdad? —dice, ya incapaz de disimular su contento—. ¿Atty?

Hasta ahora no sabía cómo se llamaba.

Tiro la cabeza del monstruo a la caja de la camioneta y pongo la manta y las joyas en el asiento del acompañante. Miro por el retrovisor y veo al crío todavía agachado bajo la bombilla desprotegida, contemplando el saco con la cabeza de Atty.

Capítulo 4

Vivo en una caravana estrecha de un dormitorio que me agencié hace unos meses. El anterior propietario murió mientras dormía, y después ya nadie quiso meterse a vivir ahí. Así que fue una ganga porque, de hecho, me salió gratis. La tengo aparcada en una parcela llena de maleza, ubicada como a una hora del sur de Lukachukai, en Crystal Valley. Se encuentra a medio kilómetro del internado abandonado que le otorgó al valle su supuesta fama y justo debajo de la entrada al paso de Narbona, la única carretera que recorre las Chuska a lo largo de ochenta kilómetros en ambas direcciones. El paso en sí toma su nombre del desafortunado jefe navajo Narbona, quien en 1849 se prestó a negociar un tratado de paz con el Ejército de los Estados Unidos y acabó cosido a balazos por culpa de un caballo robado y un mal intérprete. O eso contaron los testigos de las conversaciones.

Solo hay unas veinticinco familias dispersadas a lo largo de los quince kilómetros que abarca el valle, y casi todas se congregan en el ramal de la autopista que ya queda seis kilómetros a mis espaldas. Por tanto, no tengo ningún vecino cerca de mí, algo que tampoco me importa. Claro está, que no haya nadie en los alrededores también significa que, si me surgiera algún problema, nadie acudiría en mi auxilio. Sé cuidar de mí misma, pero incluso a los guerreros *diné* más cabrones les puede venir bien que les echen una mano de vez en cuando. Que se lo digan a Narbona.

Por eso tengo a mis perros. Tres mestizos de la reserva que me cuidan el ganado y protegen la parcela de las visitas indeseadas, ya sean personas, animales o cualquier otra cosa. Me traje el primer cachorro cuando me hice a la idea de que Neizghání no iba a regresar; la segunda se invitó ella sola y ya no volvió a irse; y la tercera fue la única que sobrevivió de su camada, como yo.

Se acercan a recibirme en cuanto cruzo la verja y salvo el paso canadiense con la camioneta. Si alguien que no sea yo asomara por el acceso, se pondrían a ladrar como locos. Pero me conocen a mí y conocen el traqueteo y el ronroneo de la vieja Chevrolet que he trucado para que funcione con priva ahora que la gasolina se ha vuelto tan complicada de conseguir. Conocen el golpeteo de las ruedas, sobre todo el de la de atrás a la derecha, a la que se le ha soltado una tuerca que ahora no deja de golpearse contra la

llanta a modo de protesta. Sé que tengo que arreglarlo, y mejor pronto que tarde.

Ya en la caravana, entro en el aseo y me quito la ropa sucia. Está tan impregnada de sangre que considero la idea de tirarla a la basura, pero en vez de eso, la echo al fregadero, abro el grifo y dejo salir un poco de la escasa agua que tengo para que se empape bien. Espero que la sangre termine saliendo por sí sola, aunque con la suerte que tengo no me quedará más remedio que ponerme a frotar si quiero volver a llevarla. La ropa que venden en la factoría gubernamental de Tse Bonito no está mal, pero allí las prendas, o bien están confeccionadas a base de lana sin teñir, o bien son donaciones arregladas, y siempre a precio de atraco.

Cebo el generador y le doy tiempo para que caliente el agua que quede en el depósito. Sé que es un lujo darme una ducha con el agua racionada, pero me lo permito de todas maneras. Tengo sangre y trozos de algo más asqueroso en el pelo, y no existe más forma de solucionarlo que con una ducha caliente y un poco de jabón de yuca. Me sobrará el agua justa para el resto del mes, ya que la cisterna de reparto no volverá a pasar hasta dentro de dos semanas, pero vale la pena. Hasta me tomo mi tiempo, envuelta en el vapor, para sacarme la sangre seca de debajo de las uñas. Cuando termino, me duelen las cutículas y siento un hormigueo en las mejillas, ahora enrojecidas, pero estoy limpia.

Se me ocurre que podría echar una cabezada, pero luego decido que mejor no. Y no porque no esté cansada; estoy exhausta y todavía me duele todo el cuerpo, sobre todo el hombro que el monstruo intentó arrancarme. Pero si quiero llegar a donde Tah para verlo antes del desayuno, debo olvidarme de dormir.

Coloco la escopeta en la rejilla de la camioneta, compruebo que la cabeza del monstruo sigue en la caja y salgo hacia el sur. La casa de Tah, en Tse Bonito, queda por lo menos a una hora de aquí. Enciendo la radio para que me haga compañía. Desde el Agua Grande, solo hay una emisora fiable en Dinétah, una estación AM generalista que mezcla temas antiguos de *country* y boletines gubernamentales con apariencia de noticias. De vez en cuando, alguien de fuera de Dinétah robustece su señal de radio lo suficiente para que rebase el Muro, lo que durante una o dos semanas nos permite captar los informes sobre los colosales proyectos de canalización de aguas que se han iniciado a lo largo del litoral recién formado entre San Antonio y Sioux Falls, o sobre las continuas revueltas civiles de Nueva Denver. Pero, en general, Dinétah sigue siendo la misma región apartada e insular que era antes del Agua Grande, y de todas maneras aquí poca

gente ha observado ningún cambio.

El Muro. El Consejo Tribal lo aprobó cuando empezaron las Guerras por la Energía. La mayoría de los *diné* apoyó la idea. Crecimos escuchando aquellas historias que nos enseñaban que nuestro lugar estaba en la tierra de nuestros ancestros, la tierra que abrazaban las Cuatro Montañas Sagradas. Algunos, sin embargo, no le ven sentido al Muro, convencidos de que es un intento paranoico por controlar la frontera destinado a fracasar, al igual que el muro que el Gobierno americano caído se propuso levantar a lo largo de la frontera sur unos años antes del Agua Grande.

En cualquier caso, la tribu lo construyó. Deschene, el jefe del Consejo, escribió un artículo para el *Navajo Times* que atemorizó a la gente, sobre todo después de la Matanza de las Llanuras. Los navajos ya no estaban seguros, sostenía. Invocó al fantasma de la conquista, el destino manifiesto. Y no le faltaba razón. La Matanza había derivado en el auge de la apropiación energética, con las petroleras reventando los suelos sagrados para introducir sus tuberías y con las compañías de gas natural comprando todos los terrenos de pleno dominio que podían para someterlos a la fracturación hidráulica, literalmente sacudiendo la roca madre con su codicia. Además, los federales habían trazado un plan para acabar con los terrenos fiduciarios de las reservas, mediante el cual las Tierras Indias quedarían a disposición de los prospectores, como ya ocurriera durante la Terminación. En esta ocasión, dichos prospectores eran multinacionales que contaban con ejércitos privados mil veces más temibles que los primeros colonos *bilagáana*. Deschene nos advirtió que, si queríamos seguir siendo *diné*, si queríamos proteger nuestro hogar, debíamos construir el Muro.

Los fondos se aprobaron en menos de un mes. Los cimientos, extraídos de las distintas montañas sagradas, se tendieron en menos de un año. La gente se reía y decía que nunca había visto al Gobierno tribal hacer nada tan rápido. Seis meses más tarde se produjo el terremoto de Nueva Madrid y el Medio Oeste se vino abajo. Después comenzaron a sucederse los huracanes. Y entonces muchos consideraron que el Muro de Deschene tenía algo de profético.

Recuerdo la primera vez que lo vi. Esperaba encontrarme con algún tipo de construcción triste y espartana, con una cordillera de quince metros de altura hecha de hormigón gris, coronada con alambre de espino como en las películas apocalípticas. Pero había olvidado que los *diné* ya habían vivido su apocalipsis hacía más de un siglo. Esto no era nuestro fin, sino nuestro

renacimiento.

Dicen que los *hataałii* trabajaron codo con codo con las contratas de la obra, y que por cada ladrillo que se colocaba, se entonaba una canción; que por cada listón que se ponía, se elevaba una bendición. Y así, el Muro cobró vida propia. Cuando los trabajadores regresaron a la mañana siguiente, ya se elevaba quince metros. Por el este presentaba el aspecto de una concha blanca. Por el sur, turquesa. Al oeste los contornos perlados recordaban a los del abulón; y al norte, a los del más negro azabache. Era precioso. Era nuestro. Y estábamos a salvo. A salvo del mundo exterior, al menos. Aunque, a veces, los peores monstruos habitan en tu propia casa.

Llego a Tse Bonito mientras los primeros rayos del sol caen con toda su fuerza sobre los barrancos, atenazando el pueblo del desierto bajo un calor seco. En Tse Bonito la temperatura asciende más de lo habitual, quizá porque circunda un tramo de asfalto en forma de T donde se unen las dos autopistas principales de Dinétah. Quizá porque se halla rodeado de los barrancos blancos de las mesas, que encauzan el aire caliente hacia el cañón de Tse Bonito. O quizá porque muchas de las viviendas son chozas con la techumbre de hojalata o caravanas viejas con los costados metálicos que concentran el calor como si estuvieran hechas para eso. Quizá por todo ello. Sea cual sea el motivo, la miseria de las caravanas, las chozas y de algún que otro *hogan* abarca cinco kilómetros cuadrados bajo el riguroso cielo del desierto. Una floreciente metrópolis para los estándares de Dinétah.

Tampoco es el lugar más seguro donde vivir. Hay bastante delincuencia, salvo cuando interviene la Guardia y Vigilancia de la Ciudadanía, que suele salir a patrullar por las calles, aunque no sirva de mucho. Tse Bonito sigue teniendo más de pueblo fronterizo del salvaje Oeste que de otra cosa. Aquí conviven los indios con los vaqueros, aunque casi todos son *diné*. La última vez que pasé por aquí en busca de un Hombre Malo, terminé envuelta en un tiroteo que parecía más propio del O. K. Corral que de la caza de un monstruo. No puedo decir que me alegre de haber vuelto, aunque sea para ver al abuelo Tah.

Tah vive en el centro del pueblo. Su casa es uno de los pocos *hogans* que hay dispersos por el bullicioso mercado, y sé que, si no lo encuentro pronto, saldrá por ahí, a visitar a algún vecino o a ver el género de la vendedora de mocasines, calle abajo, a hacer la compra del día o a meterse en cualquier lado, sin hacer caso de los tiroteos ocasionales, y más interesado en los últimos cotilleos que en cuidar de sí mismo. Tampoco es que nadie quiera

hacerle daño, aquí es una especie de santo. Todos lo conocen y a todos les cae bien, lo que me lleva a preguntarme por qué se dignará relacionarse con alguien de mi dudosa reputación. Supongo que para él soy su buena obra, sobre todo este último año. Por lo general, rehúyo este tipo de situaciones, una tiene su orgullo y todo eso, pero Tah es buena gente, así que procuro corresponderle siempre que puedo. Además, por aquí es el mayor experto en monstruos, y necesito que me ayude.

Estaciono la camioneta junto a la única puerta del *hogan*, teniendo cuidado de no acercarme al camino de tierra que dentro de una hora se llenará de gente y de polvo. Me llevo conmigo todo lo que tiene aspecto de valioso. Cojo el saco pegajoso que contiene la cabeza del monstruo con una mano, la escopeta con la otra, y me acerco a la entrada.

La puerta es como las de los *hogans* ubicados fuera del pueblo, no de las que suelen verse en medio de un lugar ajetreado como este. No tiene cerradura ni cerrojo, ni nada parecido a una cadena o una alarma, de modo que solo una manta negra y gris cubierta de polvo, de las que antes podías comprar tiradas de precio en la factoría gubernamental, cubre el único acceso. Aun así, las apariencias engañan, por lo que guardo las distancias cuando doy una voz desde fuera.

—¡Tah! —Me cambio el saco de mano y me echo el arma al hombro.

Voy a llamarlo otra vez cuando una retorcida mano marrón emerge y retira la manta. La gruesa tela se roza contra la tierra reseca y levanta una nubecilla de polvo rojizo.

—Pasa, Maggie —me invita una voz tan retorcida y vieja como la mano que la acompaña—. Pasa, hija *shí*.

—*Ahéheé*, abuelo. Gracias.

El abuelo Tah tiene el mismo aspecto de siempre. Los tejanos impecables son de un vivo azul marino y varias tallas demasiado grandes para su complexión escuálida. Se puede decir lo mismo de las deportivas, que, aunque ya antes del Agua Grande llevaban veinte años pasadas de moda, parecen como recién estrenadas. Una camisa vaquera de cuadros negros y rojos le cubre los hombros estrechos, abrochada con unos botones nacarados que reflejan la luz. Lleva cortado al rape el cabello plateado y tiene la cara surcada de líneas de expresión. Pero lo que más me gusta son sus ojos, alegres y traviesos, como si tuviera en mente algo mucho más divertido de lo que nadie podría sospechar.

Me cae bien Tah, mucho, y es lo más parecido que tengo a una familia. No somos parientes y ni siquiera pertenecemos al mismo clan, pero me llama «hija». Para mí, eso es lo que importa.

Me agacho para pasar por debajo de la manta y sonrío. No puedo evitarlo. La caravana me da cobijo, es el lugar donde vivo, pero en el *hogan* de Tah me siento como en casa, me proporciona ese hogar del que hablan los cuentos para niños. Es un *hogan* típico, consistente en una estancia amplia que ocupa la totalidad de una construcción de ocho lados, con las paredes hechas de troncos largos enteros, sujetos con firmeza los unos a los otros por medio de cuerdas y sellados con hormigón. La lumbre arde ya en la estufa de leña, en medio de la estancia, y el olor a piñones es tan deliciosamente intenso que puedo paladearlo. Una colección de tapetes estampados con cálidos rojos, naranjas y marrones cuelga de las paredes entre una serie de marcos que dan soporte a varias fotografías deslustradas de distintos familiares sonrientes a los que no conozco pero envidio. Un sofá desvencijado domina la cara sur del *hogan,* mientras que una cocina improvisada equipada con un fregadero, algún que otro armario alto y una vetusta mesa de formica descascarillada reclaman el oeste, justo frente a la puerta de la entrada, orientada hacia el este. El suelo de tierra compactada está cubierto por lo que parece un abigarramiento de muestras de alfombras que intentaran combinar de cualquier manera los colores del arcoíris. Salta a la vista que fueron las piezas que eligió de entre las que alguien había desechado, aunque después de cepilladas no se observa impureza alguna en ellas. La cama bordea la pared sur, recién hecha. Todo está como me lo encuentro cada vez que vengo aquí, a excepción de las mantas bien dobladas y amontonadas en el extremo del viejo sofá.

—¿Tienes a alguien contigo? —le pregunto, con los ojos puestos en las mantas, mientras recuerdo cuando también yo terminé en ese sofá.

—¿Mmm? —Sigue mi mirada—. *Aoo'*. —Sí.

Aunque guardo silencio, no me da más detalles.

—¿Y…?

—¿Mmm?

Meneo la cabeza.

—No importa. —Sé que no me dirá nada más hasta que no esté preparado, y de todas formas puede que tampoco sea asunto mío—. Te he traído una cosa —digo.

Gruñe.

—Ya lo huelo.

—Perdona.

—¿Has salido a cazar monstruos?

—Sí. ¿Dónde te lo dejo?

Frunce los labios para señalar la mesa de la cocina.

—Ahí mismo.

—Es mejor que no lo ponga en la mesa, te lo aseguro.

Mira a su alrededor.

—Junto a la entrada, entonces. Y *wóshdę́ę́''*… Pasa, pasa. Tengo algo especial. ¡Una delicia!

Dejo caer la cabeza al lado de la puerta y apoyo la escopeta junto a ella.

—Vaya, ¿y qué delicia es esa? —pregunto mientras recorro el *hogan* en sentido horario.

—*¡Gohwéédh!* —Despliega una sonrisa pícara y la cara marrón oscuro se le ilumina cuando levanta una lata que contiene la sustancia más bella de la Tierra: café.

—¿Y dónde lo has conseguido? —pregunto un tanto admirada. El café es caro y difícil de encontrar. Por suerte, crece en cotas altas. Las regiones que se hallaban a mil quinientos metros de altitud se salvaron del Agua Grande sin problema, pero eso no significa que las infraestructuras que se necesitan para transportar los valiosos granos permanecieran intactas. He oído hablar de los mejores cafés, de las variedades dulces de Etiopía y de los tipos terrosos de Indonesia, que se servían en establecimientos especiales dedicados en exclusiva a la degustación de esta bebida, pero ahora todo eso ha desaparecido, junto con la posibilidad de acceder a los países exóticos de donde procedía. En la actualidad, el café crece en los pasos de montaña de Aztlán, si es que llega a brotar.

Minutos más tarde, el agua hierve en un cazo puesto al fuego. Tah vierte un par de cucharadas bien cargadas de café molido directamente en el cazo. Es muy generoso al compartir una porción así conmigo. El aroma se apropia de mis sentidos y estoy a punto de desmayarme. Ya no recuerdo la última vez que bebí café. A decir verdad, suelo apañarme con una taza del té navajo silvestre que crece en mi jardín. Cuando me tiende una taza de hojalata llena del espeso caldo negro, no espero a que se enfríe para tomar un sorbo. Me abraso, pero así es como mejor sabe.

Tah, que tiene otro cazo en la lumbre, extrae de este dos enormes porciones de *tóschíín* que echa en sendos cuencos. Las gachas son tan espesas y gelatinosas que mantienen de pie la cuchara cuando Tah la coloca en medio. Cuando voy a cogerla, el abuelo me para la mano.

—¡Espera, espera! —Con una risa sofocada y un bailecito ridículo, estira la mano hacia uno de los armarios de la cocina y saca otra sorpresa: azúcar. Hacía años que no veía ni un grano de azúcar. Miel de salvia, la que quieras, pero ¿el clásico azúcar de caña de antes del Agua Grande? —Me lo quedo mirando

boquiabierta.

Se ríe.

—Cierra la boca o te comerás todas las moscas, Maggie —me avisa con una sonrisa jovial—. ¿Quieres azúcar también en el café?

¿Lo quiero? No lo sé. No recuerdo cómo sabe el café edulcorado.

—Solo en las gachas —respondo para curarme en salud. El café está tan rico que prefiero no arriesgarme a estropearlo con el azúcar.

Tah vuelca una cucharada espléndida sobre la papilla de maíz azul, que yo remuevo y pruebo enseguida. El azúcar se me deshace en la lengua con tal dulzura que me duelen los dientes, el complemento perfecto para el sabor a cereal del maíz. Es maravilloso.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—Me lo han regalado.

—Pues es un señor regalo. ¿Y quién es ese amigo?

—No fue un amigo, fue un pariente. Mi nieto.

Ah, el invitado misterioso.

—Ha venido del Burque. —Cuando él lo pronuncia suena como «Buúurquei», con una u larga y ondulada. Conozco el lugar. Es una ciudad a unos ciento cincuenta kilómetros al este del Muro. Era la ciudad de Albuquerque antes de los disturbios, pero hoy solo es la sombra de lo que un día fue. Y, a ciudad rota, nombre roto. Parece lo justo. Dicen que es un mal sitio, un territorio violento, sometido a las guerras raciales y a los barones del agua. Que hay muchos problemas con los refugiados.

Me llevo otra cucharada a la boca. Le doy un trago al café y después empezamos a desayunar. Solo se oye el ruido de las cucharas al arañar los cuencos y algún que otro sorbo cuando nos llevamos la taza a los labios. Por primera vez en mucho tiempo, me relajo. El *hogan* es cómodo y acogedor, y el café está caliente y tiene un sabor terroso. Por un momento, me olvido de los monstruos, de las niñas muertas y de las caravanas solitarias, y todo es perfecto.

—Y, dime, ¿has hablado con Neizghání? —me pregunta Tah.

La perfección se hace añicos. Dejo a un lado la cuchara, de pronto sin hambre.

—Neizghání se marchó. ¿No te acuerdas?

Tah resopla.

—Qué terquedad. La de los dos. Imaginaba que podría haber vuelto.

El azúcar y la cafeína me han llegado demasiado rápido al

torrente sanguíneo, y ahora me tiemblan las manos. Las cierro en torno a la taza y me fijo en la mesa donde nos hemos sentado. Me quedo mirando la formica barata de bordes descascarillados mientras pienso qué responder. No se me ocurre nada profundo, así que me limito a los hechos.

—Ya hace casi un año, Tah. No creo que vaya a volver.

—¿Que no va a volver? —Articula un ruido gutural para expresar su incredulidad—. A mí ni se me ocurriría pensar algo así. Y decir eso de Neizghání. Es una leyenda. Un héroe. Te salvó la vida cuando… —Se interrumpe.

Golpeteo el borde de la taza de café con el pulgar.

El abuelo apacigua su tono de voz, ahora abatido.

—Perdóname, hija *shí*. Sé que no te gusta rememorar aquella noche. —Da un suspiro y toma un sorbo de café—. Me gustaría que me permitieras elevar una oración por ti.

—No.

—No está bien, que te enfrentes a tanta muerte. La ceremonia adecuada podría servir para…

—Tah, por favor…

El abuelo no insiste.

—Quizá le ocurriera algo.

—¿Al legendario Cazador de Monstruos? Lo dudo.

—Pero ¿no dijo por qué…?

—Ya lo hemos hablado. —No pienso decirle a Tah lo que Neizghání me advirtió en Black Mesa. El abuelo todavía percibe algo bueno en mí, aunque al final mi mentor ya no lo viera, y ese tipo de fe no tiene precio.

—Sí, pero…

—Déjalo.

—Maggie.

—Tah. —No solemos discutir, pero estoy muy tensa. Agotada e inquieta, después de haber matado. Desde luego, soy la peor compañía pese a la hospitalidad de Tah, y empiezo a pensar que venir a verlo ha sido una mala idea. Sobre todo si se empeña en que hablemos de Neizghání.

Guarda silencio por un momento, hasta que al cabo dice:

—Debes tener en cuenta que Neizghání no es humano. Él no piensa como nosotros.

Resoplo. Eso es quedarse bastante corto.

La voz del abuelo suena amable cuando me pregunta:

—¿Me contarás algún día qué ocurrió en Black Mesa?

Cuando la taza empieza a tintinear entre mis manos, pongo la palma encima para silenciarla. El regusto dulce que conservaba en la lengua se ha vuelto amargo. Yergo la espalda para

apartarme de la mesa y niego secamente con la cabeza. La conversación se ha terminado.

Tah me observa con evidente curiosidad. Pero no me hace más preguntas.

—Demasiados secretos —lamenta—. Ni familia ni amigos, y ahora ¿tampoco te hablas con Neizghání? No tienes a nadie, Maggie.

No es que no quiera tener amigos, ni una familia. Claro que quiero. Lo quiero igual que lo quiere todo el mundo. Pero… es complicado. Neizghání era distinto. Era inmortal. Cuando estaba con él, nada me preocupaba. Pero ¿con otras personas? ¿Con humanos de carne y hueso? Prefiero no cargar con esa responsabilidad.

—Estoy bien —consigo decir—. Te tengo a ti, y también tengo a mis perros.

—Solo puedes hablar con este viejo, que ya no vivirá mucho más. ¿Qué harás después? La vida que llevas no te hace bien. Estás sola, no guardas relación con nadie. La costumbre *diné* es establecer relaciones, entre uno y sus parientes, y entre uno y el mundo. El modo de vida de los *diné* se rige por el *k'é*, el parentesco, de esta manera. —Entrelaza los dedos para unir las manos y extiende las palmas sin separar los dedos—. Pero tú vives al margen de todo. —Desune las manos y agita los dedos ahora libres—. Eso no es vida. —Guarda silencio y me mira a los ojos—. Aunque tengas perros.

No es la primera vez que mantenemos esta conversación, pero sin haber dormido, el mal humor que traigo y el no estar acostumbrada a la cafeína, hoy no me siento con ánimos de retomarla.

—¿Vas a ayudarme con lo que te he traído o hay que seguir cotilleando sobre Neizghání? —La pregunta suena más desabrida de lo que pretendía, por lo que intento sonreír para suavizarla, pero no puedo evitar que el gesto parezca forzado.

Tah me escruta con los ojos. Espero a que mire a otra parte, sin borrar de mi cara la sonrisa estúpida. Al cabo, el abuelo suspira y relaja los hombros.

—Será mejor que me enseñes lo que me has traído.

—¿De dónde ha salido esto?

Estamos de pie el uno frente al otro en torno a la mesa de la cocina, con una segunda taza de café en la mano, mirando la cabeza. Tah ha cubierto la mesa con un viejo mantel de plástico y yo he colocado la cabeza donde él me ha indicado. Hasta ahora no la había visto bajo una buena luz. Los rasgos del monstruo son simples y toscos, con sendas rajas por ojos y otro corte por boca,

como si la cara estuviera hecha de arcilla y las facciones las hubiera trazado un niño con un palo. La nariz prácticamente plana da la impresión de que alguien le hubiera sujetado el rostro contra una pared de granito para después apretárselo con todas sus fuerzas, y la piel que cuelga del cráneo es casi traslúcida, toda pulposa y llena de venas. La frente demasiado ancha y la mandíbula robusta y cuadrada le hacen parecer tan despiadado como lo era en vida. Tengo que silbar de puro asombro. Sí que era feo.

—Del este de Lukachukai, de las montañas —contesto—. Había raptado a una niña. Lo sorprendí en un campamento improvisado como a una hora ladera arriba, mordisqueando a la pequeña como si fuera su cena.

Tah deja de examinarlo por un momento y me mira.

—¿Mordisqueando?

—Sí. Le estaba destrozando la garganta, con los dientes.

El abuelo hurga con una vara en la boca, que se abre con sorprendente facilidad.

—Qué extraño —digo—. No hay *rigor mortis*. ¿No debería tener la mandíbula rígida?

—Fíjate en esto, Maggie. —Me hace señas para que me acerque y señala los dientes del monstruo con la vara. Me inclino sobre ellos. Todos son igual de rectos y planos, como los de las dentaduras postizas de madera que se hacían antes—. No tiene incisivos ni caninos. Parece una boca llena de muelas.

—Qué raro, porque está claro que era carnívoro. ¿No debería tener dientes puntiagudos? —Desde luego, esto explica por qué solo estaba royendo el cuerpo de la niña, comiéndosela tan despacio. Y por qué no pudo traspasar el cuero de mi chaqueta.

—Tampoco se observan caries.

—¿Eso tiene alguna importancia?

—¿Un animal adulto sin caries? —El abuelo menea la cabeza —. No se ven todos los días.

—¿Qué quieres decir?

—Todavía nada. —Deja que la boca se cierre y se gira hacia la estantería que hay tras él. Coge un serrucho y unas pinzas largas —. Veamos qué hay dentro.

Doy una vuelta por la sala mientras él trabaja en el cráneo. No es que sea escrupulosa. Bueno, tal vez un poco. Quiero decir, sí, le cercené la cabeza a esta cosa, pero fue por la intensidad del momento. Por alguna razón, me cuesta más oír como el serrucho se abre paso a través del hueso a plena luz del día mientras degusto mi preciado café de Aztlán.

—Mira —me llama Tah.

Regreso a la mesa.

—¿Qué tengo que buscar?

—Encogimientos. Anomalías. Enfermedades.

Me fijo bien, aunque me siento un poco boba. Yo no sé nada de cerebros. Cuando veo uno, suele estar despedazado, desparramado por el suelo o escurriéndose por una pared después de que le haya metido un escopetazo. Los sesos de esta cosa son como los de cualquier otra, a mi juicio.

—¿Me estoy perdiendo algo? —le pregunto al cabo a Tah.

—No. No hay nada que ver. Parece ser un cerebro normal.

—Esta cosa no era normal.

—Te creo.

—Y ya has visto esos dientes tan raros.

—Sí, sí —dice mientras se acerca al fregadero. Abre el grifo y se lava las manos con un poco de jabón de raíces—. No hace falta que me convenzas.

—No pretendo convencerte de nada.

Tah enarca las cejas pero, en lugar de decir nada, vuelve a girarse hacia el fregadero y se sirve un vaso de agua. Resuello con fastidio. A veces, hablar con este viejo es como venir a confesarte. Hace que me sienta culpable aunque no haya hecho nada malo.

Extiende la mano para invitarme a tomar asiento, acerca la silla que hay frente a mí y se sienta despacio. Se toma un momento antes de hablar.

—Cuéntame qué viste. Allí, en el bosque. Cuéntame qué hizo esta criatura.

—Ya te lo he dicho. Estaba intentando comerse a una niña. Le disparé en el corazón. Fue un tiro limpio que debería haberla matado. Le metí otro disparo que le arrancó el hombro, pero seguía sin caer. Al final fue una lucha a cuchillo. Gané yo.

—¿Te dijo algo?

—¿Que si me dijo algo? La verdad es que no nos dio tiempo a entablar conversación.

—Me refiero a que si empleó alguna palabra.

Repaso mentalmente el enfrentamiento, sin caer en nada en especial.

—No lo recuerdo. No, creo que no.

Tah le da un sorbo al agua, con la mirada perdida en el infinito.

—Habla, Tah.

—Sospecho que es… muy mal asunto.

—Ya. Yo también. Pero ¿qué tal si me dices por qué?

—¿Por qué eligió la garganta, Maggie? ¿Por qué no el

corazón, o el estómago?

—No tiene sentido.

—Aunque sí que podría haber una razón, algo que el monstruo quería.

—Como ¿qué?

Tah exhala con pesadez.

—No lo sé. Ninguna de las historias que conozco hablan de monstruos que le roen la garganta a la gente.

—¿Crees que podría haber más?

—¿Más monstruos? —Encoge sus hombros estrechos. Se levanta y se queda parado junto a la mesa un momento. Después, vuelve a sentarse—. No sabría decirte, pero esta criatura… Sospecho que no nació, sino que fue creada. Por algo muy poderoso.

—¿Creada? —Siento como si las paredes de la sala rielaran, como si se hubieran transformado en una niebla insustancial. Me gustaría echarle la culpa a la cafeína, pero sé que una súbita puñalada de miedo me ha provocado un mareo.

El abuelo me mira con sus ojos arrugados y afables. Tiene una mano apoyada en la mesa. Con la otra rodea laxamente la vieja taza azul de hojalata. El voluminoso anillo de plata que lleva en el dedo corazón despide destellos débiles bajo la luz artificial.

—Esto no te va a gustar.

—No me ha gustado en ningún momento, y me estás poniendo nerviosa.

—No puedo decirte gran cosa sobre este monstruo, pero sé que necesita la carne humana. Aunque no para alimentarse. Creo que busca algo. Como te he dicho, algo que le falta. Y algo así solo puede suceder si alguien lo hizo, si le dio forma con una mala curación.

—Brujería. —La voz me sale casi inaudible, entrecortada—. Lo sé. Lo olí en el monstruo.

Los brujos *diné* son poderosos, hombres y mujeres que le venden su alma a la magia oscura, que adoptan la forma de las criaturas de la noche para desplazarse al amparo de la negrura, que lucen las joyas que han afanado de las tumbas recién excavadas. Fue un brujo quien dirigía a la manada de monstruos que me atacó la noche en que conocí a Neizghání, cuya crueldad sigue obsesionándome aún hoy. ¿Voy a ir y arriesgarme a despertar algo así? Ahora la bondad que veo en los ojos de Tah tiene más sentido que nunca.

—No es mi problema, lo siento —mascullo entre dientes—. Hice un trabajo y me pagaron por ello. Si ahora corro al encuentro de ese brujo o lo que sea, nadie va a pagarme nada.

—Has acudido a mí por algún motivo, Maggie —dice Tah con voz queda—. Sé que llevas meses sola en tu caravana, esperando a Neizghání. Pero quizá sea hora de que sigas adelante sin él.

—No sé, Tah. Cuento con los poderes de mis clanes, eso es cierto, pero yo no soy Neizghání. Yo no soy inmortal. Si me enfrentara a ese brujo, estaría tan muerta como cualquier otro. Y ahora mismo no me apetece morir. —Puesto que el abuelo no dice nada, le suelto lo que de verdad me preocupa—. Canibalismo. Brujería. Resulta demasiado familiar, ¿no te parece? —Quizá prefiera no hablarle de la noche en que conocí a Neizghání, pero a grandes rasgos ya sabe lo que sucedió.

—¿Tienes miedo?

—Joder, pues claro. —Echo la silla hacia atrás—. Sería muy imbécil si no lo tuviera, si debo meterme en esto yo sola.

—No tienes por qué hacerlo sola —replica él con entusiasmo —. Sé de alguien que podría aportarte la mejor compañía.

Capítulo 5

—¿Tu nieto? —Intento no parecer demasiado atónita.

Tah asiente enérgicamente.

—Lleva aquí desde finales de verano, para aprender la Curación. Se le dan muy bien las oraciones, nunca se le olvida una letra. También los rezos protectores. La sanación.

¿Finales de verano? Si ya es noviembre… ¿Tanto tiempo hacía que no venía a ver a Tah? ¿En qué lugar me deja eso cuando ni me había dado cuenta?

—¿Tu nieto ha cazado ya algún monstruo?

Tah menea la cabeza.

—Pero sus oraciones son eficaces, y tiene buena memoria. Además, es inteligente. Muy inteligente.

—¿Y es del Burque?

—Del Burque —confirma.

—¿Y qué hace en Dinétah?

—Aprender, ya te lo he dicho. —Se inclina hacia mí como si fuera a confiarme un secreto. También yo me inclino hacia él—. Va a recuperar las antiguas costumbres. Las Maneras del Clima. Ayúdanos. Ayuda a los *diné*. Puede que así ayudes a todo el mundo.

—¿Las Maneras del Clima?

—Para invocar a la lluvia. Para acabar con esta sequía. Quizá incluso para retirar el Agua Grande de la tierra.

Me parece apuntar demasiado alto. ¿Y la broma del Agua Grande? El resto del mundo ha quedado sumergido, pero Dinétah agoniza presa de la peor sequía de la historia.

—¿Y crees que tu nieto podría hacer algo así?

Nunca había oído hablar de nada semejante, aparte de la estereotipada danza india de la lluvia. Pero Tah no se refiere a aquellos espectáculos que se organizaban para los turistas en el pasado, sino a la manipulación de un poder real. Al proceso de crear vida y conservarla. De controlar las fuerzas de la naturaleza. Un hormigueo me recorre el cuero cabelludo y me rasco la cabeza con aire pensativo.

—Suena genial, Tah, pero ¿cómo va a ayudarme todo eso a darle caza al monstruo?

—Tiene tu edad. Es un hombre joven y bueno.

—Y bueno —repito. Y entonces ato cabos: el sermoncito sobre

lo sola que estoy, las preguntas sobre Neizghání—. ¿No me estarás tendiendo una trampa? —Creía que el viejo quería buscarme un compañero para ayudarme a acabar con los monstruos, pero más bien parece que lo que de verdad le interesa es hacer de casamentero.

Ni siquiera se sonroja.

—Os haríais mucho bien el uno al otro.

Suelto una risotada, quizá más estrepitosa de lo imprescindible, pero la idea es ridícula. Yo le hablo de enfrentarme a los monstruos y a Tah lo que le preocupa es mi vida sentimental.

Me mira con el ceño fruncido. Cree que me estoy riendo de él, pero no es eso en absoluto. Lo intento de otra manera.

—Dices que es curandero, ¿no?

—De los buenos. Curación Grande.

—Vale, Curación Grande. Bueno, pues entonces no le conviene acercarse a mí. Conmigo solo puede aprender a matar.

Tah gruñe.

—Si pretendes acabar con ese brujo, una escopeta no te servirá de nada. Necesitarás una curación fuerte, y mi nieto puede ofrecértela.

Vale, puede que no esté hablando solo de mi vida sentimental. Y lleva razón, no me entusiasma la idea de luchar contra un brujo lo bastante poderoso para crear monstruos sin contar con cierta capacidad de recuperarme.

—Puede que lo mejor sea olvidarme de darle caza a ese brujo.

—Conócelo primero, Maggie.

—Está bien. —Levanto las manos en señal de resignación—. Te haré caso. ¿Dónde está?

Ambos miramos el sofá vacío, donde no ha dormido nadie. Extiendo las palmas de las manos para enfatizar mi advertencia:

—No pienso quedarme a esperarlo.

—¿Esperar a quién? —pregunta alguien a nuestra espalda. Una silueta recortada por la luz del sol matutino aparece en la entrada.

El desconocido está echado contra la jamba, con las manos recogidas despreocupadamente en los bolsillos de los pantalones. Unas gafas de sol especulares de color azul ocultan sus ojos, y las sombras impiden que le vea bien la cara. Es delgado y de estatura normal, un par de centímetros más bajo que el metro ochenta que mido yo. Y sí que debe de tener mi edad, año arriba año abajo.

—¿Quién eres tú? —pregunto, deslizando la mano en un gesto instintivo hacia el Böker que llevo asegurado en la cintura, con

los ojos entornados para protegerme de la luz.

Tah se levanta.

—Este es mi nieto —exclama—. ¡Curación Grande!

Capítulo 6

Resulta que, en realidad, el nieto de Tah se llama Kai, no Curación Grande, y enseguida queda muy claro que Kai y yo no vamos a ser la parejita feliz que Tah fabulaba.

Quizá sea por su ropa. Una camisa morada metida por dentro de unos pantalones aturquesados, con la raya todavía marcada, y una corbata plateada a rayas. Zapatos de vestir también plateados, algo tan infrecuente en la reserva como unos zapatitos de cristal, y lustrados a la perfección, pese al ineludible polvo rojizo que lo tiñe todo. Y esas gafas de aviador azules y reflectantes como espejos, que deben de costar tanto como mi camioneta cuando era nueva.

Quizá sea por su cara. Es guapo. No, más que guapo. Tendría guapura como de actor o de miembro de una banda musical de chicos, si aún hubiera actores y bandas musicales de chicos. El pelo perfecto, despeinado con habilidad, y lo bastante denso y moreno para despedir reflejos azulados a juego con las gafas de diseño y los zapatos de pasarela. La tersa tez acanelada que me recuerda las marcas que el acné me dejó de recuerdo en las mejillas.

O quizá no sea tanto por el aspecto de petimetre ni por el traje extravagante, sino más bien por el hecho de que haya vuelto a casa de Tah a las ocho menos cuarto de la mañana, sin duda después de haber pasado toda la noche fuera. Y aunque no parezca haber estado de fiesta (demuestra tener el pulso perfectamente firme cuando se echa un poco de leche de oveja en el café), sí que despide un ligero tufo a humo, a bebida y a sudor. No llega a ser desagradable, pero me juego el cuello a que mientras yo me pateaba el monte cazando monstruos, Kai estaba de juerga con sus amigos e intentando ligarse a alguna chica del pueblo.

Le tengo mucho respeto a Tah, muchísimo, pero es imposible que Kai pueda ayudarme a cazar a los monstruos.

—¿Dices que te llamas Maggie? —me pregunta Kai mientras remueve el café con leche con una mano en la que lleva al menos tres dedos adornados con unos relucientes anillos. No puedo verle los ojos a través de los espejos de las gafas de sol, pero me da la impresión de que está mirándome. Evaluándome.

Me parece justo. Yo estoy haciendo lo mismo con él.

—Eso es.

—¿Y esto es tuyo? —Mira la cabeza de la criatura con el ceño un tanto fruncido, con más curiosidad que asco. Imaginaba que se mostraría más sorprendido; uno no se encuentra la testa de un monstruo en la mesa del desayuno todos los días, pero, y eso sí hay que reconocérselo, él parece tomárselo con bastante calma.

—Bueno, yo no lo diría así —respondo—, pero sí.

—Maggie caza monstruos —explica Tah orgulloso—. Fue aprendiza del mismísimo Naayéé' Neizghání. Le he hablado de ti. Le he dicho que podrías ayudarla a acabar con los monstruos.

Kai deja la mano quieta de pronto, arañando el fondo de la taza de café ruidosamente con la cucharilla. Frunce el ceño un poco más, hasta que unas arrugas mínimas le mancillan la piel inmaculada.

—¿Dices que caza monstruos?

—*¡Aoo'!* —afirma Tah con un entusiasmo que me abochorna, más que nada porque me va a odiar cuando le diga lo que estoy pensando.

—¿Podemos hablar? —le pregunto al abuelo en voz baja. Miro a Kai. Está haciendo rotar la cucharilla entre sus largos dedos mientras me observa—. ¿En privado?

—¿Mmm? Claro, claro. —Nos levantamos y le sonrío forzadamente a Kai a modo de disculpa mientras tomo a Tah del brazo con delicadeza para llevarlo al fondo del *hogan*.

—¿Qué ocurre? —me pregunta el abuelo.

—Lo siento, Tah, pero no me va a ser de mucha ayuda. —Nos encontramos en un rincón, no lo bastante apartados de Kai para que no pueda oírnos, pero sí lo suficiente para que yo no sienta que le estoy poniendo verde a la cara.

—¿Por qué no?

Me sonrojo, cada vez más incómoda. Miro de soslayo a Kai, que se ha echado la corbata al hombro y se ha inclinado sobre la mesa para toquetear la cabeza del monstruo con la cucharilla.

—Sé que me has dicho que era Curación Grande —comienzo, bajando la voz un poco más—, pero míralo. Esa ropa. Ese pelo. Por favor.

Tah menea la cabeza.

—Te has hecho una idea equivocada, Maggie.

Cuando Kai carraspea, nos giramos.

—No sé de qué estáis hablando exactamente, pero estaría encantado de echar una mano.

—Gracias, no hace falta —respondo.

Tah da un suspiro profundo.

—Al menos, cuéntale lo que sabemos del monstruo. Mi nieto

es muy inteligente. Quizá pueda decirnos algo más.

—Seguro que tienes razón, Tah, pero creo que me las apañaré yo sola.

—No seas tozuda. Él puede ayudarte —insiste el abuelo.

Creo que esta conversación no lleva a ninguna parte, y está claro que Tah no piensa aceptar un no por respuesta. No tengo nada contra Kai, de verdad, pero tendré que expresarme con más franqueza si quiero que Tah me entienda.

—Verás, comprendo que sea tu nieto, y, vale, quizá esté aprendiendo un par de canciones curativas o como se llamen, pero es burqueño, Tah. ¿En serio esperas que salga a cazar monstruos así vestido? No te ofendas, pero no distinguiría a un monstruo ni aunque le mordiera el…

—¿Te refieres a este *tsé naayéé'*?

Guardo silencio de pronto y me giro boquiabierta.

—¿Qué?

—Es un *tsé naayéé'*. Bueno, algo parecido. —Se quita las gafas de sol, las pliega y las deja con cuidado en la mesa—. Una criatura formada a partir de una mezcla de carne y alguna otra sustancia orgánica. Madera, roca o incluso maíz. Pero carece del don del habla. No obstante, es probable que se necesitara un objeto sagrado muy poderoso para animarlo. Algunos tienen esa capacidad. Tal vez te interese empezar a investigar en la biblioteca de Crownpoint. Muchas de las historias de los ancianos constan en los archivos de audio que hay allí. Se me da bastante bien traducirlas. Quiero decir, para ser burqueño.

Acaricia con aire ausente el pelo áspero del monstruo. El pelo del cuero cabelludo que Tah retiró al practicarle la autopsia en la mesa de la cocina. Se lleva el café blanquecino a su boca perfecta y me mira de arriba abajo antes de darle un sorbo.

Me giro hacia Tah, que sonríe orgulloso. Si no lo conociera bien, diría que me ha tendido una trampa.

Capítulo 7

Tenemos la cabeza del monstruo, un cuarto de kilo de azúcar, dos latas de café, una botella de whisky que Kai insistió en traer y provisiones para una semana en la caja de la camioneta. Kai está dentro, diciéndole a Tah algo que, según él, exigía cierta privacidad, y yo estoy apoyada contra la puerta del conductor, esperando mientras miro como los habitantes de Tse Bonito van y vienen en tropel por la calle polvorienta. La temperatura ya ha empezado a subir, y la angostura y las construcciones de metal del pueblo acorralan el calor y lo obligan a subir otros diez desalentadores grados. Un hilo de sudor se me escurre por la espalda ahora que mi chaqueta de cuero parece absorber el sol.

De soslayo veo que alguien se acerca, dos hombres ataviados con un uniforme caqui y gafas de sol negras. Me giro con naturalidad a la vez que agacho la cabeza, y abro la puerta de la camioneta. Rezo porque no me hayan visto y pueda escabullirme.

—Vaya, vaya. Maggie Hoskie. Si se ha dignado visitar nuestra humilde pocilga.

Suspiro al saberme atrapada y me aparto de la camioneta. Cierro la puerta. Me giro con las manos relajadas a los costados e intento parecer inofensiva.

—Brazo Largo. —Saludo al Perro de la Ley de la izquierda con la cara abrasada por el viento y la mandíbula prieta—. Ya me iba.

—Porque eso fue lo que dijiste que era Tse Bonito la última vez que viniste, ¿verdad? Una pocilga. —Sonríe, pero el tono de su voz no revela rastro alguno de jocosidad. Aunque las malditas gafas de sol no me permiten verle los ojos, sé que son pequeños y viles.

El verdadero nombre de Brazo Largo es Chris Tsosie, pero todo el que le haya tocado las narices alguna vez lo llama Brazo Largo. Es el jefe de la Guardia y Vigilancia de la Ciudadanía, también llamada sencillamente GVC o, sobre todo, Perros de la Ley. Brazo Largo es el perro que domina la manada de matones con placa y, afortunada que soy, me encuentro muy arriba en su lista de maleantes de mierda. Si hay alguien con quien habría preferido no cruzarme en Tse Bonito, ese es Brazo Largo.

—A decir verdad, cuando dije aquello, me estaban disparando —le recuerdo.

Brazo Largo gruñe.

—Parece que cada vez que asomas por aquí, alguien quiere matarte.

—Esta vez no —señalo esperanzada.

—Queda mucho día por delante —dice chistoso. Se me acerca, pavoneándose a más no poder. Mis ojos brincan hacia la pistola que porta al cinto. Mantiene la mano apoyada en la culata. Mi escopeta está dentro, en la rejilla para las armas de la camioneta. Ahora me sería imposible cogerla, pero todavía llevo los puñales arrojadizos recogidos en las polainas y el Böker en la cadera. Aunque tal vez Brazo Largo solo quiera hablar. Tal vez.

Su compañero, apoyado contra el capó de la camioneta, nos observa. Algunos de los transeúntes nos miran con curiosidad, pero nadie se para a presenciar el inminente nuevo caso de brutalidad policial. Al menos, no todavía.

—¿A qué has venido, Hoskie? —me pregunta con voz cansina —. Creía haberte dejado claro que no eres bienvenida en Tse Bonito.

—Solo estaba de visita en casa de un amigo. Como te decía, ya me estaba yendo.

Se fija en los bultos que hay empaquetados en la caja de la camioneta. Le hace señas a su compañero.

—Echa un vistazo atrás.

—¡Bah, por favor! —protesto.

Chasquea los dedos a medio palmo de mi cara.

—Cierra el pico o te detengo por alterar el orden público.

Quiero maldecir al mezquino pedazo de mierda, pero guardo silencio. Nada le gustaría más que tener cualquier excusa para meterme en el calabozo y dejarme encerrada unos cuantos días. Sería una estupidez por mi parte darle un motivo, así que hago el gesto de sellarme los labios. Lo que no consigo es ocultar mi mirada desafiante.

Brazo Largo alarga la mano y me da una palmada en el hombro, con fuerza. Es el mismo que el monstruo intentó machacarme con la boca, y aún me duele lo bastante para que el contacto me haga estremecerme. Brazo Largo sonríe y entorna los ojos, como si hubiera dado con un punto débil del que podría aprovecharse. Da otro paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal. Intimidándome a propósito de forma tácita.

Me pongo tensa, y entonces lo siento. Siento como K'aahanáanii emerge. En respuesta, todos mis sentidos se aguzan, y la veo, la forma más rápida de matar a los Perros de la Ley.

Lo haría así: le doy un puñetazo en la garganta, y cuando jadee y se lleve la mano al cuello instintivamente, desenfundo la pistola. Le giro el cuerpo para cubrirme con él a la vez que

levanto el arma para liquidar al compañero, que reacciona demasiado tarde para ver la bala que le meto en el entrecejo. Pim, pam, y le pongo el cañón en la sien a Brazo Largo, al que también le reviento la cabeza. Cuatro segundos, a lo sumo, y los dos tiesos. La mera idea me saca una sonrisa.

Brazo Largo debe de haber atisbado algo en mi expresión, un cierto destello en mis ojos, que le advierte que se está adentrando en un terreno más peligroso de lo que imaginaba. En un momento dado, reparo en que unas gotas de sudor le abrillantan el labio superior, y como a cámara lenta, lo veo retirárselas con la lengua, indeciso de pronto.

En ese instante, su compañero lo avisa:

—¡Hostia puta, aquí atrás hay una cabeza humana!

Brazo Largo me mira con los ojos como platos. Después sonríe, sus temores disipados con el resurgir de su superioridad moral, y se aparta aprisa de mí.

—¿Cómo dices?

—¡Una cabeza!

Sin dejar de vigilarme, se acerca a ver la bolsa que su compañero sostiene abierta. Momentos después, se gira hacia mí, todo altivo de nuevo.

—Espero que me lo cuentes todo, Hoskie.

—No es humana.

—Y una mierda —resopla.

Brazo Largo sabe cómo me gano la vida, así que ignoro por qué siente la necesidad de fingir otra cosa. Sin embargo, es lo que ha decidido, y ahora, con la cabeza como prueba de mi supuesta perversidad, tengo su cara pegada a la mía. El aliento le huele a huevos podridos calientes.

—A quién has matado ahora, ¿eh? ¿A algún desgraciado que tuvo la mala idea de invitarte a una copa? Joder, seguro que esa fue la suerte que corrió aquel heroico socio tuyo. Una noche intentó revolcarse contigo, pero tú le arrancaste la cabeza y ahora la llevas de aquí para allá metida en un saco.

¿Revolcarse? ¿De dónde se ha sacado eso?

—Cazo monstruos —le recuerdo sin alterarme—. Protejo a la gente cuando vosotros, los Perros de la Ley, os negáis a mover un dedo.

Brazo Largo ríe con desdén, pero sé que le he dado donde le duele.

—Sigue repitiendo esa mentira, Hoskie, y puede que algún día consigas creértela. Todo el mundo sabe que escondes algo, que eres un bicho raro. —Se inclina hacia mí y me susurra en un tono íntimo—: Quizá no deberías andar cazando monstruos. Quizá

alguien debería cazarte a ti. Mientras antes lo admitas, antes podré acabar contigo para ahorrarle la molestia a otro.

Sé que debo ignorar sus provocaciones, pero K'aahanáanii empieza a ofenderse y bajo la mano despacio, con naturalidad, hacia el cuchillo. Con una sonrisa, yo también le susurro, con la delicadeza de una amante, al oído:

—¿Por qué no hoy, Chris? ¿Por qué no lo intentas hoy?

Oigo los latidos de su corazón. Huelo el tufo agrio de su miedo. Paladeo la sensación de ser yo la depredadora y él la presa. Cierro los ojos y la aspiro, embriagadora y excitante.

Oigo una tos ruidosa a mi derecha. Con eso basta para aliviar la tensión. Brazo Largo parpadea. Exhala el aliento que se le había cortado y se aparta de mí y mi promesa de violencia.

Me giro con fastidio y veo a Kai observándonos. Pese a su sonrisa amigable, su mirada se adivina desconfiada, cauta, como si se acercara a un animal silvestre. Y no sé si ese recelo se debe a Brazo Largo o a mí.

—Es hora de ponerse en marcha, Maggie —dice—. Hay que ir a Crownpoint.

Exhalo el K'aahanáanii, súbitamente de regreso en mi cuerpo, en mi cabeza. Ha faltado poco. Y ha sido una estupidez. Podría haber hecho algo que me habría puesto en el punto de mira de las autoridades, me dedique a cazar monstruos o no.

—¿Quién coño eres tú? —resopla Brazo Largo—. ¿La nueva novia de Hoskie?

Kai frunce el ceño, confundido.

—A Brazo Largo le pareces muy guapo —le explico.

El gesto de Kai me indica que ya ha entendido el conato de insulto del Perro de la Ley. Para alguien como Brazo Largo no existe mayor ofensa que el que te llamen mujer. Pero a Kai no parece importarle. Sonríe y le tiende la mano a Brazo Largo.

—Me llamo…

—¡Atrás! —Brazo Largo desenfunda la pistola y apunta a Kai. Y así, la situación pasa de presentarse complicada a terminar de joderse.

Sigue un momento de caos, en el que el tiempo se ralentiza y se acelera al mismo tiempo.

Tengo la mano en el Böker.

Oigo como el compañero de Brazo Largo, todavía subido a la caja de la camioneta, se revuelve para sacar su arma.

Y parece que al final hoy no saldré de Tse Bonito sin que alguien intente matarme.

—No pretendía… —empieza a decir Kai.

—¡He dicho que atrás y manos arriba! —grita Brazo Largo.

Parece fuera de sí, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

Kai, con exagerada parsimonia, levanta las manos y da una zancada hacia el *hogan* para apartarse de Brazo Largo.

—Te estás equi… —intervengo, pero Brazo Largo me interrumpe volviéndose de pronto y apuntándome a mí ahora.

—Será mejor que me expliquéis por qué hay un cadáver en la camioneta, y rápido, porque, si no, os meteré entre rejas y estaré encantado de daros de hostias como a una piñata hasta que vomitéis la verdad como si fuera una puta lluvia de caramelos.

El tipo es de verbo elocuente, no lo negaré. Pero ahora la cabeza es un cuerpo completo, y sé que de ninguna manera saldremos de esta sin que alguien resulte herido.

Kai le responde primero.

—Si fuera tan amable de apartar el arma, agente, podríamos hablar. Se lo explicaré todo con mucho gusto. —Cuando lo miro extrañada, me sonríe de oreja a oreja. Y hasta me guiña un ojo.

Brazo Largo mantiene la pistola en alto, pero en lugar de acercarse a Kai para obligarlo a callarse, como yo imaginaba que haría, decide escucharlo.

—Brazo Largo, ¿verdad? —prosigue Kai—. ¿El auténtico Brazo Largo? Es muy famoso en el Burque.

—¿De qué hablas? —inquiere Brazo Largo con suspicacia.

—El Brazo Largo de la Ley. La Ley y el Orden de Dinétah. El cacique de la familia Urioste habla maravillas de usted.

Brazo Largo parpadea varias veces, confundido, pero obviamente halagado.

—¿La familia Urioste?

Dudo que Brazo Largo sepa quiénes son los Urioste. Joder, yo tampoco lo sé, pero el nombre suena imponente en los labios de Kai. Suena a importante. Brazo Largo yergue el cuerpo un tanto e infla el pecho como un urogallo.

Kai asiente, como si Brazo Largo y él estuvieran en una cena de celebración y no hubiera ninguna pistola apuntándole a la cara, y continúa hablando con una voz suave como la grasa caliente.

—Mi padre trabaja para el cacique del Burque. Se llama Juan Cruz. He oído muchas historias sobre usted.

No sé de qué habla, y Tah nunca ha dicho que tenga una familia política de renombre en el Burque, pero Brazo Largo se serena al oírlo. No, más bien, es la mera presencia de Kai lo que parece tranquilizar al Perro de la Ley. Le dedica una larga mirada valorativa al nieto de Tah, que permanece inmóvil, con el semblante candoroso. Con la corbata bien puesta. Con los zapatos lustrados. Todo encanto. Y, quién se lo iba a imaginar, el Perro

de la Ley retira la pistola. No me giro para comprobarlo, pero percibo que su compañero también se relaja.

Kai baja las manos y sigue hablando:

—Me alegro mucho de que nos hayamos conocido. Le aseguro que se lo contaré a todos cuando vuelva a casa.

Le tiende la mano con la palma abierta.

Brazo Largo gruñe. Puedo ver como sale humo de su cabeza hueca al preguntarse en qué círculos se moverá Kai fuera de Dinétah, y en qué medida podrían afectarle a él. Quizá el Muro nos mantenga a salvo dentro, pero eso no significa que los del otro lado no tengan ninguna ventaja, como el azúcar, el café o las gafas de sol más a la moda.

Al cabo, el Perro de la Ley asiente con brusquedad, enfunda la pistola y alarga el brazo para estrecharle la mano.

Hijo de puta.

—Lárgate de mi pueblo, Hoskie —masculla al tiempo que se aparta para dejar pasar a Kai—. Largaos los dos. Si vuelvo a veros por aquí, iréis derechos al calabozo.

Por mí, bien.

Su compañero baja de la camioneta de un salto.

—¿Y la cabeza?

Brazo Largo agita la mano para que lo deje estar y farfulla algo que no oigo bien.

Kai musita un «gracias» y yo no pierdo un segundo. Abro la puerta del conductor y me monto. Introduzco la llave en el contacto. Kai ocupa el asiento del acompañante al tiempo que el motor resucita con un rugido. Meto primera y salgo.

La calle está atestada de viandantes, pero me abro paso entre ellos poco a poco, tirando de bocina cada dos por tres para que se aparten. Los incontables baches de la carretera no dejan de zarandear el habitáculo. Kai no se suelta del asidero del techo hasta que no llego a la autopista. En cuanto dispongo del espacio necesario, piso a fondo. Contengo la respiración hasta que Tse Bonito desaparece del retrovisor.

Kai me observa con los ojos entornados en un gesto meditabundo.

—¿Qué? —digo. Todavía estoy nerviosa, alterada después de la pelea con el monstruo, del enfrentamiento con Brazo Largo, de todo. Cuando rodeo el volante con los dedos, tengo que obligarme a sujetarlo con menos fuerza. Estoy tensa y enfadada, pero nada de eso es culpa de Kai. Ha evitado que me viera envuelta en un tiroteo y solo por eso le debo una. Además, sin necesidad de que nadie fuera arrestado ni recibiera un balazo o una puñalada. Algo así es admirable, de modo que lo menos que

puedo hacer es cambiar de actitud e intentar resultar simpática.

—Has estado muy bien —digo antes de mirarlo. Él me observa, expectante, con pinta de no tener ninguna intención de ponérmelo fácil. Lo intento de nuevo.

—Supongo que nos ha venido bien que tu padre sea un cacique o algo así. Nos ha ayudado mucho. Con Brazo Largo. —Ea. Propuesta de paz hecha.

Pero ahora se ha girado y está mirando por la ventanilla, viendo como las paredes blancas de la mesa comienzan a volverse rojas y el paisaje de chamizas dispersas queda atrás.

—Mi padre no conoce al cacique de los Urioste —confiesa con aire ausente—. Mi padre es profesor de universidad. O lo era antes del Agua Grande.

Frunzo el ceño e intento recordar lo que le dijo a Brazo Largo.

—Creía que habías dicho que trabajaba para la familia Urioste.

—Y así es, solo que excavando zanjas o realizando cualquier otra tarea que le asignen. Hoy en día los profesores de universidad no están muy solicitados.

—¿No es Juan Cruz, amigo de no sé qué famoso?

—Hay un Juan Cruz que trabaja para el cacique, pero no es mi padre. Yo me apellido Arviso.

—¿Arviso? Entonces… ¿era mentira?

Me mira de arriba abajo y despliega una sonrisa fugaz.

—Claro. El Perro de la Ley ese no quería oír la verdad. Quería una buena historia, y eso es lo que le di. No, en serio, ¿«La Ley y el Orden de Dinétah»? ¿Quién iba a decir semejante bobada? Me lo inventé.

No sé si impresionarme por las pelotas que le ha echado o si cabrearme por lo que podría haberle sucedido.

—Aunque Juan sí que tiene un hijo —prosigue—. Un buen tipo, Álvaro Cruz. Hemos salido juntos de fiesta, nos hemos metido en esas galas tan ostentosas que organizan los Urioste en las montañas. Nos comíamos su caviar y nos bebíamos su champán. —Sonríe, sumido en sus recuerdos por un momento. Después me da una palmada en el hombro, el mismo que me atenazó el monstruo. Me estremezco, pero él no parece darse cuenta—. Tampoco pasa nada por decir «gracias» —continúa—. Ha sido un placer echarte un cable. Quiero decir, ese tipo parecía un auténtico gilipollas. Supuse que te iría bien un poco de ayuda, antes de que le clavaras un puñal, al menos.

Cuando gruño, él se ríe. Tiene una risa agradable, suena clara y sincera, pero no termina de encajarme que haya mentido.

—Por cierto —dice mientras se saca del bolsillo de la camisa

las gafas de aviador y se las pone—, tenías la botella de whisky en la parte de atrás, ¿verdad? ¿Qué te parece si hacemos una paradita dentro de un rato? No me vendría mal un trago.

Capítulo 8

Pocos kilómetros después de haber dejado atrás Fort Defiance, piso el freno.

En ese momento, a unos tres metros de nosotros, un coyote cruza la carretera. Se para y gira la cabeza en nuestra dirección. Tiene el hocico pardo y veteado de gris, y las patas largas y finas. Nos mira detenidamente con unos destellantes ojos amarillos antes de alejarse brincando hacia los arbustos y desaparecer arroyo abajo.

—Mala señal —digo.

—¿El qué? —pregunta Kai.

—Cuando un coyote se cruza en tu camino. Trae mala suerte, te lo aseguro. A veces, anuncia algo peor.

Kai asiente pensativo, como sopesando mis temores. Puede que no me crea, viniendo como viene de la ciudad. Piensa que son supersticiones, pese a sus conocimientos de curación. Pero entonces dice:

—¿Deberíamos dar media vuelta? ¿Volver y buscar otra ruta?

Miro el sol por la ventanilla. No es ninguna broma cruzarse con un coyote, pero no parece que tengamos muchas opciones.

—No, perderíamos demasiado tiempo si diéramos un rodeo ahora. Pero… —Llevo la camioneta hasta el arcén y apago el motor— este sería un buen momento para probar ese whisky.

Kai me mira cuando bajo y me dirijo a la puerta trasera. La descuelgo y subo a la caja. Encuentro la botella de whisky guardada entre unas mantas viejas y la saco. De pie en medio de la caja, desenrosco el tapón y la levanto a modo de brindis. Me la llevo a los labios y tomo un trago. El licor ambarino me abrasa la garganta. Se la paso a Kai.

Ha salido de la camioneta y tiene los antebrazos cruzados sobre el costado de la caja, desde donde me mira. Según asciende, el sol juguetea con las puntas suaves de su pelo, encendiendo lenguas de llamas azuladas alrededor de su cara y haciendo destellar las franjas plateadas de la corbata. Kai me escruta durante largo rato, acaso intentando determinar qué estoy pensando, hasta que al cabo estira el brazo para coger la botella. La levanta y toma un trago largo y pausado. Y después otro.

—¿Sales mucho de fiesta? —le pregunto.

Baja la botella, ladea la cabeza y se pone la mano a modo de visera.

—No irás a sermonearme sobre los riesgos que el alcohol entraña para los indios, ¿no? A decirme que soy una especie de estereotipo anticuado.

—Es solo que imaginaba que te iría más el champán.

Kai parpadea y suelta una risita.

—¿Me estabas haciendo caso?

—Claro, aunque no dijeras más que idioteces.

Se ríe mientras bajo de la camioneta de un salto y cierro la puerta de la caja. Me acerco a él y cojo la botella.

—Yo nunca lo he probado. En la reserva no es que se beba champán todos los días. Tenía quince años cuando vino el Agua Grande. Creo que para entonces ya había probado la Coors a escondidas. Es el champán de las cervezas, así que algo es algo, ¿no? —Sonrío al hacer la broma. Abro el depósito de combustible, encajo el tamiz que tengo en la mano y vierto el whisky dentro. Miramos como la botella se vacía poco a poco y el depósito se rellena.

Kai da un suspiro teatral.

—Lo superarás.

—Lo dudo. —Se frota la boca como si intentara volver a percibir el sabor en los labios—. Así que la camioneta funciona a base de licor.

—Funciona casi con cualquier cosa que le eche.

—Creía que en Dinétah había combustibles fósiles de sobra.

—Es lo que se rumorea, pero el Consejo Tribal controla la gasolina, que se vende mejor en Nueva Denver o el RME, y en algunos otros sitios que quedaron diezmados después de las Guerras por la Energía. Allí vale más que aquí, así que se la envían a los que están dispuestos a pagar por ella.

—¿Qué es el RME?

—El Reino de los Mormones Exaltados. ¿Nunca habías oído hablar de él? Podría decirse que abarca cuanto hay al oeste de Nueva Denver, más la región de Arizona que no pertenece a Dinétah. Dicen que es digno de ver.

—¿El RME?

—Bueno, también, pero me refería sobre todo al lago Powell, donde se concentran las refinerías. Trescientos kilómetros al oeste, cerca de la cara oeste del Muro. Dicen que funcionan día y noche, y que los agentes tribales viven como reyes. Lo suyo habría sido que después de las Guerras por la Energía hubieran hecho las cosas de otra manera, no sé, que hubieran compartido su riqueza con la gente. O que hubieran puesto unas cochinas

placas solares.

—Todo el mundo sucumbe a la codicia —dice Kai, ahora con el gesto pensativo y la mirada un tanto ausente—. En el Burque los barones del agua también son un poco así. Lo controlan todo: los pozos más profundos y las canalizaciones más insólitas, y hasta las cuencas y los evaporadores de las montañas. El agua los ha enriquecido como a los príncipes del Renacimiento. —Se apoya las gafas de aviador en la frente y mira con los ojos entrecerrados en la dirección del sol—. Parece que, allí donde hay recursos naturales, hay alguien dispuesto a apropiarse de ellos y a amasar más dinero del que podrá gastar nunca.

Me vienen a la cabeza los Protectores, los que se opusieron a las multinacionales durante las Guerras por la Energía y perdieron. Hasta que la Tierra intervino y los ahogó a todos, sin importarle sus disputas políticas.

—El agua es vida —digo.

—Y el petróleo no se bebe —responde él, en recuerdo del lema de los Protectores que todos aprendimos de pequeños. Pero advierto algo distinto en su voz, y por un momento, la expresión se le nubla y se le enciende en los ojos un brillo intenso y casi metálico. Me llama la atención, y noto que azuza mis instintos monstruosos. Pero no he llegado a entender por qué cuando Kai le da una palmada al costado de la camioneta y me sobresalta—. Lo raro es que este trasto siga funcionando. ¿Cuántos años tiene?

Decido olvidarme por ahora de esta sensación tan extraña para preguntarle al respecto en otro momento.

—No le des golpes a mi camioneta si no quieres ir a patita. Es un clásico. —Y es verdad. Una Chevrolet 4x4 de 1972, de color rojo cereza y toda cromada como la reina de la belleza que es. La he resucitado en varias ocasiones, y nunca me ha dejado tirada. Le doy una palmada cariñosa a la caja y coloco la botella vacía atrás.

—Una especie de reliquia, entonces —observa Kai.

—Puro acero de Detroit. Durará más que cualquier coche fabricado durante los últimos cincuenta años, que no son más que amasijos de fibra de vidrio y plástico.

Kai sonríe, tasándome.

—¿Una entendida del motor?

—Sé un par de cosas —admito—. Si no sabes reparar tu coche en medio de la reserva, no te queda otra que darte una buena caminata.

—No lo decía por nada —protesta con las manos levantadas—. Solo era una observación.

—Ya, pues observa desde el asiento del acompañante.

Tenemos que seguir. —Me fijo en la posición del sol y en las sombras cada vez más encogidas—. Nos queda como otra hora de carretera antes del siguiente descanso.

—¿El siguiente descanso? Ni siquiera es mediodía.

—Ya. Esta carretera sinuosa por la que vamos ahora atraviesa Twin Lakes. Podemos parar allí. Para entonces será mediodía, y después reemprenderemos la marcha a las tres. Si no, hará demasiado calor, y si la camioneta se sobrecalienta, nos tocará ir andando.

—¿No decías que era una especie de supermáquina?

—No, he dicho que es un clásico, por lo cual hay que tratarla con respeto. Después de Twin Lakes, la carretera se estropea hasta Nahodishgish. Que la camioneta se sobrecaliente sería una faena, pero un bache demasiado profundo podría cargarse el árbol. ¿Sabes lo complicado que sería cambiarle el árbol a una Chevrolet del 72 hoy en día?

—Empiezo a perder la fe.

—Tranquilo, volveré a llevarte con Tah de una pieza. —Abro la puerta del conductor y me monto. Kai ocupa el otro asiento—. Si no surge ningún contratiempo.

—No vamos a conducir cuando haga calor, y no vamos a pasar por las carreteras con baches cuando oscurezca. ¿Qué podría salir mal?

Se me dibuja una gran sonrisa cuando arranco el motor, pero sin darme cuenta, miro hacia donde vimos el coyote.

—Bueno, siempre están los monstruos.

Nos detenemos poco después del mediodía, como tenía previsto, justo al salir de Twin Lakes. Claro está, aquí no hay ningún lago. Si alguna vez hubo algún tipo de acumulación de agua en la zona, se secó hace mucho tiempo.

Kai se sienta con las piernas cruzadas en la tierra polvorienta, bajo la escasa sombra que proyecta el saliente de un barranco. Tiene la corbata echada al hombro y las gafas de sol bien puestas, y mastica un trozo del charqui que Tah tuvo la generosidad de ofrecernos para el viaje. Compartimos una cantimplora, de la que solo tomamos los tragos imprescindibles para mantener la boca húmeda. Si antes el sol daba calor, ahora te ampolla la piel. Un par de minutos bastan para que sientas que te arde, que las células de la epidermis se te ponen al rojo vivo, pues ni siquiera nuestra tez de por sí morena nos protege demasiado bajo un sol tan inclemente. Aunque, como suele decirse del desierto de la meseta, es un calor seco. La temperatura es insoportable a pleno sol pero veinte grados largos más baja a la sombra. Por tanto, he aparcado la camioneta tan cerca como he podido del saliente

sombrío y he tendido una manta tras un recodo para evitar las posibles ráfagas súbitas de aire polvoriento, y ahora Kai y yo estamos compartiendo el almuerzo.

—¿Y por qué el Perro de la Ley ese dijo que eras un bicho raro?

Le contesto mientras mastico el charqui.

—Brazo Largo es un gilipollas.

—Sí, no lo pongo en duda, pero eso no responde a mi pregunta.

Trago la carne. Me tomo mi tiempo para sacar un piñón tostado de una bolsita de tela con cierre de cordón. Estudio al aprendiz de curandero mientras me lo echo a la boca. Al notar que está revenido, lo escupo con repugnancia.

—¿Qué te ha contado Tah sobre los poderes de los clanes?

Kai se afloja la corbata y se tira de la camisa de vestir para separársela del pecho mojado de sudor.

—Que son presentes de los Diyin Dine'é. Que solo proceden de los dos primeros clanes: primero del de la madre y des-pués del del padre. Que se manifiestan en momentos de extrema necesidad, pero no a todo el mundo, y no todo el mundo es bendecido de la misma manera.

—¿Tah dijo que son una bendición? ¿Un presente del Pueblo Sagrado?

Kai da otro bocado.

—¿No estás de acuerdo?

—Solo digo que tu *cheii* tendrá la mejor intención, pero no sale mucho. —Estoy apoyada contra la rueda de la camioneta, frente a Kai, y me llevo una rodilla al pecho. Me rasco la pantorrilla por donde empieza a picarme.

—Supongo que, en realidad, depende de cómo se mire —dice él—. Hay quien ve las cosas malas que le pasan como una carga y hay quien las ve como una oportunidad para crecer.

Resoplo con fuerza.

—Algunas cosas son malas y punto. Sufrir no aporta ningún tipo de ventaja. Toda esa mierda de los salvajes nobles es para crédulos.

Kai no se inmuta.

—Conocí a una chica mientras esperaba en Rock Springs a que los del control de fronteras comprobaran mis documentos. No recuerdo cuál era el clan de su madre, pero nació para Tązhii Dine'é.

—¿Tązhii? No me suena.

—Del Pavo. Nació para el clan del Pueblo del Pavo.

—Ah. —No entiendo cómo eso podría manifestarse a modo de

poder para un clan.

—Tenía un don innato con los pavos. Por ejemplo, podía encontrar a un pavo silvestre aunque estuviera a un kilómetro de distancia. Además, los animales acudían a su encuentro. Ella los llamaba, porque sabía imitar su llamada, y los pavos se le acercaban. Quizá no sea el típico superpoder con el que sueñan los niños, pero si te estás muriendo de hambre y tienes que comer algo cuanto antes, poder llamar a un pavo parece de lo más útil. Además, después vendía las plumas para sacarse un dinero. —Gesticula con la palma abierta—. Ahí lo tienes: un presente.

—Que el poder de un clan se manifestara de una forma benévola no significa que ocurra lo mismo con los demás.

—Dices que sufrir nunca trae nada bueno. Y yo te digo que eso no siempre es así. —Le da otro bocado a la carne y nos pasamos la cantimplora—. Entonces ¿por qué tu amigo el agente te tenía entre ceja y ceja?

Frunzo los labios sin darme cuenta.

—¿Por qué quieres saberlo, Kai? ¿Te preocupa que te vean conmigo?

—Nada de eso —niega Kai con una sonrisa que me desarma—. Soy nuevo aquí, ¿recuerdas? Creo que el que Brazo Largo y tú seáis enemigos naturales puede ser una señal de que tú y yo debemos ser amigos. Porque a ese tipo se le veía un pelín tenso, y yo suelo respetar la perspectiva que mi *cheii* tiene de las cosas. Si los Diyin Dine'é te bendijeron en un momento de gran necesidad, dudo mucho que eso te convierta en un bicho raro.

Hundo las uñas en la zona de la pierna que me pica, hasta que siento como la piel se rompe bajo la tela.

—No te negaré que sabes resultar convincente.

Baja la barbilla en un ligero gesto de agradecimiento.

—Y tú sabes cómo evitar responder a una pregunta.

Qué narices.

—Soy Honágháahnii, nacida para K'aahanáanii.

Kai asiente pensativo.

—Honágháahnii sí lo conozco, «Camina Alrededor». ¿Significa que eres…?

—Veloz. Muy veloz.

—¿Como cuánto?

—Digamos que más que cualquier otra persona.

Kai articula por lo bajo un silbido admirativo.

—Vaya, eso sí que es un superpoder. Me gustaría verlo.

—No, mejor que no —digo—. Si Honágháahnii viene, es que estamos en un buen lío.

—Vale —acepta—. Dejémoslo ahí. ¿Y qué hay de tu otro clan? ¿Qué significa K'aahanáanii?

—Flecha Viviente.

—¿Porque eres un as del tiro con arco o algo así?

—No, Kai. —Me levanto y me estiro. Me sacudo el polvo del trasero y de los muslos. Noto como la sangre se me escurre por la pantorrilla por donde me apreté demasiado fuerte con la uña. Miro a Kai, todavía sentado con la corbata al hombro y un gesto de curiosidad en el rostro, como si los poderes de los clanes fueran un desafío intelectual. O quizá incluso superpoderes asombrosos que no hacen que la gente recele de ti, que te trate como si tuvieras la peste o estuvieras a nada de ser un monstruo tú también. Que tu mentor te dé la espalda del asco, que tu sed de sangre crezca hasta el punto de que ni siquiera él, un guerrero legendario, entiende qué es lo que te mueve. Para Tah serán una bendición, y también para Kai. Pero yo sé lo que hay en realidad.

—Flecha Viviente significa que se me da muy bien matar a otras personas.

Kai levanta las gafas de aviador para observarme con detenimiento. Después pestañea, despacio, como si le pesaran los párpados, y vuelve a dejarlas caer sobre la nariz. Se coloca la corbata en su sitio y da un gran bostezo al tiempo que estira los brazos por encima de la cabeza. Se reclina para apoyar los codos en la Pendleton y dice:

—Bueno, Mags, al menos sabes qué es lo que se te da bien, ¿no?

Me lo quedo mirando. Daba por hecho que le repugnaría, que se asustaría, o incluso que no se lo creería. Pero ¿que permanezca indiferente? Recuerdo cuando en casa de Tah lo vi acariciar la cabeza cercenada como si fuera un gatito doméstico en vez de la… en fin, la cabeza cercenada de un monstruo.

—Quiero decir —prosigue— que, si a uno se le concede un don, está un poco obligado a sacarle partido, ¿no? Vale —levanta una mano para que no le responda todavía—, vale, puede que tu talento no pueda considerarse el más habitual, y es cierto que no es el oficio más recomendable, pero si a ti te funciona…

Me froto la pierna.

—¿De verdad que no te importa? Puede que estés en medio de la nada con una asesina fría como el hielo.

—¿Cuando vamos en busca de aquello que, o de quien, era tan poderoso que pudo crear el monstruo que vi donde mi *cheii*? No, no me importa. —Lo piensa y me mira con una sonrisa que se le sale de la cara—. A menos que me tengas en tu lista negra. —Se gira y se apoya sobre un codo—. No me malinterpretes, sé que

me queda mucho por aprender, pero soy un hombre pacífico.

—¿Haz el amor y no la guerra?

Kai sonríe.

—Exacto. Es una cuestión de equilibrio, ¿no? Supongo que si existe alguien como yo también tendrá que existir alguien como tú. Mientras te caiga bien y no te veas tentada de… —Se acerca la mano a la garganta y hace como que se degüella.

Articulo una risita.

—Echa una cabezada, Kai. Si vuelves a despertarte, es que sí que me caes bien.

Desliza el pulgar por el borde de la manta, indeciso.

—Era broma —aclaro.

—No, no es eso.

—Entonces ¿qué? Mira, yo anoche no dormí y cada vez me encuentro más…

—Tengo sueños.

La confidencia capta mi atención. Los *diné* se toman los sueños muy en serio, sobre todo los de los curanderos. Aunque todavía no sean curanderos del todo, como Kai.

—¿Qué tipo de sueños?

—Nada preocupante. Pero… —Juguetea con el filo de la manta—. Si empiezo a hablar mientras duermo o algo así, despiértame, ¿vale?

—Claro.

Se toca los labios, seguramente sin reparar en ello, y me juego la Two Grey Hills que dejé en Lukachukai a que está pensando en la botella de whisky ya vacía.

—En serio, no dejes que me…

—Ya te he dicho que sí. Si dices algo o empiezas a moverte mucho, te despertaré. Te lo prometo.

Pero no es Kai quien sueña.

Primero me asalta un tufo a mala curación. El cielo se tiñe de múltiples tonos de verde, como un vómito arremolinado de bilis y relámpagos amarillentos, mientras los truenos estallan disonantes y huecos a lo lejos. Los nubarrones se escurren negruzcos bajo una abotagada luna rojiza, y la tierra, que lanza sollozos débiles y atormentados, se revuelve en su agonía, sacudiendo las montañas y los océanos e inundando las ciudades del mundo entero con sus tsunamis de sangre.

Es el Agua Grande de mis pesadillas, pero no me quedo ahí para siempre. El tiempo se altera y al momento siguiente aparezco en medio de un paisaje lunar donde no hay más que tierra seca y una nada llana y vacía.

Conozco este lugar. Estoy de nuevo en Black Mesa.

Hay alguien más, aunque no alcanzo a verlo. Intento volverme, pero estoy hecha de madera. Petrificada y rígida, me es imposible moverme. Giro los ojos, pero apenas atisbo al intruso. Su melena azabachada se azota como un par de alas. Neizghání.

Abro la boca, pero ningún ruido brota de ella. Intento levantar la mano, pero permanece inmóvil junto a mi cintura. Puedo separar la mandíbula, con la que articulo una aspiración húmeda. La boca se me llena de sangre y me ahogo con ella, espesa, cálida y sustanciosa. Neizghání lo oye, y nuestras miradas se encuentran. Tiene los ojos grises, del color de las cosas muertas que llevan demasiado tiempo al sol. Tiene los dientes amarillos, manchados de grasa de carne humana. Los grumos de sebo se le adhieren a las encías. Lleva la cabeza cubierta con el pellejo de un coyote, cuyo pelo se le derrama por la nuca y los hombros. Del cuello le cuelga una corbata plateada a rayas. Hay algo extraño en él. Sus ojos son de ónice; sus dientes, de diamante. Y solo un *yee naaldlǫǫshii* se pondría la piel de un animal. Grito, ahogándome con mi propia sangre, desesperada por hacer funcionar mis cuerdas vocales, pero me las está destrozando, me las está devorando un monstruo sin alma, el cual lleva una corona de fuego sobre su cabeza cubierta de ceniza. Me acaricia la mejilla con sus dedos ásperos, me atusa el pelo casi con ternura. Noto una cierta presión en el hombro: los dientes romos del monstruo atenazándome los huesos. La piel se me desgarra y una catarata de cresas brota de la carne, formando un charco putrefacto a mis pies. Brazo Largo se ríe, recoge los gusanos con dos dedos y se los echa a la boca. «Saben a pollo», le dice a Kai, que le responde con una sonrisa radiante y encantadora. Unas inmensas alas de insecto se despliegan a sus espaldas. Dos gruesas telarañas le tapan los ojos, cegándolo. «Mátalos», me susurra, como un amante que me hiciera un ruego, con sus elegantes manos de dedos largos saturadas de anillos destellantes, con su piel tersa como una llovizna de primavera. Se inclina hacia mí para besarme la boca llena de sangre, e insiste: «Mátalos a todos».

Me despierto aterida bajo la sombra del saliente. Kai sigue ahí, durmiendo profundamente pese a todo. El aire huele a polvo y a calor, no a mala curación. Y, en demasiados kilómetros a la redonda, el único monstruo que podría haber aquí soy yo.

Cuando reanudamos la marcha, el sol es una difusa mancha dorada, más amable y piadosa, que desciende hacia el horizonte. Kai intenta iniciar una conversación en varias ocasiones, pero no consigo olvidarme del sueño. El cielo enfermizo de Black Mesa, el

hedor a brujería. Neizghání con el aspecto del brujo *yee naaldlǫǫshii* que mató a mi *nalí*, incluidos los turbios ojos grises y los dientes amarillos. Sin embargo, la cabeza de coyote no terminaba de encajar. El brujo que nos atacó llevaba una piel de lobo. En cualquier caso, se parece lo suficiente y, junto con el resto del sueño, me tiene descentrada. Por eso, cuando Kai me pregunta por mi familia, le respondo que «todos están muertos». Y cuando me pregunta quién me crio, le digo que «probablemente también haya muerto».

Hasta que deja de hacerme preguntas.

Me froto el hombro con aire ausente mientras rememoro el encuentro con el monstruo, mientras reflexiono acerca del mal y me pregunto si lo que vi en el sueño ha sido una simple casualidad o si encierra algún significado.

—Dime qué sabes sobre los… ¿Cómo los habías llamado?

Kai está apoyado contra el costado del habitáculo y tiene la mirada perdida al otro lado de la ventanilla.

—¿Mmm?

—Dijiste que sabías de qué clase era el monstruo de la casa de Tah. ¿Un *tsé naayéé'*?

Noto que se ve tentado de pasar de mí, tal vez harto de mi actitud de mierda, pero me da la impresión de que no acostumbra a pasar de las cosas.

—Bueno, *tsé naayéé'* no sería la expresión más acertada —admite—. Pero podría valer. Había oído hablar de esas criaturas. Como te decía, mi padre era profesor de estudios navajos. A veces traía grabaciones a casa, historias antiguas relatadas oralmente por los ancianos de hoy. Fábulas sobre la creación, leyendas, cuentos sobre los monstruos. —Sonríe—. Tenía una caja enorme llena de cintas de VHS. ¿Recuerdas cómo eran? ¿No? Bueno, el caso es que la tribu se las entregó para que las digitalizara. Me encantaba sentarme en su estudio y escuchar aquellas historias mientras él trabajaba.

—¿Grabaciones digitales? ¿Eso es lo que vamos a encontrar en la biblioteca de Crownpoint?

—Eso espero, Mags.

Frunzo el ceño al oír mi nombre acortado.

—No es la primera vez que me llamas así.

—¿«Mags»? Es un mote. ¿No te gusta? Alguien me dijo una vez que a las chicas hay que ponerles un mote. Así las haces iguales a ti.

—Alguien te mintió.

—Ya, bueno. —Se reclina en el asiento y apoya la pierna sobre el salpicadero mientras me dedica su sonrisa de estrella de cine

—. Avísame cuando funcione, socia.

—Mira —le digo—, será mejor que no esperes nada de esta «socia», ¿entiendes? No es nada personal, pero trabajo mejor yo sola.

—Creía que antes tenías un socio.

Neizghání, pero ¿cómo se lo explico? Era algo más que un socio, más que un maestro.

—Se fue —resumo—. Hace ya un tiempo que me muevo por mi cuenta.

—¿Cazando monstruos?

—No —admito—. La del *tsé naayéé'* ha sido mi primera cacería en solitario. He… En fin, he trabajado como mercenaria para una gente de por aquí un par de veces, pero no terminó de cuajar. Más que nada, me estoy tomando un descanso. —Si a quedarme aislada en la caravana se le puede llamar «descanso».

—Pues ya está, la ocasión la pintan calva. —Extiende los brazos—. Aquí me tienes.

No se rinde nunca, pero siento que se me quiere escapar una sonrisa pese a mi empeño por mirarlo con desaprobación.

—Ya tengo a mis perros —mascullo de todas maneras.

—¿Mmm?

—Que ya… Mierda…

Estamos culminando la última colina y Crownpoint se extiende ante nosotros.

El pueblo de Crownpoint consiste en un complejo de caravanas y de adosados que abarca varios kilómetros cuadrados desde las suaves lomas hasta el modesto campus de la escuela técnica. Recuerdo que la carretera principal por la que circulamos bordea la cara este del pueblo, de manera que, si seguimos adelante, encontraremos un supermercado reconvertido en factoría y un pequeño restaurante que abre una vez al mes para servir estofado de cordero. Al menos, así era antes la rutina de Crownpoint. Ahora parece un campo de batalla caído en el olvido.

Carbonizado, aún en llamas, y sembrado de cadáveres.

Capítulo 9

Avanzamos por la Ruta 9 hacia el centro de Crownpoint, en silencio. Llevo la escopeta en el regazo y Kai va mirando por la ventanilla, fijándose no sé muy bien en qué. En busca de algún rastro de vida, supongo. Pero no tiene demasiada suerte. Es obvio que los cuerpos que jalonan los alrededores no están vivos.

—Está lleno de fantasmas —susurra.

—¿Te refieres a…?

—Los *ch'į'įdii*. Están por todas partes. ¿No los ves?

Tengo un escalofrío, como si un millón de hormigas diminutas me picotearan la espalda.

—No.

Asiente sin decir nada más.

Para los navajos, los *ch'į'įdii* son las almas de los muertos. Son los residuos, las malas acciones que los hombres y las mujeres dejan atrás en el momento de la muerte. Pueden poseer a los vivos y provocarles el mal del ahogo. Este puede consistir en una muerte lenta, en una melancolía y una depresión que no dejan de agravarse hasta que ya no quieres volver a salir de la cama, hasta que te olvidas de comer y, en los últimos estadios, incluso de respirar. En algunos casos, el mal del ahogo puede ser un proceso muy agresivo, un ataque que te lleva a convencerte de que te estás asfixiando, como si te estuvieran enterrando en vida. La cuestión es que, con mayor o menor rapidez, los *ch'į'įdii* matan. Por suerte, tienden a permanecer junto al cadáver o a infestar la morada donde la persona fallecida se despidió de este mundo, de manera que, mientras nos mantengamos lejos de ellos, ellos se mantendrán lejos de nosotros.

—Yo una vez tuve la enfermedad fantasmal —confieso, más que nada para oírme a mí misma—. Íbamos a la caza de un hombre, un humano, que se había vuelto malvado. Había descuartizado a su familia, cerca de Ganado. A su esposa, sus hijos y sus primos, incluso a los caballos. Mi anterior socio estaba conmigo, pero nos habíamos separado para seguir distintos rastros. Estaba sola cuando di con el hombre. Lo acorralé en un *hogan* abandonado y le disparé. Pero no le arranqué la cabeza, un error por mi parte. En fin, dejó un *ch'į'įdii* muy fuerte. Allí había un mal inmenso que deseaba manifestarse y cobrar forma, pero permanecí dentro del *hogan* con él, como una boba, y ya no tenía

sitio para escapar a tiempo. Mi mentor me encontró horas más tarde, presa de la fiebre y de los delirios, gritando que me ahogaba. Me llevó con tu abuelo. Tardé cuatro días con sus noches en recuperarme, pero lo consiguió. —Miro de soslayo a Kai, que, aunque continúa contemplando el paisaje, sé que me escucha—. Así conocí a tu *cheii*. Me salvó la vida.

—Parecen estar… suspendidos.

—¿A la espera?

Veo como la nuez le sube y le baja cuando traga saliva.

—No lo sé.

—He rellenado con una posta especial los cartuchos de debajo de tu asiento: polen de maíz y obsidiana. No los matará, aunque los volverá más lentos. Los anclará al lugar donde están.

Kai rebusca bajo el asiento para sacar la caja de munición casera.

—Si se te acerca uno, abre un cartucho y esparce el contenido —le explico.

—¿Y después?

—Después echamos a correr como condenados.

Se guarda un puñado de cartuchos en los bolsillos con el gesto tenso.

No es un gran plan, pero si hay tantos *ch'į'įdii* como dice, no se me ocurre nada mejor.

Por suerte, no necesitamos ponerlo en práctica. Pese al rastro de la matanza, por alguna razón inquietante no parece haber nada vivo en Crownpoint, y lo que está muerto prefiere guardar las distancias. Recuerdo el camino a la escuela técnica, que nos lleva a través del pueblo encantado, virando a la derecha en Lower Point, a la izquierda en Hogan Trail y dando un rodeo hasta pasar por la garita de seguridad vacía de la entrada del campus.

La antigua biblioteca es una construcción de dimensiones generosas, con las paredes revestidas de metal oscuro y una cubierta verde a juego. Se ha añadido una rampa para sillas de ruedas y se ha levantado una vistosa entrada de dos alturas en medio del edificio, de tal manera que cuatro columnas de hormigón flanquean las puertas dobles. La cubierta de la parte trasera se eleva a modo de media mariposa para acoger más ventanas y añadir un espacio que invita a pensar en un atrio insertado en la segunda planta. El conjunto no tiene mala pinta, salvo por los cimientos chamuscados en toda su longitud. Alguien ha intentado incendiar la biblioteca recientemente, aunque no puso el tesón necesario. Da la impresión de que tiraron una cerilla a los arbustos y la hierba seca y parduzca que la rodean

pero no se quedaron para cerciorarse de que ardiera de verdad. Punto para nosotros.

—¿Crees que es un lugar seguro? —pregunta Kai sin levantar demasiado la voz.

Aparco la camioneta y apago el motor.

—No, pero necesitamos acceder a la información que se guarda ahí dentro, ¿no es así?

Kai asiente.

—Pues vamos.

Llevo la mano bajo mi asiento y cojo una caja metálica. Saco una llave pequeña del llavero y la introduzco en la cerradura. Me basta con girarla una vez para que se abra. Dentro hay una Glock 22 del calibre 40 con una capacidad estándar de quince proyectiles. La saco y se la paso a Kai.

—¿Qué es esto?

—Una pistola.

—Eso ya lo veo, pero quiero decir, ¿para qué me la das a mí?

—Te hará falta si nos encontramos con algo grande y malo ahí dentro.

—Yo creo que eso grande y malo ha venido y se ha ido.

Estiro el brazo e insisto.

—Cógela de todas formas.

—No la necesito. No puedo… y matar algo podría… —Menea la cabeza.

Guardo silencio un momento, con las manos apretadas en torno al metal frío.

—¿Nunca has usado un arma?

—Ya te lo he dicho, prefiero hacer el amor antes que la guerra.

—¡Decías que sabías arreglártelas por ti mismo! —exclamo con más vehemencia de la que pretendía, aunque no imaginaba que se negaría a utilizar una pistola.

Parpadea al verme tan alterada y levanta las manos para apaciguarme.

—Sé cuidar de mí mismo —afirma con la voz serena—. Pero no necesito una pistola para eso.

Me trago el grito que quiero soltarle en plena cara.

—Tah me ha confiado tu vida. Si haces que tenga que ir a decirle a ese viejo adorable que te mataron cuando estabas conmigo, te reviento.

Kai encorva los labios hacia arriba.

—No me pasará nada.

Dejo la pistola donde estaba y vuelvo a guardar la caja bajo el asiento.

—Más te vale. —Bajo de la camioneta y doy un portazo para subrayar mi enfado. Kai desmonta por el otro lado y sube detrás de mí la breve escalera de hormigón, que hace repiquetear con sus zapatos de vestir. Me fijo en sus pies delatores—. Cuando puedas, agénciate unos zapatos de verdad. Esos hacen tanto ruido que los monstruos nos oirán llegar a kilómetros de distancia.

Después del escándalo que he montado yo, no deja de ser un poco irónico que me queje del calzado de Kai, pero sabe que no le conviene discutir. Me detengo junto a la puerta. Ahora que estamos más cerca de los cimientos chamuscados, me agacho y aprieto con la mano la tierra ennegrecida. Me acerco los dedos a la nariz y aspiro. Es un olor dulce, casi metálico, como el del revestimiento estropeado de un cable.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Solo es un presentimiento. —Me yergo y me sacudo la ceniza de las manos—. Miremos primero en la biblioteca.

Kai me sigue hasta la entrada. Me paro, me aprieto la escopeta contra el hombro y apunto hacia las puertas dobles.

—Ábrelas —digo.

—¿Yo?

—Sí. Yo soy la que sostiene el arma, así que tú eres el que abre las puertas.

Kai rezonga de mala gana pero se acerca, con la prudencia suficiente para no ponerse delante del cañón, y tira de una de las puertas, que se abre sin problema. Aguardo, lista para disparar contra cualquier cosa que se nos eche encima. Al no suceder nada, paso adentro.

La biblioteca está vacía. Da la sensación de que hace mucho tiempo que no la visita nadie. La entrada principal está abierta de par en par, decorada en los tonos marrones y grises de la institución. El generador está desactivado y la única luz que hay es la que entra por las ventanas y las claraboyas, tenue y desvaída. El polvo del desierto cubre la parte superior de las estanterías, que alcanzan la altura de una persona. También hay polvo sobre las cubiertas de los libros. Aquí, junto a la entrada, hay unos estantes con diversas publicaciones (la *Native Peoples*, la *Smithsonian*, un *Indian Country* antiguo), y en todos los ejemplares figura una fecha anterior al Agua Grande.

Me siento cada vez más incómoda. Nunca he frecuentado las bibliotecas, ni siquiera de niña, pero este lugar parece una tumba más que otra cosa.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunto, y al momento, mi voz resuena en el techo abovedado.

Kai lleva la mirada hacia las hileras de estanterías polvorientas y de mesas largas y vacías.

—Al archivo —dice—. Quién sabe, tal vez incluso encontremos algo del material en el que trabajó mi padre.

—¿Aquellas fábulas sobre monstruos?

—Bueno, no solo eso. Son relatos orales, rememoraciones de los ancianos acerca de su vida, de su paso por los internados, historias sobre los padres que sobrevivieron al Gran Traslado. Sobre cualquier cosa que quisieran compartir, en definitiva. A los estudiosos navajos les preocupaba que toda esa cultura se perdiera cuando los ancianos falleciesen. Quizá, de haber sabido que los Estados Unidos se iban a venir abajo y que Dinétah sería uno de los pocos lugares que quedarían en pie, no se habrían preocupado tanto. Pero uno no siempre ve venir las cosas.

—Muchos sí. Quiero decir, muchos sí que predijeron el Agua Grande.

—Ya, pero no como después sucedió. —Lo sigo por un pasillo largo con una sucesión de carteles colgados de las paredes (la Marcha por la Diabetes de 2030 y la Feria de Crownpoint del 29) que interrumpen el tramo desnudo cada pocos pasos—. Es decir, se preveía que el cambio climático iba a provocar inundaciones en Florida y sequías en California, pero no el sumergimiento de dos terceras partes del continente.

Mantengo la escopeta en ristre cuando doblamos la esquina y accedemos a una sala de consulta, repleta de libros abultados que contienen unos enormes mapas del planeta. Mapas que en la actualidad están obsoletos. Junto a ellos hay unas enciclopedias añosas en las que se recoge la historia de un mundo que ya no es como se representa en sus páginas. Resulta inquietante y me lleva a pensar en las regiones de fuera de Dinétah como hacía mucho tiempo que no pensaba. O quizá sea Kai quien me hace verlas con otros ojos. Me pregunto si habrá más lugares como este, otros territorios nativos donde los dioses antiguos han resurgido, donde los monstruos persiguen a los cincodedos, donde la muerte acecha a los pocos que todavía viven en la tierra de sus ancestros.

—Tampoco tuvieron en cuenta los terremotos de Nueva Madrid —continúa Kai—. El caos y los conflictos de las Guerras por la Energía. Junta todo eso en un período de unos pocos años y déjalo en manos de un gobierno incompetente. Incluso sin el Agua Grande, el desastre está cantado.

—Mi *nalí* decía que no fue por nada de aquello.

Cuando Kai se detiene, casi me tropiezo con él, pues aún sigo reflexionando sobre las remotas tierras hundidas.

—¿A qué te refieres? —me pregunta con curiosidad.

—Muchos de los *diné* tradicionales suelen contar la historia de la primera inundación, de cómo Coyote le robó la prole al Monstruo del Agua y este anegó el mundo para recuperarla. Creen que el Agua Grande tiene más que ver con eso.

—¿Coyote hizo tal cosa? —se extraña Kai.

—Eh, no pretendo contradecirte. —Le hago señas para que siga adelante. Cuanto menos tiempo pasemos aquí, mejor—. Solo digo que quizá haya algo que se nos escape. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¿Yo por qué? —pregunta. Sigue yendo por delante de mí, de modo que no le veo la cara, pero parece haberse molestado.

—Porque tú eres el curan…

Se para otra vez.

—Podría ser esto —señala.

«Esto» es una larga hilera de archivadores horizontales, dispuestos a modo de cajones pero divididos en bandejas individuales para organizar las cintas de audio. El cajón que Kai señala está identificado con la etiqueta de «Historias orales», y ordenado por año y apellido. Los archivadores abarcan todo el ancho de la pared, en una concatenación de por lo menos cuatro.

—Esto va a ser imposible —digo consternada.

—Son más de las que creía —admite Kai—, pero podría haber una manera de acotar la búsqueda. Echemos un vistazo.

Apoyo la escopeta contra una de las estanterías y zangoloteo el tirador del primer cajón, donde pone «1971 A-C», aunque se niega a abrirse. Pruebo suerte con el segundo, solo para cerciorarme, y también está firmemente cerrado.

—Tendrá que ser por las malas —concluye Kai.

Levanto la escopeta con la culata orientada hacia abajo. Si golpeo la cerradura con la suficiente fuerza, debería ceder.

Kai carraspea. Me paro y me giro hacia él, que levanta una ceja en un arco perfecto.

—Sé que no es la técnica más refinada, pero servirá —digo.

—O… —Señala el Böker que llevo sujeto a la cintura—. ¿Puedo? —pregunta.

—¿Quieres usar mi cuchillo?

—Se me dan bien las cerraduras.

Hago un ruidito de desaprobación.

—Mientes a las autoridades, fuerzas cerraduras, posees whisky de contrabando… Y yo que pensaba que eras una especie de erudito.

Me mira fingiéndose indignado.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Tu abuelo lo sabe? —le pregunto según le paso el cuchillo.

—Mi *cheii* no tenía muy buena fama en sus tiempos.

—¿Tah? —digo incrédula.

—No te dejes engañar por una cara bonita.

Me apoyo contra el archivador, divertida.

—¿Sabes? Ahora que lo dices, apuesto a que el abuelo Tah estaba de muy buen ver. Todavía conserva ese brillo en la mirada.

Kai da un suspiro exagerado.

—Me refería a mí. La cara bonita soy yo.

Está agachado, examinando la cerradura, con la mano de dedos largos apoyada en la puerta del archivador, puesto de perfil.

—Esa cara debe de haberte sacado de más de un apuro —presumo.

Agita la punta del cuchillo para encajarla entre la cerradura y el marco. Sacude ligeramente el mecanismo.

—¿Qué quieres decir?

—Solo digo que alguien tan bien parecido como tú…

Cuando se sonríe, pongo los ojos en blanco.

—Olvídalo. Como siga hablando, después no te va a caber el ego por la puerta.

Kai empuja con fuerza el cajón, que se abre sin más. Me devuelve el cuchillo con una complicada floritura. Me lo guardo y termino de sacar el compartimento.

Hay una fila de por lo menos cien fundas de plástico finas, cada una de las cuales contiene un disco de más o menos el tamaño de mi mano. Kai saca una funda al azar y le da vueltas para examinarla.

—Hacía mucho que no veía uno de estos. Menos mal que los fondos tribales se agotaron antes de que subieran todos estos datos a algún sitio de fuera.

Cojo uno y lo levanto hacia la luz deslavada que entra por los ventanales.

—¿Crees que tendrán un reproductor de cedés?

—Seguro que sí. Aunque tendremos que buscarlo.

—Si me dices por dónde empezar…

—No, ya iré yo —se rasca la oreja con aire ausente—, pero antes quiero catalogarlos.

—¿Todos?

—Empezaré por estos, aunque podría tardar bastante.

—Muy bien. Te dejaré trabajar. Yo iré a echar un vistazo por ahí.

—Perfecto —dice él, ya concentrado en los discos grabados,

recitando para sí los nombres que figuran en las etiquetas (Atcitty, Bahe, Begay, Bitsue…) y revisando toda la colección.

—Ah. —Doy unos golpecitos con los nudillos en el costado del archivador—. Si ves algo, grita tan fuerte como puedas.

Kai levanta la cabeza, como si le extrañara que todavía esté ahí y hablando con él.

—Estaré bien, Mags. En serio.

Lo miro una última vez. Tiene la frente arrugada en un gesto de concentración y sus dedos danzan entre los discos mientras musita los nombres navajos. Por un lado, me gustaría quedarme a verlo trabajar, pero por otro, estoy deseando salir de este mausoleo de biblioteca y ver qué demonios ha ocurrido en Crownpoint. Cojo la escopeta y desando los pasos que habíamos dado.

Salgo de la biblioteca y parpadeo para protegerme los ojos, que, ya adaptados a la penumbra del interior, se encuentran de golpe con el cegador cielo azul del desierto. La brisa que se desliza por el aparcamiento de la biblioteca trae un leve tufillo a ozono. Y ahora entiendo por qué el fuego había dejado un dulce olor metálico. Nadie ha intentado incendiar el edificio o, al menos, no con sus propias manos. Fue alcanzado por un rayo.

La cuestión es que hace por lo menos seis meses que no cae una gota de lluvia en Dinétah. Sé que no es imposible que un rayo aislado provoque un incendio en una tierra tan seca, pero hay una explicación más plausible.

Neizghání.

Lo que acabó con toda esta gente debió de llamarle la atención. Hace nueve meses que salió de mi vida, pero eso no significa que ya no se dedique a cazar monstruos. Quizá lo siga haciendo, solo que sin mí.

Reprimo un escalofrío. No estoy lista para reencontrarme con él, quizá nunca llegue a estarlo, pero tampoco hay nada que desee más que volver a verlo. Aprovecho los pantalones para secarme las manos, que han empezado a sudarme de pronto, y me convenzo de que no pasa nada, aunque sé que me engaño a mí misma.

El último día que nos vimos amaneció radiante y frío. Corría el mes de enero y estábamos en Black Mesa. Habíamos acampado a la sombra de Dziłíjiin, la Montaña Negra, y la característica torre de los lodos de la mina de carbón abandonada se levantaba a pocos kilómetros al norte, estropeando las vistas.

La antigua mina es como un fantasma que rondara por Black Mesa. Tiempo atrás, esta zona de la reserva llegó a estar en auge, con empleo para todos, con pagos por arrendamiento y con

regalías. Pero con el dinero llegaron los abogados corruptos, los tratos fraudulentos, los traslados forzosos, el agua sucia, el cáncer.

Es un lugar que me inquieta, que despierta mis instintos monstruosos, que hace bullir los poderes de mis clanes, como si me jugara la vida solo por encontrarme aquí. Un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura bajo cero me araña la espalda. Toda esa fealdad, todas esas enfermedades, lo que se perdió y lo que se sufrió. Todo aquello sigue habitando aquí, aunque la gente se haya marchado. Tiñe las vetas negras de la tierra que hacen del paisaje algo más oscuro y mortífero que el carbón no extraído.

Neizghání también lo percibe. Está intranquilo y da vueltas alrededor de la hoguera que he encendido para espantar el frío. Su armadura de sílex destella bajo la luz nítida del invierno. Sus mocasines finos resquebrajan la escarcha que alfombra la tierra, una lámina plateada que me parecería más hermosa si no se me estuviera congelando el trasero. Encorvo los hombros y me arrimo un poco más a la hoguera. Llevamos levantados casi una hora, él dando vueltas y mirando hacia la mina abandonada, y yo esperando a que diga algo.

No es del todo extraño que esté tan callado. A veces pasan días sin que crucemos palabra. Pero, por lo general, son silencios amenos, una paz compartida que te hace sentir a gusto. Esta mañana, sin embargo, noto que estamos distanciados. Hombre, mujer; inmortal, cincodedos; héroe legendario, lo que quiera que yo sea. No sé si, acaso de una forma vaga, me culpa a mí, a la humana, de lo que ha ocurrido en Black Mesa, o si está pensando en alguna otra cosa que no tiene nada que ver conmigo. En cualquier caso, estoy completamente sola, aunque lo tenga a solo unos pasos de mí.

—¿Cuál es el plan? —pregunto, aunque no por primera vez. La voz se me quiebra un tanto, pero no a causa del frío ni por lo que me desasosiega su inhabitual actitud reticente. Es la emoción, estoy deseando emprender la caza.

Neizghání me ignoró las primeras cuatro veces que le pregunté, pero en esta ocasión se vuelve hacia mí, con el gesto ensombrecido por una sensación incierta.

—Este lugar encierra enfermedad —dice.

—A mí tampoco me entusiasma estar aquí —admito mientras me ciño el abrigo con más fuerza y acerco las manos al fuego—, pero fuiste tú quien dijo que teníamos que venir. Que se habían avistado monstruos en los alrededores de la mina.

—Hombres Malos —me corrige con el gesto tenso. «Hombres

Malos» es el nombre oficial, una expresión que se ha mantenido desde los días de los tratados y que nos concede el derecho a cazar monstruos, ya sean humanos o de otro tipo, sin que las autoridades tengan que mover un dedo en el caso de que alguien muera. No termino de entender por qué el lenguaje propio de los tratados sigue importando cuando los Estados Unidos ya no existen, y de todas maneras tampoco es que los federales cumplieran su parte del trato. En cualquier caso, no tiene mucho sentido preocuparse por cómo llamas a aquello que vas a matar.

—Siguen siendo hombres —dice Neizghání con su voz atronadora—. Siguen siendo cincodedos. Monstruos es un nombre que no les corresponde.

—Y qué más dará cómo los llamemos. Al final, todos mueren. —Que haya que considerarlos monstruos o no es lo de menos. A fin de cuentas, también hay monstruos humanos para aburrir, igual de retorcidos y malvados que los seres sobrenaturales.

Neizghání se gira del todo en mi dirección. Sus anchos hombros me impiden ver la torre de los lodos y llenan la distancia que nos separa.

—Las palabras importan —dice—. El nombre que se les da a las cosas las define cuando hablas. Hay que ser siempre muy cuidadoso con las palabras. —Clava en mí una estudiada mirada sombría, y de pronto temo haberme propasado.

—No tendría que haberme expresado así —digo a modo de disculpa.

Farfulla algo para sí. Me duele que me haya reprendido y me intimida cuando me juzga. Sé que solo pretende hacer de mí una buena *diné*, pero sospecho que pierde el tiempo. Ambos sabemos por qué me permite acompañarlo. Soy una asesina, y por muchos consejos que me dé para hacer de mí alguien mejor, nunca le ha importado que desate mi sed de sangre cuando le conviene. Quizá sea una aprendiza pésima, pero no puede negar que sé hacer mi trabajo.

Al cabo, Neizghání percibe algo en la inclinación del sol o en el olor del aire, algo que le dice que deberíamos marcharnos. Apago el fuego entusiasmada y me agacho para recoger los pertrechos del campamento.

—Déjalos aquí —me dice.

Es un cambio en nuestra rutina, pero a mí me es indiferente. Y, la verdad, cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor. No me importa dejar el campamento tal y como está.

Echamos a correr aprisa por la llanura en dirección a la mina. Los hombres están donde imaginábamos. Y a juzgar por lo pálido de su tez, doy por hecho que son refugiados que lograron

atravesar el Muro, y que han venido a robar lo que puedan para sus fines malévolos. Me abalanzo hacia ellos, ansiosa por recordarle a Neizghání por qué me salvó. Uno de los hombres levanta un arma y me encañona. Me río y K'aahanáanii entona una canción de muerte que termina por convertirse en una endecha ensordecedora. Le empujo el brazo y el arma sale por los aires. El hombre gruñe e intenta golpearme con los puños. El Böker le cercena la mano como castigo por su atrevimiento. Giro sobre los talones y le abro la garganta con el cuchillo, implacable como un río bravo que escindiera las rocas de la mesa. La sangre salta a semejanza de una cortina de lluvia y, allí donde cae, el carbón negro se vuelve aún más oscuro.

Otro hombre corre hacia mí e intenta machacarme la cabeza con una pala. Me agacho, resurjo bajo su brazo, le hundo el cuchillo en la barriga y lo destripo. Las vísceras se desparraman a mis pies. El espectáculo debería espantarme, pero no puedo dejar de sonreír. De reírme.

A continuación, se me echan encima los demás, dando gritos, con las armas en alto. Una tras otro, los reduzco a todos.

Cuando al cabo me paro a descansar, mareada y sin aliento, estoy rodeada de cadáveres.

Me agacho, con las manos en las rodillas, para recuperar fuerzas. Cojo la falda del abrigo de uno de los muertos para retirar la sangre del cuchillo.

—¿Lo ves? —le digo a Neizghání, con la voz un tanto afilada por la emoción. Carraspeo y trato de disimular mi horrendo gozo —. ¿Lo ves? No importa cómo los llames. Se van a morir igual.

Está ahí parado, mirándome. No ha participado en la refriega en ningún momento. Aún lleva a la espalda su espada de rayos, y su armadura permanece intacta. Los brazos le cuelgan laxos a los costados.

Titubeo. Sus ojos penetrantes han hecho que me olvide de lo que iba a decir. Se me acelera el pulso, más de lo que cabría esperar tras la descarga de adrenalina. La distancia que nos separa se acrecienta. Trago saliva, de pronto consciente de que me hallo al borde de un precipicio que mi estupidez me ha impedido ver hasta ahora.

—El mal es una enfermedad —me dice.

A la mañana siguiente no está. Lo espero en el campamento, a la sombra de la Montaña Negra, durante una semana. Dos. Temo que, si me marcho, ya no pueda encontrarme, o que el mero hecho de abandonar el campamento sea el presagio de algo malo, algo que ya no pueda deshacer. Pero, al fin y al cabo, solo soy una cincodedos, y necesito comida. Agua. Cobijo. Aguanto un

mes, durmiendo en el suelo pedregoso, alimentándome de los víveres que les quedaban a los Hombres Malos y recogiendo el rocío matutino para beber, hasta que asumo que no va a volver a por mí. Una semana después llego a duras penas a Tse Bonito, deshidratada, con los mocasines en las últimas y los pies ensangrentados, y le pido al abuelo Tah que me ayude. «No sé adónde ir», acierto a mascullar con los labios agrietados, y él me asegura que allí soy bienvenida. Pero me siento incapaz de manejar la vergüenza y el desconcierto. Sé que no puedo quedarme con el curandero, por muy hospitalario que se muestre conmigo. Y así, consigo una caravana y una camioneta. Les ofrezco mis servicios a unos mercenarios, pero estos prefieren capturar viva a la gente y, una vez que se dan cuenta de lo que soy, no quieren saber nada de mí. A partir de ahí, me quedo sentada en la caravana para mirar las paredes, un día tras otro. Un mes tras otro. Hasta que Lukachukai viene a llamarme.

Y ahora estoy en Crownpoint, examinando las quemaduras de un rayo sin llegar a ninguna conclusión. Salvo a la de que nada me gustaría más que volver y arreglar lo que estropeé con Neizghání.

Capítulo 10

—¿Tienes algo? —pregunto de regreso al archivo.

Kai se ha instalado en una de las largas mesas de madera que hay junto a la entrada. Hay montones de discos desperdigados a su alrededor, todos identificados con una etiquetita blanca, y está tomando notas al margen de la página que ha arrancado de una revista. Del altavoz de un reproductor de cedés sale la voz aflautada de una mujer que habla sobre todo en navajo, aunque de vez en cuando intercala alguna expresión al azar en nuestro idioma. Me siento en una de las sillas contiguas y me inclino hacia delante para escuchar con atención.

—Conozco esa historia —digo.

Kai deja de tomar notas para mirarme. A mí también me sorprende, pero sé de qué trata el relato, que ya había oído. Es una fábula sobre Coyote y el Dios Negro Haashch'ééshzhiní. En un momento en que estos dos embaucadores eran muy amigos se les encomendó la tarea de colocar en su sitio todas las estrellas del firmamento. Haashch'ééshzhiní, el Guardián del Fuego, ideó un plan para distribuirlas. Era una estrategia metódica, ordenada, pero Coyote se aburrió y diseminó las estrellas por el cielo de cualquier modo al lanzarlas con una manta.

La voz de la mujer se ralentiza y apaga poco a poco en el momento en el que Coyote va a coger la manta, y una lucecita roja del reproductor empieza a parpadear con urgencia. Kai pulsa el botón de Stop.

—Las pilas —lamenta meneando la cabeza—. De hecho, me sorprende que este trasto haya llegado a encenderse. Llevará olvidado aquí… ¿cuántos años?

—¿No trae un cargador?

—No estaba en la caja. Y aunque estuviera, no hay corriente.

Me mordisqueo la cara interior del carrillo mientras pienso.

—¿Esa historia te dice algo?

—¿Pillaste lo del fuego?

—Haashch'ééshzhiní. Les entregó el fuego a los cincodedos. Hizo arder las estrellas.

—Solo es una idea, pero… —Se interrumpe y golpetea la mesa con el trozo de lápiz que tiene en la mano.

—¿Una idea? —digo para incitarlo a continuar.

—No sé. Es por lo del fuego. Quizá tenga algo que ver. Quizá

no. Pero me gustaría escuchar las demás historias. —Pasa la mano por los discos que invaden la mesa—. Para ver si averiguo algo más.

Cuando titubeo y tomo aire, él me mira expectante.

—Mi caravana no queda lejos de aquí —digo—. Al otro lado del paso. Se tarda dos horas menos que a la casa de Tah. ¿Por qué no vamos? Debo de tener pilas en alguna parte y, si no, podemos volver a Tse Bonito por la mañana. Seguro que en el mercado hay alguien que vende enchufes para estos cacharros.

Kai asiente.

—Parece un buen plan, Mags.

—Siento que Crownpoint haya sido una pérdida de tiempo.

—No lo ha sido del todo. Ahora sabemos algo acerca de un objeto que les concede la vida a las estrellas. Y si se les puede conceder la vida a las estrellas, tal vez guarde alguna relación con lo que estamos buscando. Podría ser una pista. ¿Tú has encontrado algo?

—No —digo. Todavía no me siento preparada para hablarle de mi teoría sobre Neizghání.

—¿El presentimiento que tenías sobre las quemaduras no ha dado sus frutos?

Por un instante, creo que se ha dado cuenta de que no se lo he contado todo, pero su semblante afable y limpio me revela que no alberga sospechas.

—No.

—Bueno, quizá aún encontremos algo suculento en los cedés —dice a la vez que echa los discos y el reproductor a un macuto adornado con el emblema de la escuela técnica.

—Bonita mochila —señalo.

Kai levanta la bolsa de lona y la examina.

—Hay un montón de ellas allí, detrás del mostrador de consulta. ¿Quieres una?

—Paso, gracias.

—No sé si debería llevarme una para mi *cheii*.

—Claro. Fuimos a Crownpoint, nos lo encontramos sembrado de muertos, descubrimos algo sobre una especie de mechero y todo lo que saqué en claro fue este macuto piojoso.

Se ríe. Nadie se ríe nunca de mis bromas estúpidas, y solo por eso me sonrojo, complacida. Se encamina hacia la salida mientras se pasa las asas del macuto por el hombro. Lo sigo, y veo como echa una última mirada afligida a la biblioteca abandonada antes de abrir las puertas dobles.

Se detiene en seco. Aspira sobrecogido y los nudillos se le ponen blancos cuando agarra la puerta.

—¿Qué ocurre? —pregunto alarmada de pronto. Saco la escopeta de la funda que llevo al hombro y me coloco a su lado, aprovechando la pared para cubrirme. Puesto que Kai aún no se ha movido, me agacho para mirar tras la esquina, pero lo único que veo es la rampa para sillas de ruedas, el aparcamiento vacío y mi camioneta.

—¿Kai?

Se gira hacia mí, lívido. Susurra una palabra que no llego a oír bien. Cuando me inclino hacia él, la repite.

—Fantasmas.

—¿Cuántos? —pregunto lacónica.

—Muchos —dice—. Muchísimos. Nos impiden llegar a la camioneta.

—Vale —digo mientras pienso e intento recordar lo que Neizghání me aconsejó para enfrentarme a los *ch'į'įdii*. Mientras me esfuerzo con más empeño aún en olvidar la impotencia ante la enfermedad fantasmal. Porque, si le doy demasiadas vueltas, se me podría ir la puta cabeza. Luchar contra alguien de carne y hueso es una cosa, pero enfrentarse a la enfermedad, a algo que te mata desde dentro, es algo que no se me da tan bien.

—¿Todavía tienes los cartuchos que te di?

Kai suelta la puerta despacio. Se lleva la mano al bolsillo y saca dos cartuchos. Le tiembla la mano. Respira hondo y se serena. Yo tengo dos cartuchos en la escopeta y otros cuatro en el cinto de la munición. Con estos ocho debería bastarnos para llegar a la camioneta.

Saco el puñal arrojadizo de obsidiana que guardo en la polaina del mocasín. Cojo los cartuchos de Kai. Ejerzo presión con la punta de la hoja en el filo de uno de los cartuchos hasta que este se agrieta.

—Las manos. —Kai junta las palmas y le echo en ellas la posta de obsidiana. El polen de maíz despide una nube fugaz antes de asentársele en la piel. Repito el proceso con los otros cartuchos hasta que junto un buen montón de obsidiana y de polen en sus manos. Cojo la mitad para mí.

—Vale —digo—. Ahora vamos a avanzar hacia la camioneta. Yo no puedo verlos, de modo que tendrás que ir delante. Yo te seguiré, así que despeja bien el camino. Si tienes que apartar a alguno o si se acercan demasiado, échales un poco. El polen debería anclarlos donde están y la obsidiana debería hacerles daño. Con un poco de suerte, los ahuyentará.

—¿Y si no tenemos suerte? —pregunta Kai.

Cuando la voz se me entrecorta, caigo en la cuenta de que estoy enardecida, de que la adrenalina empieza a fluir. Estoy lista

para luchar, aunque no tenga del todo claro cómo.

—Si alguno de los dos se acerca demasiado, la enfermedad fantasmal hará presa en nosotros. Así que sugiero que nos demos prisa en tener suerte.

Kai parpadea, y entonces reparo en que el rico color castaño de sus ojos ha palidecido por los bordes, y que el anillo negro que rodea sus iris ha adquirido una luminosidad azogada. Me recorre los hombros un escalofrío que no tiene nada que ver con los *ch'į'įdii*. Pero ahora mismo no puedo hacer nada al respecto. Tenemos que salir de aquí cuanto antes y, a fin de cuentas, Kai está de mi lado.

—Vale, ¿estás listo? —le pregunto.

Kai asiente.

—Haré todo lo que pueda para que los fantasmas no te toquen.

Empujo la puerta y salimos.

Tal vez yo no pueda ver a los *ch'į'įdii*, pero los siento en las entrañas, como una tristeza creciente que me incita a aullar, a lamentarme por todos aquellos y todo aquello que hemos perdido: mi *nalí*, mis padres, Neizghání… incluso un caballo de peluche con el que jugaba cuando tenía diez años. Las sensaciones me asaltan sin tregua, levantando un torbellino que amenaza con engullirme. Un sollozo me presiona la garganta, pero me lo trago antes de dejarlo escapar. Kai da un gemido débil y triste, señal de que también él debe de percibirlos, de que también él recuerda cuanto ha perdido. Me estremezco y me obligo a seguir adelante.

Kai se dirige a la camioneta sin detenerse, esparciendo la posta en un arco amplio. Yo sigo sus pasos, diseminándola a ambos lados y por detrás de mí. Cuando Kai se para de pronto para lanzar un puñado de obsidiana hacia una zona vacía a un metro por delante de nosotros, doy un grito. Kai se vuelve hacia mí. Asiento y le hago señas para que siga. Continuamos avanzando hasta que llegamos a la puerta del acompañante.

La abro aprisa, lista para regar el habitáculo con la posta si es necesario.

—No hay nada dentro, ¿verdad? —le pregunto a Kai, pero ya sé que no. Ya no los siento; la tristeza que me atenazaba hace un momento se ha desvanecido como si nunca la hubiera experimentado.

Kai arruga el entrecejo como si le hubiera dicho algo gracioso.

—Despejado —me asegura—. Debieron de largarse cuando arrojé el primer puñado.

—No se pierde nada por preguntar —digo a la defensiva según

me coloco al volante. Él se sienta a mi lado y se saca el macuto del hombro, con cuidado de que no se le caiga la posta. Me llevo la mano al bolsillo y saco uno de los cartuchos vacíos. Kai ahueca la mano y vierte dentro lo que le ha sobrado.

—No ha sido para tanto —dice—. De hecho —encorva hacia arriba la comisura de los labios—, ha sido incluso divertido.

Me estremezco. «Divertido» es la última palabra con la que yo describiría ese sentimiento. Enciendo el motor sin molestarme en hacer más comentarios.

—Al final sí que voy a ser un buen socio, ¿eh? —dice.

Saco la camioneta del aparcamiento en dirección a la carretera. Salimos hacia las montañas del oeste y dejamos atrás Crownpoint. El buen humor del Kai se apaga cuando pasamos frente a las casas vacías y junto a los cadáveres que bordean la calzada, momento en que la realidad de aquello que dio origen a los *ch'į'įdii* nos golpea en la cara. La sensación de un profundo anhelo insatisfecho perdura incluso en la seguridad de la camioneta. El rostro de Neizghání surge de súbito entre mis recuerdos, de modo que decido poner la radio con la esperanza de distraerme. Pero la única canción que suena en toda Dinétah es una de Patsy Cline, que confiesa sentirse hecha pedazos.

Hemos recorrido la mitad del paso de Narbona cuando miro a Kai.

—¿Qué te pasa en los ojos?

Parpadea como si no me hubiera oído, pero sé que sí. Lo siento devanarse los sesos en busca de una respuesta.

—¿A qué te refieres? —dice.

—Cuando dijiste que veías a los *ch'į'įdii*, antes de que saliéramos de la biblioteca, los ojos se te pusieron plateados. Igual que cuando paramos para dejar pasar al coyote.

—Creo que no acabo de entenderte.

—Una mierda no me entiendes.

Agranda los ojos con teatralidad y vuelve hacia mí su preciosa cara.

—Tengo los ojos castaños —asegura, y así es; vuelven a ser castaños y a estar veteados de un dorado rojizo que, por normales que sean, le confiere un aspecto incomprensiblemente atractivo. Me sonríe para quitarle importancia—. Sería un efecto óptico. En serio, Mags, lo sabría si tuviera los ojos plateados.

Es probable. Desde luego, es probable. Quizá sea más probable que el que los ojos le cambien de color, pero la cuestión es que él vio a los *ch'į'įdii* y yo no. Daba por hecho que tendría algo que ver con sus conocimientos de curación, pero ahora me pregunto si no se deberá a algo más insospechado. Algo que yo

tendría que saber.

—No es buena idea que me ocultes nada, Kai. No es de buen socio.

Se le ilumina la cara.

—Entonces ¿somos socios?

—No es lo que quería de…

Un rayo cruza el cielo de la tarde, interrumpiéndome. Lo vemos caer al oeste, la dirección en la que viajamos. El trueno estalla poco después. Los dos parpadeamos para recuperarnos de la impresión.

—Uah, nos hemos salvado por los pelos —dice Kai.

Calculo que habrá caído a pocos kilómetros de donde estamos. No dejo de escudriñar el cielo como una tonta, con la esperanza de divisar un nubarrón que anuncie un aguacero inminente y que el rayo ha sido un fenómeno natural. Pero, como cabía esperar, no hay nada que ver, o al menos no se aproxima ninguna manga de lluvia, y el corazón se me encoge de miedo, sin acordarme ya de los ojos de Kai.

—Un rayo caído de un cielo azul y despejado —observa él—. Es extraño.

—Sí, es extraño —digo, aunque sé que de extraño tiene poco. Que caiga un rayo cuando no se ven nubes solo puede significar una cosa.

Tenemos visita.

Capítulo 11

—¿Vamos a entrar? —pregunta Kai.

—¿Mmm? —Tengo los ojos clavados en la caravana, a la espera de algo, de alguna señal que me indique dónde me estoy metiendo. Aparcamos hace más de diez minutos, pero todavía sigo en el asiento del conductor, en absoluto dispuesta a moverme.

—Que si entramos. ¿No vivías aquí?

—Sí, pero tengo visita.

Kai se gira para mirar por encima la entrada vacía.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el rayo. ¿Y oyes eso?

—No oigo nada.

—Exacto. —Me froto las manos en los pantalones para asimilar la situación—. Tengo tres perros. Mestizos de la reserva, no se asustan de nada. Y ahora mismo no los veo por ninguna parte, pero lo que más me llama la atención es que no los oigo.

Y ahí está: una ondulación en la cortina. Aparece un rostro, solo por un momento, y acto seguido la cortina se despliega del todo.

Suspiro entre aliviada y desilusionada. Reconozco esa cara. Por un instante pensé que podría tratarse de Neizghání, aunque no sé muy bien cómo habría ido ese encuentro. En cualquier caso, ya no tengo que preocuparme. El de la ventana no era Neizghání.

—Espérame aquí —le digo a Kai—. Saca la escopeta de atrás. Si no salgo de aquí a quince minutos, entra con ella. Tranquilo, no te pediré que dispares a nadie, pero intenta resultar amenazador. Me imagino que estaré bien.

—¿Te lo imaginas?

—Sí. Seguramente, solo ha venido a hablar, pero preferiría no pasar más tiempo a solas con él del necesario.

Kai, entre pensativo y nervioso, mira las ventanas de la estrecha caravana. La visita no ha vuelto a asomarse a la ventana, pero noto como el aire se espesa a nuestro alrededor, como el temor adquiere el peso suficiente para ponerme nerviosa.

—Si no va a hacerte nada, ¿por qué debería entrar empuñando un arma? —me pregunta Kai susurrando, aunque no

haya nadie más en la camioneta.

Asiento y le respondo también a media voz.

—A veces conviene causar una buena primera impresión.

Me mira incrédulo.

—¿Con una escopeta? ¿Quién demonios hay ahí dentro?

Doy por hecho que la primera pregunta era retórica, pero le respondo a la segunda lo mejor que sé.

—Un viejo eneamigo. Su nombre navajo es Ma'ii. Quizá tú lo conozcas por el de Coyote.

Abro la puerta y me bajo de la camioneta. Por fin la cercanía de la noche empieza a refrescar el desierto del altiplano. El leve olor a ozono condimenta el aire, vestigio del rayo mediante el que mi visita se ha desplazado hasta aquí. Los sentidos se me aguzan al percibir la anomalía, y mi lado animal e instintivo me dice que no entre en casa, que lo que hay dentro pretende hacerme daño. Mi instinto no se equivoca del todo, me ha salvado en más de una ocasión cuando he tratado con los Bik'e'áyée'ii, pero ahora no voy a escucharlo. Coyote ha venido a verme y quiero saber por qué.

Reprimo el deseo de huir a la carrera y recorro el breve camino de tierra que lleva a la escalera de la entrada. La salvo de un salto y abro la puerta.

Capítulo 12

Cuando tenía catorce años, antes del Agua Grande, cuando los televisores aún funcionaban y el derretimiento de los casquetes polares provocaba que se registraran tormentas insólitas desde Florida hasta Maine, y las inundaciones de la Costa Este hacían que el huracán Sandy pareciera una agradable llovizna de verano, Coyote vino a mí. Aquella primera vez se me presentó en un sueño. Esperaría otro año, hasta que perdiera no solo a mi familia y mi lugar en el mundo, sino mi propio ser, antes de manifestarse físicamente. Pero sigue siendo aquella primera vez, cuando Coyote apareció en mis sueños, antes de que comenzara la pesadilla del Agua Grande, la que mejor recuerdo.

Vestía un traje impecable que parecía sacado del viejo Oeste. La camisa era una reliquia blanca de cuello alto, metida por dentro de unos pantalones de estrafalarias rayas carmesíes, verde oliva y doradas. Sobre la camisa llevaba un chaleco de doble botonadura confeccionado en terciopelo grana. El conjunto lo remataba una borla dorada moldeada a partir de un pañuelo de seda bordado con un delicado hilo rosa. Un reloj de oro pendía de la cadena que llevaba sujeta al bolsillo del chaleco, y sobre sus hombros descansaba un sobretodo de color arena con el cuello de espesa piel gris. El abrigo ondeaba en torno a él cada vez que daba un paso, como la capa de un rey solitario. Estaba apoyado en un bastón tallado en caoba con la empuñadura dorada, y me recibió con una amplia sonrisa socarrona y ladeándose el sombrero de copa. Era el clásico embaucador elegante de los wésterns antiguos de Hollywood.

Supongo que le haría gracia, siendo como era una criatura capaz de cambiar de forma con la facilidad con que los humanos cambian de ropa, vestir de galán blanco para visitar a una niña navaja. Tenía un aspecto impresionante, desde luego, pero el atuendo no dejaba de estar elegido con cierta crueldad. Yo conocía las historias del Gran Traslado, sobre los administradores de fincas traicioneros y los estafadores. Y él sabía muy bien que iba a recordármelas.

Nos sentamos en aquel escenario onírico y bebimos whisky en vasos de porcelana. El cosquilleo que el licor ambarino me producía al bajar por la garganta se transformaba en un arañazo acaramelado en mi imaginación infantil, pero la calidez que me

dejaba en el estómago y la sensación de realidad ligeramente difusa que me acomodaba en la cabeza se me hacían muy verosímiles. Estiró sus largas piernas frente a una lumbre que no dejaba de crepitar y empezó a contarme una historia terrorífica tras otra.

De cómo, hace mucho tiempo, antes de que yo existiera, unos pájaros le sacaron los ojos y se los comieron. De cómo unos castores comenzaron a golpearle el cuerpo con sus largas colas aplanadas y no pararon hasta reducirlo a un saco de piel inerte lleno de huesos fracturados y órganos deshechos. De cómo se sintió cuando le cogieron los dedos de los pies y de las manos (estos últimos, ahora unas garras retorcidas, destellaban a la luz de las llamas) y se los machacaron uno a uno, para después recomponérselos, para después volvérselos a machacar.

Vestida con un pijama de algodón, yo tiritaba aterrorizada, como cuando estás durmiendo y quieres despertarte pero no puedes. Tenía demasiado miedo como para abrir la boca y las piernas no me hacían caso. Me negaba a seguir escuchándolo, incluso me tapé los oídos con las manos. Él no parecía ser consciente de mi agitación, y si lo era, desde luego no le importaba.

Al cabo, se cansó de contar historias, cuando ya el sol descollaba en la lejanía.

—Es hora de que me vaya —dijo mientras consultaba el reloj de bolsillo y volvía a tocarse con el sombrero. Después se levantó y estiró su cuerpo escuálido a la vez que exageraba un bostezo—. He disfrutado mucho de la charla, Magdalena. ¿Y tú?

Los ojos se me salían de las cuencas de puro pánico, muerta de miedo tanto ante la idea de que me dejara sola en medio de aquella oscuridad como ante la de que no se marchara nunca.

—Somos amigos —dijo para reconfortarme mientras me agraciaba con una sonrisa mínima—. ¿No es así?

Se me quedó mirando a la espera de una respuesta. Asentí, gesto que pareció complacerlo. Me dio una palmadita en la pierna, y con la garra me abrió un corte en la rodilla del que brotó un hilo de sangre. Fijó en mí sus apagados ojos del color del latón y, con un aullido que me hizo volver a protegerme los oídos con las manos, se fue, pero no sin antes despedirse con una advertencia:

—Prepárate, Magdalena. Pronto llegarán los monstruos.

La misma criatura, de aspecto semejante al de un hombre y vestida con su habitual traje extravagante salido de un wéstern, ahora está sentada bebiendo té en mi silla preferida del salón.

—Magdalena, querida, ¿en serio es lo único que tienes? ¿Té?

—Hola, Ma'ii —lo saludo. Es la única persona, o especie de persona, por así decirlo, que me llama por ese nombre. Pero no me serviría de nada corregirlo.

—Sí, *yá'át'ééh*, buenos días, o noches, lo que sea. Y ahora, ¿te importaría…? —Estira la mano primero hacia el vaso y después hacia mí. Unas uñas largas y grises emiten destellos afilados como la luz de la luna.

Suspiro y me apoyo contra la pared.

—Tengo café y azúcar en la camioneta.

Con la cara iluminada de pronto, Ma'ii retuerce los hombros y hace zarandearse el sobretodo.

—Excelente. ¿Te importaría? Y ya que sales, dile al apuesto joven que espera en tu vehículo a motor que entre.

Tuerzo el gesto. Ha visto a Kai. Claro que lo ha visto, pero no pienso decirle a Kai que se una a nosotros antes de que yo averigüe qué pretende Coyote.

Vuelvo a la camioneta para sacar la lata de café y el azúcar. Kai me mira con evidente curiosidad desde el otro lado de la ventanilla. Meneo la cabeza y le recuerdo mudamente: «Quince minutos». Me fijo en el sol poniente. No sé si es buena idea que Kai se quede aquí, solo y a oscuras, pero tampoco conviene que esté dentro con el embaucador. Malo conocido o malo por conocer. Con suerte, la situación no empeorará mucho. Sé cómo hacer hablar a Coyote.

Regreso adentro y atravieso aprisa el pequeño salón, dejo atrás el estrecho aseo y entro en la también angosta cocina. Coyote solo se ha movido para posar el vaso de té en la mesita que tiene junto al brazo y para rodear con sus largos dedos la empuñadura del bastón. Con sus uñas, o más bien garras grotescas, da golpecitos en el tablero en señal de irritación.

—¿Por qué no has traído a tu amigo? —me pregunta girando la cabeza.

—No es mi amigo —respondo desde la cocina—. Solo ha venido a pasar la noche, y cuanto menos tengas que ver con él, mejor.

—Al menos, podrías presentarnos como es debido. ¿Qué tendría de malo?

—No hasta que sepa qué tramas, Ma'ii.

—¿Disculpa? Después de todos estos años, Magdalena, sigues sin fiarte de mí. —No se le nota indignado sino, más bien, divertido.

Ya ha hervido agua para el té en el único cazo bueno que tengo, por lo que no tardo en preparar el café. Echo los granos molidos en el agua humeante y los dejo a remojo antes de servir

una taza para cada uno. Lo pienso por un momento antes de añadir una buena cucharada de azúcar también en la de Ma'ii. Hasta que no termino, no me reúno con él en el salón.

La estancia no llega a los cinco metros de ancho, y lo único que he conseguido meter en ella es un sofá hundido de dos asientos y un par de sillones que no hacen juego entre sí, todo ello apiñado en torno a una mesita improvisada hecha de madera contrachapada y cubierta con una fina tela azul estampada que pretende darle un toque alegre a la estancia pero que, debo confesarlo, no termina de conseguirlo. Al menos, combina con las cortinas caseras que he colocado en las ventanas, el único intento que hice por vestir el hogar pese a que me he pasado meses aquí encerrada. La verdad es que prefiero echarme a la carretera antes que pasarme el día en la caravana. Quedarme aquí hace que el que Neizghání me abandonara parezca aún más real. Mejor mantenerme ocupada en cualquier otra parte y de cualquier otra manera.

Me siento en el otro sillón, frente a Coyote y de espaldas a la entrada, sin olvidar que Kai no tardará en irrumpir en la caravana con la escopeta, y quiero estar cerca cuando aparezca.

Coyote toma un sorbo y sonríe.

—Un café delicioso, Magdalena. Espero que hayas preparado el suficiente para degustar una segunda taza.

—No vas a quedarte tanto tiempo como para tomar otro café.

Encorva la boca hacia abajo y, por un instante, creo ver agitarse una larga oreja de cánido tras el disfraz de hombre.

—Qué descortés.

—¿A qué has venido, Ma'ii?

—Háblame de ese apuesto joven al que escondes en la camioneta. ¿Quién es? ¿Es tu nuevo pretendiente? —Agranda los ojos en un gesto insinuante y se pasa una lengua repujada de gruesas venas por los labios.

—No.

—¿Demasiado joven para ti? —pregunta—. Son los mejores pretendientes, ¿no crees? Jóvenes y ansiosos. Diría que la destreza que les falta a los jóvenes la compensan con su entusiasmo.

—Ma'ii. —Dejo que de su mero nombre se destile mi desaprobación.

—Una vez yo también tuve una novia joven —continúa sin hacerme caso—. Una chica de Many Farms que llevaba un vestido tintineante tradicional. Más parecía un pez dando coletazos que una muchacha, pero derrochaba un entusiasmo admirable.

Me froto la cabeza. No estoy para escuchar las historias de

Coyote sobre sus conquistas sexuales.

—No, no, los chicos de tu edad no son tu tipo. Tu tipo… Yo sé cuál es tu tipo. Los guerreros grandes, fornidos y musculosos. Los inmortales. Sí, serían más de tu agrado. —Pronuncia con énfasis esta última palabra y me observa con sus ojos taimados a la espera de alguna reacción. Mantengo la mirada inmóvil y la boca relajada en una línea inexpresiva.

—Naayéé' Neizghání —dice sin apartar sus ojos de los míos—. ¡El Cazador de Monstruos! ¡Menudo personaje! Un ser sin duda hecho de sol abrasador y belleza inaudita. Con un novio como él, sí, incluso tu apuesto amigo saldría malparado de una comparación.

—Neizghání y yo no éramos pareja.

—¿No? Durante todos esos años, ¿nunca pasó nada entre vosotros? ¿Ni un beso? ¿Ni una caricia furtiva? ¿En las frías noches de caza, bajo una manta compartida? Ay, Magdalena. Está feo que me mientas a mí, pero está más feo aún que te mientas a ti misma.

—Sé lo que te propones.

—Y tú, tan dolida, tan sola, tras aquel infortunio que acabó con la vida de tu abuela y que te dejó, en fin, tan… consumida, ¿no crees?

—Ya basta Ma'ii. —No llego a levantar la voz, pero tampoco consigo evitar que me tiemble.

—Es natural que te enamoraras de tu salvador, y que después él se convirtiera en tu mentor. Que descubriera algo bueno en ti cuando los demás solo veían a una niñata patética y hecha polvo. —Se inclina hacia delante, sin dejar de mirarme a la cara—. Si es cierto que no erais pareja, entonces el deseo debía de estar volviéndote loca. ¿Cuántas noches, al echarte en la cama, empezaste a tocarte tímidamente mientras pensabas en él? Sin entender a qué se debía la humedad que notabas en los dedos, la repentina dureza de…

—¡Ya está bien! —El tono amenazante de mi voz es palpable. Si sigue presionándome, terminaré perdiendo el control, y ya le falta poco. Muy poco.

Se me queda mirando un momento, sopesando mi rabia, antes de reclinarse en el sillón.

—En serio, Magdalena —dice, quitándose un imaginario hilo suelto del chaleco de terciopelo antes de proseguir en un tono familiar—, ¿esperabas que el tiempo que pasasteis juntos daría lugar a una relación duradera? ¿Que os enamoraríais? ¿Que os casaríais, tal vez? ¿Qué tendríais cazadorcitos de monstruos?

Las mejillas se me encienden bajo su mirada implacable. Sé

que solo pretende averiguar cuál es mi punto débil, que quiere ver cómo me desmorono. La naturaleza del coyote lo lleva a actuar con crueldad, de modo que procuro no tomármelo demasiado a pecho. Aunque no se está esforzando mucho para que yo no arda en deseos de partirle la boca de un puñetazo.

Me obligo a espirar y relajarme. Me digo a mí misma que no tiene importancia. Que lo siga intentando si quiere. Ahora entre Neizghání y yo no hay absolutamente nada.

Sin embargo, ya me he cansado de la crueldad desenfadada de Ma'ii.

—¿Qué es lo que quieres, Ma'ii? —le pregunto con voz impasible—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que quieres?

Yergue el cuerpo, ofendido. Al formular la pregunta cuatro veces, el embaucador se ve obligado a responder.

—¡Qué grosera! ¿De verdad era necesario? Tenemos muchas cosas de que hablar.

—No, sobre Neizghání no.

Ma'ii frunce el ceño.

Espero.

Intenta guardar silencio pero la mandíbula se le agita en señal de protesta, sometida por mis palabras, hasta que se da por vencido.

—Que recuperes una cosa —ladra con evidente furia—. Necesito que recuperes algo por mí. ¿No te dedicabas a recuperar cosas? —rechina—. ¿Niñas? ¿Cabezas cortadas?

Unos dedos gélidos se deslizan por mi espalda.

—¿Cómo sabes…?

—Yo lo sé todo. Soy Coyote —me recuerda—. Entonces ¿lo harás? ¿Sí?

—No me has dicho de qué se trata.

—Quizá me haya equivocado al pedírtelo. No lo entenderías. Tú eres mortal. —Chasquea la lengua como si fuera una pena—. No me extraña que Neizghání se marchara…

—¿De qué se trata? —insisto, no solo harta de su pose, sino también cansada e irritada después de este día tan largo. Lukachukai, Brazo Largo, los muertos de Crownpoint, las conversaciones constantes sobre Neizghání. Algo dentro de mí cede y me empuja a gritar—: ¡¿De qué se trata?! ¡¿De qué se trata?! ¡¿De qué…?!

—¡Magdalena! —Coyote se levanta de un salto.

La oleada de ira que emana de su cuerpo me estremece. Por un instante, el disfraz de caballero del viejo Oeste se le transparenta y puedo atisbar la forma que esconde bajo esa

fachada: un hocico de greñas grises y parduzcas, unos ojos amarillentos y apagados, una boca llena de colmillos con los que desgarrar la carroña. Llena toda la estancia, intimidante y antinatural, y de nuevo me encuentro junto a aquella lumbre, y vuelvo a ser una niña de catorce años que se encuentra con un Bik'e'áyée'ii por primera vez.

Sin embargo, con la misma espontaneidad, se serena, vuelve a menguar hasta que recupera la estatura de un hombre y restablece el espejismo. Con exasperante dignidad, vuelve a acomodarse en el sillón.

Le da una patada con la bota a una bolsa para deslizarla hacia mí. Tiene la forma de un morral de cinco caras pasado de moda, e incluso incorpora un cierre de latón, pero el cuero está hecho de un material oscuro y ahumado que parece revolverse bajo la penumbra cada vez más opaca de la estancia. No había visto la bolsa hasta ahora, y es posible que ni siquiera hubiera estado ahí hasta este mismo instante. Enciendo la lamparilla que hay junto a mí y la abro.

—¿Qué son?

Saco cinco aros plumosos, todos ellos de unos treinta centímetros de ancho. No pesan mucho, y tampoco son demasiado ligeros, sino que resultan muy cómodos de sostener. Están cubiertos de plumas vellosas, como si los hubieran rociado de plumón de crías de pájaro para después bañarlos en tinta, negra y azul, amarilla e incluso blanca. El último conforma un remolino denso con todas las plumas coloridas y salpicadas de motas de mica destellantes. Nunca había visto nada parecido. Son preciosos y sagrados, y no cabe duda de que contienen un poder fabuloso.

—Son *naayéé' ats'os* —dice Ma'ii—. Te ayudarán a llevar a cabo el trabajo.

Hago un esfuerzo por recordar cuáles de las historias y leyendas que conozco hablan sobre este tipo de aros, pero no me viene ninguna a la cabeza. Aun así, los colores me dan una pista muy clara.

—Son aros direccionales, ¿verdad? El este es blanco; el sur, azul; el oeste, amarillo; y el norte, negro. Y este otro —digo, dándole vueltas con la mano al que presenta un patrón multicolor. Todos los colores, todas las direcciones—. ¿De dónde los has sacado?

—Su procedencia es lo de menos ahora mismo.

Reconozco una evasiva cuando la oigo.

—¿No quieres contármelo?

—No importa de dónde hayan salido. Lo que debe preocuparte

es lo que hacen, no su origen.

—Muy bien, ¿y qué es lo que hacen?

—¿Conoces la historia de Primer Hombre y Primera Mujer?

—A grandes rasgos.

—Veo que Neizghání desatendió tu formación del mismo modo que desatendió tu cama. —Levanta la mano para acallar mi protesta—. Te contaré una historia, Magdalena, si te apetece escucharla. —Guarda silencio, sin bajar la mano, hasta que asiento.

—Se dice que, hace mucho tiempo, Primer Hombre y Primera Mujer fueron moldeados a partir de una mazorca de maíz. Primer Hombre a partir de los granos blancos y Primera Mujer a partir de los amarillos. Los cubrieron con un paño de ante y Níłch'i sopló sobre ellos, dotándolos de vida. Fue el hálito de Níłch'i lo que los hizo humanos, del mismo modo que te hizo humana a ti.

—No…

—Níłch'i es el viento sagrado, el dador de vida. Quiero que vayas al Cañón de Chelly y utilices los aros para traerme su hálito.

—Oh. —Guardo silencio—. ¿Eso es todo?

—Sí. —Sonríe, consintiéndome el sarcasmo—. Una petición más que razonable para alguien de tu talento.

Contengo una risa, más divertida que enfadada llegados a este punto.

—Es un dios, Ma'ii. Yo no puedo atrapar a un dios. No soy más que una…

—¿Cazadora de monstruos? —Coyote chasquea la lengua—. No te pido que lo atrapes a él. Solo su hálito. —Da una palmada —. Vamos, Magdalena, ¿qué ha sido de tu amor por la aventura? ¿De tu hambre de riesgo?

—Supongamos que acepto. ¿Con qué vas a pagarme?

—Ah. —Sonríe; las comisuras de sus labios finos se le curvan, pero sus ojos permanecen igual de fríos—. ¿Qué es eso que deseas de corazón, Magdalena? ¿Qué es lo que más ansías de verdad? —Desvía la mirada hacia la ventana por un momento y luego vuelve a detenerla en mí—. Podría hacer que el joven apuesto que tienes en tu vehículo a motor se enamore perdidamente de ti.

—No.

Se da unos golpecitos en la barbilla con el dedo teatralmente.

—Es una pena. Veamos… ¿Te gustaría volver a ver a Neizghání? Podría arreglarlo.

El corazón se me acelera un tanto, aunque prefiero no meter al embaucador en nada que tenga que ver con Neizghání.

—No —digo, pero he tardado demasiado tiempo en negarme, y Ma'ii se ha dado cuenta.

Se encoge de hombros.

—Muy bien. Entonces, ya solo nos queda ella.

Me reclino en el sillón, sorprendida. ¿Se referirá a Atty?

—¿Cómo que «ella»?

Coyote se inclina hacia mí y reduce su voz a un susurro.

—Un monstruo así…

Noto un vacío en el estómago y un nudo en la garganta. ¿Se referirá a mí? Pero ¿cómo podría saber Coyote lo que Neizghání me dijo en Black Mesa? ¿Lo que me dije a mí misma en la montaña de Lukachukai? Oírlo de sus labios me pone la carne de gallina.

Se levanta del sillón y se inclina hacia delante, hasta que su cara queda a solo unos centímetros de la mía.

—La triste realidad que te niegas a afrontar, Magdalena, es que a veces aquellos a quienes llamamos héroes son los monstruos más aborrecibles de todos.

Mi puño sale disparado antes de que yo sea consciente de que lo estoy moviendo. Pero lo único que toco es el aire, pues allí donde hace una fracción de segundo estaba la cara de Ma'ii ahora no hay nada. Vuelve a estar reclinado en el sillón, pero yo me he levantado y estoy pasando junto a la mesita que nos separa cuando oigo que se abre la puerta de la entrada. La ignoro y me abalanzo sobre Coyote, al tiempo que estiro los brazos para estrangularlo. Pero el embaucador se esfuma de nuevo y me golpeo el hombro lastimado contra el asiento. Me precipito junto con el sillón y me estampo contra el suelo hecha una furia. Intento ponerme de rodillas pero los pies se me traban en el dichoso mantelito azul y vuelvo a caer de culo. El maldito hombro se me aplasta contra el borde de la mesa. Doy la batalla por perdida y grito:

—¡Ma'ii!

Oigo una risita canina, seguida de la voz de Kai, que pregunta:

—¿Interrumpo?

Capítulo 13

Kai se ha parado en la entrada con una sonrisa radiante en la cara, la corbata alisada y las manos vacías. No trae la escopeta. Supongo que es mejor así. Me vería demasiado tentada de usarla.

La sonrisa se le empieza a borrar cuando se fija en la escena: yo tirada en el suelo, intentando soltarme del sillón mientras grito una blasfemia tras otra, y Coyote apoyado en la entrada del salón, con una sonrisa satisfecha que deja a la vista su dentadura de depredador.

—¿Todo bien? —pregunta Kai.

—Es evidente que no —digo. Me levanto y pongo de pie el sillón, me sacudo las mallas e intento darme el aire más digno que puedo.

Kai asiente.

—Vale, ¿me vuelvo a la camioneta? ¿Os dejo un rato a solas?

—¡De ninguna manera! —interviene un jovial Ma'ii—. Magdalena y yo estábamos hablando de una importante encomienda en la que se embarcará mañana mismo, solo que, de tanto que le entusiasma la idea, se le ha turbado la razón. Está claro que necesita un tiempo para asimilar tamaña responsabilidad. —Cuando me mira, le hago un corte de mangas, a dos manos. Vuelve a girarse hacia Kai—. Mientras tanto, podemos aprovechar para conocernos, joven Kai Arviso. —Ma'ii vuelve a mirarme—. Magdalena, con tu precipitado y violento espectáculo, has tirado el café —señala con fingido desconsuelo.

Miro el café derramado, que ahora empapa la moqueta barata marrón, sumando una mancha más a los pequeños lamparones que ya debían de llevar décadas ahí. Lamento el estropicio, pero no me arrepiento de haber intentado estrangular al maldito embaucador. Sabe muy bien que no le conviene provocarme.

Levanto las manos.

—Está bien, de acuerdo, pero tú… —Señalo a Ma'ii con el dedo—. Ándate con ojo, porque, si no, la próxima vez te meteré un tiro en el entrecejo.

Kai aspira como si le faltara el aire, pero Ma'ii se limita a asentir, consciente de que ha ido demasiado lejos. Y de que tengo un límite. Y de que una vez que lo cruzo, mi instinto saca lo mejor de mí. Casi puedo oírlo susurrarme al oído: «Monstruo». Hago un esfuerzo por serenarme y me froto el hombro.

—Te ayudaré a recoger todo esto —se ofrece Kai.

—No, mejor siéntate. —Le señalo uno de los sillones desocupados—. Ma'ii tiene mucho que contarme después del desastre que ha causado. Quiero que tú también lo oigas.

Recojo las tazas. Froto con el pie la nueva mancha de la moqueta. Paso junto a Ma'ii de camino a la cocina. Esta vez permanece donde está, tangible al tacto. Verlo tambalearse cuando le empujo el hombro con rabia me satisface más de lo que debería.

Desde la cocina oigo la voz de Kai.

—No sé si lo del café es buena idea. Quizá no convenga que tome cafeína.

Estoy en la cocina, oyendo conversar a Kai y Ma'ii mientras echo el café molido.

—Entonces ¿cómo es que sabes mi nombre?

Ma'ii se toma un momento antes de contestar:

—Un Coyote lo sabe todo.

—Es verdad, Mags te había llamado Coyote. ¿Eres el auténtico Coyote?

—Puedes llamarme Ma'ii. ¿Y cómo llamas tú a Magdalena? ¿Mags?

—A las mujeres les gustan los motes.

—Muy cierto.

Sonrío sin pretenderlo mientras preparo tres tazas de café. Con azúcar para Ma'ii. Recuerdo que a Kai le gusta con leche y miro en la nevera para ver si queda algo. Solo un poco de leche de oveja. Lleva aquí unas cuantas semanas, pero huele bien. La vierto. Saco las tres tazas y pongo la de Kai y la de Ma'ii en la mesita. Kai ha ocupado mi asiento y se ha acomodado en el respaldo. Tiene los brazos relajados sobre los apoyos y las piernas separadas. Parece afrontar la velada con absoluta tranquilidad. Coyote ha vuelto al sitio de antes. Coge su taza a la vez que me echa una astuta mirada de soslayo. La ignoro y rodeo sus piernas delgaduchas para sentarme en el sofá. Tomo un sorbo. El café se ha enfriado bastante, pero sigue estando bueno.

—Bien, me comentaba Magdalena que vais a ser novios —dice Coyote.

Kai suelta una risa afilada y yo me derramo el café tibio en los pantalones.

—¿Qué? —balbuceo a la vez que me sonrojo—. Yo no te he dicho eso. ¡Yo no te he dicho eso en ningún momento!

Coyote sacude sus dedos larguísimos y extiende la palma de la mano para entonar un *mea culpa* desganado.

—Bueno, quizá no con esas mismas palabras.

Kai despliega una sonrisa amplia.

—Maggie y yo nos hemos conocido hoy mismo, de modo que no voy a dar nada por hecho. Además, estoy seguro de que una mujer tan guapa como ella tendrá otras opciones que le interesen más.

Miro a Kai esperando verlo reírse. No aprecio nada raro en él, pero nadie me había llamado guapa antes y sé demasiado bien que no soy ni mucho menos tan agraciada como él. Aun así, no aprecio sino sinceridad en su expresión.

Coyote asiente, entendiendo, con los ojos puestos en mí.

—Estoy intentando hacerle comprender que el mar está lleno de peces, de tantos como estrellas hay en el cielo.

—¿Que estás intentando qué? —Resoplo—. Ah, ahora resulta que solo quieres ayudarme. Todo lo que me has dicho antes, ¿era eso tu forma de ayudarme?

Ma'ii me mira a la cara.

—Sé que no me crees, pero mi intención siempre ha sido la de ayudarte, Magdalena.

—Querrás decir que siempre ha sido la de ayudarte a ti mismo.

—¿No puedo hacer ambas cosas al mismo tiempo?

—No, no puedes hacer ambas cosas al mismo tiempo.

—Maggie dice que sois viejos amigos —interviene Kai en un tono relajado—. ¿Cómo os conocisteis?

No, dije que éramos eneamigos, una descripción muy generosa por mi parte. Más aún después de la jugarreta de esta noche, en la que Ma'ii no parece ver motivo alguno para borrar su ancha sonrisa gozosa.

—En efecto, somos viejos amigos —confirma jovial—. Conocí a Magdalena cuando solo era una niña, antes del fin del Quinto Mundo, cuando los míos aún vivían sobre todo en los sueños de los cincodedos.

—Los cincodedos. Esos somos nosotros, los humanos.

Ma'ii sonríe en ademán tolerante.

—Los *diné*, sí.

—¿Y el fin del Quinto Mundo? —pregunta Kai—. ¿Te refieres al Agua Grande?

—Precisamente. —Ma'ii se inclina hacia delante, entregado a su papel de cuentacuentos. Kai no ha necesitado más para hacerle hablar; y ahora no me toma el pelo ni me tira pullazos, sino que se limita a compartir sus vastos conocimientos sobre Dinétah. Muy a mi pesar, estoy impresionada.

—He vivido multitud de vidas en multitud de mundos —comienza Ma'ii—, ya antes de que Mujer Cambiante les diera

forma a los cincodedos, y todos esos mundos llegaron a su fin con una gran inundación. En todos ellos las aguas ascendieron tanto que creíamos que las inmensas olas eran las cimas de las montañas nevadas. Esta última inundación, la que llamáis el Agua Grande, le puso fin al Quinto Mundo y dio comienzo al Sexto. Abrió un pasaje para que aquellos como yo regresáramos al mundo.

Su voz ha adquirido ahora una textura dramática, casi melódica. Salta a la vista que se lo está pasando en grande, que disfruta al ver a Kai embelesado por la narración. No obstante, me llama la atención que no mencione qué relación guarda él con la causa de esas otras inundaciones, y de la misma manera, me pregunto qué relación guarda, en el caso de que tenga algo que ver, con la causa de esta última.

—¿Al mundo terrenal? —pregunta Kai.

—A Dinétah.

—¿Y antes vivíais en los sueños?

—En los sueños y en las visiones —afirma Ma'ii—. En las leyendas y en las canciones.

—¿Y ahora?

—Y ahora, con el surgimiento de Dinétah y el Sexto Mundo, somos como éramos antes.

—¿A quiénes te refieres exactamente?

—A nosotros, a los Diyin Dine'é o, como decís vosotros, el Pueblo Sagrado. Y a los que somos Bik'e'áyée'ii.

—Entonces ¿tú no formas parte de los Diyin Dine'é?

El embaucador ladea la cabeza, como un perro que intentara comprender al estúpido humano.

—Yo soy Coyote —responde.

—Claro —dice Kai con toda naturalidad—. ¿Y hay otros como tú?

—Hay otros, como Tejón, Lince o Lobo, pero ninguno de ellos es como yo. —Se alisa la ropa y se ahueca el pañuelo.

—¿Y qué hay de los monstruos? —pregunto yo.

Guarda silencio para pensar antes de proseguir:

—A algunos, cierto es, se les derrotó y ya no regresaron. Sin embargo, otros conocieron la piedad del Cazador de Monstruos, por lo que todavía viven. Hambre, pobreza, ancianidad… Antes se las llamaba «monstruos». Pero también teníamos al gran Yeiisoh, el pesado dragón de agua cuyo esqueleto yace no muy lejos de aquí, al otro lado de las montañas. Y después están los monstruos que habéis creado vosotros mismos: los *yee naaldlǫǫshii*, brujos que venden su humanidad a cambio de poder; los *ch'į'įdii*, espíritus que albergan el mal de los hombres y

las mujeres cuando estos mueren. Y esos que tan bien se le dan a Magdalena cuando sale de caza; los que devoran a las niñas pequeñas. —Desliza una mirada hacia mí.

Quiere que muerda el anzuelo, pero su táctica me lleva a hacerme una pregunta.

—¿Y los *tsé naayéé'*?

—Por desgracia, desconozco ese tipo de monstruos. —Despega los ojos de mí para orientarlos hacia la pared.

—Es un ser creado por el hombre, ¿quizá mediante brujería? Parece una persona, pero se alimenta de carne humana. O, por lo menos, les despedaza la garganta a sus presas. Y no puede hablar. Ayer maté a uno en la ladera. Es la criatura que raptó a la ni… —Me interrumpo. No quiero que Kai conozca los detalles sobre Atty, no todavía. Disimulo el desliz con un bostezo falso que termina siendo real.

Ma'ii me observa por un momento, sin duda dándole vueltas a algo, hasta que dice:

—Hacía muchas lunas que no disfrutaba de una conversación tan placentera, con sus historias, y degustando unas viandas con unos buenos amigos. Un Coyote solitario no podría pedir más. —Me sonríe de un modo alentador, un gesto que, a decir verdad, no es agradable de ver, reflejo más que nada de su desprecio y su desdén altanero. Intentar atisbar en ese rostro enjuto algo que pueda resultar remotamente amistoso se antoja hasta ridículo. No obstante, al verlo insistir en su actitud, comprendo a qué se refiere.

—No he dicho que fuera a cocinar nada.

Como alertado por mi comentario, se oyen rugir las tripas de Kai, con la fuerza suficiente para que Coyote y yo lo miremos.

—Traidor —mascullo.

En fin, quizá tener a Coyote aquí no sea una desgracia del todo. Se le ve muy dispuesto a hablar con Kai, de modo que sus historias podrían aportarnos algún detalle relevante que nos descubra más cosas sobre los *tsé naayéé'*.

—Está bien —digo a la vez que me levanto—. Os prepararé algo. La cena y, sí, un poco más de café. Y luego tendrás que irte, Ma'ii. Tu amistad es algo que solo puedo tolerar en pequeñas dosis.

Se toca la frente con una garra.

—Gracias, Mags —dice Kai. Me dedica una de esas sonrisas amplias con las que se le ilumina toda la cara. Meneo la cabeza. Kai derrocha encanto, debo reconocerlo. Y el hecho de que haya encantado incluso a Ma'ii es bastante inusual. De todas formas, el que se entiendan no tiene por qué significar algo bueno. Más

bien, supone un desastre anunciado.

—¡Muy bien! —exclamo animadamente—. Vosotros seguid charlando. Yo estaré en la cocina.

Capítulo 14

Sus voces me hacen compañía mientras cocino. La conversación tiene una musicalidad cantarina, y sus notas revolotean por la pequeña caravana, atestándola. Yo los escucho, pero no prestando atención a las palabras, sino a la cadencia del diálogo.

Paseo la vista por toda la cocina. Llevo tanto tiempo sola que en un primer momento no se me ocurre qué podría hacerles de cenar. Yo suelo comer de pie delante del fregadero, y a menudo la comida consiste en algún plato barato y precocinado, algo de carne seca, un puñado de nueces, cosas que vienen en latas que abro con la navaja y que se pueden calentar en un cazo. Costumbres que adquirí durante la época que pasé con Neizghání, y de las que aún no me he desprendido, pese a que ya hace casi un año que se marchó. Pero ahora necesito… No, ahora «quiero» preparar una cena decente.

No se me da muy bien la cocina. De hecho, lo inepta que soy por naturaleza para las labores de la casa escandalizaba a mi *nalí* cuando yo era más joven. Aun así, hasta yo sé calentar unas judías enlatadas y freír unas tortas de pan. Encuentro una lata de chiles troceados y la vuelco sobre las judías. Después añado un poco de manteca, que echo en una sartén plana para que se derrita. Desenrosco la toalla donde guardo un poco de masa. Hice la mezcla poco antes de recibir el encargo de Lukachukai, de modo que todavía es comestible. Hundo las manos en la harina y formo tres trozos de masa que aplano estampándolos uno tras otro, y la sucesión de golpetazos me recuerda a la cocina de mi *nalí* y al ritual cotidiano de la elaboración del pan.

Mi *nalí*. Fue ella quien me crio, en una caravana como esta en la que vivo ahora, en el pinar solitario que se levantaba sobre Fort Defiance. Era una mujer buena, no demasiado amable ni cariñosa, pero siempre se aseguró de que no me faltara de comer ni de vestir, y me acompañaba a la escuela todos los días. Mi abuela no se merecía lo que le ocurrió, lo que nos ocurrió, aquella noche de invierno de hace tantos años.

No sabría decir por qué ese recuerdo resurge ahora con tanta fuerza. Nunca me ha costado mantenerlo guardado bajo llave. Quizá sea porque Tah estuvo hablando despreocupadamente de mi infancia, o quizá porque Coyote no ha dejado de sacar a relucir la fea realidad, o quizá suceda que cada vez que empiezo

a sentirme cómoda y bajo la guardia, me doy cuenta de que está ahí, acechándome, de que lo estará siempre.

La sangre.

Recuerdo que había sangre por todas partes.

Ríos de sangre, lagos carmesís que empapaban la moqueta barata alrededor del cadáver descuartizado de mi abuela. Lleva puesto el albornoz, una ganga que encontró en unos grandes almacenes, de motivos azules y blancos difuminados, de la que yo siempre he querido que se desprenda. Ella insiste en que está muy bien para una señora mayor como ella y me toma el pelo por ser una presumida y preferir mis pantalones deportivos de velvetón rosa, también de la temporada pasada de esos mismos grandes almacenes, pero desde luego más a la moda que esa especie de saco dado de sí.

Estamos sentadas en el sofá viendo un wéstern antiguo. No solemos poner el generador solo para ver un vídeo, pero estamos de celebración: cumplo dieciséis años. Incluso hemos preparado una tarta.

En la pantalla, una decorosa dama blanca, tocada con una capota y engalanada con un vestido de miriñaque, acude al atormentado héroe, que luce una estrella en la pechera, para que la defienda de los comanches. Suelto un chascarrillo sobre las ridículas pelucas de trenzas que llevan los actores «indios» y mi abuela me chista para que me calle, poco dispuesta a permitir que mi cinismo adolescente le agüe la fiesta.

Las dos nos sobrecogemos cuando de pronto alguien aporrea la puerta. Enseguida se empiezan a oír aúllos, risas y golpes en las paredes. Un coyote da gañidos descontrolados que más bien parecen carcajadas inquietantes. Por las ventanas se ven caras que aparecen y desaparecen, que se encienden y se apagan como si de luciérnagas se tratara. Dan vueltas y más vueltas, y entonces comprendemos que nos han rodeado. Deben de ser por lo menos cinco o seis, tal vez más, y bailotean en torno a la caravana como los indios de las películas cuando cercan la diligencia, pero aquí todos somos *diné* y, por un momento, nos es imposible saber qué ocurre.

Nos miramos la una a la otra, atónitas y paralizadas por la confusión y el miedo. Un temor pausado me araña la nuca y unos susurros gélidos me lamen las orejas. Me quedo ahí sentada, impotente. Hasta que mi abuela me ordena a voces que vaya a por la escopeta. Guarda una junto a su cama, en el otro cuarto.

Sin embargo, para entonces ya es demasiado tarde.

La puerta se abre de sopetón, dejando entrar el frío de febrero y la maldad que llega con él.

Veo al brujo *yee naaldlǫǫshii* que viste la piel de lobo y las joyas de los muertos antes de que sus seguidores entren por la puerta y se distribuyan a su alrededor como una marea incontenible.

Corro a por el arma. Oigo gritar a mi abuela con creciente indignación y, acto seguido, el ruido espantoso de algo que impacta contra su cráneo.

Noto un peso en la espalda y caigo, asaltada por detrás. Me golpeo el pecho contra el suelo. El aire se me escapa súbitamente de los pulmones. Un sabor a productos químicos me llena la boca cuando me aprietan la cabeza contra la moqueta. Una mano carnosa que huele a grasa de cerdo quemada se me arrastra por la cara. La muerdo y le hago sangre. Un hombre grita y quedo libre de nuevo.

Es mi oportunidad para escapar y lucho con todas mis fuerzas, apoyándome en las manos y las rodillas para escabullirme. Hasta que alguien me da un pisotón con la bota y regreso al suelo. Unos dedos robustos me masajean la nuca, enredándoseme en el cabello, casi lujuriosos, pero después me sujetan con fuerza y me golpean la cara contra el suelo. Una y otra vez. Los ojos me arden del dolor y sangro por la boca porque me he mordido la lengua. El atacante no para hasta que yazco inmóvil.

La brutal agonía me nubla la vista, aunque consigo enfocarla el tiempo suficiente para ver el rostro del brujo cuando me mira. Lleva la cabeza cubierta con la testa de un lobo, con las fauces abiertas sobre la frente y los brazos deshuesados colgándole por debajo de las orejas. Los ojos del brujo son de un gris pálido y su sonrisa deja al descubierto unos dientes podridos y amarillentos.

Su cara se desvanece a medida que se me cierran los ojos y todo se funde a negro.

Me despierto. Por un momento, creo estar muerta, pero la boca me sigue sabiendo a amoníaco y a sangre. Y oigo voces, una discusión entre el brujo y sus hombres. Unas punzadas de dolor negro y morado me atraviesan la cabeza y me es imposible seguir su conversación atropellada, en la que cruzan palabras extrañas que no entiendo. No, ahí hay una, «ná'á'ah», el término que emplean los navajos para hablar de una matanza.

Ahora sé a qué han venido, lo que pretenden hacer, y que aquello que olí en las manos del hombre en realidad no era grasa de cerdo.

Otra voz. La de mi abuela. Reúno el valor suficiente para abrir los ojos y, al principio, lo único que veo es el remolino difuso de la nieve al otro lado de la puerta, el paisaje pálido envuelto en un blanco helado. De nuevo oigo a mi abuela, que ahora suplica en

voz baja. Pasos, gruñidos y gritos, y el ruido de un puño al golpear una mandíbula. Mi abuela guarda silencio. Oigo otro ruido que en un primer momento no identifico. Pero después sí. El roce de una cuerda contra una polea, cuando cuelgan a mi abuela del techo.

De pronto, unas manos me agarran. Me ponen de pie. Me balanceo de un lado a otro, desorientada. Unos hilos de sangre se me descuelgan de la nariz y de los labios. Trago saliva y pruebo el sabor de la muerte.

El brujo me tiende algo, me obliga a sujetarlo con los dedos. Da un paso atrás, sin apartar de mí en ningún momento sus ojos enfermizos. Señala a mi *nalí* y hace el gesto de un corte seco en la garganta. Me susurra una palabra: «Piedad».

Me tiembla la mano. Dejo caer el cuchillo. Se oyen risas que suenan como el ululato de un búho. El brujo menea la cabeza haciéndose el decepcionado. Para él es un juego. Todo es un juego.

El puño se me hunde en el estómago tan de improviso que solo siento unas arcadas vagas. Los ojos se me encharcan de lágrimas.

Una chica más valiente, más espabilada, lucharía. Cogería el cuchillo y lo blandiría contra el brujo. Averiguaría cómo matarlos a todos y salvar a su abuela. Actuaría como una heroína. Pero yo no soy esa chica. Soy lenta y boba, y ni siquiera acierto a sujetar un cuchillo con mi mano temblorosa.

Caigo a plomo cuando me sueltan los brazos. Apoyo la cabeza en la moqueta empapada. El dulzor pegajoso de mi vómito me unta la mejilla cuando me quedo ahí tendida, muda, oyendo como descuartizan a mi abuela para comérsela.

Cuando llega mi turno de morir, no me resisto. Me sacan del charco del vómito. Me maniatan para poder colgarme.

Se oye algo fuera.

El brujo se queda quieto, sin terminar de inmovilizarme las muñecas con la cuerda. Se gira hacia la puerta. Todos nos giramos. Un ruido, incierto al principio, el viento al arañarse con los cristales rotos de las ventanas. Noto un beso frío en la cara, intuyo unas palabras susurradas al oído. No conocía esta canción, pero la melodía es dulce como la sangre, y el contrapunto, reluciente como el acero recién forjado. Me saca del estupor y me despeja la mente, disipando el dolor de cabeza.

Fortalece la determinación que antes se había desmoronado.

Endurece el corazón que hasta ahora era blando.

Y veo.

El resplandor débil de plata sucia en torno al cuello del brujo.

El charco rojo que me lame los dedos de los pies. El duro metal mortífero del cuchillo de carnicero, olvidado por un momento en el suelo junto a la abominable carne fresca.

Y me muevo.

El primero es fácil de matar. La cuerda que tengo en las manos se le enrosca en el cuello y el cuchillo de carnicero baila al son de mi mano, y el hombre muere cuando yo aún no soy consciente de estar moviéndome, de que ha sido obra mía. Silencio. Perplejos, los otros solo aciertan a girarse y mirar a la chica que hace tan solo un momento no era más que un corderito que suplicaba que lo llevaran al matadero.

Y, un instante después, el silencio estalla.

Los frágiles hombres rompen a gritar mientras corren a mi alrededor a cámara lenta. Veo sus intenciones, el camino que pretenden seguir, antes incluso que ellos. Y estoy ahí, para cerciorarme de que ya no vuelvan a correr nunca más. Incluso la sangre que escapa a borbotones de la garganta del brujo parece rociarme la cara a cámara lenta, y veo, complacida, como los ojos grises se le apagan.

No sabría decir qué es lo que despertó los poderes de mis clanes en ese momento, cuando ni siquiera era consciente de que poseyera esos dones, cuando ningún *diné* tenía conocimiento de que algo así pudiera suceder. A veces me pregunto si sería el beso espectral del viento, o si el roce que sentí fue realmente el del aire. O el de otra cosa. O el de alguien que me enseñó lo letal que yo podía llegar a ser.

He perdido la cuenta de a cuántos he matado cuando siento apaciguarse la primera acometida de los poderes de mis clanes, como las aguas de un maremoto al retirarse de la orilla. El empuje arrollador de la adrenalina también se calma, dejándome de recuerdo un temblor en las manos y un cansancio súbito que me roba las últimas fuerzas.

Recorro la caravana con los ojos como platos, aturdida y aterrorizada por si no los hubiera matado a todos, porque el cuerpo ya no me obedece y sería demasiado tarde. Sin embargo, solo veo cadáveres desperdigados por el suelo, y puedo oler sus vísceras desparramadas, y su sangre cobriza entremezclada con la de mi abuela muerta.

Se me hunden los hombros y un sollozo escapa de entre mis labios.

Y, en ese momento, lo veo.

Es enorme, alto y rotundo, y tiene que agacharse para poder entrar en la caravana. Blande una espada hecha de fuego blanco.

Al principio, creo que es uno de ellos, pero después reparo en

sus alas, unas alas que no son tales, sino tan solo su cabello, tan largo y negro que parece ir a elevarlo a las alturas al ondear en torno a él. Entonces lo entiendo. Es un demonio y ha venido a castigarme por el acto execrable que he cometido.

Pero no pienso permitírselo. No pienso incurrir en el mismo error de antes. Doy un paso atrás, trastabillando, y me resbalo en un charco de sangre y vísceras. Hago acopio de unas fuerzas que ya no tengo y coloco el cuchillo ante mí, sosteniéndolo con ambas manos para que no tiemble, rezando para que vuelva a obrarse un milagro.

Y el demonio sonríe.

Me dice que se llama Naayéé' Neizghání y que para él es un honor haber presenciado mi renacimiento. Me llama Chíníbaá', un nombre tradicional *diné* que significa «chica que se presenta luchando». Me da las gracias por haber matado al brujo y a sus tres secuaces, ya que son los monstruos cuyo rastro él llevaba días siguiendo.

«¿Solo he matado a cuatro?», pregunto.

Neizghání se ríe. «¿Te sabe a poco acabar con cuatro vidas en un solo día?»

Bajo el arrobamiento de los poderes de mis clanes, me parecieron más. Pero, no, él mató a los dos que salieron corriendo y me dejó al cabecilla y a los otros tres.

«Cielos», digo. Lo susurro mientras esbozo una espantosa sonrisa ensangrentada y aprieto los dientes. Lo repito, y lo vuelvo a repetir, hasta que me caigo entre sus brazos, destrozada, y él me saca de la caravana para llevarme a su campamento. Me deja para que me desprenda de la sangre de los atacantes. Me da de comer. Me explica que ahora estoy tocada por la muerte, y que eso me ha cambiado, aunque puedo curarme si me someto a las ceremonias necesarias y dejo pasar las estaciones.

Ya no regreso a la casa de mi abuela, a aquella caravana de la cima. Ya no queda nada allí para mí. Con Neizghání tengo algo, aunque se sustente en la sangre y la violencia. Accede a adiestrarme, a enseñarme a luchar, a usar las armas y a seguir los rastros de otras criaturas más astutas que las primeras que maté.

No llego a someterme a las ceremonias que eliminarían de mi espíritu el toque de la muerte, pero sí dejo pasar las estaciones. Con el tiempo, las heridas de aquella noche comienzan a cicatrizar, y mientras no me deje llevar por los recuerdos, mientras los utilice solo para alimentar mi ira y los mantenga enterrados en los recovecos más oscuros de mi ser cuando termine, no me pasará nada.

El proceso se convierte en una rutina. En mi nueva vida. Cazar

monstruos para ganarme el pan y aprender a emplear la violencia a los pies de un maestro. Es una vida que se me hace soportable, de la que a veces incluso disfruto.

Hasta que Neizghání se marcha, y me quedo sola, y tengo que empezar a cazar monstruos por mí misma, tanto los que se distinguen a simple vista y raptan a las niñas para comérselas, como los que son invisibles y moran bajo la piel, devorando a la niña por dentro.

Capítulo 15

La risa de Kai revolotea incongruente entre mis recuerdos, y me aferro a ella con todas mis fuerzas, hasta que me devuelve a la realidad. Sigo en la cocina, unos invitados me esperan en el salón y tengo las manos manchadas de masa. Parpadeo, convencida de que se me escapará alguna lágrima, pero tengo los ojos limpios. Me tiemblan un poco las manos cuando escurro la masa sobre la grasa caliente, pero me las apaño. La grasa chisporrotea mientras el pan se hincha. Todo está bien. Yo estoy bien. O más o menos bien.

Me tomo un momento para respirar hondo. Me concentro en el sencillo flujo del aire cuando entra y sale de mi cuerpo. Y vuelvo a esconder esos recuerdos en su sitio. O, al menos, eso intento. No consigo taparlos del todo porque oigo a Kai preguntarle a Coyote:

—¿Y ese tal Neizghání te perdonó la vida?

Frunzo el ceño. Ma'ii está contando historias sobre Neizghání. Intento recordar si yo ya había mencionado el nombre de mi mentor durante alguna de mis conversaciones con Kai, pero ahora no estoy segura. Sé que es la forma que tiene Ma'ii de retorcer las cosas, pero antes de decirle que se calle, espero a ver qué historia está contando.

—En esa ocasión me perdonó la vida, pero he muerto muchas veces y de muchas maneras. Lo horrible no es el hecho de morir, sino saber que al día siguiente te despertarás completamente solo. Nunca he llevado bien las mañanas.

—Bueno, si te perdonó la vida después de lo que hiciste, quizá no sea tan malo.

—Es cierto que se le considera un héroe legendario, pero yo no soy un monstruo al que él deba dar caza. —Quiere imprimirle a su voz un tono sosegado, casi frívolo, pero no consigue disimular un asomo de rabia. Sea lo que sea aquello que le hizo Neizghání, no se lo ha perdonado, sin importar lo que diga ahora —. No soy más que un simple Coyote, mientras que él es el hijo de Mujer Cambiante y del Sol. Si lo piensas, no se entiende que me prestara la menor atención.

Meneo la cabeza mientras uso unas tenacillas para sacar con cuidado un pan de la grasa caliente y echar otro para freírlo. Quizá algún día consiga que Ma'ii me cuente qué sucedió entre

ellos.

—Mujer Cambiante —dice Kai—. Ya la has mencionado antes. Fue la que creó a los humanos, es decir, a los cincodedos. ¿De modo que es la madre de Neizghání? ¿Y su padre es el Sol?

Desde la cocina oigo chirriar el sillón.

—Existe una historia de seducción muy suculenta acerca de ellos. Una joven receptiva con las piernas abiertas, un caluroso día de verano. ¿Quieres que te la cuente?

—Quizá en otro momento —rehúsa Kai—. Entonces este tal Neizghání es un héroe legendario. ¿Al estilo de Heracles?

—¿De quién? No me suena ese Heracles. ¿También cazaba monstruos?

—En las historias de la antigua Grecia.

—¡Entonces sí!

—¿Y era el maestro de Maggie?

—No solo eso —susurra Coyote con lascivia. Sienta lo que sienta por Neizghání, el viejo Coyote no puede resistirse a un buen escándalo.

—Vale, se acabó. —Paso al salón. Los dos están inclinados hacia delante, con la cabeza del uno pegada a la del otro, como en los corrillos de la casa capitular. Señalo a Coyote con el dedo —. Tú, deja ya de hablar de lo que no sabes. Y tú —miro a Kai—, no le hagas tanto caso a este embaucador. —Le hago una seña con la cabeza—. Y ven a ayudarme con la comida.

Kai pone cara de sentirlo, pero Coyote le responde con su sonrisa colmilluda de depredador y me lancea con sus inquietantes ojos amarillentos.

—Te noto un poco susceptible, Mags —observa Kai cuando pasa a la cocina.

—No quiero que cuchichees sobre mí con el Coyote —le aclaro a la vez que echo la última torta de masa.

—¿Es eso lo que estaba haciendo?

—Sí.

—Entonces ¿si quiero saber algo acerca de ti, me lo contarás tú misma?

Me sirvo de un cucharón para repartir las judías con chiles entre tres cuencos mientras considero la respuesta.

—Puede. Depende. ¿Qué quieres saber?

La última torta ha terminado de freírse. Kai se lleva dos de los cuencos, uno para Coyote y el otro para él. Yo cojo el último. Él esboza una sonrisa ladeada cuando apoya la espalda en la puerta para mantenerla abierta y permitirme salir primero.

—No sé, Mags, pero creo que la próxima vez acudiré directamente a ti.

Pese a mi mueca de recelo, él no podría mirarme con unos ojos más inocentes.

Comemos los tres juntos alrededor de la mesita, apretados en el sofá y en los sillones del diminuto salón. Ahueco mi torta, la hundo en la mezcla de judías y chiles y me la llevo a la boca. Ma'ii me observa con atención antes de olisquear su cuenco. Coge una cuchara delicadamente con la zarpa que tiene por mano, haciendo entrechocar las largas uñas, y empieza a comer como si fuera la reina de Inglaterra. Kai hace lo mismo que yo con el pan. Comemos en relativo silencio, intercambiando algún que otro comentario pero centrados en la cena. Coyote es el primero que acaba su plato pese a su remilgado manejo de la cuchara. Se limpia los labios sin demasiados miramientos en la manga del abrigo, toma un trago largo de café, posa la taza y coge el sombrero de la mesa que tiene a su lado.

—*Ahéheé*, Magdalena —dice—. Va siendo hora de que me retire.

Mira a Kai.

—Esta noche he disfrutado mucho de tu compañía, Kai Arviso. Por ello, te haré un regalo: si me llamas, te oiré. Pronuncia mi nombre cuatro veces, hacia las cuatro direcciones, bien al amanecer, bien al anochecer, durante el cambio de día. Si así me place, puede que acuda a tu llamada.

—¿Si así te place?

Ma'ii se encoge de hombros.

—Ando siempre muy ocupado, y Dinétah es muy extensa.

Aunque no sea gran cosa como regalo, Kai le responde con toda solemnidad:

—Gracias.

—¡Estupendo! —Coyote se levanta y se pone el sombrero. Coge el bastón con una floritura y me guiña despacio uno de sus ojos de color latón.

—¿Podemos hablar un momento a solas, Magdalena?

Miro a Kai, preguntándome si él sabrá lo que Ma'ii tiene en mente, pero no observo en él nada revelador. Me levanto y me acerco a la puerta con Coyote. Lo encuentro un poco absurdo; seguimos estando a solo unos pasos de Kai, de modo que hacer como que no nos oye resulta ridículo. Pero a Coyote no parece importarle.

—Es muy agradable, realmente encantador. Y qué manos. —Ma'ii retuerce el cuerpo, haciendo bailar el sobretodo—. Sería un amante perfecto.

—Le haré saber que te interesa. —Como si no estuviera oyendo todo lo que decimos.

—No para mí —aclara Ma'ii molesto—. Para ti. —Me coge del brazo, con el semblante todo serio y los ojos helados como el alba. Me habla al oído, acercando tanto la boca que noto la calidez y la humedad de su aliento en la mejilla—. Olvídate de Neizghání. Esa criatura no podría ser más egoísta. No te quiere. No puede quererte. Para él no fuiste más que una fantasía, un capricho, un juguete del que se acabó aburriendo. —Me aprieta el brazo con más fuerza, tanta que empieza a clavarme las uñas en la piel—. El Cazador de Monstruos no conseguirá sino decepcionarte —sisea.

—Neizghání no es asunto tuyo. —Toda traza de buen humor ha desaparecido de mi rostro, y la lobreguez de mis ojos se equipara a la de los suyos. Este sí es el Coyote que yo conozco; hoy ha querido mostrar una cara más amigable durante unas horas, pero ya vuelve a ser el de siempre, e incluso más cruel que nunca. Su advertencia me llega aún más hondo que las indirectas que estuvo lanzándome antes.

Al principio, me puso hecha una furia, azotando aquellos recuerdos que yo habría preferido dejar arrinconados, pero, aunque aún me duelan, ya hace años de todo aquello, y esa distancia me permite ejercer cierto control. Podría ignorarlos, sepultarlos para siempre, aislarme del espanto que encierran. Lo que Ma'ii me ha dicho ahora sobre Neizghání me ha afectado de otra manera, agitando el temor que me producen el aquí y el ahora, donde no existe una distancia tras la que pueda escudarme. Porque lo que todavía no he reconocido, lo que soy incapaz de aceptar, es que Ma'ii tiene razón. Neizghání me abandonó sin pensarlo demasiado, sin mirar atrás. Y desde entonces no he vuelto a saber nada de él. Como si se hubiera olvidado de mí por completo.

Sea yo un monstruo o no, debería haberse preocupado. Tendría que haberse puesto en contacto conmigo. Tendría que haberme ofrecido la oportunidad de morir a sus manos antes de dejarme sola.

Ma'ii debe de haber advertido algo en mi expresión, algo que lo sorprende. Quizá no se esperaba que la ofensa diera tan en el blanco. Me suelta, se ajusta el abrigo y me mira con el ceño fruncido.

—Te sugiero que no tardes en viajar al Cañón de Chelly. Busca a Níłch'i, utiliza los aros y llámame. —El tono afilado de su voz denota lo irritado que está. Guarda silencio un momento para mirarse los puños de las mangas—. Comprende que es de vital importancia.

Sin darme tiempo a recordarle que aún no he aceptado la

encomienda, desaparece. Ni siquiera lo he visto abrir la puerta.

—¿Dónde se ha metido? —oigo preguntar a Kai por detrás de mí.

—Espera —digo con la mano levantada. Al momento siguiente, un relámpago cegador inunda la caravana. Kai blasfema en voz baja y yo parpadeo para librarme de las chiribitas que me hacen los ojos.

—¿Cómo ha hecho eso?

Me encojo de hombros.

—Todos lo hacen. Ojalá supiera cómo, me ahorraría una fortuna en combustible.

Kai rebaña el cuenco y se echa las últimas judías a la boca. Mientras las mastica, me pregunta:

—¿Así que este era el famoso Coyote? —Cuando termina de tragar, aparta el cuenco a un lado, se reclina en el sillón y estira su cuerpo grácil, cruzando las piernas por debajo de la mesita y entrelazando las manos por detrás de la cabeza—. No era como me lo imaginaba.

—¿Y cómo te lo imaginabas?

—No sé. Un poco menos serio, quizá. Todas las historias que he oído sobre él lo retratan como a una especie de bufón. —Se encoge de hombros—. A mí no me ha dado una impresión tan mala.

Lo miro con los ojos entornados y abro la boca para protestar.

—No me malinterpretes —dice, adelantándoseme—. Es muy intenso, y parece una especie de pervertido. En serio, se ha pasado todo el rato venga a mirarme la entrepierna en vez de a la cara.

Creo que las mejillas se me han puesto al rojo vivo, pero Kai sigue hablando:

—Además, te pone el vello de punta con esos ojos y esos dientes amarillos. —Retuerce los hombros para librarse del escalofrío que empieza a arañárselos—. Ahora parece casi humano y un instante después atisbas otra cosa, como si llevara puesto un traje de hombre, solo que no es un hombre.

—Sí que puede resultar un poco raro —concedo.

Kai suelta una risita, consciente de que me he quedado bastante corta.

—Pero no es ningún bufón.

Me siento frente a él, al borde del sillón.

—Lo cierto es que nunca lo había visto comportarse así.

—Así ¿cómo?

—Tan dicharachero, encadenando una historia con otra.

—¿Nunca te había contado ninguna historia?

—Hasta hoy solo me había contado historias terroríficas, sobre tejones que le dan palizas de muerte o sobre pájaros que le sacan los ojos. Ese tipo de cosas.

Kai se me queda mirando.

—¿Qué?

—Es solo que… —Titubea por un momento, como si le preocupara cómo me va a sentar lo que intenta decirme—. ¿Puedo darte un consejo?

Hago un gesto para que prosiga.

—Hay quien cree que la mejor forma de acabar con un enemigo es hacerte su amigo.

Sopeso la idea.

—¿Es eso lo que estabas haciendo? ¿Acabar con un enemigo?

—¿No?

—Yo creo que una escopeta también es muy eficaz.

Me sostiene la mirada por unos segundos y después se ríe.

—Eres una mujer muy dura, Mags —reconoce—. No te ofendas, porque me caes bien. Y me gustaría llegar a conocerte mejor, pero dudo que las mejores amistades nazcan a punta de cañón.

—¿Y eso quién lo dice?

Kai se ríe otra vez, y eso me reconforta. Me agrada. Tenerlo aquí. La visita de Ma'ii no habría ido tan bien de no haber contado con su compañía.

Unos ladridos lejanos hacen que levante la cabeza, y me sacan una sonrisa.

—Los perros han vuelto.

—¿Dónde estaban?

—No lo sé, pero siempre se largan cuando viene Ma'ii. Debe de ser cosa del instinto canino. —Me levanto y me estiro sin poder contener un bostezo—. Ven, te los presentaré. Puedes ayudarme a darles de comer, y después te enseñaré dónde puedes dormir.

—¿Quieres decir que no vamos a dormir juntos?

Solo es una broma, pero me quedo helada, desprevenida como estaba. La razón me dice que no es más que un comentario inocente, que estaba tonteando, y debería haberlo visto venir, no solo ahora que Ma'ii no ha parado de sugerir que Kai debería ser mi nueva pareja, sino desde que a Tah le dio por hacer de alcahuete. Sé que yo tendría que responderle con otro chascarrillo o reírme y decirle que no se pase, pero no consigo articular palabra.

Kai debe de haberse percatado, porque enseguida se refrena.

—No me hagas caso, no hablaba en serio. Lo decía solo

porque, como me habías invitado a venir… —Titubea—. Dormiré aquí mismo. Es perfecto, el sofá es perfecto.

No sé qué decir, cómo explicarme. Lo miro de arriba abajo. El cuerpo espigado, el pelo revuelto y esa sonrisa que te desarma. Dudo que haya muchas chicas que lo rechacen. ¿Por qué iban a hacerlo? Y no negaré que la idea me tienta; Kai sería una pareja fácil, de las que no te complican la vida, un hombre cariñoso y dispuesto a sacarte de la cabeza los malos recuerdos. Un hombre que no sería Neizghání.

Quizá Kai sea lo que necesito, pero no es lo que quiero.

—No es tan sencillo, Kai.

Se toma unos segundos para responder:

—Podría serlo. Quiero decir, tú y yo. Esta noche, al menos. Si tú quieres. Sin compromisos. Solo para… pasarlo bien.

—Hay… Hay alguien. Alguien a quien… —Noto sus ojos clavados en mí, su mirada interrogante. Si ya hay alguien, ¿dónde está? Oyó a Ma'ii hablar de Neizghání. Tal vez crea que me engaño a mí misma, al igual que Ma'ii. Pero la esperanza es lo único que me queda.

Señalo el baúl que utilizo de mesilla.

—Ahí tienes las mantas. Coge las que quieras.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice aprisa, antes de que me escabulla—. Me dijiste que podía. Preguntarte, me refiero.

Sí que se lo dije, pero ahora empiezo a arrepentirme.

—Pregunta.

—¿Por qué le permites que se porte así contigo?

En un primer momento, supongo que se refiere a Neizghání, pero después entiendo que habla de Ma'ii.

—No es tan malo, como tú dices. Pero hay que saber lo que puedes esperar de él.

—¿Y qué puedes esperar?

—Esa cháchara sobre la amistad no significa nada para él. Me refiero a que Ma'ii es un oportunista. Se portará bien contigo mientras le interese lo mismo que a ti, pero si lo considera necesario, te traicionará sin pensarlo dos veces.

—Pero para ti la amistad sí es importante, ¿no?

—Claro.

—Entonces tal vez podamos ser amigos —me propone—. Solo amigos, quiero decir —se apresura a aclarar cuando clavo los ojos en él—. Si tú quieres.

Por una fracción de segundo, me quedo en blanco. Es lo último que me esperaba, y no puedo darle una respuesta. Lo veo abrir la boca como para retirar lo dicho, y no quiero que lo haga. Pero tampoco sé cómo impedírselo.

Suena un golpetazo en la puerta que nos sobresalta a los dos, seguido de inmediato por un gemido débil de indudable naturaleza canina. La tensión que se ha generado en la estancia se disipa y ya no tenemos la necesidad de prolongar la conversación.

Kai se ríe por lo bajo. Se frota la cara con las manos y se pasa los dedos por el pelo. Mueve la boca como si fuera a retomar el tema, pero después cambia de parecer y dice:

—Bueno, esto es un poco embarazoso. —Mira en torno a sí, un tanto abatido—. ¿No tendrás algo de beber? Aunque sea algún whisky de por aquí. No soy muy exigente.

Me gustaría decirle que sí que podríamos ser amigos, pero lo único que acierto a responderle es:

—Siempre que consigo algo de alcohol, va para la camioneta.

—Claro. —Da un suspiro enérgico y se levanta del sillón—. Por cierto, ¿y las pilas? Todavía no las hemos buscado.

—En la cocina tengo un cajón lleno de trastos.

Kai deja caer la barbilla hasta el pecho, como si llevara un lastre al cuello, algo pesado pero invisible, y asiente.

—Y después supongo que daré el día por terminado. ¿Te parece bien?

Me encojo de hombros, con los brazos cruzados con fuerza.

Kai se dirige a la cocina. Lo miro hasta que desaparece tras la puerta de vaivén. Por un momento, me pregunto si habré tomado la decisión correcta con él esta noche. Si habré tomado alguna decisión correcta esta noche. Después, me olvido del asunto. Me aparto de la pared para ir a echarles de comer a los perros.

Cuando vuelvo adentro, Kai ha fregado los cuencos de la cena y, fiel a su palabra, se ha acomodado en el sofá bajo una de las mantas que tenía de sobra. Está de espaldas a mí y solo veo el contorno de sus hombros y el caos de su cabello moreno. No sé si ya estará dormido, pero puesto que guarda silencio y no veo ninguna pila en la mesita, capto la indirecta y dejo el macuto junto a la puerta. Echo la llave y apago todas las luces.

Ya en el dormitorio y con la puerta cerrada, me desvisto hasta dejarme solo la ropa interior y me acuesto. He sacado la Glock de la camioneta y la he guardado debajo de la cama. Hasta la fecha nadie ha intentado meterse en la caravana, y estoy segura de que los perros me avisarían si algo invadiera su territorio por la noche, pero aun así, me siento mejor teniendo la pistola a mano.

No me duermo enseguida. A través de la puerta hueca del dormitorio, oigo respirar a Kai en el salón. Poco a poco, empieza a aspirar y espirar más profundamente, hasta que se entrega a una sucesión de ronquidos rítmicos y discretos. Y es entonces

cuando logro adormilarme, pensando cómo sería mi vida si tontear me resultara divertido y hacer amigos se me diera bien. Pero ni siquiera en sueños descubro la respuesta.

Capítulo 16

Corro en pos de algo que no veo por una ladera cubierta de pinos. O a lo largo de un cañón rocoso de paredes rojizas. O a través de una mesa sembrada de artemisas. En todos estos sueños estoy solo yo, además de aquello que persigo. Lo único que oigo es mi respiración trabajosa y el golpeteo constante de mis pasos según avanzo a la carrera por la montaña. O por el cañón. O por la mesa. Lo único que siento es el gozo que hallo en la propia persecución. Como siempre, mi presa va un paso por delante. Llego a entreverla, pero enseguida se oculta en una arboleda. O en el lecho seco de un arroyo. O en un recodo de la trocha polvorienta. Al fin la diviso, ahora camuflada en el paisaje y al momento siguiente delatada por la luz de un millón de estrellas. O por el resplandor de la luna llena. O por el reluciente sol del desierto. Con una sonrisa triunfante, afianzo la escopeta entre mis manos sudorosas. Aprieto el gatillo, que libera el proyectil letal. Un impacto basta para que mi presa caiga. Me apresuro a recoger el botín, ataviada con un largo pellejo de coyote que se zarandea al antojo del viento.

La presa que he derribado, sin embargo, es Kai. Tiene un agujero en medio del pecho. Me mira con ojos acusadores. Poco a poco, abre la boca ensangrentada y me habla. Me agacho para oírlo. O quizá para besarlo.

Pero solo me dice una palabra:

«¡Monstruo!».

***

El sueño me despierta y decido que ya he dormido bastante. Hace un frío afilado y, como en la caravana no hay calefacción y aún no ha salido el sol, las bajas temperaturas del desierto de la meseta se han apropiado del suelo y de las paredes. Tiritando, tanto a causa del frío como de la pesadilla, me visto. Mallas negras y una camisa de algodón. Me enrollo las polainas cuidadosamente en las pantorrillas, las ato por debajo de las rodillas y recojo por dentro los extremos sueltos. Introduzco en su sitio los puñales arrojadizos y me cuelgo el Böker de la cintura. Me pongo un gorro de lana y unos guantes sin dedos. Sé que después el sol caerá con toda su crudeza, pero ahora mismo me gusta sentir el tacto de la tela en la piel.

Kai está echado en el sofá del salón, ajeno a la horrible muerte que acaba de sufrir en mi subconsciente, y libre de toda preocupación. Una de las piernas se le ha salido de debajo de la manta, demasiado alto como es para el pequeño sofá, y con uno de los pies, en los que se ha dejado puestos los calcetines, acaricia el suelo. Está tendido boca arriba, con los brazos cruzados de cualquier manera sobre la cabeza y las manos colgándole por el borde.

Ayer me parecía guapo, pero hoy me lo parece todavía más, con las pestañas largas posadas sobre los pómulos marcados y el semblante suavizado por el sueño.

Aun así, lo único que veo es el Kai de la pesadilla, con la cara ensangrentada y un disparo en el pecho.

Me estremezco con tal intensidad que me duelen los músculos. Me trago algo abrasador que amenaza con quemarme por dentro. Desconcertada, me acerco a Kai y le toco el hombro.

—¡Despierta!

Al ver que no se mueve, lo vuelvo a intentar.

Esta vez abre un ojo, me mira como intentando recordar quién soy y vuelve a cerrarlo.

—Tienes que levantarte —insisto.

—¿Ahora? —Bosteza, desorientado al despertarse en un lugar que no conoce—. ¿Qué hora es? ¿Ya ha amanecido?

—Levántate. Voy a calentar el café que sobró.

Al menos esa es mi intención, pero cuando entro en la cocina, me quedo mirando al infinito. El sol empieza a asomar tras las montañas, y los primeros rayos de la madrugada se dispersan a su paso por la ventana para caer en mis manos, que tengo apoyadas en la encimera. Contemplo la luz que se me desliza por la piel. Mis dedos son marrones y están llenos de los pequeños cortes que me hice luchando contra el *tsé naayéé'*. Las heridas nuevas se suman a las callosidades y las cicatrices rígidas y blanquecinas de las heridas más antiguas. Tengo las uñas cortas y romas, y casi todas contienen puntitos blancos, prueba de los muchos golpes y de quién sabe qué otros castigos a los que las habré sometido.

Golpes y cicatrices. Es lo que conozco, lo que se me da bien. Vomitarle fealdad al mundo, como dice Brazo Largo. Sus palabras, espoleadas por la pesadilla, me abofetean, y de pronto me siento ridícula por considerar la remota posibilidad de que Kai y yo seamos amigos, o más que amigos. Me balanceo, mareada al tomar conciencia de la horrible realidad, mientras las paredes se cierran en torno a mí.

—¿Mags?

Una voz distante me libra de aquello que amenaza con echárseme encima y arrollarme.

—¿Mags? —Noto una mano en el hombro y me giro aprisa. El adiestramiento y el instinto entran en acción antes de que me despeje y tengo a Kai inmovilizado contra la pared, con el cuchillo en su garganta, cuando aún no he recordado dónde estoy, ni quién soy, ni lo que estoy a punto de hacer.

Horrorizada, me echo atrás. Me golpeo la cintura contra la encimera con tanta fuerza que quiero gritar. Vuelvo a guardar el cuchillo con la misma rapidez con que lo desenfundé.

—¡Deja de llamarme así! —le espeto furibunda—. Ese no es mi nombre.

—Está bien —dice él, cuya voz suena ahora más próxima, y llena de pavor.

Me aparto un poco más, con la cabeza dándome vueltas y buscando algún asidero. Kai no se mueve, se limita a mirarme con los ojos brillándole. Se ha quedado pálido y unas gotas de sudor se le escurren por las sienes, pero mantiene las manos relajadas a los costados y no está alucinando del todo. Que es más de lo que yo puedo decir de mí misma.

Sigo retrocediendo hasta que me topo con la cocina. Me vuelvo y giro el mando del fogón. Balbuceo algo sobre el café que recuerdo haber dicho antes. Parezco una chalada y decido cerrar la boca.

Kai sigue observándome, pero ya se ha recuperado del sobresalto y noto que el miedo que antes tenía ahora se transforma en preocupación. Y su compasión es lo último que me apetece aguantar ahora mismo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Meneo la cabeza.

—Voy a cargar la camioneta —mascullo—. Vigila el café para que no queme.

No me quedo a oír su respuesta. Salgo de la cocina cuanto antes y no dejo de correr hasta que salgo de la caravana.

Capítulo 17

—¿Qué ha pasado antes?

Estamos de nuevo en la camioneta, desandando el trayecto de ayer en dirección sur, de regreso a Tse Bonito. He dejado la escopeta en la rejilla y he guardado más cartuchos, de mi mezcla especial y de los normales, en sendas cajas de veinticuatro debajo del asiento. La Glock descansa en el compartimento de la puerta, ya que hoy se me hacía que la caja fuerte quedaba demasiado lejos. El morral con los aros misteriosos de Coyote está encajado tras el asiento del conductor, y el macuto de los cedés yace a los pies de Kai.

No le he dicho nada desde que hemos salido de casa. No he podido. La vergüenza que me produce haber sufrido un ataque de pánico me mortifica como un ácido que me carcomiera las entrañas. Me digo a mí misma que todo se debe a los recuerdos que me trajo Coyote, a los sueños bañados en sangre, pero estoy preocupada. Sé que a menudo bordeo el límite, y siento que cada vez me falta menos para rebasarlo. Pero eso no puedo decírselo a Kai.

—Siempre estoy que muerdo hasta que me tomo el primer café —le contesto en broma.

—No me jodas. —Aunque no se ríe, noto que, en lugar de estar enfadado, siente curiosidad, y no parece que pretenda presionarme para que le dé una explicación lógica. Le sonrío agradecida en un intento de disculparme. Se toma su tiempo, pero después él me responde con algo parecido a otra sonrisa.

—¿Sabes?, no tienes por qué enfrentarte a esto tú sola.

—¿A qué?

—Si es eso lo que te tiene tan trastornada. Te dije que sería tu socio, y hablaba en serio. —Tuerce una sonrisa—. A pesar de lo del cuchillo en la garganta.

—Creo que será mejor que nos olvidemos de esa historia de ser socios —digo—. Te agradezco el ofrecimiento, pero… —Meneo la cabeza. Ahora mismo no sería buena compañía para alguien tan frágil como Kai Arviso.

—¿Significa eso que has aceptado el encargo de Coyote?

Frunzo el ceño, extrañada.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Coyote sacó el tema anoche cuando se iba. Además, estuve

escuchando detrás de la puerta antes de entrar. El Cañón de Chelly. Nílch'i. ¿Crees que podrás hacerlo?

—¿Estuviste escuchando detrás de la puerta? —Ya no me siento tan culpable por haberlo retenido a punta de cuchillo.

—Y después fisgué en el morral, el que dejó Ma'ii. ¿Sabes?, creo que sé qué son esos aros. Me suenan de las cosas que hacía mi padre.

Y ahora ya no me siento culpable en absoluto. Meneo la cabeza con incredulidad.

—Creía que estabas dormido. Te oí roncar.

Me mira de arriba abajo.

—Por favor, Mags. Es un truco de libro. Si no querías que abriera el morral, no haberlo dejado junto al sofá.

—Eras mi invitado. Un invitado normal habría respetado mi intimidad. No se habría puesto a escuchar tras las puertas y a curiosear en mis cosas.

—Eh, eso no es justo. Solo quería saber.

—¿Y eso te da derecho? ¿Tu madre no te enseñó que eso no se hace?

—Mi madre está muerta. —Lo dice sin inmutarse, pero desvía la mirada hacia la ventanilla—. No sobrevivió al Agua Grande.

Suspiro y noto como mi rabia se desinfla de pronto, haciéndome sentir como una imbécil.

—Lo siento.

Kai se encoge de hombros y carraspea, como si se hubiera atragantado con algo duro, pero después prosigue con su voz tersa:

—No fue la única. La última vez que lo consulté, vi que el Agua Grande había dejado unos dos mil millones de víctimas en todo el mundo. Después, otros cien millones o así perecieron a causa de las consecuencias. Ha sido una época muy jodida para todos, ya me entiendes.

Asiento. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Nunca se me ha dado bien gestionar las emociones ajenas.

—Había viajado al este, por un congreso —dice—. A Washington D. C. Era una experta en bordados tradicionales. Lo sabía todo sobre el tema. Colaboraba como consultora para una muestra del Smithsonian cuando llegaron las tormentas. Se empezaron a cancelar los vuelos y, en cuestión de horas, las autopistas de la costa se volvieron intransitables. Seguro que lo recuerdas. Las líneas telefónicas se colapsaron. Empezaron a sucederse los apagones. —Su risa vaga suena amarga—. ¿Sabes?, siempre digo que murió víctima del Agua Grande, pero solo es una suposición. Nosotros no tenemos ni idea de qué le ocurriría

en realidad. Solo sabemos que nunca regresó.

—¿Nosotros quiénes?

—Mi padre. Era profesor en la universidad, pero eso ya te lo había dicho. Nunca superó la pérdida de mi madre. Cuando cerraron la universidad para siempre, él ya llevaba meses sin ir a trabajar. Y cuando los matones de los Urioste empezaron a llevarse a la gente para que excavara pozos de agua dulce y construyera cuencas en las montañas como parte de sus obras de canalización, fue uno de los primeros en presentarse voluntario. Aquella fue la última vez que lo vi. Debía de pensar que yo ya era mayorcito para apañármelas por mí mismo. Me junté con otros chicos que también andaban solos. Durante un tiempo, fue como estar en el paraíso adolescente, ya sabes. Vivíamos en casas abandonadas, rapiñábamos lo que nos hacía falta. Durante el día, siempre había mucha faena, si no para una familia, para otra, así que trabajábamos cuando era necesario y el resto del tiempo nos lo pasábamos de fiesta. Sexo, drogas y *rock and roll*. —Se permite una de sus ya habituales sonrisas, aunque esta vez no le llega a los ojos.

—Las fiestas donde decías que corría el champán.

—Esas.

—¿Y qué ocurrió?

—Se fue todo a la mierda, como siempre acaba sucediendo. —Se pasa la mano por el pelo—. Es una historia de lo más estúpida. Hasta arquetípica, se podría decir. Cometí una imprudencia. Hice daño a mis amigos y ahora los Urioste me quieren muerto.

—Los Urioste… ¿Esa no era la gente del Burque?

—La familia —especifica—. Y sí.

La confesión revolotea entre los dos. Sé que solo intenta compensarme por lo de anoche, compartir algo sobre sí mismo que le duela para recuperar mi confianza, y se lo agradezco, pero no tengo ninguna intención de devolverle el gesto. En cambio, lo que sí puedo hacer es disculparme por lo de esta mañana.

—En cuanto a lo que pasó antes, Kai, con el cuchillo…

—Tranquila. Lo entiendo. No tendría que haberte tocado así. No lo volveré a hacer.

—No, es que…

Me escruta con la cabeza ladeada.

—No pasa nada. Estoy bien. Y veo que se te dan fatal las disculpas. Así que déjalo, ¿vale?

Trago saliva, sorprendida de lo aliviada que me siento.

—Vale.

—¿Y cómo viviste tú el Agua Grande? —me pregunta.

—Ya lo sabes.

—¿Te refieres a lo de tu mentor, Neizghání? A Coyote se le veía muy interesado en él.

—Obsesionado con él —afirmo.

—Pero ¿y antes de conocerlo? ¿Cómo era tu vida antes?

—La vida que llevara antes importa poco.

Kai frunce el ceño.

—No lo creo. ¿No tenías familia? ¿Hermanos?

Mi voz suena más serena que nunca.

—Me crie con mi *nalí*. Hasta que murió. Después me quedé con Neizghání.

—¿Y después?

—Después Neizghání se marchó. Fin de la historia.

—Ya, sé cómo te sientes.

Estoy a punto de contestarle que no tiene ni idea de cómo me siento, pero después me acuerdo de lo que me ha contado sobre su padre. Opto por guardar silencio.

—Hoy todo el mundo tiene una historia trágica a sus espaldas, ¿verdad? No puede ser más deprimente, tal y como yo lo veo. Hablemos de algo más alegre. —Me guiña el ojo en un gesto pícaro que me obliga a sonreír.

—¿De qué? ¿De unicornios? ¿De arcoíris? ¿De la paz mundial?

—¿Qué es eso?

—¿Nunca has oído hablar de la paz mundial?

—No, quiero decir, ¿qué es eso de ahí enfrente?

Kai y yo vemos como un grupo de siluetas emerge de la niebla matutina a unos cincuenta metros por delante de nosotros. No son monstruos, eso seguro. O, al menos, no son del tipo de monstruos que perseguimos. Estos parecen humanos.

—Tenemos compañía —digo para avisar a Kai, que se sienta derecho para ver mejor.

—¿Salteadores? —pregunta.

—Pronto lo averiguaremos.

Considero la posibilidad de seguir a toda velocidad y arrollarlos, pero después levanto el pie del acelerador. Giro la manivela para bajar la ventanilla. Oigo los rugidos estridentes de una moto en las cercanías. De más de una. Sin duda, están esperando a ver si salgo corriendo. No soy tan imbécil. Huir ahora les daría el motivo perfecto para perseguirnos.

Los hombres que rodean la camioneta calzan botas de combate y visten un uniforme militar azul. Llevan la cara tapada desde los ojos hacia abajo con un pañuelo que me resulta familiar, de color negro y con el contorno de la mitad inferior de un cráneo humano, un trazo blanco que representa una mandíbula de dientes puntiagudos, cuya crudeza destaca bajo la

luz de la mañana.

—No son salteadores —le digo a Kai—. Pero aún no estamos fuera de peligro.

—¿Los conoces?

—Por así decirlo. Al cabecilla.

—Tienen unas armas muy grandes.

—AK-47 —concreto—. Pero no tienen intención de dispararnos, porque, si no, ya nos estarían apuntando. Deja que hable yo.

—Claro —dice, no demasiado convencido.

—Son Dibáá' Ashiiké —explico.

—¿Chicos Sedientos? ¿Y de qué tienen sed? —Kai parpadea despacio, como preparándose para lo peor—. Y, por favor, no me digas que de sangre.

—Depende. De lo que puedan trocar. Oro, agua, priva de contrabando. Son mercenarios, así que tienen sed de cualquier cosa con la que les puedas pagar. Hace un tiempo trabajé con ellos, para conseguir una recompensa. El cabecilla, Hastiin, me conoce. Somos algo así como amigos. —Y en ese momento, como para demostrar que me equivoco, el soldado que tengo más cerca levanta el arma y me apunta con ella.

Kai da un suspiro pesado y se pone las gafas de sol.

—¿Seguro?

Capítulo 18

Los Chicos Sedientos nos ordenan que salgamos de la carretera. Es mejor no enfrentarse a ellos. Aparte de que nos superan en armamento y en número, quiero saber por qué nos han parado. El chico que nos apremia para que aparquemos y apaguemos el motor se niega a explicarnos nada. Se limita a ordenarnos que esperemos.

Cuando al fin Hastiin aparece junto a mi ventanilla, viste el mismo atuendo que los demás Chicos Sedientos: uniforme militar azul y gruesas botas negras, pero con el pañuelo de la calavera colgado holgadamente del cuello. La luz del alba le endurece y afila el rostro, todo pómulos esculpidos a cuchillo y sombras profundas, con la cabeza rapada y barba de un día. Se rumorea que sirvió en el frente de las Guerras por la Energía, que fue uno de los primeros Protectores del campamento de protesta del Conducto Transcontinental, donde se produjeron las primeras bajas en masa. Dicen que respiró demasiado gas nervioso, lo que le afectó a alguna parte del cerebro, por lo que ahora es incapaz de permanecer quieto. Tamborilea con los dedos distraídamente sobre el borde de la ventanilla, con toda esa energía enfocada en nosotros.

—Hastiin —lo saludo.

No me mira ni por un instante. Tiene la atención puesta en Kai, como si yo no hubiera ni hablado. Se presenta a Kai y le tiende una mano torneada y llena de cicatrices.

Kai me mira sin comprender antes de pasar el brazo por delante de mí para estrecharle la mano a Hastiin.

—Kai Arviso.

—Bonita corbata, Kai. ¿Vas a algún sitio elegante? —Su voz cruje como unos neumáticos que rodaran sobre un camino de piedras sueltas.

Kai levanta la corbata de rayas plateadas, la mira y la deja caer.

—Gracias. La ocasión formal fue ayer, pero me gusta llevarla puesta.

Hastiin asiente.

—Lamento tener que hacerte parar, pero a los Chicos les han llegado noticias de que están ocurriendo cosas extrañas en el valle. Así que queremos avisar a todos los que pasen por aquí.

—¿Cosas extrañas? —repito—. ¿Qué clase de cosas extrañas?

Hastiin sigue mirando a Kai cuando dice:

—Al parecer, se ha avistado a un monstruo como a una hora al norte de aquí, cerca de Lukachukai. Ha resultado muerta una niña, y se comenta que podría haber otros monstruos parecidos deambulando por las montañas.

Kai frunce el ceño. Nos mira a ambos, en busca de alguna pista que le indique por qué Hastiin parece tan empeñado en hacer como que no existo. Meneo la cabeza, asqueada, pero Hastiin vuelve a ignorarme y deja que Kai le entrevea los dientes, en un gesto que supuestamente debería interpretarse como una sonrisa.

Kai me señala con la cabeza.

—¿Conoces a Maggie?

—Me temo que voy a tener que pedirte que te quedes con nosotros un rato. No más de una hora o así. Siento las molestias, pero tengo una partida de exploradores ahí fuera y hasta que no aparezcan, no puedo dejarte salir.

—Es muy amable por tu parte —dice Kai.

—No es una cuestión de amabilidad. No puedo poner en peligro a más hombres si tengo que mandarlos a rescatarte, y tampoco puedo permitir que les sirvas de alimento a los monstruos y sigan envalentonándose, ya me entiendes. —De nuevo, una supuesta sonrisa—. Así que, si no te importa hacer lo que te pido, te lo agradecería.

Reprimo las arcadas que me produce la pretenciosidad de Hastiin y le digo:

—Estamos al tanto de lo de esos malditos monstruos. Fui yo quien tuvo que matar al de Lukachukai cuando tus Chicos no quisieron saber nada, y ya hemos visto lo que hicieron en Crownpoint. Sé mejor que nadie a qué os enfrentáis. Si tuvierais dos dedos de frente, me insistiríais para que os cuente todo lo que sé, en vez de ignorarme. —Hastiin continúa mirando a Kai como si yo no hubiera abierto la boca, y tengo que apretar las manos contra el regazo para no soltarle un puñetazo. Transcurren unos segundos y el Chico Sediento ni parpadea. No obstante, ha dejado los dedos quietos y aprieta con fuerza el borde de la ventanilla, la única prueba fehaciente de que me ha oído.

—Eres un mamón —mascullo. Me reclino en el asiento, fijo la mirada en el techo del habitáculo y les ruego a los cielos que me ayuden a lidiar con este tipo de hombres que no saben ver más allá de su ombligo. Sé que no voy a recibir ningún tipo de ayuda, pero de todas maneras sucumbo al impulso de elevar la súplica.

Kai mira a Hastiin con los ojos bien abiertos y asiente despacio.

—Te agradezco tu preocupación, pero estoy seguro de que Mags y yo nos las arreglaremos. Así que creo que tendríamos que seguir.

—También han llegado noticias de que se ha producido un incendio al sur de aquí, en Tse Bonito. Lo más probable es que lo estén evacuando. Harías mejor en dar media vuelta.

Me siento derecha.

—¿Un incendio? —Tah está en Tse Bonito. De acuerdo, sería difícil que el fuego afectara al viejo curandero. Está en medio del pueblo, rodeado de amigos que pueden ayudarlo. Seguro que todo se debe a unos matorrales que han ardido junto a la carretera. No sería ni mucho menos la primera vez. Eso sí, no deja de ser peligroso con esta sequía, de modo que me gustaría dejarlo atrás, por si acabara cortando la ruta y nos dejara atrapados a este lado de las montañas.

—Tenemos que irnos —le digo a Kai a la vez que pongo la mano en la llave del contacto.

Hastiin estira el brazo, veloz como una serpiente al lanzar un mordisco, para sujetar el volante. Me ensarta con una mirada inflexible.

—Me temo que no era una petición.

—¡¿Ahora sí me hablas?! —le grito exasperada.

Los músculos del cuello se le tensan.

Procuro dominar la rabia que siento y me obligo a calmarme para decirle:

—Si hay un incendio en Tse Bonito, tenemos que ir allí. —Mi explicación no puede sonar más razonable.

Hastiin menea la cabeza.

—Demasiado peligroso.

—Demasiado…

—Deberías permitirnos el paso —me interrumpe Kai. Está inclinado hacia delante y se ha quitado las gafas de sol para mirar a Hastiin a los ojos—. Tenemos que reanudar la marcha, y tienes que permitírnoslo. No os daremos problemas. Por favor.

Hastiin se frota la mejilla, rastrillándose la barba con los dedos. Mira a Kai, con la boca entreabierta, como si fuera a decirle algo, pero después la cierra, se aparta de la camioneta y, sin decir nada más, nos hace señas para que continuemos.

No lo pienso. Arranco el motor y emprendo la marcha. Dejo atrás a la banda de mercenarios con sus fusiles enormes.

—Estaba convencida de que no nos dejaría ir —musito mientras escruto a los Chicos Sedientos, que se limitan a

mirarnos con esa expresión de aburrimiento de quien está habituado a obedecer órdenes.

—A veces basta con pronunciar las palabras mágicas —me recuerda Kai, que vuelve a apoyarse en el respaldo. Mira de soslayo a Hastiin, que se ha quedado en medio de la carretera. Cuando de nuevo Kai se gira hacia delante, lo veo esbozar una sonrisa. Da una palmada sobre el salpicadero que me sobresalta —. Bueno, ¿y tú qué opinas? —me pregunta.

—Opino que a mí nadie me hace caso cuando digo «por favor».

—No, de las noticias sobre los avistamientos de monstruos. ¿Crees que deberíamos ir a las montañas y buscar a esos exploradores de los que hablaba?

Meneo la cabeza.

—Si vemos algún monstruo, lo mataremos. Pero me parece una pérdida de tiempo andar comprobando todos los rumores infundados que nos lleguen cuando tenemos una pista acerca de su origen. Dejemos que los Chicos Sedientos busquen a esos monstruos. Nosotros tenemos que dar con el brujo que los crea. Porque matar a los monstruos es como podar las ramas del árbol cuando lo que hay que hacer es cortarlo de raíz.

Me estudia con unos ojos herméticos.

—¿Qué?

—Nada, es solo que estoy… impresionado.

—¿Por? ¿Crees que soy más de disparar primero y preguntar después?

—Un poco.

—Gracias.

Se ríe. Y yo sonrío con él, ahora que la tensión que surgió antes entre nosotros empieza a disiparse.

—¿Crees que ese incendio del que hablaba debería preocuparnos? —pregunta.

—Yo diría que no.

Se revuelve en el asiento.

—Ya, seguro que no. Pero ¿te importa si nos pasamos a ver a mi abuelo? Como de todas maneras teníamos pensado ir a buscar las pilas a Tse Bonito.

Debería tener en cuenta que Brazo Largo me advirtió que no volviera a poner un pie en Tse Bonito, pero siempre he desoído las amenazas del Perro de la Ley. Nos andaremos con cuidado y pasaremos desapercibidos. Además, si de verdad hay un incendio, estará demasiado ocupado atendiendo la emergencia.

Kai se estremece y se frota los brazos con las manos.

—¿Estás bien?

—¿Alguna vez has tenido un escalofrío así… como si alguien hubiera pisado tu tumba? Seguro que no es nada, pero… —Vuelve a tiritar.

Aunque no le respondo, piso el acelerador con un poco más de fuerza.

Después nos quedamos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que Kai dice:

—¿Y qué le hiciste al Chico Sediento ese para cabrearlo tanto?

Pongo los ojos en blanco.

—Ese hombre es de los que te la tienen jurada hasta el fin de los tiempos.

—En serio, creía que el Perro de la Ley de ayer te odiaba a muerte, pero este tipo…

—Ya. —Agito una mano, como si el encuentro con el Chico Sediento hubiera dejado un rastro que hay que ventilar—. Todo el mundo me odia. Lo pillo.

—¿Qué le hiciste?

—¿Por qué das por hecho que le hice algo? —pregunto, un tanto agraviada.

Kai sofoca una risita.

—Solo hace veinticuatro horas que nos conocemos, pero hasta yo puedo ver que tienes el don de encabronar a la gente. ¿Y vas a decirme que no le hiciste nada?

—Está bien. Una vez le salí un poco cara, hace unos meses. Por la recompensa esa de la que te hablaba. Es una historia muy larga, y estúpida, la verdad, pero él no ha conseguido pasar página.

Kai asiente pensativo.

—¿Se lo pagaste después?

—¿Que si se lo pagué? No es así como funciona. Buscábamos la recompensa y las cosas se torcieron. No le debo nada.

—Pero has dicho…

—Pues me habré expresado mal. Olvídalo.

—Tal vez.

—¿Cómo que tal vez?

—Sí, tal vez. —Se encoge de hombros—. Tal vez yo pueda ayudarte a arreglarlo.

—Hace seis meses de aquello. ¿Cómo vas a arreglarlo?

—Tú déjame a mí.

—No quiero que le pagues…

—No, nada de eso. Hablaré con él, nada más.

—¿Que hablarás con él? Igual ayer convenciste a Brazo Largo con cuatro sandeces, pero con Hastiin el juego cambia por completo. No es un imbécil como ese Perro de la Ley. Es…

molesto, muy obstinado.

—Sí, ya lo he visto. No te preocupes. Joder, mira allí.

Sigo su mirada hacia el otro lado del parabrisas. Nos acercamos a la salida de la autopista 134, que lleva a Tse Bonito. Ante nosotros, una densa columna de humo negro asciende retorcida hacia el cielo, rodeada de unas nubes deshilachadas que estropean el inmaculado cielo azul.

—¿Qué es eso? —masculla Kai mientras reduzco la velocidad de la camioneta. No son solo unos arbustos que han ardido, eso seguro—. ¿Es el…?

Un mal presentimiento me asalta, atenazándome las tripas y agolpándome la sangre en la cabeza. El fuego se eleva desde las proximidades del laberinto de los puestos, donde vive Tah.

—Oh… —me oigo gemir.

La voz de Kai suena imposiblemente lejana, como envuelta en algodón, o ahogada en un pozo insondable, cuando dice:

—Creo que el *hogan* de Tah está ardiendo.

Capítulo 19

Paso por donde está el *hogan* de Tah, o todo lo cerca que puedo. Los Perros de la Ley han bloqueado el acceso a la calle principal de Tse Bonito mediante unas vallas azules y blancas en las que se lee «Cordón policial», y están desviando el tráfico por la carretera de dos carriles que parte del pueblo hacia el este y el oeste.

Reúno toda mi fuerza de voluntad para no pasar por encima del cordón e ir derecha a la puerta de Tah. La vocecita que oigo dentro de mi cabeza me suplica que mantenga la calma, que respire hondo y piense. Pero las manos me tiemblan con tal intensidad que apenas acierto a coger el volante. Aspiro y espiro de forma superficial y entrecortada y todos mis pensamientos fluyen del color de la brea.

Varios Perros vestidos con el uniforme caqui de la Guardia y Vigilancia de la Ciudadanía controlan el cordón, pasándose la mano nerviosamente por el cinturón del arma o mirando angustiados las llamaradas. Los curiosos se han congregado a lo largo de los tramos inclinados de la carretera, de manera que estamos apilados los unos sobre los otros, como una torta de maíz de varias capas —policías, civiles y coches—, todos apretados para mirar boquiabiertos las llamas que brotan del techo del *hogan* y la nube de humo sucio que el fuego ha proyectado hacia el cielo. Todos dejándonos el cuello para ver mejor el desastre.

Todos salvo un hombre, que está colocado de espaldas al fuego para escudriñar a la multitud, fijándose en las caras de los curiosos y memorizando todas y cada una de ellas.

—Brazo Largo —susurro.

—Mierda. —La voz de Kai suena tensa, ahora más serio que nunca. Él también ha reconocido al Perro de la Ley; debe de recordar el enfrentamiento de ayer tan bien como yo. Brazo Largo lleva sombrero vaquero y gafas de sol negras, de modo que no puedo verle bien la cara, aunque presiento que intenta divisarme entre la muchedumbre.

Sigo adelante como puedo, hasta que me sitúo como a medio kilómetro más allá del cordón. A mi izquierda, Tse Bonito da paso al llano polvoriento de las ferias, abandonado y descuidado en esta época del año. A mi derecha hay hileras y más hileras de cajones para las ovejas; hechos de metal y oxidados, se

encuentran vacíos, puesto que a esta hora los rebaños de la comunidad están pastando fuera. Me acerco a los cajones. Aquí una camioneta más no llamará la atención, y aún faltan varias horas para que traigan las ovejas a pasar la noche.

Aparco y apago el motor. El húmedo olor a pasto de las ovejas entra por la ventanilla que traigo abierta, pero su familiar dulzor enseguida es engullido por las vaharadas de la madera en llamas y el metal candente.

Nos quedamos ahí un rato, contemplando el humo ensortijado, hasta que Kai dice:

—Iré a ver qué ha sucedido.

Estiro el brazo hacia atrás para descolgar la escopeta. Es entonces cuando las manos dejan de temblarme y la vocecita que oigo en mi cabeza se diluye.

Kai se para cuando pone la mano en la puerta y me mira con las cejas anudadas.

—¿Qué haces?

—Lo mismo que tú, buscar respuestas.

—¿Con una escopeta?

—¿Se te ocurre alguna idea mejor?

—Sí, muchas.

Abro la boca para decirle lo que me importan sus ideas cuando el sobrio estuche negro de la Glock me llama la atención. Titubeo. Prefiero la escopeta, por su alcance, porque nos conocemos bien y porque nunca he sido amiga de sutilezas, pero la discreción también tiene sus ventajas. Me vienen a la cabeza los policías del cordón. Dejo la escopeta en su sitio y me escondo la pistola en el bolsillo de la chaqueta de cuero.

Kai me observa.

—Al menos, deja que vaya yo primero. Intentaré hablar con ellos antes de que se te empiece a soltar el gatillo.

—No —digo en un tono entre brusco y desdeñoso—. Ya te dejé hablar ayer y mira lo que pasó. —Abro la puerta y bajo de la camioneta. El olor a quemado es aún más intenso fuera. El suelo que piso es sólido, pero tengo la impresión de que en cualquier momento podría resquebrajarse y engullirme.

—Sí, mira lo que pasó. —Ahora él también se ha enfadado—. Conseguí que nos dejaran ir sin que nadie sufriera ningún daño.

—¿Nadie? ¿A esta mierda la llamas nadie?

Me maldigo por haber dejado solo a Tah. Un viejo que ni siquiera tiene un arma. Estaba demasiado ofuscada por mi enemistad con Brazo Largo, demasiado convencida de que era yo a por quien venía. Demasiado dispuesta a dejar que Kai interviniera y salvara la situación con su locuacidad.

—Maggie.

Me giro de súbito hacia Kai.

—Sé que ayer hiciste una especie de trato con Brazo Largo. ¿Cuál?

—¿De qué hablas?

—Hablo de que ese Perro nunca nos habría dejado marchar así como así. ¿Primero nos tenía encañonados y al momento siguiente nos deja irnos de rositas? ¿Cuál?

Kai se humedece los labios.

—No fue así.

—Y una mierda no fue así. Lo vi con mis propios ojos. ¿Qué le dijiste? ¿Fue por Tah? ¡¿Compraste nuestra libertad con la de Tah?! —le grito, apretando la empuñadura de la Glock sin ni siquiera reparar en ello. Sé que parece una locura, pero no me saco a Tah de la cabeza, allí solo, asustado, quizá… Oh, Dios.

—¿Qué? Qué dices. Eso no tiene ningún sentido. Me viste hablar con él. Estuviste allí todo el tiempo. ¿Qué interés iba a tener Brazo Largo en Tah?

—Dímelo tú.

—Eh, estamos en el mismo bando. Estoy de tu lado. ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

—Aún no sé a qué especie de monstruo perteneces, Kai —le respondo con voz gélida—, pero te aseguro que pienso averiguarlo.

—Cielo santo —sisea Kai—. Pero ¿tú te oyes? Yo no he hecho nada que pueda perjudicar a mi abuelo.

—Y entonces ¿cómo cojones nos…?

—Tengo facilidad de palabra, ¿vale? La gente me escucha. Como ese amigo tuyo antes, Hastiin. Y así hice que Brazo Largo me hiciera caso. No es nada tan horrendo como tú quieres hacer ver. Quería que le contara una historia, y eso es lo que hice. Lo de Juan Cruz y demás. Eso es todo, créeme. ¡Eso! ¡Es! ¡Todo!

Lo escucho y sé que es verdad. Los Perros no tienen el menor interés en el abuelo Tah. Sé que lo que dice Kai tiene lógica, pero sospecho que me oculta algo, aunque todavía no he terminado de descubrir el qué.

Me vuelven a temblar las manos y la adrenalina me exige que empiece a moverme, pero no puedo dejar de mirar el *hogan* en llamas, mientras intento recordar cómo se hacía para respirar.

—No sabemos si ha muerto —me recuerda en voz baja Kai, que se ha colocado junto a mí, tan cerca que podría tocarme. Valor no le falta—. Al menos, deja que hable con ellos y averigüe qué ha pasado. Puedo hacerlo, puedo hacer que me escuchen. Por favor.

No es el «por favor» lo que me aplaca, sino la posibilidad de que Tah esté vivo. A mí ni siquiera se me había pasado por la cabeza aferrarme a esa esperanza tan frágil.

Un torbellino de recuerdos espontáneos me vapulea la cabeza, y me esfuerzo por librarme de ellos. Pero lo único que consigo es ver a Tah atrapado en el *hogan* mientras las llamas se levantan a su alrededor, tragándose la cocina, la mesa de formica descascarillada, las tazas de café de hojalata azul. Recuerdo el ridículo bailecito que se permitió cuando me sorprendió con el azúcar. La manera que tenía de llamarme hija *shí*.

«Hija».

Esa palabra entraña una gran importancia en navajo. Significa «familia», pero también «responsabilidad». Y yo tenía la responsabilidad de protegerlo, pero he fallado de la forma más estrepitosa en lo más importante.

—Alguien tiene que morir, Kai, y tiene que ser a mis manos. —Lo miro a la cara cuando se lo digo, con el deseo de que entienda que se lo estoy suplicando. Me observa con los ojos un tanto agrandados y el gesto solemne. No sé qué tendrá en mente, pero no termina de gustarme.

—Dame quince minutos —dice. Estira el brazo hacia mí, pero después se queda quieto de pronto, como un perro apaleado, y retira la mano—. Es lo único que te pido. Déjame ver qué averiguo, y si tiene… si tiene mala pinta, ya decidiremos qué hacer. Quince minutos —repite.

Miro la mano con la que ha estado a punto de tocarme y, por increíble que parezca, admito que Coyote estaba en lo cierto: Kai tiene unas manos muy bonitas.

—Te doy diez.

Dejamos la camioneta ahí. Miro a ambos lados de la carretera antes de cruzar corriendo y ocultarme junto a los edificios bajos que bordean el lado de la autopista que da al llano de las ferias. Kai se apresura a seguirme.

—¿Cuál es el plan? —pregunto mirándolo de soslayo.

—¿Puedes pasar desapercibida? Si Brazo Largo te ve, se irá todo a la mierda.

Recuerdo cómo me miró ayer el Perro de la Ley, con la certeza de que me mataría si creyera que podría salir impune. Así que lo de pasar desapercibida me suena muy bien.

—Volveré a tirar de Juan Cruz, a ver si así afloja la lengua.

—¿No será un poco arriesgado?

—No intentará nada, hay demasiada gente mirando. ¿No te acuerdas de cómo se comportó ayer contigo? Delante de la

multitud se cohíbe.

Enarco las cejas y lo miro por un momento mientras se coloca a mi altura. Sonríe.

—Eh, no soy solo una cara bonita.

Hago como que no lo he oído.

—Diez minutos —le recuerdo—. Me quedaré junto a la multitud. No podré verte en todo momento, de modo que en cuanto averigües algo, reúnete conmigo aquí. —Miro a nuestro alrededor. A mi derecha veo un puesto de guisos abandonado, a unos tres metros de la carretera. Lo señalo—. Si no vuelves en diez minutos, iré a buscarte. No corras riesgos. No dudarán en hacerte daño, Kai, te lo aseguro.

Me dedica una de sus sonrisas electrizantes como si no tuviera importancia. Lo único que puedo hacer es confiar en que sepa dónde demonios se está metiendo.

Nos acercamos al grueso del gentío. Hay hombres y mujeres, la mayoría de ellos en albornoz o en pijama, con el pelo despeinado o recogido en una larga trenza para dormir, y todos con aspecto de haberse vestido aprisa en la oscuridad. Están apiñados los unos contra los otros, por decenas, hablando en voz baja con quien tienen al lado o, sencillamente, contemplando el fuego. Nadie se molesta en mirarnos siquiera. Le hago señas a Kai para que siga adelante y yo me quedo atrás. Me aproximo un poco más a la aglomeración y me mezclo con la gente sin problema.

Kai deja de correr y continúa a paso ligero, dando zancadas decididas hacia el cordón de agentes vestidos de azul y caqui. Lo veo mascullar y mover los dedos en círculos mientras ensaya el guion.

Poco a poco, el calor regresa a Tse Bonito, bajo el sol inclemente y con las llamas multiplicando la sensación de ahogo. Todavía llevo puesto el gorro de lana, pero estoy empezando a sudar. Aun así, me lo dejo puesto. Ahora mismo no cuento con ningún disfraz mejor. Me lo calo tan hondo como puedo, agacho la cabeza y serpenteo entre la gente. Lamento no haberme traído la escopeta, pero el tacto de la Glock, que se deja llevar con disimulo en el bolsillo, me reconforta, y tendré que conformarme con eso. En cuestión de instantes, la masa murmuradora me habrá absorbido por completo, y ya solo seré otra chica que ha salido a ver el incendio.

—Dicen que ha sido una explosión —cuchichea una mujer a mi derecha. Lleva puesto un albornoz rojo que los años han raído y deslavado, bien ceñido con el cinturón. Los talones le asoman por el borde de unas chanclas de plástico amarillo. Balancea la

cabeza de un lado a otro mientras busca la perspectiva que mejor le permita ver qué ocurre para comentarlo con los demás.

—He oído que ha sido un rayo —aporta otra mujer, que mira hacia atrás de soslayo para unirse a la conversación.

Yergo la cabeza de pronto. Un rayo. Neizghání.

—¡En pleno centro del pueblo! —prosigue—. ¿Alguien lo ha oído? ¿El trueno?

—Habrán sido unos gamberros —sugiere con desdén el hombre que la acompaña—. Esto está lleno de pandilleros, ¿no?

—Yo nunca he visto pandilleros por aquí —opone ella.

—No sé, es lo que se comenta.

Me trago el regusto amargo que tengo en la garganta. No le encuentro ningún sentido a lo que están diciendo.

Un poco más adelante surge otra voz, tan discreta que apenas la oigo:

—Les oí decir que era la casa de un anciano.

Algunos otros curiosos se giran.

—¿El curandero? —pregunta la mujer del albornoz.

La mujer se vuelve alarmada.

—Si estuvo en mi tienda el otro día.

—¿Lo habéis visto? —pregunto antes de pensarlo mejor—. ¿Sabéis si consiguió salir? ¿Antes de que el fuego se propagara?

La mujer que preguntaba si alguien había oído algún trueno repara en mí. Me mira de arriba abajo sin perder detalle. Siento que le basta con los ojos para diseccionarme.

—Nadie lo ha visto —masculla.

Doy un paso atrás, y otro, y otro más, hasta que me topo con alguien que hay a mis espaldas. Me giro y susurro una disculpa. Mantengo la cabeza agachada y empiezo a alejarme de la multitud por donde llegué. Ahora hay más gente. Demasiada. La afluencia de curiosos se ha duplicado, y todos asisten al espectáculo boquiabiertos. Tengo que abrirme paso a empujones, ahora topándome con un hombro, ahora esquivando un codo. Y cada vez sudo más, como si una parte del pánico que me asaltó esta mañana quisiera hacerse notar. Lo reprimo y me obligo a respirar y a moverme. Sigo avanzando, avanzando, deseando echar a correr. Y, al fin, la multitud se deshilacha.

Salgo dando tumbos a una de las estrechas calles de tierra de Tse Bonito. No he terminado de recuperar el equilibrio, pero puedo respirar otra vez y tengo más espacio para moverme. El pasaje donde he aparecido está desierto. Las ventanillas tintadas de las caravanas y los puestos de madera contrachapada se suceden a lo largo de unos cien metros ante mí, pero, por suerte, no hay nadie. El puesto de guisos que señalé antes queda a mi

derecha. Y en la parte de atrás, tres paredes a medio levantar y una larga cocina rectangular, el tipo de cosas que inventan las familias para vender comida en los días bulliciosos de mercado, o para los días de la feria anual. Afianzo un pie en una de las placas de madera contrachapada y, apoyándome en un poste, paso al otro lado. Me agazapo tras la pared baja, aprieto la espalda contra ella y recojo las rodillas. Cierro los ojos y cuento hasta diez. Cuando acabo, vuelvo a empezar, hasta que el pánico se desvanece.

Sé que no puedo quedarme aquí. Tengo que seguir adelante. Pero ¿en qué dirección? ¿Hasta dónde?

Tengo que encontrarme con Kai. Ya han pasado más de diez minutos, así que, o bien ha averiguado qué ha sido de Tah, o bien está haciendo que lo metan en el calabozo. Respiro hondo y vuelvo a pasar por encima de la pared del puesto. No puedo mezclarme otra vez con la multitud. Tengo que dar un rodeo, de modo que decido cruzar el pueblo. Desde el otro lado alcanzaré a ver el *hogan* de Tah, y después daré la vuelta por la cara opuesta de la barrera para ver si Kai sigue allí.

Encorvo la espalda y me bajo el gorro un poco más mientras atajo entre los edificios, zigzagueando en silencio entre el humo que se extiende por el pueblo vacío en dirección al *hogan* de Tah. Aquí el fuego es más estruendoso, tanto que parece estar vivo. El humo se arremolina a mi alrededor como la niebla. Sigo andando, con la barbilla por dentro de la camisa, aspirando el aire imprescindible para no inhalar el veneno. Aunque me lloran los ojos, los entrecierro e intento mirar a lo lejos, desesperada por dar con Kai.

Al cabo, lo diviso, una inconfundible y resplandeciente mancha entre morada y aturquesada en medio de las cortinas de humo. Pero no está solo. Camina junto a Brazo Largo, que tiene la mano apoyada en su hombro a modo de abrazo amigable.

Lo sabía: habían hecho un trato.

La vista se me nubla de la rabia. Aprieto los puños. Recuerdo lo que sentí cuando esta mañana le puse el cuchillo en el cuello, cuando palpé los latidos de su corazón. Qué fácil habría sido deslizar la hoja y dejar que la garganta se le tiñera de rojo. Que se asfixiara y se ahogara en su propia sangre mientras me miraba con ojos inertes, como hizo en mi sueño. K'aahanáanii entona su preludio.

Sin darme cuenta, empiezo a acercarme, empuñando la Glock que aún no he sacado del bolsillo. Veo que Kai tropieza y que Brazo Largo lo abraza con más fuerza para levantarlo. Un destello plateado punza la niebla, y entonces me detengo. Otra vez. Es

algo que Kai lleva en la mano. No, en la mano no. Alrededor de la muñeca. Le han puesto unas esposas y Brazo Largo lo lleva a rastras a su lado, y apenas consciente.

Me maldigo por haber sido tan imbécil. Por estar tan dispuesta a ver una traición en todo, como dijo Kai. Cuando no hay nada más lejos de la realidad.

Los observo cuando enfilan una de las calles estrechas que corren entre los puestos de comida y me apresuro a seguirlos. Vuelvo a divisarlos cuando toman un camino cubierto de ceniza revuelta. Veo que Kai se tambalea demasiado cerca de Brazo Largo, y que vuelve a trastabillar antes de que el Perro de la Ley lo obligue a permanecer en pie. Los pierdo de vista cuando giran de pronto hacia la derecha y desaparecen tras una choza con las paredes de chapa. Titubeo. Si cruzo la carretera para seguirlos, quedaré al descubierto mientras llego allí; pero, si espero demasiado, podría terminar de perderlos y, cuando vuelva a ver a Kai, podría ser con una puerta de barrotes de por medio. O algo peor.

Por un instante, me siento tentada de dejar que el humo se los trague. De dejar que Kai lidie él solo con lo que el Perro de la Ley le tenga preparado. Me recuerdo a mí misma que Kai Arviso no es mi problema y que apenas lo conozco. Pero después recuerdo la cara de Tah cuando llamaba a su nieto «Curación Grande» y cuando se enorgullecía de que podía hacer sanar Dinétah. Y aunque Tah se equivoque, me confió la vida de Kai. Y, qué cojones, Kai quería que fuéramos amigos.

De modo que mantengo la cabeza baja, sin dejar de mirar en todas direcciones para cerciorarme de que nadie repare en mí, y cruzo la carretera.

Doblo la esquina de la choza.

Y se me hiela la sangre.

Presencio con espanto, a veinte metros de mí, como Brazo Largo levanta su enorme puño y lo descarga contra la nuca de Kai, que ni siquiera lo ve venir.

El impacto le dobla el cuello hacia delante, haciendo que la barbilla se le clave en el esternón. Se balancea e intenta levantar los brazos, pero los tiene inmovilizados a la espalda. Brazo Largo no le da tiempo a recuperarse. Se coloca delante de él y le atenaza la cabeza con ambas manos. Le asesta un brutal rodillazo en la cara, empujándole el cuerpo hacia arriba con tal violencia que, por un instante, la espalda parece doblársele hacia atrás. Es entonces cuando los pies le fallan y se desploma en el suelo. El golpe que se da en la cabeza es tan fuerte que le rebota.

Brazo Largo echa hacia atrás la bota de puntera metálica. Le

suelta una patada, dos, cinco, una tras otra, machacándole las costillas y los riñones. El cuerpo de Kai se sacude y se estremece como si fuera un muñeco de trapo.

Me quedo mirando como una estúpida, conmocionada ante la inesperada exhibición de violencia.

Lo único que mi cerebro acierta a procesar es que Kai no ha hecho ningún ruido. Le está dando una paliza un hombre el doble de grande y no ha articulado ni un gemido.

Y entonces veo la sangre. Un charco rojo que se extiende alrededor de su cabeza.

Los recuerdos me abrasan la mente como un fuego incontrolable. El sabor del miedo y la impotencia me quema la lengua. La llamarada del mal que nació en una fría noche de febrero. Se me nubla la vista, para después aguzárseme de un modo preternatural. El tiempo se ralentiza, se dilata. K'aahanáanii, Flecha Viviente. La sed de sangre, candente, fluye por mis venas, prendiéndose y propagándose.

Brazo Largo está inclinado hacia delante, respirando trabajosamente, enorme como es, a causa del escalofriante esfuerzo. Con las manos apoyadas en las rodillas, contempla su obra. Da un gruñido y se pone derecho. Retrocede unos pasos y veo como se lleva la mano a la cadera para desenfundar la pistola. Poco a poco, muy despacio, levanta el brazo para apuntar a Kai.

Me acerco aprisa. Yo también he sacado mi pistola, que sostengo con las dos manos mientras corro. Debo de estar gritando porque el Perro de la Ley se vuelve hacia mí, con la mandíbula caída y los ojos abiertos como platos en un gesto de sorpresa.

Soy Flecha Viviente y no titubeo. No me cuestiono a mí misma. No me preocupa ser un monstruo.

Aprieto el gatillo. Una vez, dos, cinco, una tras otra.

Todas ellas enterrando una bala en la cara de Brazo Largo.

Capítulo 20

Me tiemblan. Me tiemblan las manos.

A causa de la adrenalina y de la rabia. Pero también del miedo. Del miedo opresivo a haber llegado demasiado tarde.

Me arrodillo junto a él. Le paso por el cuello unos dedos que no dejan de tiritarme. Tiene la piel toda enrojecida por la sangre, y cuando retiro la mano, la noto pegajosa. Pero su pulso es fuerte.

—Kai. —Lo agito con delicadeza. Le limpio la cara con el puño de mi manga para retirar los grumos de sangre que le cubren la nariz y la boca, a fin de que respire mejor. Tiene algo atascado en la boca, y cuando le separo los labios, lo que le saco es la corbata de rayas plateadas. Brazo Largo había intentado hacérsela tragar.

Me estremezco. Hago un esfuerzo por recobrar parte de la claridad y de la ira de Flecha Viviente, pero los poderes de mis clanes se han desvanecido.

—Tienes que despertar, Kai. Tenemos que irnos. —Vuelvo a agitarlo, ahora con más fuerza. Gruñe. Se sacude y tose cuando introduce aire en sus pulmones necesitados, e instintivamente intenta recoger las rodillas bajo el cuerpo, haciéndose un ovillo.

—No, no. —Le levanto los hombros para que se estire. Está demasiado débil para oponerse. Con la punta del cuchillo abro el cierre de las esposas e intento levantarlo tirando de los brazos. Pero es un peso muerto y ahora que la adrenalina se ha diluido carezco de la fuerza necesaria para moverlo. Guardo silencio, convencida de que he oído unos pasos. Falsa alarma. Pero sé que es cuestión de tiempo que alguien nos descubra.

La bilis me quema la garganta y el miedo amenaza con arrollarme y ahogarme. Lo contengo. Me centro en el aquí y el ahora.

Tengo que llevarme a Kai. Debemos desaparecer antes de que vengan más Perros de la Ley a ver por qué Brazo Largo no ha regresado. Brazo Largo. Miro atrás de soslayo. Los restos del Perro de la Ley están tirados a unos pasos de mí, con la cara reducida a un amasijo de carne triturada.

Al verlo así, al ver lo que he hecho, no puedo decir que me sienta satisfecha. Lo que me dijo ayer resuena ahora en mi cabeza: «Quizá no deberías andar cazando monstruos. Quizá alguien debería cazarte a ti».

—¿Mags? —Kai ha abierto los ojos, que semejan dos finas grietas.

Trago saliva y doblego la sonrisa de alivio que quiere recorrerme toda la cara.

—¿Puedes moverte? —le pregunto.

Kai inclina la cabeza mínima y débilmente para asentir, pero algo es algo. Entre los dos, conseguimos que se levante.

—Hay que volver a la camioneta —le digo—. Tiene que verte un médico, y tenemos que alejarnos de aquí todo lo que podamos.

Kai articula una especie de gruñido que interpreto como un sí.

—Si consigo sacarte del pueblo, conozco un sitio donde podremos escondernos durante un tiempo. Allí podrán atenderte. Averiguaremos qué ha sido de Tah, si está bien. Pero… —Me interrumpo. Kai está mirando más allá de mí. Sé lo que está viendo. Espero a que se retuerza de puro espanto, a que exija que le explique cómo he podido hacer algo así. A que me mire y vea al monstruo.

Tiene los ojos abiertos como platos y la cara pálida como la de un espectro y toda manchada de sangre. Traga saliva como puede.

—Vamos —dice, a la vez que levanta un brazo con cuidado para que yo le pase la mano por debajo y lo sostenga.

No hemos recorrido ni tres metros cuando gira la cabeza y vomita. Lo sujeto mientras se sacude, una y otra vez, hasta que el estómago se le vacía por completo y sus jadeos dolorosos se vuelven húmedos. Espero un tiempo prudencial, consciente de que cada segundo que pasemos aquí será un segundo más durante el que estaremos expuestos.

—Tenemos que irnos.

Kai vuelve a asentir, pero se estremece al instante.

—Mi cabeza —balbuce con una lengua torpe y resbaladiza.

—Debes de haber sufrido una conmoción —digo según lo incito a mover los pies, ahora reticentes—. Es normal sufrir náuseas, mareos y pérdidas de memoria. —Repaso la lista de síntomas—. Es muy frecuente.

—¿No será que la cara del fiambre me ha revuelto el estómago? —pregunta con una risa alicaída, una risa que da paso a una tos áspera y que culmina con un gruñido gutural. Se esfuerza por recuperar el aliento.

Sonrío, absurdamente agradecida por su humor negro.

—Tú no dejes de andar, ¿vale?

Lo ayudo a seguir arrastrando los pies. Diviso la camioneta, aparcada junto a la carretera a unos doscientos metros de

nosotros. Doscientos metros que se alargan como si fueran dos mil.

He abierto la puerta del acompañante y estoy ayudando a Kai a subir cuando oigo los primeros gritos. Se me tensan todos los músculos del cuerpo, exigiéndome que levante la cabeza y mire para comprobar si han encontrado el cadáver de Brazo Largo y si nos han visto. Pero mantengo la espalda encorvada y me apresuro a subir por mi puerta, con cuidado de no llamar la atención.

Arranco el motor y salgo a la carretera. Reconfortada al tener el volante entre las manos y al estar de nuevo en marcha, me permito mirar atrás, adonde estábamos hace solo unos minutos. Distingo varias siluetas caquis. Se oyen ruidos y se observa cierta actividad, y se intuye una sensación de alarma cuando se distribuyen en torno a los restos de Brazo Largo. En lugar de quedarme contemplando la escena, dirijo la vista hacia delante y procuro mezclarme con el tráfico. Tomo la autopista 264, dejo atrás la salida que lleva hacia el norte, de vuelta a Crystal, y continúo hacia el este, en dirección a la Cuadrícula, el único lugar de Dinétah situado fuera de la jurisdicción de los Perros de la Ley.

Kai está echado contra la puerta. Tiene los ojos cerrados, la boca descolgada y respira deprisa. Lo empujo para despertarlo.

—Nada de dormirse con una herida en la cabeza —le advierto.

Entreabre un ojo, en torno al cual le están empezando a aparecer unos cercos entre negros y morados, de forma que la hinchazón lo obliga a tenerlo cerrado.

—No sabía que te importara tanto, Mags —farfulla a pesar de los labios secos y ensangrentados.

—Y no me importas.

—Mientes fatal.

Giro la cabeza para seguir mirando a la carretera.

Guardamos silencio mientras dejamos atrás el pueblo a toda velocidad y nos adentramos en el desierto. Los barrancos de roca rojiza de Tse Bonito dan paso a las suaves lomas bajas, a la vasta llanura de tierra amarilleada por las sequías y a los matorrales marchitos. El cielo claro es una condena de un resplandeciente azul inmaculado, en el que deja de verse todo rastro de fuego y de humo a medida que los kilómetros quedan a nuestra espalda. Al cabo de un rato, Kai vuelve a hablar, ahora con la voz pastosa y sibilante, como si le costara respirar.

—¿Adónde me llevas?

—Conozco a una mujer que reside en la Cuadrícula. Allí la tierra no ha dejado de estar fragmentada desde la época del

reparto. Una hectárea puede pertenecer a los navajos y la de al lado a los *bilagáana*, y ella vive en un territorio donde ni la Guardia y Vigilancia de la Ciudadanía ni los policías navajos son bienvenidos. Pero lo importante es que tiene la casa protegida con cinco metros de concertinas y un buen surtido de AR-15. En el supuesto de que nos deje entrar, será un lugar seguro donde planear lo que vamos a hacer.

—¿En el supuesto?

—Grace Goodacre puede ser un tanto hermética. No somos exactamente amigas, pero se sabe que te puede ofrecer cobijo cuando huyes de las autoridades. Si hay alguien a quien odie en este mundo, son los Perros de la Ley.

Miro a Kai, que ve como tamborileo nerviosamente en el volante con los dedos. Dejo las manos quietas.

—Los polizontes podrían complicarle mucho la vida por mi culpa —digo a modo de explicación—. Solo espero que hoy se sienta generosa.

Kai se acurruca entre el asiento y la puerta. Vuelve a cerrar los ojos y parpadea cada vez que una nueva cuchillada de dolor le atraviesa la cara.

—La convencerás —me asegura—. Confío plenamente en ti.

Me muerdo el labio y presiono un poco más el acelerador, ni de lejos tan convencida como él de que seremos bienvenidos. Miro por el retrovisor por tercera o cuarta vez en un minuto. La carretera sigue despejada. Nadie nos persigue. Aun así, no podré relajarme hasta que estemos en algún sitio seguro, bien ocultos, y alguien le cure las heridas a Kai. Será entonces cuando piense en el siguiente paso. En Brazo Largo. En Tah.

—Ha muerto, Maggie.

Kai me mira fijamente. Intento tragar saliva, pero tengo un nudo en la garganta. Se hunde en el asiento y se gira hacia la ventanilla para extraviar la mirada en el horizonte.

—Eso no lo sabes.

—Brazo Largo me dijo que había visto el cadáver.

—Brazo Largo era un puto embustero.

—¿Por qué iba a mentirme? Lo siento —dice—. Sé que lo querías como si fuera de tu familia.

—No.

—He…

—Allí está la casa de Grace —lo interrumpo. Señalo con los labios el edificio que aparece a la izquierda.

Ahí, en medio de un claro junto a la autopista y, de hecho, en medio de ninguna parte, cobijado tras unas vallas metálicas tres veces más altas que el hombre más alto de Dinétah y coronadas

de serpentinas, se levanta el All-American de Grace. El All-American es un bar, aunque sobre todo tiene aspecto de choza gigante. Mide unos doscientos cincuenta metros de largo y la mitad de ancho, revestido de paneles grises que pretenden parecer de madera pero que no dejan de tener el aspecto del aluminio del que están hechos en realidad. Un letrero clásico de neón anuncia «Abierto» o «Cerrado» según la hora del día y de la energía que quede en el generador, mientras que unos estandartes de plástico más viejos que el Agua Grande declaran el All-American «El hogar del rey de la cerveza». Claro está, Grace no sirve Budweiser desde que San Luis se hundió junto con el resto del Medio Oeste, pero las insignias siguen ahí, optimistas. Por lo demás, el lugar hiede a «¡Abandonad toda esperanza!». Solo hay una forma de cruzar las vallas metálicas, ya sea para entrar o para salir, y es con la autorización del guardia armado hasta los dientes que ocupa la garita a prueba de balas.

Aminoro para acercarme a la entrada. Bajo la ventanilla y detengo la camioneta.

Un crío negro, de no más de catorce años, sale de la garita. Lleva un uniforme militar completo y botas de combate, y me apunta con un fusil automático. Su tez es de color marrón claro, un matorral incongruente de estrafalario pelo rojizo le cubre la cabeza, tiene pecas marcadas y las manos con las que sostiene el fusil más bien parecen las patitas de un cachorro, pero sé que no me conviene subestimarlo.

—Te pareces a tu madre —le digo a modo de saludo.

—El bar no abre hasta por la noche —dice sin inmutarse.

—No quiero tomar nada. Vengo a ver a tu madre.

El crío frunce el ceño.

—¿Y tú quién coño eres?

—Maggie Hoskie. Me conoce.

El joven guardia me mira de arriba abajo. Veo como me evalúa, como se fija en la escopeta que llevo en el colgador de atrás, en mi cara y mis manos manchadas de sangre y, por último, en Kai, al que se le han vuelto a cerrar los ojos y parece estar durmiendo.

—¿Qué cojones le ha pasado? —pregunta—. No estará muerto, ¿no? Está hecho una puta mierda.

—No está muerto. Lo trincaron los Perros de la Ley.

El crío relaja los hombros y sonríe, lo que le da el aspecto del adolescente que es.

—Putos Perros de la Ley —regurgita, amasando toda la rabia que puede mostrar alguien que nunca ha tenido que vérselas con ellos en persona.

—Sí —convengo—. ¿Crees que podríamos entrar a ver a Grace ahora?

Saca el *walkie-talkie* antiguo que lleva enganchado en el cinturón y se da media vuelta para hablar con quien esté en el otro extremo del canal. Ahora que lo tengo de espaldas a mí, K'aahanáanii me susurra que sería muy fácil coger la Glock que aún llevo en el bolsillo y llenarle el cráneo de plomo. Por supuesto, los otros guardias saldrían a la carrera, y tengo muy claro que, si alguien cometiera la insensatez de cargarse a uno de los hijos de Grace, no llegaría muy lejos. Al menos, Pecas estaría muerto.

Me saco la idea de la cabeza y me obligo a respirar hondo varias veces para aplacar a K'aahanáanii.

El crío se gira, con una sonrisa en la cara, y me hace señas para que pase.

—¡Mamá está detrás del bar! —grita según cruzo la verja—. Dice que aparques atrás. Ahora te indicarán dónde.

Atravieso el aparcamiento de tierra polvorienta en dirección a la parte de atrás del bar. A la derecha hay una casa rodante espaciosa y de aspecto impecable, pintada de blanco, decorada con unas macetas llenas de flores en las ventanas y enmarcada en un porche amplio y acogedor. Frente a ella dos personas esperan sentadas en sendas mecedoras, ambas con un fusil acomodado en el regazo. Se levantan y bajan la escalera para acercarse a nosotros. Son mellizos, un hombre y una mujer, y parecen dos versiones distintas del crío de la entrada, con la misma tez marrón claro salpicada de pecas y el mismo pelo rizado y rojizo. La mujer me indica que continúe hacia una hilera de garajes que hay frente a la casa, mientras el hombre se apresura a abrir una de sus puertas. Aparco dentro la camioneta, con cuidado de no rayar la pintura. No me ha dado tiempo a apagar el motor cuando el hombre abre la puerta del acompañante, coge a Kai y lo saca como si no pesara nada. Sale corriendo del garaje para llevarse a Kai a la casa rodante. Sin más.

Asombrada, desmonto de un salto para seguirlos, pero la mujer me corta el paso con un brazo musculoso.

—¿Qué le van a hacer? —pregunto alarmada.

—Cuidaremos de él. Mamá quiere verte.

Considero la idea de apartarla de un empujón e ir con Kai. El hombre ya ha llegado al porche y está abriendo la puerta de la casa rodante con el hombro. Los veo desaparecer al otro lado.

—Tendría que estar con él —protesto.

La mujer menea la cabeza, implacable.

—Primero mamá.

Tiene razón. Aquí soy una invitada y, si la anfitriona quiere verme, tengo que ir. Muevo la mano para que me lleve con ella y, una vez que ha cerrado la puerta del garaje para ocultar la camioneta, nos encaminamos hacia la entrada trasera del All-American.

La puerta nos introduce en la penumbra perpetua que caracteriza a todo buen tugurio. Justo delante hay una pista de baile de madera y, a la izquierda, sobre una alfombra rectangular naranja que va de pared a pared y cuyos días de esplendor quedan muy atrás, se apiñan unas mesas bajas y redondas hechas con ruedas de carretas, todas acompañadas de varias sillas de características similares. Una barra larga de madera recorre toda la pared principal, con los taburetes alineados junto a ella a la espera de clientes.

Grace Goodacre aguarda detrás de la barra, donde parece estar siempre. Es una mujer menuda con la cara de color avellana y moteada de pecas y manchas provocadas por el sol, y dotada de una generosa mata de pelo cano y ondulado que lleva recogido en forma de rastas y sujeto atrás por medio de una gruesa trenza. Me recibe con una sonrisa cálida, pero no deja de advertirse cierto recelo en sus ojos. Mira por un instante a mi escolta, y en el acto su hija se retira para vigilar la entrada, fusil en ristre.

Cuando Grace me hace señas para que me acerque, cruzo la pista de baile vacía y me siento en uno de los taburetes solitarios. Rellena una jarra con la cerveza del barril y me la pone delante.

—En realidad, no bebo cerveza —digo.

Grace golpea un nudillo contra la barra.

—Beberás lo que yo te diga. Me acuerdo de la última vez que estuviste aquí, venga a llorar entre whisky y whisky por el hombre aquel. Clarissa tuvo que sacarte a rastras para que durmieras la mona en la camioneta. A partir de ahora, solo beberás cerveza.

Se me encienden las mejillas, al rojo vivo. Miro atrás de soslayo adonde está la hija, que debe de ser esa tal Clarissa.

—La verdad es que no me acuerdo de aquello, Grace.

—Ya, pues yo sí. Y eso es lo que importa.

Nos miramos fijamente la una a la otra, mientras la tensión entre nosotras se acrecienta. Aquí estoy a su merced, y eso no me gusta, hace que me duela la mandíbula. Pero he acudido a ella. Necesito que me ayude. Y ella lo sabe.

Así, tomo un trago de cerveza. Cierro los ojos, casi sin darme cuenta, cuando el alcohol me abofetea. La cerveza fría me vivifica, sin que fuera consciente hasta ahora de lo sedienta que estaba. Tomo varios tragos largos más antes de posar la jarra.

Grace me observa con las cejas enarcadas en actitud expectante.

—Es buena —admito.

Ella resopla para dejar caer un «ya te lo dije». Ha ganado el primer asalto, ha dejado claro quién manda aquí, y ahora ocupa las manos secando los vasos como si fuéramos viejas amigas.

—¿Y qué te trae por aquí, Maggie Hoskie?

—Necesito un sitio donde recogerme durante un tiempo. Puede que a los de la GVC les dé por ir a por mí.

Se fija en la sangre que me cubre el pecho, las manos y la cara.

—¿Vas a pagarme?

—Ahora mismo no llevo mucho encima. Todo esto me ha cogido un poco… por sorpresa.

Grace frunce los labios decepcionada. Levanta la mano y al instante Clarissa se levanta del taburete y sale por la puerta de atrás. Al cabo de unos minutos regresa con todo lo que guardaba en la camioneta. Lo coloca sobre la barra y Grace empieza a examinarlo, moviendo con agilidad y precisión sus pequeñas manos. Cuando repara en la escopeta, aprieto el entrecejo.

—No puedes quedarte con mi escopeta —protesto.

Ella se encoge de hombros.

—¿Para qué necesito tu juguetito de corredera cuando tengo todo un arsenal de AR-15? —pregunta.

—Es lo que yo digo —coincido.

Grace se sonríe.

—Quédate tu querida escopeta, Maggie —dice, y estiro el brazo para recuperar el arma antes de que cambie de opinión.

—Y, por cierto, no es ningún juguetito —aclaro—. Hice moldear la empuñadura a la medida de mi mano. Tuve que pasarme dos días empacando alfalfa para pagarla, pero mereció la pena. Eh, tampoco puedes quedarte con mi chaqueta.

Desliza la chaqueta de cuero hacia mí, sin molestarse en mirarme.

—¿Esto es café? —pregunta a la vez que da unos golpecitos en la lata que contiene el preciado grano molido.

Agito la mano.

—Todo tuyo. —A todo el mundo le gusta el dichoso café. Si me sirve para ganarme el favor de Grace, para mí valdrá su peso en oro.

—Ya veo que no tienes muchas posesiones. ¿El negocio de las recompensas no da para más?

Me viene a la cabeza la manta que dejé en el suelo de la casa capitular de Lukachukai.

—Como te comentaba, las cosas han sucedido muy rápido.

Grace tamborilea en la barra con unas uñas afiladas.

—El café puede valer para empezar —dice—. Así que nada de quejas porque me lo quede. Es un pago, con todas las de la ley.

—Vale.

—Y tendrás que hacerme algún que otro favor. No ahora. Se ve que estás metida hasta el cuello en algo en lo que prefiero no implicarme, pero si vives para contarlo, te pasarás por aquí y hablaremos.

—Vale.

Desliza la mano por la barra para señalar las pertenencias descartadas: provisiones para un par de días, los cartuchos de la escopeta y el morral de Coyote, por el cual no muestra el menor interés. Me da la impresión de que para ella no tiene el mismo aspecto que para mí.

—Saca esta mierda de aquí —le ordena a su hija, que se apresura a obedecerla.

—Ten cuidado con mi mierda —le digo cuando se lo lleva todo, en principio, de vuelta a la camioneta.

Cuando me giro, me encuentro con una mirada valorativa de Grace.

—¿Qué es eso que llevas en el bolsillo?

Saco la Glock y la dejo sobre la barra.

—¿Tiene puesto el seguro?

—Las Glock no incorporan ningún seguro. Basta con no apretar el gatillo.

Grace pone los ojos en blanco.

—Qué estupidez. Nunca me han gustado las pistolas automáticas. Prefiero un revólver mil veces. —Señala con la mano en la que sostiene el paño—. ¿Esta arma tiene algo que ver con el motivo que te ha traído hasta aquí?

—Por así decirlo.

—Entonces no la quiero para nada. —Vuelvo a guardármela en el bolsillo.

—Y ahora háblame del hombre que has traído contigo.

—Se cruzó con un Perro de la Ley.

—¿El mismo Perro de la Ley que se encontró con el cañón de esa pistola?

—Brazo Largo.

Grace clava los ojos en mí y yo le sostengo la mirada. El silencio se prolonga hasta que se estremece y gira la cabeza primero.

—¿Quieres que nos marchemos, Grace? —le pregunto a media voz. En caso afirmativo, no sé a qué otro sitio podríamos ir, pero

no me quedaré donde no soy bienvenida. Quizá al menos le den cobijo a Kai. Sabiendo que está en un lugar seguro, no me costará encarar cualquier cosa que venga ahora.

Grace suspira.

—No, no quiero que os marchéis —dice—. Pero la próxima vez no te sientes en mi barra a tomar cerveza como si tu mayor problema fuera que han molido a palos a tu amigo. ¿Tu madre no te enseñó que no hay que esperar para dar una mala noticia? —Suelta una carcajada—. Pero es culpa mía, por olvidarme de con quién estoy hablando —admite. Masculla una blasfemia a la que después añade mi nombre y algo más que no oigo bien, pero me queda claro que no es ningún halago.

Con una sonrisa irónica, lleva la mano bajo la barra y saca una botella que contiene un líquido ambarino. Baja dos vasos pequeños de la estantería que tiene a su espalda y sirve sendos tragos de whisky. Desliza el mío para acercármelo. Agradecida, dejo la cerveza a un lado, pruebo el licor y dejo que me queme la garganta. Ella vacía su vaso de un trago rápido.

Me mira furiosa y señalándome con el dedo.

—Te doy veinticuatro horas, y después te quiero fuera de aquí. Ni un segundo más, por mucho que quieras pagarme. Y ahora ve a ver a ese amigo tuyo. Aunque está claro que tienes muy mal ojo para los hombres, Maggie Hoskie. A este al menos podrías enseñarle a pelear.

Asiento y apuro el whisky aprisa. No me molesto en explicarle que Kai no es mi pareja. Clarissa ha vuelto y salgo con ella en dirección a la casa rodante. Cuando miro atrás, veo a Grace sirviéndose otro vaso, antes de que la puerta se cierre en mis narices.

Capítulo 21

La hija de Grace me acompaña hasta la casa rodante impecable. Me señala un cuarto de baño donde puedo desprenderme de la sangre de Kai; se queda cerca hasta que termino y después me lleva a una sala ordenada donde me indica que espere. Echo un vistazo por la casa de Grace, donde hasta hoy nunca se me había permitido entrar. Dos sofás enormes dominan la estancia, decorados con unos atrevidos motivos florales de color lavanda y unos cojines pequeños a juego, distribuidos con buen gusto entre dos sillas de mimbre blanco. Después hay varios cojines más amontonados al pie de los sofás, como si aquí se celebraran reuniones de forma habitual y los almohadones sirvieran como asientos adicionales. Las paredes están pintadas de morado claro y diversos grupos de fotografías embellecidas con un marco blanco rellenan los espacios vacíos. La primera imagen que me llama la atención es la de una mujer, con la piel marrón oscuro sembrada de pecas por la acción del sol, las rastas recogidas atrás en una trenza y una sonrisa en su rostro joven y bonito. Grace está abrazada a un hombre muy pálido con unos despeinados rizos rojizos y unos amigables ojos azules.

Me acerco un poco más a la foto. Nunca había visto a Rick, el marido de Grace. No le gusta hablar de él, al menos conmigo. Sé que murió poco después del Agua Grande. Se rumorea que lo asesinaron junto a la franquicia de bocadillos que regentaba en Tse Bonito por la calderilla que llevaba encima. La gente dice que había un par de Perros de la Ley que presenciaron la escena y, sin embargo, se quedaron mirando cómo el ladrón le vaciaba los bolsillos. Desde luego, eso explicaría el odio que Grace le profesa al cuerpo.

Me inclino hacia delante para examinar la instantánea más de cerca. Se les ve muy felices, como una familia. Las demás imágenes son similares. En una sale Grace con todos sus hijos: los mellizos, un chico mayor al que no conozco y un bebé con orejas de soplillo que debe de ser el Pecas de la verja. Otra muestra a Rick con los mellizos de pequeños; y luego hay otras dos, en cada una de las cuales aparece uno de los mellizos en la graduación del instituto, cuando aún había institutos de verdad y un sistema educativo oficial. Yo todavía estaba en el primer curso cuando llegó el Agua Grande, de modo que los mellizos deben de ser

unos años mayores que yo.

El resto de la casa está tan ordenada y bien cuidada como la sala. Veo una bonita cocina de asientos libres decorada con los mismos tonos de lavanda y blanco que las otras habitaciones. Incluso hay una gata atigrada sentada en un alféizar. Aquí el tiempo parece haberse detenido, como si la tragedia del Agua Grande nunca hubiera tenido lugar. Salvo, claro está, para Rick.

Oigo cerrarse una puerta y veo que Clarissa se acerca por un pasillo largo y estrecho.

—Puedes pasar —dice al tiempo que me hace señas con la mano.

—Ejem, Clarissa… —comienzo, pero ella me interrumpe enseguida.

—Es Rissa, pero mi madre me llama Clarissa. Tú llámame Rissa.

—Muy bien, Rissa —digo mientras sigo a sus anchas espaldas por el pasillo. No es que yo sea muy pequeña, pero Rissa debe de sacarme como diez centímetros y unos quince kilos de masa muscular. Impresionante—. Tengo entendido que una noche tuviste que llevarme a mi camioneta, hace unos meses.

Se echa al hombro una gruesa trenza de pelo cobrizo.

—A veces pasa. No diste mayor problema.

—¿No me puse a desvariar y despotricar? ¿No te llamé nada?

—A mí no. Aunque ese tal Neizghání debe de ser un cabronazo. —Carraspea—. Sin ánimo de molestar.

—No me molesta en absoluto.

Nos paramos frente a la puerta cerrada de un dormitorio.

—Tu amigo está aquí. La última vez que miré, estaba dormido, pero si quieres entrar a verlo, no creo que haya problema.

—¿Cómo se encuentra?

—Ya le has visto la cara. Tiene la nariz rota y los ojos todo negros. Probablemente también haya sufrido una conmoción cerebral. Me sorprende que haya salido tan bien parado, con el palizón que se ve que ha recibido. Puede que durante los próximos días mee sangre. —Las mejillas rociadas de pecas se le encienden como si no debiera hablar de esas cosas. Se dispone a abrir la puerta, pero, de repente, me veo incapaz. Estiro el brazo hacia ella. Se queda quieta, mira la mano que le he puesto en la muñeca y después me mira a mí.

—No —digo con la garganta seca de pronto—. No hace falta que entre. Dejémoslo descansar.

—¿Seguro?

—Si tú crees que está bien.

—Le costará descansar durante los próximos días, pero por lo demás… —Se encoge de hombros y me mira, sin nada más que curiosidad en sus ojos de color avellana.

—Vale, suena genial. —Le suelto la muñeca y me giro para volver pasillo atrás. Y alejarme de Kai. Titubeo un momento antes de añadir—: Dile que he acordado con Grace que se podrá quedar aquí veinticuatro horas, pero que el próximo trato es cosa de él.

Rissa frunce el ceño, ahora con más confusión que curiosidad.

—¿Por qué no se lo puedes decir tú misma?

—Porque me habré ido.

Capítulo 22

Porque mi plan es irme. Cargo la camioneta, me pongo la chaqueta de cuero y me echo la funda de la escopeta al hombro. Después decido no arriesgarme a que la camioneta se sobrecaliente por el calor y se me ocurre que podría dirigirme al este a pie, pese a las altas temperaturas, hasta que se presente la ocasión de agenciarme un vehículo más fiable. Aunque también podría ir a Crystal a pie si fuera necesario. No queda lejos, a unos ochenta kilómetros en línea recta. Estaría allí en solo unos días.

Por Tah. Me digo a mí misma que dejo a Kai atrás por Tah. Porque le prometí que protegería a su nieto; pero en el fondo sé que eso no es del todo cierto. También lo hago por mí. Porque ver a Kai magullado y ensangrentado ha removido algo en mi interior. Ha despertado unas emociones que habría preferido no experimentar. Y es como le dije a Tah al principio: lo único que puedo enseñarle a Kai es a sembrar muerte.

Sin embargo, cuando empieza a oscurecer y las luces del All-American se encienden, anunciando que el negocio nocturno se reanuda, sigo en el porche, sentada en una mecedora y afilando el Böker.

Y así es como me encuentra Grace.

Se para delante de mí, erguida en su metro y medio. No es que se caracterice por su estatura, pero su presencia impone. Coloca los brazos en jarras, entrecierra los ojos y suelta una carcajada.

—Estás muy seria, jovencita. ¿A quién piensas matar con ese cuchillo tan grande?

—A quien haya que matar, Grace.

Se me queda mirando un momento.

—Jesús, María y José, Maggie. Era broma.

Se sienta en la mecedora de al lado. Se golpea contra la otra mano el paño de la barra que siempre lleva encima y masculla algo que no oigo bien. Estoy segura de que me ha dedicado otra de sus blasfemias. Dejo que el silencio se alargue.

—Me he enterado de lo que pasó en Tse Bonito —dice—. Han entrado unos clientes. Dicen que hubo un incendio. Que el viejo curandero…

—¿Qué quieres, Grace? —la interrumpo.

Guarda silencio. Desvía la mirada hacia el horizonte.

—Cada uno lleva el duelo a su manera —dice por lo bajo en

un tono claramente compasivo—. Cuando perdí a mi Rick, todos creían que debía pasarme el día sollozando y tirándome de los pe-los. Pero no lloré ni una sola vez. Me volqué en el trabajo, en mis hijos. Dejé a un lado las lágrimas y me aferré a un propósito. —Libera un suspiro cargado de recuerdos—. Sin embargo, cuando perdí a mi bebé, a mi primogénito, Cletus, habría llenado Dinétah de lágrimas de lo destrozada que me quedé. —Se pasa el paño por la frente—. Y no creo que deje de llorar nunca por mi niño.

Sé lo que intenta hacer, decirme que no pasa nada porque sufra por Tah.

—No se sabe con certeza si ha muerto —digo.

En lugar de responder, Grace se limita a balancearse en la mecedora.

—Estoy bien —le aseguro—. He visto muchos muertos. También he perdido a algunos miembros de mi familia, y Tah no era… No estábamos emparentados. De hecho, no habíamos vuelto a hablar desde la pasada primavera. No pasa nada. De modo que si estás esperando a que me derrumbe y me ponga a llorar en tu hombro o algo así…

Grace resopla.

—Dios no lo quiera.

—Ya. En fin.

Grace guarda un silencio breve antes de decir:

—Ese tal Neizghání te dejó muy descolocada.

La miro sorprendida. Por primera vez desde hace días, no estaba pensando en mi antiguo mentor.

—Neizghání no tiene nada que ver con todo esto.

—Claro que tiene que ver. Un hombre así. Educarse con un hombre así. Enamorarse de un hombre así. No podría tener más que ver.

Me ruborizo. Grace asiente sin más.

—He criado a cuatro hijos, Maggie. A tres de ellos todavía los tengo conmigo, aunque Dios consideró necesario quitarme al mayor. —Chasquea la lengua y contempla la puesta de sol conmigo—. Sé muy bien cuándo una criatura está apenada.

—Yo ya no soy una criatura.

—Todos somos criaturas de Dios.

—Pero a mí no me hace falta una madre.

—A todo el mundo le hace falta una madre —me espeta, mirándome con una ceja enarcada—. Incluso a una chica dura como tú, pero no pretendo ocupar ese puesto. Bastante me cuesta ya sacar adelante a mis hijos, tan de gatillo fácil como son. No tengo ni idea de qué iba a hacer contigo.

—Y entonces ¿a qué viene esta conversación?

—Yo solo digo que el que Neizghání te enseñara a hacer las cosas de una determinada manera no significa que las cosas solo se puedan hacer de esa determinada manera. Ni que haya que hacer nada de ninguna manera.

La miro extrañada, pero ella tiene el semblante perfectamente serio.

—No te lo tomes a mal, pero eres pésima dando consejos. Mejor limítate a poner copas en el bar.

Suelta una risotada.

—Serás cabrona…

—Me alegro de que te diviertas conmigo.

—No, si yo no me divierto contigo, Maggie. Yo me cago las patas abajo contigo. Así que estaré encantada cuando te pierda de vista.

Suspiro abatida. Otra que no me quiere cerca.

—Ya falta poco, Grace. Ya falta poco.

—Bien. —Estira las piernas y zapatea sobre el suelo de madera —. Bien. —Espira con pesadez—. El viejo Chuck Begay dice que hay controles policiales en todos los accesos y las salidas de Tse Bonito. Han cortado la autopista principal y los Perros de la Ley están hostigando a la gente como nunca antes, dispuestos a poner Tse Bonito patas arriba. Chuck cree que todo se debe al incendio, pero tú hablabas de Brazo Largo… —Deja el comentario en el aire.

—No te falta razón —admito.

—¿Irán a por ti?

—Puede. No lo sé. Pero alguien debió de ver a Kai con él. Quizá aún tengan que pasar varios días, aunque tarde o temprano atarán cabos y querrán hacerme unas preguntas.

—Imagino que es cuestión de tiempo que se sepa que ese chico y tú estáis aquí.

—Entonces, supongo que es mejor que nos marchemos.

—No te estoy pidiendo que os marchéis —dice—. Solo intento avisarte de lo que te puedes encontrar, nada más.

Asiento.

—Entendido.

Se queda en la mecedora un rato más antes de decir:

—En fin, será mejor que me vuelva a la barra. Que me limite a hacer lo que se me da bien. —Me sonríe satisfecha con los labios apretados y se levanta.

Los chirridos de las tablas nos indican que tenemos compañía. Grace levanta la mirada y lo que ve a mis espaldas no podría sacarle una sonrisa más amplia.

—Vaya, pero qué muchachito tan bien parecido —dice, con lo

que deduzco que se trata de Kai—. Ahora entiendo por qué Maggie te trajo aquí para que te recompusiéramos. Pero deberías aprender a defenderte. Si tú y esta jovencita queréis plantarles cara a los Perros de la Ley, tendrás que aprender a devolver el golpe, ¿me oyes?

—Sí, señora. —La voz de Kai procede de solo unos pasos por detrás de mí. Casi puedo ver la sonrisa cegadora con que está obsequiando a Grace ahora mismo.

Grace me pone la mano en el hombro. El contacto físico hace que me ponga tensa, pero ella hace como si no se diera cuenta y me habla al oído.

—Piensa en lo que te he dicho, Maggie. —Se pone derecha y señala a Kai—. Tienes que conseguir que me escuche. Porque a mí no me hace caso, pero seguro que un joven tan guapo como tú sabe qué decirle a una chica para captar toda su atención.

—Joder, Grace —gruño avergonzada.

Sin embargo, Kai se adapta a la situación con naturalidad y hace no sé qué broma, sobre lo mucho que las jovencitas gozan con su pico de oro, que lleva a Grace a soltar una risita y a declararse escandalizada, además de lo bastante mayor para ser su abuela. Después, baja las escaleras y cruza el patio polvoriento de regreso al bar. No dejo de mirarla hasta que se cierra la puerta.

La otra mecedora se balancea cuando Kai se sienta en ella.

—No me habías dicho que tu escondrijo paramilitar era un bar de carretera. Todavía hay esperanza para ti, Mags.

Se ha cambiado de ropa. Ahora lleva una camiseta roja, con un emblema de AC/DC en el pecho, y unos pantalones de soldado negros. Y unas botas de verdad, de las que cubren media pantorrilla y se atan con cordones. Las prendas parecen demasiado pequeñas para los mellizos y demasiado grandes para el crío de la verja, de modo que debe de haberlas cogido de las que Grace reserva para los invitados inadaptables que nunca faltamos en su casa. En cualquier caso, este atuendo está mucho mejor que el traje formal y los zapatos extravagantes.

Trae mojado el cabello moreno, que ahora lleva alisado hacia atrás en vez de metódicamente despeinado, y no se observa imperfección alguna en su cara, cuyos pómulos perfilados presumen de la tersura de siempre, enmarcando la sonrisa ladeada de los labios gruesos. Aun así, tiene los ojos enrojecidos, por lo que intuyo que ha estado llorando, no por él sino por Tah. Y el hecho de que yo no tenga lágrimas para un amigo que me ha salvado la vida nada menos que en dos ocasiones me aplasta el alma bajo un peso inimaginable. Rezo por que Grace, con su

sabiduría barata, tenga razón y sea cierto que cada uno lleve las penas a su manera. Que, de hecho, yo sea capaz de sentir pena.

Y entonces caigo en la cuenta.

—Pero ¿qué cojones, Kai? ¡Tienes la cara perfecta!

—Ya era hora de que admitas que te parezco atractivo. —Aunque lo dice en broma, su voz suena tensa y cauta, y parece mantenerse entero de puro milagro.

—No te hagas el tonto. ¿Por qué tienes tan buen aspecto?

—¿Cuestión de genética? —Y ahí aparece de nuevo esa sonrisa radiante. O, más bien, una versión bastante atenuada de esa sonrisa.

—Kai, explícamelo. Te has curado, por completo. —Aunque tampoco es del todo cierto. Todavía se aprecia el cerco desvaído del moratón debajo del ojo ligeramente hinchado, una difusa franja cetrina que parece haberse originado días atrás en lugar de hace solo unas horas.

—Por completo no. Me siguen doliendo las costillas cuando respiro con demasiada fuerza, y me entran unas arcadas incontenibles si me levanto demasiado rápido. Es algo que he descubierto por las malas.

—¿Han sido los mellizos de Grace? —Estiro el brazo sin darme cuenta y casi llego a tocarle la mejilla. Pero me detengo y vuelvo a recoger la mano en el regazo—. Te vi. Estabas como si te… en fin, como si te hubieran dado una paliza. Y vi con mis propios ojos como te daban esa paliza.

—'Azee'tsoh Dine'é, ¿recuerdas? El clan de los Curanderos.

Lo recuerdo.

—Tah dijo que tus oraciones eran fuertes. Creía que se refería a las oraciones que elevas por los demás. Pero te hacen fuerte a ti.

—Ambas cosas —admite—. Supongo que soy indestructible. —Vuelve a hablar en broma, pero noto algo en su voz que no suena del todo alegre, que sugiere que es consciente de que ha estado a punto de morir—. Aunque tampoco te creas que quiero comprobarlo —añade en voz baja.

—No —digo, preguntándome si las oraciones lo habrían salvado en el caso de que Brazo Largo hubiera llegado a meterle un balazo en la cabeza.

Nos quedamos callados, dejando que la noche hierva a fuego lento. Al cabo, Kai rompe el silencio.

—En el Burque. —Se frota la cara con la mano y vuelve a empezar—. En el Burque, había una chica. Se llamaba Lachryma. Significa «lágrimas». Era preciosa. Era una princesa de la familia Urioste, una baronesa del agua en ciernes. La familia solía

celebrar las fastuosas Fiestas del Burque, bailes de máscaras, en la mansión de las montañas. Montaban representaciones de la época de los españoles, reyes y reinas incluidos. Todo a la antigua usanza. Álvaro y yo nos presentamos disfrazados, él de conquistador y yo de Rey de las Tormentas, y los convencí para que nos dejaran entrar. Así es como nos conocimos esta chica y yo. Y fue… —Se le dibuja en la cara una sonrisa apagada—. Parece la típica fábula, ¿verdad? Y yo fui el bufón.

No termino de ver adónde quiere ir a parar con esta historia, pero me imagino cómo termina. La princesa terrateniente y el pobre chico indio.

—No si la amabas…

—Muy romántico —dice asintiendo levemente. Juguetea con un hilo suelto de la camiseta—. No la amaba, Mags. Quería… —Hace un gesto grosero con las manos—. No paramos de enrollarnos desde el primer día. Pero semanas más tarde, cuando nos descubrieron, me arrojó a los lobos. No le merecía la pena enfrentarse a su familia por mí. Ese tipo de riqueza y de poder… En fin, no vas a renunciar a todo eso alegremente por haber pasado un par de noches revolcándote con un navajo de mierda.

—¿Qué ocurrió?

—Me sentenciaron a una paliza en público. Y me desterraron.

—¿Por salir con una chica?

—Por desflorar a una princesa, aunque eso de que yo fui el primero que visitó su jardín suena a chiste. En cualquier caso, los Urioste son una gente anticuada y poderosa. Si se obcecan en que su princesa era virgen y deciden usarme a mí como chivo expiatorio para atribuirse la razón, ¿quién se lo va a impedir? —Traga saliva—. Me partieron las piernas. —Levanta un brazo y se toca el codo—. Y esto. —Se lleva uno de sus largos dedos a la mejilla—. Me destrozaron la mandíbula. Después de aquello, ya no era tan guapo. Cuesta creerlo, ¿verdad? —Esboza una sonrisa triste—. Pero no fue solo eso. Fue la humillación. Mis amigos, mi padre, todos nuestros conocidos lo presenciaron. —Se arranca el hilo de la camiseta de un tirón—. Me dieron hasta la noche del día siguiente para marcharme del Burque. Álvaro le pagó a un tipo para que me metiera en un coche y me llevara con mi *cheii*. De toda la gente a la que conocíamos, era el único que podía acogerme. Lisiado. Con el cuerpo deforme. Y era curandero; así que supusimos que si alguien podía ayudarme a soportar el dolor… —La voz se le apaga y los ojos se le llenan de recuerdos —. Nunca consideramos la posibilidad de que volviera a andar. Sin embargo, cuando me desperté después de la primera noche que pasé en casa de Tah, ya no me dolía nada. Podía mover las

piernas y tenía el brazo bien. Y los ojos se me habían puesto del color de la plata.

Sabía que no eran imaginaciones mías.

—Los poderes de tus clanes —musito—. No se debe solo a que tus oraciones sean fuertes. Tienes los poderes de tus clanes y se han manifestado mediante la sanación.

Kai asiente.

—No sé por qué los ojos se me han puesto de este color, pero parece acentuarse un poco más cada vez que uso los poderes.

Me inclino hacia atrás en la mecedora, un tanto confundida. Es extraño que los ojos se le hayan puesto así, resulta muy inquietante, pero ahora que sé que se trata de un efecto secundario de los poderes de sus clanes, cobra más sentido.

—¿Por eso creías que podías entenderte con Brazo Largo? ¿No te preocupaba que te hicieran daño porque dabas por hecho que te curarías?

Kai titubea.

—Algo así —admite—. Pero se me echó encima por la espalda sin darme ocasión a decir gran cosa. Empezó a asfixiarme y ya no pude hablar. Se puso a gritar que… —Vacila y agita las manos para dejarlo ahí—. Fue una estupidez. Fui un estúpido. Debería habérmelo imaginado. Pero creía que lo que le dije ayer tendría un efecto más duradero.

—No se puede dialogar con gente como Brazo Largo. Todos los Perros son así.

—Quizá tú no puedas dialogar con ellos. Ni siquiera me dejaron abrir la boca, pero de haber tenido la oportunidad…

—Kai.

Levanta la mano para darse por vencido.

—Tienes razón. Tienes razón. La cagué. Aunque me alegro de que estuvieras allí para hacer de heroína.

Quiero articular una risa, pero se me queda atrapada en la garganta.

—Dudo que las heroínas vayan por ahí disparando a los policías. Elige otra vez.

—Ya he elegido —dice con una intensa voz baja.

Me ruborizo bajo la presión de la mirada que ha detenido en mí, con los destellos del crepúsculo en sus ojos. Cuando me coge la mano, se lo permito. Nos quedamos allí sentados, en silencio, contemplando el cielo del desierto y la fina franja de nubes que flota a ras del horizonte, pintada de naranja, de violeta y de azul marino por el sol huidizo. El murmullo amortiguado de unas voces y de la música *honky-tonk* escapa del All-American, donde ya empieza la fiesta.

—¿Quieres hablar del abuelo?

—No.

—Maggie…

Retiro la mano.

—Si dices una sola palabra más, me voy.

Reclina el cuerpo y se pasa una mano por los ojos. Cuando la baja, tiene la palma mojada. Sé que debería intentar consolarlo, pero no puedo. No puedo. Una especie de pánico me invade solo de pensarlo. Se limpia la cara con la bastilla de la camiseta. Se da un minuto antes de hablar.

—Te oí decirle a la hija de Grace que ibas a marcharte. —Su voz brota áspera, pero aparte de tristeza noto algo más en ella, una cierta tensión, como si estuviera preocupado. Lo cual tiene sentido, supongo.

—Sí, se lo dije. Pensaba irme.

—¿Y por qué no te has ido?

—No lo sé. —Y lo digo con sinceridad, o al menos con toda la sinceridad con la que sé hablar. No puedo admitir lo demás, no ante él, ni casi ante mí misma. Ni siquiera estoy segura de qué es exactamente lo demás.

Doy por hecho que ahora insistirá en el tema, que dirá algo ingenioso o que hará otra broma estúpida para intentar disipar la sombra que se ha cernido sobre nosotros. Pero se queda ahí sentado, en silencio.

—Kai… —empiezo.

—Odio esta mierda deprimente —dice, interrumpiéndome con una risa y pasándose los dedos por el pelo, que se le queda de punta—. Todo el mundo se acaba muriendo, ¿no? Cada maldito día mueren miles de personas.

—No tenemos la certeza.

Impulsa la mecedora e inclina el cuerpo hacia mí.

—Vive mientras puedas. ¿No es eso lo que dicen?

—¿Quién lo dice? —pregunto recelando del repentino ataque de dramatismo.

—No lo sé, la gente. —Se me queda mirando, hasta que algo se esfuma de pronto y vuelve a reclinarse en el asiento a peso muerto. Suelta una risita que suena amarga y se gira hacia mí con una sonrisa.

—¿Te dejarás convencer para que nos tomemos unas cervezas y nos marquemos un bailecito rústico en grupo?

Le he estado dando vueltas a algo, y así se lo digo.

—Deberías dejarlo, Kai. Es lo más seguro.

—¿Dejarlo?

—Es el momento. No te viniste conmigo para esto. Y la

situación no va a hacer sino empeorar. Creo que harías bien en marcharte. —Empleo un tono firme, convincente, como corresponde a la mejor mentira que he soltado nunca—. Me imagino que los mellizos de Grace podrán llevarte hasta el Muro. Desde aquí y a través del desierto no habrá más de treinta kilómetros. Todo Cuadrícula, sin polizontes.

—¿Quieres que me marche? —Guarda una pausa—. ¿Qué vas a hacer?

—Todavía tengo un brujo que encontrar, ¿recuerdas?

Kai permanece en silencio por unos instantes.

—No puedo marcharme.

—No —replico—. Sería un error que te quedaras. Has perdido… En cualquier caso, es el momento. Sé que no puedes volver al Burque, pero hay otros sitios. Está el lago Powell. O Nueva Denver. O mejor…

—Te digo que no puedo.

—Pero…

—Maggie, no insistas. No voy a marcharme a ninguna parte. —Anuda su mirada en la mía, una llamarada bajo el crepúsculo moribundo.

Por un momento, pierdo el hilo de la conversación y solo acierto a pensar en su mano sobre la mía, en cómo su risa me rescata cuando me extravío por los rincones oscuros de mi cabeza.

—Di «está bien», Mags —me insta con un vehemente hilo de voz—. Pídeme que me quede.

Cierro los ojos y aspiro el aire de la noche.

—¿Te quedarás?

—Claro que sí. Socia.

Minutos después, me levanto y guardo la escopeta en la funda que ya me he ajustado a la espalda. Por mera costumbre, me palpo el cuerpo para comprobar que todos los pertrechos están en su sitio: los puñales, la escopeta, las correas con los cartuchos en torno a las caderas. Y la Glock a medio descargar sujeta en el cinturón. Le sonrío.

—Pues en marcha.

Oímos entonces una voz.

—No sé qué planes tendréis, pero van a tener que esperar.

Es Rissa, que se acerca por el patio y salva los peldaños de dos en dos, seguida de cerca por su mellizo. Trae un AR-15 cruzado sobre la espalda mediante una correa y un Magnum del 44 en la funda que le cuelga de la cadera. Conforman su atuendo unas botas militares negras con cierre de cordón y unos pantalones caquis de camuflaje, e incluso se ha extendido sobre la cara unas

franjas de pintura negra y canela. El largo pelo rojizo está recogido en dos trenzas apretadas contra la cabeza.

Su hermano se ha equipado de la misma manera, sumando un guante de cuero en una mano y lo que parece ser un reloj antiguo fijado a la palma, con un encendedor de plástico rojo sujeto a la muñeca por medio de un cierre de velcro, y un tubo fino y transparente que une el reloj y el encendedor.

—¿Qué es eso? —le pregunto, mirando el aparato que lleva en la muñeca—. ¿Qué ocurre?

Es Rissa quien responde:

—Nos han avisado por radio de que se ha producido algún tipo de incidente en Rock Springs.

Me vuelvo hacia Kai.

—¿No me habías hablado de Rock Springs el otro día?

Asiente.

—Es un pueblo de refugiados, está junto al tramo este del Muro. Pasé un día allí de camino a Tse Bonito, mientras cursaban mis papeles. ¿Qué ha pasado en Rock Springs?

El mellizo que lleva el reloj-encendedor, o lo que quiera que sea ese trasto (Clive, creo que lo había llamado Grace), me mira con gesto sombrío.

—Monstruos.

Capítulo 23

—¿Han dicho de qué especie?

Rissa se encoge de hombros.

—El tipo estaba histérico. Dijo no sé qué de unos zombis, pero eso es bastante poco probable incluso en Dinétah.

Siento un hormigueo en la nuca, un temor que no hará sino crecer.

—¿Por qué creía que eran zombis? ¿Os lo dijo?

—Dijo que querían comerles el cerebro.

Clive suelta una carcajada, pero no sé si es que la idea de que sean zombis le hace gracia o si está asustado.

—No son zombis —les aseguro a los mellizos cuando mi temor se consolida—, pero creo que sé lo que son. Hace unos días me encontré con una criatura parecida. Vi lo que hicieron en Crownpoint.

Rissa deja de comprobar sus pertrechos y me mira de arriba abajo.

—Bueno, tú eres la Cazadora de Monstruos.

Separo los labios para protestar, para decirle que se refiere a Neizghání, no a mí, pero no me da tiempo porque su hermano interviene al instante:

—Entonces ¿cómo lo hacemos? ¿Entramos y nos los cargamos a todos? Por potencia de fuego que no quede. —Da una palmadita confortante en el fusil.

—Allí vive gente —rechaza Kai—. Hay familias con niños pequeños. No puedes ponerte a pegar tiros sin más. —Me mira—. ¿Tú que opinas, Maggie?

Los Goodacre también se giran hacia mí, y en ese momento entiendo que quieren combatir a mis órdenes. Sin embargo, yo no estoy hecha para dirigir a nadie; cuando no he seguido a Neizghání, he actuado por mi cuenta. Dudo que pueda ofrecerles lo que esperan de mí.

—Eres la experta en monstruos —dice Kai a media voz, en un tono tranquilizador—. Confiamos en ti.

Los miro a todos durante un largo instante. Estudio los ojos serenos de Kai, y los dos pares de ojos avellanados idénticos, no tan confiados pero igualmente dispuestos a escucharme, a creer que lo que yo les diga les servirá para sobrevivir. Me preocupa que no sea así, que yo no sea quien ellos creen, del mismo modo

que no pude proteger a Tah en Tse Bonito ni impedir que a Kai le dieran una paliza. Me preocupa que en Rock Springs termine añadiendo una muesca más a mi recuento de fracasos y que, de ser así, ese recuento no deje de acrecentarse nunca. Pero de nada sirve obsesionarse con eso. Alguien tiene que hacer algo, y parece que ese alguien soy yo.

Solo espero, con toda el alma, que esto acabe bien.

—De acuerdo, escuchad —digo, y enseguida todos se acercan a mí—. Si se trata de la criatura que yo creo, será difícil matarla. Las balas no le harán nada. Habrá que cortarle la cabeza.

—¿O quemarla? —inquiere Clive mientras dobla el invento del reloj-encendedor, del que ahora supongo que es una especie de lanzallamas.

—Rock Springs es un poblado de tiendas de campaña —explica Kai.

—Vale, entonces evitaremos abrir fuego siempre que podamos. Si esto se nos va de las manos, causaremos más mal que bien. Estas criaturas no destacan por su intelecto, pero poseen una gran fuerza y son sorprendentemente veloces. Quizá porten algún tipo de arma rudimentaria, pero carecen de la destreza para manejar un gatillo. Ah, y también muerden.

Clive se estremece. De modo que la risa de antes fue producto del miedo. Es bueno saberlo.

—Pero —añado— no tienen colmillos afilados, sino dientes romos, con los que no podrán atravesar vuestras protecciones, si es que os las habéis puesto. —Miro a Kai, que solo lleva la camiseta prestada.

—Le buscaré algo más resistente —dice Clive—, si es que viene con nosotros. —No han pasado ni ocho horas desde que Kai recibió una paliza de muerte y, a decir verdad, no estoy segura de que esté listo para meterse en otra pelea.

No soy la única que piensa así, porque Rissa también interviene.

—Sin ánimo de ofender, ¿seguro que te encuentras lo bastante bien para ser de ayuda? Llegaste aquí con la cara reventada y la huella de una bota en los riñones, ¿y ahora quieres enfrentarte a esos monstruos? —Pese al cinismo de la pregunta, no puede evitar fijarse en la cara intacta de Kai, como nos hemos fijado todos.

—Sí. —Titubea y me mira a mí por un instante—. Seré de ayuda.

—Pues no hay más que hablar. —Zanjo. No pienso cuestionarlo delante de los Goodacre. No se lo merece.

Rissa mira a su mellizo, un gesto que no me hace demasiada

gracia, pero Clive se encoge de hombros.

—Claro, ¿por qué no? Le dan una paliza y sigue en la liza. —Descarga contra la espalda de Kai una palmada tan recia que lo hace parpadear—. Ya tenemos la versión navaja del conejo ese de las pilas.

Rissa ríe entre dientes.

—Muy bien. Por cierto, Conejo, ¿qué tal te manejas con las armas?

—No necesito ningún arma.

Rissa resopla.

—Eso lo dices ahora, pero no pienso ir a ninguna parte contigo si no puedes cubrirme las espaldas.

—Déjalo en paz —digo—. Él no irá armado. Nos dará apoyo a su manera.

Rissa va a protestar pero su hermano la interrumpe. Ella mira a Kai a los ojos, y aunque parecen intercambiar algún tipo de mensaje, al cabo Rissa lo deja estar.

—¿A qué distancia está? —le pregunto a Clive.

Otea el horizonte como si alcanzara a ver Rock Springs desde aquí.

—A unos veinte minutos hacia el este si cogemos las motos y salimos disparados.

—¿Las motos?

Señala uno de los garajes abiertos, dos puertas más allá de donde está recogida mi camioneta. Dos motos eléctricas negras, equipadas con unos gruesos neumáticos anchos y unos voluminosos sistemas de suspensión, están aparcadas junto a la entrada. Parecen veloces y robustas, aunque mis conocimientos sobre motocicletas no dan para mucho más.

—¿Alguna vez has llevado una? —me pregunta Clive.

—Me temo que no.

—Bueno, tú puedes montar conmigo, y Conejo que vaya con Rissa. —Escudriña el cielo, que en cuestión de minutos se habrá ennegrecido del todo—. Vamos, chicos, esos monstruos no se van a matar solos.

Capítulo 24

Minutos más tarde estamos atravesando el desierto a toda velocidad a lomos de dos Kawasaki todoterreno. Yo voy encajada detrás de Clive, con las gafas que me ha prestado bien sujetas, y Kai viaja con Rissa. Clive y yo abrimos la marcha. Yo cuento con unos sentidos aguzados gracias a los poderes de mis clanes y él, con el lanzallamas que lleva acoplado a la muñeca. Incluso me hizo una pequeña demostración antes de que nos subiéramos a la moto.

—Asombroso —le digo al ver las llamas bailando sobre su mano.

—No sabes cuánto —conviene él con una sonrisa feroz.

No tardamos mucho en llegar. La estimación de Clive resulta ser bastante exacta, de modo que llegamos a las afueras del poblado polvoriento minutos antes de que la noche se cierre sobre nosotros. Clive detiene la moto a unos cinco metros de la tienda de campaña más cercana, donde esperamos a que lleguen Rissa y Kai. Las tiendas que nos rodean se agitan al son de la brisa. En su mayoría consisten en unos simples bultos pardos donde no caben más de dos o tres personas, aunque también hay algunas carpas blancas más antiguas, de las que aparecen en las películas bélicas de hace décadas, así como unas cuantas de esas que están fabricadas con tela de paracaídas y que incorporan toda suerte de cremalleras. Unos postes altos delimitan el perímetro del poblado de tiendas. Sobre cada uno de ellos se sostiene una enorme lámpara halógena, pero solo una de ellas está encendida y su luz titila de forma precaria, como si el generador se hubiera cortocircuitado. El resto del asentamiento es ya propiedad de las sombras y la oscuridad.

No se oye nada. No se ve a nadie.

Me basta con eso para que un escalofrío se me escurra por la espalda. Pero después respiro hondo y el olor me sacude con la contundencia de una bofetada. Brujería, al igual que en la montaña.

—Están aquí, sin la menor duda —mascullo—. ¿Lo oléis?

Rissa frunce el ceño.

—No, aunque yo no soy como tú. —No me queda claro si se refiere a que no tiene los poderes de sus clanes o a que no es *diné*. Ambas cosas son ciertas, desde luego, pero el olor es tan

intenso que daba por hecho que todos lo percibirían, ya cuenten con los poderes de sus clanes o no, ya sean *diné* o no.

Miro a Kai.

—Sí —confirma a la vez que se sube las gafas de montar—. Huele como un osario.

Yo no sé qué es un osario, pero me lo puedo imaginar. Muerte. Quiere decir que huele a muerte.

Los mellizos intercambian una de sus miradas pero no se dicen nada. La brisa arrecia un poco y las nubes dispersas se deslizan sobre la luna.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunta Kai.

—Conejo tiene razón —dice Rissa—. Debería haber gente.

—Un montón de gente —añade Kai—. Este es el primer pueblo que te encuentras cuando dejas atrás el Muro. Todo el que viene a Dinétah por el este tiene que parar aquí para que procesen su documentación. Nunca está desierto.

—Bueno, no creo que estén todos muertos —dice Rissa.

—Podrían estarlo —replico al acordarme de Crownpoint—. Pero habría cadáveres, y no se ve ninguno. Es posible que los monstruos hayan venido a alimentarse.

—¿Se han comido a la gente? —dice Clive con la voz ahora un poco más afilada.

Capto el tufillo a ozono que trae la brisa. Y, en efecto, veo unas quemaduras en la base del poste. Neizghání. No puede tratarse de una coincidencia.

—Se ha escondido —deduce Kai—. La gente se ha escondido.

—Vale —dice Clive—. Pero ¿dónde?

Kai se toma un momento para pensar, y después se sonríe.

—En los túneles.

Estamos a medio kilómetro de Rock Springs, mirando la nada. Un enorme montículo de rocas y cantos voluminosos se eleva a mi derecha. Kai está convencido de que, si hay túneles en los alrededores, tienen que partir desde aquí, bajo tierra, y extenderse hasta el Muro. Desde donde estamos no distinguimos el Muro porque la noche se ha cerrado demasiado para ver más allá de unos pocos metros, pero sabemos que está ahí, erigido como una especie de gigante mudo.

—¿Y cómo vamos a encontrar la entrada de los túneles? —pregunta Rissa.

—He oído hablar de ellos, nada más —responde Kai—. Túneles excavados para el contrabando, para introducir mercancías que la gente prefiere que los del control fronterizo no

descubran. Por tanto, tienen que pasar cerca del Muro, y esta es la cara de Rock Springs más próxima al Muro, de modo que lo lógico sería que…

Rissa le da un puntapié a la tierra polvorienta y dice lo que todos estamos pensando.

—No hay ni gente ni monstruos. Tiene toda la pinta de que ha sido una falsa alarma.

Por mi parte, estaría de acuerdo con ella, de no ser por un detalle.

—Pero el olor está ahí. —Y también las quemaduras del rayo.

—Y eso de que no se vea a nadie —nos recuerda Kai— tampoco es normal. Os aseguro que lo que suele…

—Os creo —lo interrumpe ella—. Quiero decir, está claro que en esas tiendas tiene que vivir alguien. Pero ahora esa gente no está aquí. Así que ya me diréis qué significa eso. ¿Están todos muertos? ¿Se han escondido? —Ya no es más que una silueta en la penumbra, cuyos pertrechos tintinean según se aleja de nosotros—. No sé. Pero diría que esta noche no vamos a resolver el enigma. —Se encamina hacia las motos, que se encuentran aparcadas unos treinta metros más atrás—. Volveremos mañana, durante el día, para poder ver lo que haya que ver. Porque ahora mismo…

Sin embargo, no ha terminado de exponer su razonamiento cuando un *tsé naayéé'* emerge de la nada, con una espada descomunal en la mano, y le abre un tajo en el estómago.

Suceden tres cosas al mismo tiempo: Rissa da un grito, cae de rodillas e intenta desesperadamente volver a guardarse las tripas dentro; el *tsé naayéé'* balancea los brazos hacia atrás para descargar el siguiente espadazo, esta vez sobre el cuello de Rissa; mi puñal arrojadizo de obsidiana hiende el aire antes de que yo sea consciente siquiera de que lo he lanzado. Y gracias al trabajo conjunto de mi instinto, de mi adiestramiento y de la agilidad que me confieren los poderes de mis clanes, la hoja da en el blanco y se hunde en el ojo del monstruo, que profiere un alarido, deja caer la espada y agarra el puñal; pero sus dedos son gruesos y torpes y no acierta a extraer la hoja sin empuñadura.

En cuestión de segundos, he sacado el Böker y he saltado sobre el *tsé naayéé'*. Le clavo el cuchillo de caza en el cuello una y otra vez, hasta que deja de moverse. De soslayo veo a Clive apuntar en todas direcciones, escrutando la oscuridad en busca de más criaturas. Y no se lleva ninguna decepción; enseguida aparecen otras dos —no, tres— que parecen materializarse por arte de magia. No dejo de blasfemar mientras Clive libera un aguacero de balas sobre los monstruos, que dejan de correr; uno

de ellos incluso se tambalea, pero solo transcurren unos instantes hasta que se recuperan y vuelven a abalanzarse sobre nosotros.

—¡Fuego! —grito. Muerto de miedo, Clive ha olvidado lo que les dije sobre las balas. Al ver que sigue disparando, comprendo que no me ha entendido. No deja de abrir fuego, pero lo que quiero decirle es que tiene que recurrir al lanzallamas.

Kai está junto a mí.

—¡Ve! —me grita—. ¡Ve a ayudarlo! Yo me ocupo de Rissa.

Rissa. Estaba tan obcecada en derribar al monstruo que me había olvidado de Rissa. Está tendida en el suelo a menos de un metro de mí, apretándose el abdomen con las manos. No articula ningún tipo de ruido, aparte de algún que otro sollozo. La sangre y otras cosas despiden destellos débiles, húmedos y retorcidos bajo la luz de las estrellas.

—¡Maggie! —grita Kai—. ¡Con Clive!

Acudo a la carrera y cojo a Clive del hombro justo cuando los monstruos se nos echan encima. Solo dispongo de un segundo para gritar según le muevo el brazo:

—¡Quémalos!

Clive dobla la muñeca, liberando una rociada de combustible, al tiempo que yo acciono el botón del encendedor. Una llamarada brota al instante de la palma de su mano y de inmediato el mellizo estira el brazo para golpear al monstruo en la cara cuando este lo tira al suelo. La criatura rompe a chillar cuando sus greñas espesas se prenden y la piel empieza a crepitarle como si estuviera hecha de leña menuda.

El siguiente viene a por mí. No lo veo pero lo percibo. Me agacho, giro y siento la brisa escalofriante que su machete levanta al volar sobre mi cabeza. Aunque estoy donde quiero estar y le desgarro los tendones de Aquiles con el Böker.

Sigo avanzando y me enfrento al siguiente según se acerca. Esta vez no necesito realizar más de una pasada para que la cabeza salga despedida con limpieza.

Clive se pone de pie como puede. El *tsé naayéé'* al que le ha abrasado la cara sigue echando humo, el que he dejado lisiado intenta alejarse con unas piernas que ya no le obedecen y los otros dos ya no tienen cabeza.

—¿Hay más? —grito, forcejeando con la negrura de la noche en busca de más monstruos. Noto que mis fuerzas empiezan a decaer, que mis músculos empiezan a acusar los efectos secundarios de Honágháahnii—. ¿Veis alguno más?

Puesto que nadie me responde, me acerco a donde está Kai, que tiene a Rissa acunada en el regazo. Ha improvisado un vendaje con el faldón de la camisa de ella, y se lo ha apretado

alrededor del estómago. Despide un leve olor a cedro, por lo que supongo que lo ha untado con algún tipo de bálsamo.

—Necesita atención médica —dice Kai en un tono urgente—. Aquí ya no puedo hacer nada más. Hay que llevarla a casa.

Clive también está ahora con nosotros, tan pálido que las pecas destacan como salpicaduras de sangre que le hubieran caído en las mejillas y los ojos le brillan con excesiva intensidad. Sin embargo, no parece alarmado cuando pregunta:

—¿Me ayudáis a llevarla hasta la moto?

Kai yergue la cabeza de súbito. Los ojos se le abren como platos cuando se fija en algo que hay a lo lejos. Los músculos de la mandíbula se le tensan y su expresión hace que unos dedos helados se me arrastren por la espalda. Me giro para ver lo que ha visto.

Una manada de *tsé naayéé'* trepa por las rocas en nuestra dirección.

Me pongo derecha, pese a las protestas de mis músculos.

—Clive, vamos a necesitar el lanzallamas. Aunque soy rápida, están demasiado dispersos, y no creo que consiga derribarlos a todos antes de que lleguen aquí.

Clive levanta la mano y dobla la muñeca, pero el mecanismo se atasca. Le da vueltas al tubo transparente que conecta la fuente del combustible con la cara del reloj, pero salta a la vista que algo no funciona.

—Se ha trabado —masculla—. O puede que se rompiera cuando me caí. —Le da un golpe al invento contra su muslo en un intento de reparar el tubo, pero no sirve de nada. El combustible no circula, y era nuestra mejor baza.

Trago saliva y los dedos helados me atenazan las entrañas. Estoy agotada, al límite de mis capacidades después de haber empleado los poderes de mis clanes, pero sé lo que tengo que hacer.

—Los contendré tanto tiempo como pueda —digo—. Vosotros corred hacia las motos.

—No te dejaremos aquí —protesta Clive.

—Sí, me dejaréis, a menos que quieras ver morir a tu hermana. —Me viene a la cabeza lo que Grace me dijo en el porche, cuando me habló de que ya había perdido a la mitad de su familia, así que ni muerta pienso ser la responsable de que pierda a la otra mitad.

—Mi hermana no querría que huyera.

—¡Que os marchéis de una puta vez!

—Un momento. —Kai nos interrumpe. Posa la cabeza de Rissa en el suelo con cuidado y se sitúa entre Clive y yo. El olor ha

cobrado intensidad, se ha vuelto asfixiante, y los monstruos no dejan de recortar distancia. Quince metros, doce…

—Pásame el encendedor —dice. Clive frunce el ceño pero extrae el encendedor del mecanismo averiado y se lo pasa—. Ten listos los puñales —me avisa a mí—. Por si acaso. Y, Clive, quédate con tu hermana y prepárate para echar a correr a mi señal.

Su voz suena imbuida de una autoridad serena que yo no había advertido hasta ahora, que no admite oposición alguna. Clive y yo hacemos lo que se nos dice.

Kai da un paso adelante y comienza a entonar un canto, en navajo, discreto y pausado.

Los monstruos están ya a seis metros de nosotros, pero Kai deja que sigan acercándose. Su voz sigue fluyendo inmutable.

Cuatro metros. Tres.

En ese momento, acciona el encendedor, acerca la boca a la llama y «sopla».

El aliento entra en contacto con el fuego, que se arremolina, pequeño al principio, pero cada vez más grande. De equipararse en tamaño a un bebé, pasa a ganar altura, y enseguida empieza a dar vueltas, originando un ciclón que va del azul al naranja y del amarillo al rojo, hasta que se convierte en un gigantesco vórtice llameante que no para de crecer y crecer. El fuego adquiere tal viveza que no puedo evitar apartarme. Intento mantenerme en mi sitio, pero la hoguera me obliga a retroceder. Oigo que Kai sigue cantando, y que Clive blasfema entre dientes, hasta que de súbito el tornado de fuego engulle todo sonido, transformado ahora en una entidad independiente, en un ser vivo que se aleja rotando y detiene la acometida de los *tsé naayéé'*.

Los monstruos son incinerados en el acto. Después el torbellino vira a la derecha y los cadáveres de las criaturas caídas arden también. Las esquirlas salen despedidas como si de simples astillas se tratara, veloces, brillantes y abrasadoras. Carne y huesos reducidos a nada. En cuestión de instantes, ya no queda rastro de monstruo alguno en Rock Springs.

Y con la inmediatez con que nacieron, el vendaval y el fuego se desvanecen. El único indicio de que alguna vez existió el ciclón llameante es la ceniza gris que cae perezosa al suelo, a merced de una brisa casi imperceptible.

Apenas han transcurrido unos segundos.

Kai jadea y se postra de rodillas. Tiene la cara bañada en sudor, jadea e intenta tomar aire como si acabara de llegar a la carrera desde el otro lado del desierto. Me acerco para ayudarlo a levantarse, pero agita la mano para rechazarme. Inclina el cuerpo

hacia delante y apoya las manos en los muslos, todavía esforzándose por recobrar el aliento.

—¿Qué cojones era eso? —gruñe Clive por detrás de nosotros, ahorrándome la molestia de hacer esa misma pregunta.

—Una ligera corriente —consigue decir Kai—. No estaba seguro de que fuera a funcionar, pero…

Pero ha funcionado. Y yo jamás había visto nada parecido. Ni siquiera durante mi época con Neizghání. Y de pronto entiendo a qué se refería Tah.

—Las Maneras del Clima —susurro, procurando que solo él me oiga.

Kai tuerce el gesto. No me responde, aunque tampoco estoy segura de que le haya hecho una pregunta.

Aturdidos, contemplamos el lugar donde estaban los monstruos hace tan solo unos instantes.

Al cabo, Kai rompe el silencio pesado.

—Tenemos que llevar a Rissa a casa. —Nos mira de soslayo a Clive y a mí.

Clive estudia a Kai y algo parece asomarse a sus ojos. ¿Admiración? ¿Miedo? Sea lo que sea, permanece ahí cuando asiente y, con toda la delicadeza que puede, se echa al hombro a su hermana, ahora inconsciente. Lo ayudo a amarrarla tanto a la moto como a él con unas tiras de tela y unas cuerdas que he cortado de una de las tiendas caídas. Kai y yo nos quedamos allí en medio un momento, viéndolos alejarse. Esperamos hasta que el ruido del motor se disuelve en la noche del desierto.

—Se pondrá bien —asegura Kai a media voz—. El bálsamo contenía antibióticos, pero hay que coserla. Una oración sanadora tampoco le vendría mal. Si Clive consigue mantenerla entera hasta que volvamos…

—¿Qué era eso, Kai? —le pregunto ahora que estamos a solas.

Extravía la mirada a lo lejos como si no me hubiera oído, pero sé muy bien que sí.

—¿Te lo enseñó Tah?

Se ríe.

—No.

—Entonces ¿qué? ¿Es una especie de magia burqueña?

Kai clava los ojos en mí.

—Porque nunca había visto nada igual. Has invocado el viento.

—El viento ya estaba ahí —explica. Vuelve a respirar con normalidad; es obvio que su extraordinaria capacidad de recuperación ha hecho efecto, pero su voz revela que está extenuado—. Yo solo… lo animé a convertirse en algo más. Y el

fuego surgió gracias a esto. —Extiende la mano para mostrarme el encendedor de Clive—. No puedo crear los elementos de la nada, pero si forman parte del entorno, me… escuchan.

—¿Esas son las Maneras del Clima?

No me contesta. El silencio se acrecienta entre nosotros, y el viento, el viento normal, arrecia un poco, zarandeando las tiendas y los postes decorados que se levantan a nuestra espalda.

Aterida, me froto los brazos con las manos. Sean cuales sean sus poderes (curativos, inclasificables, los propios de sus clanes o una combinación de todos los tipos anteriores), conviene más temerlos que alabarlos, y eso lo tengo claro de forma instintiva. Alguien que puede levantar un tornado podría arrasar todo un pueblo. Eso es algo muy peligroso. Y a la gente peligrosa hay que controlarla. Y cuando no se la puede controlar, es mejor sacrificarla. No me extraña que tenga sus secretos.

—¿Crees que ya no queda ninguno? —me pregunta.

—Ya no los huelo —respondo, olvidándome por ahora del asunto de sus poderes.

—Yo tampoco —dice—. Pero eso no significa que no vayan a aparecer más.

—¿Qué crees que le ha pasado a la gente? Aquí no hay *ch'į'įdii*, ¿no? ¿Como en Crownpoint?

—No. Lo más probable es que la gente se haya ocultado —supone—. Se habrá cobijado en alguna parte, no como nosotros, que estamos aquí en medio sirviendo de presa fácil para lo próximo que pueda bajar de ese montículo.

Eso es cierto.

—¿Te fijaste? —dice—. Parecían salir de la nada. ¿De dónde crees que vendrían? ¿Y quién los crearía? ¿Y por qué?

Me acuerdo de las quemaduras que el rayo dejó junto al campamento principal, y una sospecha espantosa comienza a tomar forma en mi cabeza. Parece una atrocidad e incluso una blasfemia, pero el mismo Tah lo dijo: Neizghání no piensa como los humanos. Y podría tener acceso al tipo de objetos sagrados que se necesitan para crear a los monstruos. Un frío súbito me hiela la sangre.

Intento serenarme. Sacudo las manos y giro el cuello.

Kai me mira cuando me acerco a la otra moto. Paso la pierna por encima y me pongo las gafas de montar. Todavía no estoy lista para confiarle mis temores. Son demasiado extremos. Demasiado condenatorios.

—Vamos —digo, aún aturdida por la idea de que Neizghání sea nuestro «brujo». Pero entonces veo que Kai no se mueve.

Mantiene la mirada en el suelo, a la espera, como si no

estuviera seguro de que vayan a recibirlo bien. Pero eso es un disparate. Puede que posea una magia demencial y muy superior a cualquier otra cosa que yo haya visto, pero nos ha salvado la vida. Ladeo la cabeza y lo miro de arriba abajo.

—Ahora no me vengas con que eres demasiado guay para ir de paquete.

Kai levanta la cabeza, recupera su característica sonrisa y ríe entre dientes mientras se acerca a paso ligero para sentarse detrás de mí. Se pone las gafas y me pasa los brazos por la cintura. Aprieta el pecho contra mi espalda y cierra los muslos con fuerza a mi alrededor. Meneo la cabeza y articulo una risita. Sean cuales sean sus habilidades, sigue siendo un ligón desvergonzado.

—Para qué preguntar, ¿verdad? —digo.

—Ah, Mags. —Suspira sobre mi cuello—. ¿Qué sería entonces del misterio?

Capítulo 25

Kai y yo cruzamos con la moto la verja del All-American, y Pecas, con cuyo nombre todavía no me he quedado, mueve las manos para autorizarnos el paso, con el pulgar levantado y una sonrisa bobalicona en la cara.

—Supongo que eso significa que Rissa está viva —le digo a Kai mirándolo de soslayo. Él hace un ruidito gutural junto a mi espalda, que suena claramente a «te lo dije». Respiro hondo por la nariz y experimento un alivio embriagador. Aunque Kai no haya dejado de asegurarme lo contrario, en parte estaba convencida de que nos encontraríamos con una madre doliente y otra muerte más que echarme a las espaldas.

Dejo la moto junto a su compañera, que está aparcada al pie de las escaleras de la casa rodante. Veo unas manchas de sangre en el tablero de mandos. Si no supiera ya que Rissa está bien, lo interpretaría como un mal augurio.

Kai me coge la mano y me la aprieta. Me quedo tan sorprendida que no acierto sino a permitir que me la sostenga, mientras reparo en el tacto seco y templado de su palma. Me guiña un ojo antes de soltarme para abrir la puerta y dejarme pasar a mí primero. Me preparo para recibir el chaparrón de improperios que Grace debe de tenerme reservado, y que por otro lado me he ganado a pulso. Sus mellizos confiaban en mí. Se habían puesto a mis órdenes, y mi deber era protegerlos en todo momento, pero les fallé.

Caigo entonces en la cuenta de que Grace podría hacer algo más que gritarme. Podría echarme de su casa. Pero a pesar de todo lo ocurrido en Rock Springs, solo hemos estado fuera del All-American unas pocas horas. Seguimos necesitando un lugar seguro donde hacer noche, y todo apunta a que la he pifiado.

Clive y Grace están sentados en el sofá, el de color lavanda con el estampado floral. Él tiene la pequeña mano de su madre envuelta bajo la suya, mucho más grande, y así acurrucados se parecen tanto el uno al otro que me quedo muda. Tal vez Clive haya heredado el cabello rojizo de su padre, pero las mejillas y la boca amanzanadas son sin duda de Grace. Es evidente que ella ha estado llorando y, de hecho, se da toquecitos en la cara con un pañuelo que por el momento sustituye al paño del bar. Yergue la cabeza al verme en la entrada y me mira de un modo que no sé

descifrar antes de levantarse. Desvío los ojos hacia Clive con la esperanza de que me haga algún gesto para saber qué esperarme, pero mantiene el rostro inexpresivo.

Cuando Grace rodea la mesita para acercarse a mí, me pongo tensa. Extiende los brazos hacia ambos lados cuanto le dan de sí y me preparo para recibir la bofetada. Sin embargo, no doy crédito a lo que hace: desliza los brazos a mi alrededor y me aprieta contra sí.

Y me quedo allí, estupefacta, paralizada como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche. Puede parecer triste, pero no recuerdo que nadie me hubiera abrazado antes. A excepción de mi *nalí*, pero de aquello hará cuatro años como mínimo. ¿Neizghání? Solo de pensarlo me entra la risa. Y aquí está Grace, la de las grandes palabras y el cuerpo pequeño, abrazándome como si yo fuera alguien para ella.

Le permito que me apriete contra sí porque es lo cortés. Y porque me cuesta salir de mi asombro. Al cabo, me suelta y se queda a medio paso de mí, con sus enormes ojos humedecidos por el llanto y temblorosos. Después mira a Kai, que ha entrado conmigo, y le muestra el mismo afecto. Él, que no es un lerdo emocional como yo, se relaja y le devuelve el abrazo. Grace lo retiene durante otro minuto, antes de soltarlo y ponerse derecha para mirarnos a los dos.

Me esperaba lo peor, pero ahora estoy perdida del todo. Aun así, escucho con pasmo lo que nos dice a continuación:

—La deuda queda saldada, Maggie Hoskie. Para siempre. Tú y Kai podéis quedaros en mi casa todo el tiempo que queráis.

Las cejas se me enarcan y la mandíbula se me descuelga. Kai musita un «gracias» en nombre de ambos. Grace resopla, vuelve a darse unos toquecitos en los ojos antes de rodearme, tocándome el hombro brevemente al pasar junto a mí, y sale de la estancia. Oigo que la puerta se cierra con firmeza, y a continuación las escaleras del porche chirrían cuando Grace regresa al bar para seguir atendiendo el negocio hasta que amanezca.

Oigo que Kai mueve los pies y, al girarme, veo que también él está perplejo.

—¿Eso significa que tenemos barra libre?

La carcajada de Clive inunda el salón. Kai se ruboriza y sonríe, y enseguida están tronchándose juntos, pero yo aún sigo dándole vueltas a lo que acaba de ocurrir.

—¿No está hecha una furia? —logro preguntar al cabo.

—No —dice Clive—. A su modo de ver, nos habéis salvado la vida. Si no hubierais estado aquí, con todo lo que sabéis sobre los monstruos, habríamos ido mi hermana y yo solos. Habríamos

intentado coser a balazos a esas cosas, y ya visteis de lo que sirvió. De habernos plantado allí sin vosotros, ahora estaríamos los dos muertos.

—Pero ¿Rissa…?

—Tiene dolores, pero se recuperará. Mi madre le ha cosido la herida, aunque dice que lo que Kai le hizo con los vendajes improvisados… en fin, ha facilitado la curación. Dentro de poco podrá levantarse y andar por sí misma.

Un gesto de preocupación tensa la cara de Kai.

—En cualquier caso, sigo pensando que una oración sanadora le hará mucho bien.

Clive menea la cabeza.

—Primero dejémosla descansar. El cuerpo necesita reposo antes de rociarlo con humo de tabaco. —Se levanta y rodea la mesita con su sonrisa bobalicona, listo para pasarnos un brazo por los hombros a Kai y a mí. Yo me aparto antes de que llegue a tocarme, pero Kai deja que le ponga el abultado bíceps en la espalda—. Y yo no me pasaría con las copas, Conejo. Mi madre os está muy agradecida por que le hayáis salvado la vida a mi hermana y todo eso, pero aquí nadie bebe gratis. Aunque eso sí: a la primera ronda invito yo.

Kai sonríe.

—¿Te vienes, Mags? Ser una heroína tiene que dar mucha sed.

Parpadeo. Me los imagino charlando, riendo e intercambiando chascarrillos, pero existe una distancia entre nosotros que no sé cómo salvar.

—No. Id vosotros. Yo necesito dormir un poco.

—Vamos, Maggie —me insiste Clive—. Solo una copa. Así me cuentas cómo adquiriste esa soltura con ese pedazo de cuchillo que te gastas.

Frunzo el ceño y Kai, que no ha dejado de observarme, tira de Clive hacia la puerta.

—Démosle un poco de tiempo —dice—. No está acostumbrada a ser la heroína de la película.

Clive refunfuña algo pero se deja llevar afuera.

—Entonces me tomaré una a tu salud —exclama mientras mira hacia atrás de soslayo cuando salen por la puerta.

Espero hasta que los oigo cruzar el patio, y percibo el alboroto momentáneo de la música y las risas cuando abren la puerta trasera del All-American, tras lo que se hace el silencio. Una vez que tengo la certeza de que me encuentro a solas, enfilo el pasillo con paso fatigoso para meterme en uno de los cuartos de invitados. Al pasar junto a la habitación donde está Rissa, me asomo al interior. Parece dormir con placidez, muy al contrario

que cuando intentaba guardarse los intestinos dentro del cuerpo hace una hora escasa. No es la primera vez que hoy tengo que maravillarme ante los dones de Kai.

La cama del cuarto de invitados es estrecha y sencilla, pero las sábanas están limpias y huelen a verano, y la almohada acoge mi cabeza con la amabilidad de una nube. No me molesto en quitarme la ropa ensangrentada. Me descuelgo de la espalda la funda de la escopeta, dejo la Glock bajo la almohada y me tiendo en la cama. Cuando oigo que la puerta chirría al entornarse, entreabro un ojo y veo que la gata atigrada de Grace se cuela en el cuarto y se sube a la cama de un brinco antes de que la puerta vuelva a cerrarse. No me quedan fuerzas para advertirle que a mí me gustan más los perros, de modo que se hace un ovillo a mis pies, ronroneando satisfecha.

Por primera vez en mucho tiempo, no me cuesta conciliar el sueño.

Capítulo 26

Al despertarme al día siguiente, es justo la hora de cenar.

—¿Cenar? —pregunto incrédula cuando Grace asoma la cabeza por la puerta para llamarme a la mesa.

Suelta una risita.

—No eres la única. Clive acaba de levantarse, pero porque tu chico y él cerraron el bar cuando ya amanecía. Aunque no por eso dejó de entonar esas oraciones sanadoras de madrugada para mi niña. —Vuelve a tener en las manos el paño del bar, con el que se da unos azotes flojos en las palmas mientras los hombros le tiemblan de la alegría—. Nunca había conocido a nadie como ese amigo tuyo. Es verdaderamente encantador.

Me incorporo y me froto los ojos para espabilarme.

—¿Sí? No eres la primera que se lleva esa impresión.

—Y cómo baila. —Levanta los brazos como si se moviera junto con una pareja y da una vuelta por el cuarto. Jamás la había visto actuar así, y ahora no me queda más remedio que reconsiderar el concepto que tenía de ella.

—¿Bailaste con Kai?

—Anoche, yo y todo el bar —confirma—. Es encantador.

—Sí, ya me lo has dicho.

Se da cuenta de que no estoy tan contenta como ella cree que debería estar y pone los brazos en jarras.

—Bueno, y ahora a cenar. Lo menos que puedo hacer es ofrecerte un plato después de lo que hicisteis por mis mellizos.

Kai, Clive y Rissa ya están sentados a la mesa incorporada de la cocina, riendo alborotadamente y echándose comida en sus respectivos platos. Me rugen las tripas cuando aspiro el olor de los filetes adobados. Y me pregunto de dónde habrá sacado Grace la carne, aunque debe de ser una de las mujeres más acaudaladas del este de Dinétah, gracias al contrabando de armas y al negocio de la bebida.

—¡Cazadora de Monstruos! —exclama un festivo Clive—. Siéntate con nosotros. Anoche te perdiste una fiesta de órdago.

—Algo de eso he oído. —Ocupo la silla libre que hay junto a Rissa. Tiene ante sí un cuenco lleno de un caldo transparente, sin rastro de la carne de cerdo untada con salsa de chile rojo que tan bien huele. Asiento a modo de saludo y ella me devuelve el gesto.

—¡Tu chico es un animal! —dice Clive, bullicioso como un

cachorrito.

—¿Ah, sí? —Alargo el brazo para coger la cuchara de servir. También hay pan de levadura, del que cojo un trozo para mojarlo en la salsa de chile y absorber la sabrosa sustancia.

—Sí, tendrías que haber visto…

Pero me quedo sin saber qué es lo que tendría que haber visto porque la puerta de la casa se abre de súbito y choca estrepitosamente contra la pared. Clive se está levantando y tiene la mano sobre la pistola que lleva sujeta a la cadera cuando Pecas asoma la cabeza por la entrada.

—¿Todavía estáis papeando?

—Entra y come algo —le dice Grace al hijo menor—. He preparado un plato especial para nuestros invitados.

Pecas ladea la cabeza.

—Han venido a ver a Maggie.

Me quedo paralizada, sin terminar de llevarme el pan mojado a la boca. Miro a Kai. ¿Quién puede haber venido a verme aquí?

—¿Quién es? —pregunta Grace.

—Dice que se llama Ma'ii.

Ma'ii espera en el porche, balanceándose con pereza en una de las mecedoras de Grace. Viste un traje de caballero del viejo Oeste similar al de la anterior visita, pero este combina distintos tonos de azul claro y de naranja bajo el habitual sobretodo de color arena. Hace girar el bastón distraídamente con una mano, y los golpecitos que da con la punta contra las tablas del porche son el único indicio de lo irritado que está. Puesto que no trae puesto el sombrero, el sol poniente evidencia la palidez de su piel y una brisa intangible le agita amablemente el cabello.

Estoy echada contra un poste, justo por detrás de su hombro, y tengo los brazos cruzados.

—¿A qué has venido?

Pasea la vista con despreocupación por el patio, fijándose en el All-American, en las vallas coronadas de concertinas y en la larga hilera de garajes.

—Esto no se parece mucho al Cañón de Chelly —dice.

—He estado ocupada.

—Oh, sí. Lo sé, y demasiado bien. —Hace chasquear la lengua deslizándola por sus dientes puntiagudos. Gira el cuerpo para estudiarme con sus destellantes ojos dorados—. Empiezo a sospechar que no te tomas nuestra amistad muy en serio.

Descruzo los brazos y me siento en la mecedora de al lado.

—Ayer ocurrieron algunas cosas bastante desagradables. —Me ahorro los detalles; dudo que me sirva de mucho hablarle a Ma'ii de Tah.

—Ah, sí, el curandero —dice con un falso aire melancólico.

—¿Qué sabes tú sobre Tah?

—Soy Coyote. Yo lo sé…

—Ya, lo que tú digas. Pero ¿en qué te atañe eso a ti? Si solo has venido a quejarte porque todavía no me he ocupado de lo que me…

Coyote levanta la mano.

—No he venido a este… ¿Dónde estamos exactamente?

—En el All-American de Grace. Es un bar.

El embaucador resopla.

—¿Estás segura de eso? Es igual. Decía que no he venido solo para ver cómo llevas lo que te encomendé. He venido porque he averiguado algo acerca de esos monstruos que andas buscando. —Guarda una pausa valorativa—. Creo que tengo lo que tú llamarías «una pista».

—¿Los *tsé naayéé'*? —dice Kai por detrás de nosotros. No me había dado cuenta de que estaba ahí, pero ahora se acerca y se coloca delante de Ma'ii—. ¿Qué ocurre?

—¡Ah, Kai Arviso! —El rostro de Ma'ii se ilumina—. Qué alegría volver a verte. —Desliza hacia mí sus ojos astutos—. ¿Ya sois novios Magdalena y tú?

Exhalo ruidosamente.

—¿Te importaría centrarte, Ma'ii?

—Más adelante, entonces —dice antes de volver a girarse hacia mí—. Una lezna flamígera.

—Una ¿qué?

—Una lezna. —Agita las garras que nacen de sus dedos—. Es una herramienta que Haashch'éésh zhiní utiliza para prenderles fuego a las estrellas.

Kai y yo nos miramos. Es el mismo dios que se mencionaba en las grabaciones de Crownpoint. Lo que entonces llamé «una especie de mechero».

—¿Y qué relación guarda esa cosa con los monstruos?

—Os he contado todo lo que sé. Pero una de mis colaboradoras comercia con ese tipo de mercancías. Ella sabrá más que yo, y hasta puede que tenga la lezna en su poder. Buscadla, averiguad qué sabe y quizá así os hagáis con eso que les concede la vida a los monstruos.

—¿Quieres decir que la lezna flamígera sirve para dotar de vida a los *tsé naayéé'*?

—Podría ser, Maggie —dice Kai—. Podría ser eso de lo que hablaban los cedés.

—¿Y tú qué ganas con todo esto, Ma'ii? ¿Por qué nos ayudas? ¿Por qué deberíamos fiarnos de ti?

Tuerce los labios hacia abajo y me mira con ojos de cachorro abandonado.

—Me ofendes. ¿No habíamos hecho un trato? ¿No habíamos llegado a un acuerdo mientras compartíamos unas viandas como buenos amigos? Yo me comprometí a decirte cuanto sé sobre los monstruos, y tú, a cambio, me debes un viajecito al Cañón de Chelly.

Es muy astuto, eso hay que reconocérselo. Y llevábamos mucho tiempo sin dar con una pista de verdad, que además encaja con todo lo que ya sabíamos.

—Está bien.

Se inclina hacia mí.

—Está bien y…

—Gracias.

Ma'ii hace una reverencia discreta.

—El placer es mío.

—¿Y dónde encontramos a esa amiga tuya, la que tiene la lezna flamígera?

—En un sitio que creo que el joven Kai Arviso conoce bien. Sí, hace solo tres noches mantuvo una conversación allí con un muerto.

—¿De qué habla? —Miro a Kai, que se estremece antes de menear ligeramente la cabeza con desdén. Es obvio que sabe a qué se refiere Coyote—. ¿De qué habla? —insisto—. ¿Dónde has hablado con un muerto?

Kai mira a Coyote con los labios fruncidos en un gesto pensativo, como si estuviera reconsiderando la buena estima en que hasta ahora tenía a Ma'ii. Al cabo, se vuelve hacia mí.

—El muerto es Brazo Largo, ¿verdad? Por lo tanto, se refiere a Tse Bonito, a un lugar concreto de Tse Bonito. Se refiere al Shalimar.

Capítulo 27

—¿Seguro que es necesario?

Una hora más tarde estoy encajonada en el baño de la casa rodante de Grace con Clive, que me está retocando el pelo. Para ser un loco de las armas recubierto de músculos, se da muy buena mano en cuestiones de estética. Antes de que empezáramos, me advirtió con un guiño que era «una caja de contradicciones», y yo me reí sin esperar gran cosa. Pero ahora debo tragarme mi falta de fe.

Me ha manipulado el flequillo para que me cuelgue en forma de mechón largo a un lado de la cara. No me queda mal, pero me resulta tan poco práctico como molesto, como el resto de los cambios que me ha sugerido esta noche. Me ha perfilado los ojos con lápiz negro y me ha pintado los labios de un intenso rojo escarlata. No me maquillaba desde el instituto; ni siquiera sabía que aún había productos de belleza, hasta que Clive ha sacado un alijo que haría feliz a una *drag queen*. Lo cual, por otro lado, resulta tener algo de cierto.

—¿De dónde ha salido todo esto? —pregunto boquiabierta mientras rebusca en el estuche de lápices labiales, sombras de ojos y quién sabe qué más.

Clive se encoge de hombros.

—De un ex que dirigía un espectáculo de *drags*. Él me dio puerta y yo me quedé con sus cosas. Y ahora colecciono todo lo que puedo apañar. Es como una afición, porque nunca sabes cuándo vas a tener que maquillar a una cazadora de monstruos.

—¡Y yo que creía que te pirrabas por las armas! —exclamo.

Clive se ríe.

—¿Es tu forma de preguntarme si soy gay? —Me pasa el pulgar por la mejilla para extender la crema del contorno—. Porque, qué pasa, ¿no pueden gustarme las pistolas y el *glamour* al mismo tiempo? Una cosa no quita la otra, ¿sabes?

—Eh… permíteme que discrepe.

—Bobadas —dice con desdén mientras me extiende una última capa de polvos por la cara. Me estudia con ojo crítico y sacude la barbilla para que me gire y me mire al espejo. Así hago, y me encuentro con una desconocida.

Me retuerzo. Me ajusto el top abierto que Clive había sacado de una caja de ropa usada. Se compone de dos correas negras

invertidas en forma de uve que parten de los hombros y se encuentran uno o dos centímetros por encima del ombligo, de tal modo que el término «escotado» adquiere una nueva acepción. Una fina tira de cuero dispuesta en horizontal mantiene la camisa cerrada a la altura de los pechos. Todavía llevo las mallas y los mocasines pero se me siguen viendo al menos cinco centímetros de abdomen entre la pretina de los pantalones y la parte inferior del top. El cuchillo de caza está enfundado en un cinturón caído y la escopeta, sujeta a la espalda por medio de una correa. Clive ha sacado de no sé dónde una canana que me recorre el pecho diagonalmente como si fuera a participar en un concurso de belleza engalanada con una banda letal. La he llenado con los cartuchos de la escopeta: los de posta sobrenatural y los fulminadores de humanos de toda la vida. Incluso me ha encontrado una funda para la Glock, que descansa sobre la otra cadera.

—Seguro que me roza —murmuro, retorciendo los hombros para colocarme bien los anclajes de la espalda. Las correas se me clavan en la piel, pero cada vez que me quejo, Clive insiste en que no se puede hacer nada para impedirlo.

—¿Por qué no quieres que me ponga la chaqueta de cuero? —le pregunto—. Está para eso, para que no me haga daño en la piel.

—Ni hablar, echaría a perder el *look*.

—¿Y cuál es exactamente ese *look*? ¿El de *Mad Max*?

—El de una cazadora de monstruos —aclara—. Y tienes que hacerlo tuyo. —Nos miramos a través del espejo. No me quedo muy convencida.

Suspira con fastidio.

—Tú piensa que vas disfrazada si así te adaptas mejor.

—¿A ti no te lo parece?

—Debes tener en cuenta que el Shalimar no es un local cualquiera. Es… en fin, ya lo verás cuando estés allí. Pero, créeme, tienes que causar impresión. Ya viste lo que llevaba puesto Kai cuando nos lo trajiste.

Los pantalones aturquesados, la camisa de vestir y la corbata. Los zapatos plateados.

—La gente viste para impresionar —continúa—. Además, con la ferretería que llevas encima, tiene que parecer que forma parte del conjunto, no que te has presentado allí para cargarte a alguien.

—No veo dónde está la diferencia.

Clive da otro suspiro, exasperado por una alumna tan imposible.

—Ya sé que no lo ves. —Me empuja la mano cuando voy a apartarme de los ojos los mechones del flequillo. Tuerzo el gesto, pero le cedo el control de mi pelo. Está claro que él sabe mucho más de estas cosas que yo. Dedica unos minutos a retocarme un poco más y, cuando al fin está satisfecho con el resultado, señala la puerta. Lo rodeo y salgo todo lo rápido que puedo del compartimento claustrofóbico. Pero no he dado un paso cuando me detengo en seco.

Kai está apoyado contra la pared de fuera, vestido como una especie de cacique navajo venido del futuro. Pantalones de piel de cordero negra y tersa metidos por dentro de unos mocasines negros de caña alta. Camisa de terciopelo arrugado de color azul marino, con el faldón largo y suelto, y ceñida por medio de unas cintas de ante que le rodean los brazos y de un cinturón de incrustaciones plateadas. Un collar de conchas blancas le abraza el cuello; unas lágrimas negras perladas penden de sus orejas; y en todos sus dedos reluce una amalgama de anillos. Lleva el pelo peinado hacia atrás, en una desarreglada estela punzante, con las puntas salpicadas de plata, y tiene enroscada en la frente y anudada a un lado una tira de tela de color azul medianoche. Un toque de pintura plateada circunda sus ojos. No puedo sino quedarme mirándolo como una colegiala deslumbrada por su ídolo. Decir que podría pasar por la superestrella de una banda de chicos no le haría justicia.

Pero, para mi sorpresa, a su vez Kai me mira a mí, sin terminar de encontrar las palabras.

—Pareces…

—¿Una mercenaria ardiente? —sugiere Clive por detrás mí—. ¿Un *sex symbol* mortífero?

—Mejor no me ayudes más, gracias —mascullo mientras vuelvo a ajustarme lo que se supone que es una camisa.

Kai no aparta la vista de mí y yo me agito incómoda, notando las mejillas cada vez más encendidas.

—Peligrosa —concluye—. Iba a decir que pareces peligrosa.

Espiro y junto las palmas de las manos.

—Me alegro. Tú también estás muy elegante, con todo ese brillibrilli. Muy regio.

Kai contiene una risita.

Sé que no estoy diciendo más que tonterías, pero es que tiene una mirada abrasadora.

—Y ahora que ya hemos superado la fase de los elogios, ¿nos ponemos en marcha? —Me acerco a la salida—. ¿Has cogido los aros de Ma'ii? —le pregunto sin detenerme. Ma'ii insistió en que los lleváramos con nosotros, por si nos veíamos en la necesidad

de ir al Cañón de Chelly. Kai accedió a llevarlos él, así que yo no se lo discutí.

Se da una palmada en el talego pequeño que lleva atado al cinturón.

—Tuve que desprenderme del morral de Coyote, pero Grace me buscó el talego y el conjunto. Y los accesorios. Y a cambio solo tuve que entregarle mi alma.

—Ni tan caro te ha salido —mascullo—. A mí me ha quitado el café.

Coyote, que espera al pie de las escaleras, se gira para mirarnos. Se queda boquiabierto y, por primera vez, no sabe qué decir.

Bajo yo primero.

—Bueno, ¿qué te parece?

—No cabe duda de que llevas la violencia en la sangre —murmura Ma'ii, que mira de arriba abajo mi atavío de asesina—. ¿Cómo te llamaba Neizghání? ¿Chíníbaá?

Le señalo con el dedo.

—No empieces —le advierto.

El embaucador levanta las manos como si fuera la inocencia personificada.

Nos reunimos en una zona despejada entre la caravana, el bar y los garajes. Estamos Kai y yo con Ma'ii en medio. Rissa se une a Clive en el porche para mirarnos, e incluso Grace se asoma a la entrada trasera del bar para ver la función. El local abrió hace un cuarto de hora, y ya hay algunos clientes que se han agolpado en la puerta con ella.

—Tenemos público. Genial —murmuro.

—A la gente le gustan los espectáculos —me reprende Coyote —. Y no se puede negar que esta noche el espectáculo sois vosotros. No sabía que pudieras estar tan espléndida, Magdalena. Todo ese arsenal te sienta de maravilla.

Suspiro y me ajusto las malditas correas que se me hunden en la espalda.

—Gracias, Ma'ii. Es justo lo que a toda chica le agrada oír.

Extiende los brazos, uno hacia mí y el otro hacia Kai.

Frunzo el ceño.

—¿Es imprescindible que nos cojamos de la mano?

—Tal vez no —confiesa él—, pero permitid que este viejo Coyote se deleite con el tacto de la carne joven por un momento esta noche, aunque solo sea cogiéndoos de la mano.

Kai aprieta con fuerza la mano de Coyote y se inclina hacia mí para susurrarme al oído:

—Da gracias por que no nos haya pedido que nos abracemos.

También es verdad.

—¿Listos, niños?

Cojo la mano del embaucador, miro a Kai y, pese a los malos momentos de los últimos días, una sonrisa se asoma a mi cara.

—Siempre había querido hacer esto —admito. Acto seguido, el olor del ozono me golpea las fosas nasales y el mundo estalla en una gran llamarada.

Menos de un segundo después, un rayo cae en Tse Bonito y ahí aparecemos los tres: una cazadora de monstruos, un príncipe *diné* y un embaucador. Temía que aterrizáramos en medio de una jauría de Perros de la Ley o frente a una fila de coches atascados, pero la calle donde nos encontramos está desierta y no se ve un alma, como si este rincón del mundo fuera solo para nosotros.

Me aparto el pelo de la cara y miro el edificio que se alza ante nosotros. Parece una especie de motel abandonado, contiguo a un aparcamiento amplio con el asfalto agrietado y conquistado por los estepicursores, con un camino de acceso cubierto frente a las puertas dobles de cristal, que a su vez dan a un mostrador de registro y una tienda de regalos. O daban, al menos, en otro tiempo. Ahora las puertas están entabladas, de forma que en el interior impera una penumbra algo inquietante. El letrero de fuera indica que este lugar es el Shalimar con una grafía anticuada que recuerda a la de mediados del siglo xx. Aunque quizá nadie haya vuelto a alojarse aquí desde entonces.

—Y ahora ¿qué?

Kai mira el edificio con gesto hermético.

—Ahora entramos.

—Aquí no hay nada. Está abandonado.

—No una vez que anochece —me corrige Ma'ii—. Y tampoco si sabes mirar.

—¿Vas a entrar con nosotros? —le pregunto.

—Ahora tengo otros compromisos —declina él, que ahueca el pañuelo azul verdoso con las garras—. La mujer a la que buscáis se llama Mósí. Ella tiene lo que os interesa. —Consulta su reloj de bolsillo.

—Gracias, Ma'ii —digo. Aunque siempre estemos riñendo, debo admitir que ha cumplido su parte del trato.

—Oh, no me des las gracias todavía —me recomienda con una sonrisa—. Puede que me gane tu desprecio antes de que todo esto acabe. Y ahora… —Extiende la mano hacia la entrada.

Me giro hacia las puertas dobles, pero Kai me pone la mano en el brazo.

—Espera —me dice por lo bajo, sin dejar de mirar a Coyote. Nos quedamos allí en medio un momento, viéndolo alejarse por la calle vacía de Tse Bonito mientras balancea el bastón.

Kai espera a que termine de irse para pasarse la mano por dentro de la camisa y sacar la pequeña faltriquera amarilla que lleva sujeta al cuello por medio de un cordón de cuero. La abre y extrae una bolsita que contiene lo que parece una finísima arena de color ahuesado y un recipiente diminuto con un bálsamo plateado.

—¿Por qué no querías que Ma'ii viese esta faltriquera medicinal tuya?

—No es algo de lo que él tenga por qué estar al tanto.

Me pregunto qué será eso que prefiere ocultarle a Ma'ii, pero no puedo oponerme. Ahora Ma'ii nos está ayudando, aunque solo porque le conviene. Sigue sin ser de fiar. Kai abre primero la bolsita con la arena ahuesada.

—Toma —dice mientras me la acerca—. Humedécete el meñique, mételo dentro y llévatelo a la boca. —Da un suspiro al reparar en mi gesto de recelo—. Te prometo que no te va a pasar nada.

Hago lo que me indica. La arena tiene un sabor acre y desagradable.

—¿Qué es?

—Raíz amarga. Te protege de la mala curación y de los que quieren hacerte daño, aunque no detendrá un puñetazo ni una bala. —Me mira fijamente—. Si aquí encontramos algún peligro, será más sutil. Mósí es una Bik'e'áyée'ii, no un policía enfurecido ni un monstruo descerebrado, y esto —levanta el vial con la sustancia plateada— te ayudará a luchar contra esas cosas que no siempre se ven.

Me fijo en el pequeño recipiente.

—¿Qué es? ¿Más maquillaje? Creo que ya voy bastante disfrazada.

Kai se sonríe.

—Yo ya me lo he puesto.

—Estás en tu derecho, cara guapa.

—Es medicinal —explica—. Póntelo en los ojos y te ayudará a distinguir los espejismos.

Me pasa los dedos con delicadeza por los párpados para aplicarme el bálsamo. Su cara está a solo unos centímetros de la mía y su aliento cálido hace que me tiemblen las pestañas. A esta distancia, huele a cedro con una pizca de tabaco limpio. Es el olor a buena curación, el olor del *hogan* de Tah. Cierro los ojos y aspiro. Un instante después, lo noto retirarse.

—¿Qué ves?

Parpadeo antes de abrir los ojos del todo y miro a mi alrededor, con cautela, hasta que Kai me toca el hombro y me

invita a girarme amablemente hacia el viejo motel, sobre cuya entrada ahora pone en grandes letras brillantes: «El Shalimar factoría india y salón de baile».

—¿Cómo es que no conocía este sitio? —susurro, maravillada ante semejante transformación.

—¿Pasas mucho tiempo en Tse Bonito?

—Odio este pueblo. Solo vengo cuando no me queda más remedio.

Kai ríe entre dientes.

—Yo conocí el Shalimar la primera noche que pasé aquí.

—Ya, ¿y eso?

Se encoge de hombros.

—Me gusta rodearme de otras personas, al contrario que a ti, y este sitio es algo así como un punto de encuentro. Al principio, cuando llegué al pueblo, estaba aburrido. Me sentía solo. Me pareció buena idea salir a conocer a los lugareños. No tenía nada que perder.

—No me lo digas. —Pongo cara seria—. Aquí sirven champán.

Kai se ríe. No sin cierta emoción, me doy cuenta de que empiezo a necesitar esa risa.

Aguanta la respiración por un segundo antes de decir:

—Sé que nunca me respondiste a aquello de «ser amigos», pero después de todo lo que ha ocurrido… —Deja la pregunta en el aire.

Sonrío.

—No tientes a la suerte, Conejo.

Gruñe.

—Por favor, no.

—¿Qué? Dicen que a los chicos les encanta que les pongan motes. Hace que se sientan especiales.

—«Conejo» no hace que me sienta especial. Hace que me sienta lo contrario de especial.

—Vaya, no me digas. Pues a mí como que me gusta.

Meneando la cabeza con fingida desesperación, me ofrece el brazo. No se lo cojo, ya que prefiero tener una mano cerca de la pistola y la otra libre. Pero le abro la puerta, y entramos en el Shalimar el uno al lado del otro.

Capítulo 28

Lo primero que me sorprende es el ambiente ruidoso. La música de baile me aporrea los oídos, sustentada en un bombo pesado cuya vibración me recorre el cuerpo de pies a cabeza. Bajo la mano nerviosamente hasta el Böker. Si alguien se nos acerca con disimulo, me sería imposible oírlo con este estruendo.

Estamos en lo alto de unas escaleras amplias y largas que, compuestas de al menos una veintena de peldaños anchos de piedra, descienden hasta desaparecer en una suerte de inframundo neblinoso. A través de la bruma se atisban unas luces que se encienden y se apagan fugaces, unas rosas y otras violetas, unas granates y otras púrpuras.

—Tiene que ser una broma. ¿Una discoteca en medio de una reserva olvidada?

—¿Qué? —grita Kai.

Meneo la cabeza. Cuando vi el letrero en el que ponía «salón de baile», me imaginé que sería algo más parecido al All-American de Grace, donde bailar apaciblemente en pareja los temas *country* de Hank Williams y Loretta Lynn. Este lugar no tiene nada que ver con eso. Este estrépito es apabullante.

—¿Identificación? —me pregunta alguien que aparece a mi derecha.

Me giro, con la mano en la empuñadura del cuchillo, pero enseguida comprendo que solo me están pidiendo que me registre. Hay un crío sentado en un taburete que me mira expectante. Es *diné*, pero los pantalones y la chaqueta de lona holgados que viste le confieren un aspecto de lo más corriente, salvo por un detalle: las orejas. Lleva en ellas algún tipo de prótesis que se las curva con elegancia, de tal modo que le asoman entre el pelo para culminar en una fina punta.

Cuando aparto la vista de sus orejas, veo que sostiene un sujetapapeles entre las manos.

—¿Había que estar en una lista o algo así para poder entrar?

Kai me da un golpecito con el codo.

—Preséntate —me susurra bien fuerte al oído.

—¿Qué?

—Según la costumbre navaja. Recítale tus clanes. Con los dos primeros basta. Así es como se entra.

Hago lo que me pide.

—Me llamo Magdalena Hoskie. Pertenezco al clan de la Flecha Viviente. Nacida para el clan de Camina Alrededor. De esta manera soy *diné*.

El crío de las orejas grandes anota algo en el sujetapapeles y gruñe satisfecho antes de mirar a Kai, que canta sus orígenes inclinándose hacia delante, de forma que no lo oigo bien. Una vez que el diligente portero ha apuntado también sus clanes, nos hace una seña para que bajemos las escaleras.

Me mantengo en el mismo sitio.

—Estamos buscando a Mósí. ¿La conoces?

El portero se sobresalta, tal vez poco habituado a que la gente hable con él. Se me queda mirando como un bobo.

—Nos está esperando —digo. No sé si es cierto, pero hay que probar suerte.

Ahora sí que me mira confundido. Se lame los labios y se fija en mis armas.

—Nadie puede ver a Mósí esta noche —grazna nervioso—. Son órdenes.

—Es importante —insisto.

—¡Nadie! —chilla el crío, cuyos ojos brincan entre Kai y yo hasta que clava una mirada suplicante en Kai—. ¡Ni siquiera los bolsillos holgados!

Kai se ha mantenido en silencio, observándonos, pero ahora me toca el brazo.

—Vamos, Maggie —me dice—. No puede ayudarnos.

—Pero sabe… —comienzo. Sin embargo, le hablo al aire, porque Kai ya está bajando las escaleras. Corro a alcanzarlo—. ¿Por qué no has dejado que lo presione? Podría haber conseguido que nos permitiera ver a Mósí.

Mira hacia atrás con disimulo y se inclina hacia mí para susurrarme al oído con una voz casi inaudible:

—¿El chico de la puerta? Es Jaa'yaalóolii Dine'é, del Pueblo de las Orejas Levantadas.

—¿Ese es su clan? ¿Por eso lleva esas cosas en las orejas? —Me señalo las mías.

—No lleva nada en las orejas. Son así de verdad. Además, tienen un oído muy fino —añade—, y según se dice, saben muy bien cuándo lo que oyen es mentira. A partir de ahora, piensa que va a haber alguien escuchándonos en todo momento. Tengo muy claro que están observándonos. Si la colaboradora de Coyote nos espera esta noche, seguro que sabe que hemos llegado. Confía en mí.

Miro hacia atrás de soslayo. No se ve a nadie escaleras arriba, salvo al portero Jaa'yaalóolii Dine'é, que me mira sin disimulo

con ojos fríos y calculadores, sin rastro alguno del azoramiento que mostraba hace solo unos instantes. Un escalofrío me araña la espalda y el instinto me advierte de algún tipo de peligro. Imaginaba que el Shalimar sería un sitio extraño, pero no que estaría lleno de monstruos.

Miro a Kai y me acerco a él para decirle:

—Entonces ¿este bálsamo que me has puesto en los ojos invisibiliza los espejismos? —le pregunto.

—Sí. Las orejas normales son un espejismo.

—Los monstruos se ocultan a plena vista —musito. Y aquí estamos, adentrándonos en su guarida.

Llegamos al pie de las escaleras. Escruto la penumbra, pero las luces coloridas y la niebla no permiten hacerse una idea exacta de hasta dónde se extiende. La música sigue sonando a un volumen ensordecedor. Se me revuelve el estómago. De pronto, me parece un error haber entrado aquí. Le pongo la mano en el brazo a Kai para que se detenga.

—¿Dónde nos estamos metiendo?

Kai no me responde, concentrado en algo que hay en la penumbra y que yo no consigo distinguir.

—Kai.

Ahora sí, reacciona y vuelve a prestarme atención. Parpadea despacio varias veces.

—Recuerda que debes abrir la mente. Y no te sorprendas si ves algo inusual. Aquí todo va a ser muy extraño.

«Extraño» es un término que se queda corto para describir el Shalimar.

La lógica me dice que estamos en una planta subterránea. Sé que hemos entrado por la puerta y que hemos bajado las escaleras. Debemos de encontrarnos como mínimo a ocho o diez metros bajo tierra. Sin embargo, el techo del Shalimar se pierde en la negrura del cielo estrellado del desierto, al menos treinta metros por encima de nosotros. Este cielo ilógico debería hacer que la sala pareciera inmensa pero, no obstante, el ambiente no podría ser más claustrofóbico, y no puedo dejar de pensar en que estamos muy por debajo de la superficie.

La sala, rectangular como la de un almacén, alcanzará unos cien metros de largo. No veo demasiado bien el fondo, donde la bruma solo permite intuir una pared lejana. El lugar es mucho más largo que ancho, tal vez el doble, y las paredes están pintadas para que parezca que estamos en el patio del motel, solo que allá por 1950. Pero el resultado se antoja demasiado plano, al estilo de los decorados de Hollywood; hay una falsa habitación de motel pintada de lima, con una puerta igual de postiza que no

se abre, y a su lado está el comedor de una cafetería de mentira, con sus taburetes de vinilo rojo y su gramola adornada con neones, en cuyas paredes aparecen retratadas varias chicas sonrientes, algunas con el pelo cardado y otras a lo caniche. Todo es plano y desconcertante. A lo largo de las paredes hay dispuestas unas mesas alargadas, como aquellas de plástico blanco que mi *nalí* compraba en Walmart, y en una de cada tres o cuatro de ellas hay un camarero sirviendo con brío tequila de agave y cerveza de cactus. Distribuidos entre los puestos de las copas, decenas de mercaderes han llenado las mesas con un amplio surtido de mercancías y dan voces cuyo volumen desafía al de la incesante música atronadora para anunciar su género con entusiasmo. Venden de todo. Dispositivos electrónicos despiezados, con los cables y las placas madre desparramados sobre las mesas. Ropa, por montones, mucha de la cual parece estar usada o hecha a mano. Hay una mesa con multitud de armas blancas, en su mayor parte cuchillos u objetos afilados para utilizarlos a modo de cuchillo, aunque también veo, pegada a la pared, una vitrina cerrada con llave, la cual contiene varias armas de fuego. Se sostienen sobre unos estantes de cristal y junto a ellas están los correspondientes cartuchos. A la derecha del comerciante de armas hay una muchacha que vende haces de cedro y tabaco envuelto en hojas, y más allá veo a un crío que ofrece latas abolladas de sopa y de frijoles rojos de Campbell's, amontonadas en elevadas pirámides, tras un letrero escrito a mano que dice: «Se acepta todo tipo de productos».

Aun así, ni el mercadillo de mercancías ilegales ni las dimensiones incomprensibles y el ambiente surrealista de la sala son la razón por la que me alegro de tener mis armas al alcance de la mano. La verdadera razón son los clientes.

Con el bálsamo de Kai en los ojos, los hijos de Dinétah, desposeídos de todo espejismo, se convierten en la materia de la que están hechos los sueños. O las pesadillas.

Reconozco muchos de los clanes. Los Ats'oos Dine'é, el Pueblo de las Plumas, son fáciles de distinguir, con el cuerpo cubierto de plumas grises, marrones y blancas que recuerdan a las de los halcones. Algunos, de hecho, lucen un plumaje muy elaborado, al que suman una variada gama de rojos, amarillos y azules. Todos tienen un tercer párpado que se desliza en horizontal sobre sus ojos atentos. Junto a la barra están sentados dos miembros del Pueblo del Ciervo Grande, ambos con la cabeza coronada por unas inmensas astas de tres puntas. Visten una falda amplia de ante, y bajo la bastilla se entrevén sus pies o, más bien, unas estilizadas pezuñas negras. Un hombre que viste un abrigo de

retazos de piel y que rebusca entre un montón de recambios de coche solo puede pertenecer al clan del Conejo, con esas orejas y esos incisivos prominentes.

Una pareja pasa por delante de nosotros, ambos con una bebida en la mano. Visten unos trajes elaborados: la mujer lleva un vestido rosa pálido salpicado de falsos diamantes y unos altísimos zapatos de tacón; y el hombre luce un traje blanco de chaqueta y pantalón enormes que parece sacado de una película de gánsteres antigua. No tengo ni idea de cuál será la procedencia de esa ropa, pero teniendo en cuenta el atuendo que Clive eligió para Kai y para mí, tampoco debería extrañarme. En cualquier caso, lo que me asombra no es cómo van conjuntados. Tanto él como ella están escuálidos, tanto que los huesos parecen estar a punto de desgarrarles la piel, de tal modo que casi duele ver cómo le sobresalen los pómulos. Tienen el pelo lacio y los dos están tan delgados que los elegantes trajes parecen colgar laxos sobre su cuerpo marchito.

—Dichin Dine'é —dice Kai cuando me ve observándolos—: el Pueblo del Hambre.

Kai me lleva hacia una barra larga con forma de riñón. Algunos de los clientes, en su mayoría mujeres pero también algunos hombres, lo miran cuando pasa por delante de ellos. Los veo fijarse en lo guapo que es y estimar el valor de las joyas que lleva encima. Él no parece darse cuenta y, de ser consciente, lo disimula muy bien. Me acerco un poco más a él y apoyo la mano en la empuñadura del cuchillo hasta que los clientes de ojos codiciosos advierten que los estoy observando y apartan la mirada.

Me inclino hacia Kai. El volumen de la música se ha reducido un poco y ahora podemos hablar en un tono normal pero, por si hubiera algún espía del Pueblo de las Orejas Levantadas cerca de nosotros, prefiero susurrarle al oído.

—¿Me ves distinta?

—¿Mmm?

—Con el bálsamo en los ojos. ¿Soy…? —Me interrumpo. Sé que lo importante ahora es que encontremos a Mósí, pero tengo que saberlo. Tengo que saber si, desvestida de espejismos, Kai puede ver cómo soy en realidad. Y, si puede, ¿le parezco un monstruo? ¿Está el mal ahí, esa mancha acerca de la que Neizghání me advirtió?

Sin embargo, no me decido a preguntárselo, convencida de que ya sé la verdad.

Kai llama al camarero, pide algo de beber y me mira expectante. Meneo la cabeza. Deja en la barra uno de los varios

anillos de bronce que lleva en el meñique a modo de pago y se gira para ponerme en la mano un vaso largo y estrecho de tequila. Sin darme tiempo a rechazarlo, me susurra:

—No tienes por qué tomártelo, basta con que lo finjas, e intenta relajarte. Parece que estás deseando dispararle a alguien. —Habla sin dejar de sonreír mientras toma un sorbo de su vaso y escudriña a la clientela.

Su actitud me confirma que no es ajeno a las muchas miradas que atrae. Está alerta, al igual que yo. Saberlo hace que me tranquilice un poco, de manera que cojo el vaso y finjo que doy un trago. El vapor áspero se me sube a la nariz y acabo tosiendo. El tequila nunca ha sido mi bebida predilecta.

—¿Quieres saber qué aspecto tienes? —me pregunta.

Se me acelera el pulso. Sí que me oyó cuando se lo pregunté. Asiento. Contengo la respiración.

—El de una cazadora de monstruos. —Hace un brindis discreto con el vaso y lo vacía de un trago.

Frunzo el ceño.

—¿Y eso qué significa?

Le hace una seña al camarero para pedir otro tequila. Cuando se lo ponen, vuelve a engullirlo de una vez. Se seca los labios y me dice:

—¿Qué crees tú que significa?

—¿Quieres decir que no me ves distinta?

—¿Y tú a mí? —Ladea la cabeza y despliega una sonrisa aviesa. No estoy segura, pero sospecho que ya está borracho, o que le falta muy poco para estarlo.

—¿Crees que ponerte a tomar tequilas es una buena idea ahora mismo?

—Desde luego que no —admite mientras le pide otro vaso al camarero.

—Y entonces ¿qué haces?

—Morirme —masculla, tan bajo que dudo que lo haya oído bien.

—¿El qué?

Se gira de pronto, con los ojos chispeantes e hincados en mí.

—Todavía no me has respondido, Mags.

—¿A qué? —Cada vez más exasperada, he olvidado la pregunta.

—¿Estoy distinto? —dice, y extiende los brazos para que me fije bien.

A él no se lo voy a reconocer, pero está incluso mejor. Su tez parece despedir un resplandor broncíneo y los ojos se le han puesto de un insólito color plata, tan intenso que hasta cuesta

mirárselos. El contorno del mentón es ahora más robusto, más elegante, y todo su cuerpo irradia un cierto carisma, una atracción imposible, superior incluso a la que ya ejercía antes. Es casi preternatural. No, casi no. Lo es con toda certeza.

—Yo te veo igual —miento.

Asiente, con la cabeza flanqueada por los destellos de los pendientes, como si supiera muy bien lo que estoy viendo y pensando, y que no le he dicho la verdad. Posa el vaso vacío en la barra.

—¿Lo ves, Cazadora de Monstruos? Todos somos unos embusteros.

No tengo ni idea de qué responderle a eso.

—¿Qué ocurre, Kai? —le pregunto—. ¿Qué mosca te ha picado?

Menea la cabeza como abatido.

—Intentemos dar de una vez con esa tal Mósí y larguémonos de aquí —dice a la vez que un escalofrío le recorre todo el cuerpo —. Este lugar me está volviendo la cabeza del revés.

Eso no se lo discuto.

Se pone derecho.

—Voy a explorar un poco por ahí. A ver si averiguo algo.

—Deberíamos permanecer juntos —disiento al acordarme de los ojos codiciosos de los otros clientes.

—No. Hay… Será mejor que vaya solo. —Se ríe, y percibo el fuerte olor a bebida que arrastra su aliento—. Nadie querrá hablar conmigo si te ven a mi lado con pinta de ir a meterle una puñalada al primero que se me acerque. Deja que vaya solo. Enseguida vuelvo.

—No creo que…

—Sé cuidar de mí mismo, ¿recuerdas?

La idea no me hace mucha gracia, pero lo dejo estar. Ya es mayorcito y no voy a ponerme a discutir con él.

—Muy bien —accedo. Se inclina hacia mí, rozándome la mejilla con los labios. Me pongo tensa cuando la contradictoria mezcla de cedro y alcohol me asalta la nariz.

—A tu izquierda —murmura, y noto en la oreja su aliento caliente antes de que se aparte. Sin mirar atrás, se pierde entre la multitud de inmediato, todo lo que se puede perder alguien como él. Espero unos segundos antes de mirar a la izquierda. Al instante veo a qué se refería. La corpulencia de un jugador de fútbol americano y una llamativa mata de pelo rojo. ¿Qué hace aquí?

A solo unos pasos de la multitud y con una sonrisa un poco vergonzosa en la cara, está Clive. Lleva un traje y una corbata de

cordón como los de los wésterns, pero el traje no termina de ajustarse a su complexión y sus músculos de piedra, y además es de un tono marrón que no le favorece. Aunque el resultado tiene su aquel como cruce entre Rambo y Howdy Doody.

—Me esperaba algo más conseguido —le pincho cuando me acerco a él y señalo su indumentaria—, teniendo en cuenta lo que improvisaste para mí.

Clive se encoge de hombros y se endereza la corbata de cordón.

—Aparte de prendas militares, no tengo mucha ropa de mi talla.

—No me importaría hacer un trueque. Seguro que este top de correas te quedaría ideal. —Le hago la pregunta obvia—: ¿Qué haces tú aquí? ¿Has venido a retocarme el pelo?

Se ríe y menea la cabeza.

—No, nada de eso. Aunque… —Se lame un dedo y estira el brazo, como para tocarme la cara. Me echo atrás y me llevo la mano al cuchillo.

Palidezco.

—Solo iba a quitarte esa cosa plateada que llevas en los ojos. Es demasiado disco, hasta para mí.

Me sonrojo, avergonzada, y aparto la mano del cuchillo.

—Perdona —digo mientras me froto los brazos descubiertos—. No es por nada, es que no me gusta que me toquen —arguyo sin demasiada firmeza.

—No pasa nada —responde Clive—. De hecho, me sorprende que no me rebanaras el pescuezo cuando te peiné el flequillo para adelante.

Frunzo el ceño.

—Ja, ja.

—Admiro tus habilidades, pero tienes una reputación, amiga —me recuerda cuando apoya la espalda contra la barra y toma un trago de la cerveza que traía en la mano—. Y no finjas que no sabes a qué me refiero.

—¿De psicópata?

—Quizá no tanto. Dejémoslo en agresiva y antisocial. —Lo dice con una sonrisa, pero no por eso deja de escocerme—. No te hagas la sorprendida —dice al reparar en mi cara. Pasea la vista entre la multitud—. Pero alguien habrá tenido que tocarte el tiempo suficiente para ponerte eso en los ojos. ¿A quién le has concedido el honor?

—¿A quién crees tú? —No le explico que no es por estética, sino por una cuestión más práctica. Kai no quería que Coyote viera el bálsamo, así que quizá Clive tampoco necesite saber nada

al respecto.

—Por cierto, ¿dónde está ese apuesto hombre tuyo? —pregunta Clive, que sigue oteando la sala.

—No lo sé —admito—. Se ha ido a dar una vuelta sin mí. Decía que tenía algo que hacer.

Hace aletear sus largas pestañas rojizas.

—Eso no suena muy bien.

Me encojo de hombros.

—Ya es un hombre hecho y derecho.

—Y tanto que lo es —dice Clive en un tono admirativo. Se ríe al ver mi cara de sorpresa—. No temas, no pretendo robarte a tu hombre. Pero solo para que lo sepas: anoche bailamos.

—¿Kai y tú?

—Y más de una vez. Además, no se le da nada mal. Aunque todavía me cuesta creer que sea curandero.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿no debería estar prohibido que los curanderos sean tan atractivos?

Estoy de acuerdo. No obstante, le digo:

—Si te sirve de consuelo, todavía no ha terminado de formarse.

—Tú viste lo mismo que yo en Rock Springs —dice Clive con el semblante serio de súbito, sin la menor traza del tono festivo de hace solo un momento—. En fin, ¿habéis averiguado algo más sobre esa pista de la que os habló Coyote?

—Todavía no —admito, agradecida por el cambio de tema.

—¿Puedo hacer algo para ayudaros?

Entorno los ojos, reticente de pronto.

—Todavía no me has dicho qué haces aquí, Clive.

—Ah, unos clientes del All-American dijeron que esta noche se iba a celebrar un combate aquí, una especie de pelea épica entre grandes rivales. Me pareció que podría valer la pena acercarse a verlo, y como vosotros también estabais aquí, pensé que quizá podría ayudar.

—¿En el Shalimar se celebran combates?

—De vez en cuando. Suele ser un buen espectáculo.

Miro a mi alrededor, pero no sé dónde podría haber escondido un recinto de lucha. Al otro lado de alguna de las puertas postizas, bajando por una madriguera de conejos infinita, tras un guardarropa.

—¿Qué clase de sitio es este?

—Buena pregunta —dice Clive—. Nadie lo sabe, en realidad. Aparece y desaparece a su antojo. Unas veces está aquí, otras… —Imita una explosión con las manos—. Supongo que no es de

extrañar cuando el negocio lo dirige una gata.

—¿Kai lo sabe? Lo de los combates, quiero decir.

—Ni idea, pero puedes preguntárselo a él. —Señala a la multitud con la cabeza y veo que Kai se acerca en nuestra dirección.

—Me he enterado de que esta noche se va a celebrar un combate —dice Kai. Parece que vuelve a ser el de siempre, sin el menor síntoma de embriaguez. Hasta ahora no había caído, pero sus poderes de sanación deben de contrarrestar los efectos del alcohol. Por mucho que beba, enseguida recupera la lucidez—. Primero habrá un torneo de peleas —detalla—, pero el último combate parece más misterioso. Se rumorea que será una lucha entre oponentes legendarios.

—Eso he oído yo también —dice Clive—. Se puede ganar mucho dinero con el caballo ganador.

Lo de las peleas me llama la atención, pero no lo de las apuestas. Ese es un campo más propio de Ma'ii, que disfruta con los pronósticos imposibles y las infinitas oportunidades para hacer trampa. Y después recuerdo lo que dijo el portero sobre los bolsillos holgados.

—Clive, ¿aquí hay alguien que lleve las apuestas? ¿Que organice las peleas?

—Claro —afirma.

—¿Y ese alguien no se llamará Mósí?

—La gata de la que te hablaba, sí. —Entrecierra los ojos avellanados—. ¿No decías que nunca habías estado aquí?

—Tiene que ser ella —deduzco.

—¿En qué estás pensando, Mags? —me pregunta Kai receloso.

—Soy buena peleando —digo. Y es verdad. No es que domine ningún arte marcial, pero Neizghání me enseñó a manejarme en el cuerpo a cuerpo. Mi técnica es un poco más rudimentaria: entra rápido, golpea fuerte y aléjate. Entre mis dotes de lucha y los poderes de mis clanes, estoy segura de que podría aguantar unos cuantos asaltos. Eso debería bastar para llamar la atención de la corredora de apuestas del Shalimar.

Kai cierra los ojos con fuerza y se frota el caballete de la nariz.

—¿De verdad crees que apuntarte para pelear nos llevará hasta ella?

—Si no se apunta, ni siquiera podremos pisar el recinto de lucha —dice Clive—. El chico de la puerta dice que ya no quedan entradas. Solo pueden acceder los participantes y sus equipos, por lo que he oído.

—Voy a apuntarme —decido—. Necesitamos la lezna

flamígera, así que, si para hacernos con ella tengo que darles una somanta a los mulos del pueblo, lo haré.

Kai se me queda mirando largo rato.

—No hace falta que te pelees con nadie —dice al cabo, antes de mostrarnos las tres tiras de papel que tiene en la mano.

—¿Qué es eso?

—Lo que nos va a permitir entrar.

Cojo los pases.

—¿Dónde los has conseguido?

—¿Y cómo? —pregunta Clive, que a su vez coge un pase de mi mano—. Toma ya, si son asientos de primera fila.

Kai menea la cabeza.

—¿Queréis entrar o no?

Les sonrío a ambos.

—Joder, ya lo creo que sí.

Capítulo 29

Aunque las entradas parecían prometernos un trato privilegiado, terminamos en la cola desordenada de los espectadores que esperan para acceder al recinto, como todos los demás. Avanzamos despacio, más que nada porque los gorilas del clan del Oso están cacheando a todo el que entra por si llevara algún arma.

—No pienso entregar mis armas —le advierto a Clive cuando nos acercamos al punto de control.

—Me temo que no te va a quedar más remedio —dice.

Tiene razón. Veo que un hombre que va unos puestos por delante de nosotros se saca de la bota un cuchillo de veinte centímetros y lo deja caer en la caja de metal que le ofrecen. Uno de los tipos del clan del Oso cierra la caja con una llave pequeña, la deja sobre un estante que ya está lleno de otras cajas similares y le entrega al hombre la que parece ser la única copia de la llave, que pende de un cordón. El hombre se la cuelga del cuello, obviamente familiarizado con el proceso, y sigue adelante.

—No creo que pase nada —dice Kai. En efecto, parece que yo sería la única que podría acceder al contenido de la caja, siempre y cuando no roben las cajas. Tendré que creer que, al menos en el recinto de lucha, robar está mal visto. Y castigado con severidad. «Haz que los clientes estén contentos, haz que el dinero fluya». Ese parece ser el lema del Shalimar.

Cuando llegamos a la mesa, uno de los gorilas me mira de arriba abajo y encorva la boca en una mueca de desaprobación. Gruñe, lleva la mano bajo la mesa y saca una caja metálica más grande que las otras. Me hace un gesto para que haga mi parte. Primero me saco la canana y después la funda de hombro con la escopeta. Vacío la Glock, solo por si acaso, y la dejo también en la caja. Después van el cuchillo y los dos puñales. Por último, cierro la caja, cojo la llave que me tienden y sigo adelante junto con Clive, mientras que Kai se rezaga unos pasos. Dejamos atrás los detectores de metal y nos acercamos al recinto tumultuoso.

—¿Tú ya habías asistido a algún torneo de estos? —le pregunto a Clive cuando al fin logramos entrar.

El recinto no es muy grande, pero tampoco demasiado pequeño. Y no se llega bajando por una madriguera de conejos ni atravesando un guardarropa, pero sí cruzando una puerta

integrada en un cuadro minucioso del O. K. Corral. Habrá cabida para al menos doscientos espectadores, lo cual, teniendo en cuenta que seguimos estando en una planta subterránea, resulta impresionante. No puedo dejar de preguntarme quién o qué construiría este sitio. La arena en sí es una zona de tierra limpia que se hunde unos tres metros en el suelo. A su alrededor se levantan unas gradas con aspecto de proceder de un gimnasio de instituto, para que el público pueda ver sin obstáculos lo que sucede en la arena.

De hecho, ya ha sucedido algo. Nos hemos perdido los primeros duelos, como atestiguan las manchas de sangre, todavía líquida, que hay diseminadas por el suelo de tierra. La violencia con la que el aire vibra me acelera el pulso y me tensa los nervios de pura expectación. Debo admitir que estoy emocionada. La afluencia de espectadores parece que llenará hasta el último hueco de las gradas, y en torno al foso se respira una atmósfera eléctrica.

—La primera mitad de la velada consiste en una competición de peleas. Pero acaba de terminar —me explica Clive según nos abrimos paso entre la multitud. Ambos miramos por un momento la arena salpicada de sangre—. Cuando acaba una pelea, el que gana pasa a la siguiente y el que pierde queda descalificado. La segunda mitad de la velada se dedica a los combates programados. Algunos de los ganadores de la primera mitad consiguen entrar en el tablero, y ahí es donde se puede ganar pasta de verdad.

Asiento al entender.

—Entonces, si sobrevives a las primeras peleas, puedes acceder al tablero programado. El problema es que no sabes con quién vas a tener que medirte. Pero para cuando logras meter el pie, después de haber estado pegándote con quién sabe cuántos aficionados, igual ya no te quedan tantas fuerzas. Algo que sin duda es una ventaja para quienes ya están en el tablero.

—Así resumido, cualquiera diría que está amañado.

—Tal vez, pero si levantas cierta expectación con las victorias de la primera mitad y luego pasas al tablero, seguro que haces subir las apuestas. Y así, si ganas la última pelea, te puedes llevar a casa un buen dinero.

—Si vives para contar las ganancias.

—Durante el torneo inicial se pelea hasta que el otro queda sometido, ¿verdad? ¿Y después? ¿En el tablero se pasa a las armas blancas?

Clive me mira con una ceja enarcada.

—¿Ya has combatido en sitios así otras veces?

—No para el público —digo—, pero mi maestro y yo solíamos entretenernos con este tipo de luchas. Sin apuestas, solo por pelear. Sé cómo funciona.

—Así es. Durante el torneo abierto se lucha a sometimiento para entrar en el programa, y aquí se combate con armas blancas a primera sangre.

—¿Y está permitido?

—En este recinto se mueve mucho dinero. Las autoridades hacen un poco la vista gorda.

—¿En serio?

—Ya has visto a los tipos que cachean a la gente en la entrada. Aquí los guardias de seguridad son los propios Perros de la Ley.

Me inclino hacia él para hacerle otra pregunta, pero en ese momento noto una mano en el hombro. Es Kai, que me susurra al oído:

—Mira allí, a tu derecha, al otro lado de los dos gorilas con la camiseta negra de Seguridad.

Entrecierro los ojos para enfocar la vista. Dentro de una especie de jaula de cristal, a unos tres metros por encima del escalón superior de las gradas, altura que le concede a su ocupante una espectacular vista de trescientos sesenta grados del atestado foso, está quien solo puede ser Mósí.

No tenía claro qué esperarme, puesto que Ma'ii, enigmático como siempre, no nos la había descrito muy bien, aparte de revelarnos el nombre y el sexo. Sabía que «Mósí» era el equivalente navajo de «gato», por lo que supuse que debía de caracterizarse por algún tipo de rasgo felino, pero ignoraba si lo hacía de la misma manera que Ma'ii se caracteriza por sus rasgos caninos, o si se hacía llamar «gata» por simple extravagancia. Ahora ya he despejado esa duda.

Es baja; alcanzará el metro treinta de estatura o poco más. Teniendo en cuenta la forma demencial en que los clanes se manifiestan aquí, Mósí bien podría ser otra muestra insólita de la sangre *diné*, pero sé que hay algo más. Ese instinto que siempre me avisa cuando hay monstruos cerca ahora me advierte que Mósí es una criatura inhumana. Inmortal. Una criatura distinta.

Tiene unos ojos enormes, demasiado grandes para su cara con forma de corazón y rematada en una frágil barbilla afilada. Unas orejas triangulares de gata asoman por encima del pelo, que por detrás le llega a los hombros y por delante le cuelga en forma de flequillo recto, y unos bigotes despiden reflejos blancos y agrisados entre la nariz plana y la pequeña boca curvada hacia abajo. Luce un vestido de fiesta de un vivo color verde que tal

vez estuviera de moda en las fiestas de algún serial televisivo de la década de los cincuenta del siglo xx, con una amplia falda circular y las mangas infladas. Lleva una visera transparente encima de la cabeza y tiene un lápiz encajado tras la oreja de félido. Todo por mera apariencia, porque sus manitas con forma de garras zigzaguean sobre el teclado que tiene ante sí con una agilidad difícil de seguir. A su alrededor, por fuera de las paredes de cristal, hay cuatro mujeres que permanecen de pie, vestidas con la misma coquetería que su jefa, con unos conjuntos similares de tonos complementarios, y que vocean y aceptan las apuestas como los corredores de bolsa de antaño. Estas sí tienen un aspecto más humano, salvo por las mejillas encendidas propias de su clan.

—Mósí —digo—. ¿Y ahora cómo demonios llegamos hasta ella?

—Creo que no tendremos que esforzarnos mucho.

En nuestra dirección se acercan dos corpulentos guardias de seguridad del clan del Oso. Ambos son enormes y tienen las espaldas anchas y el pelo desgreñado, como los demás miembros de su clan. Uno de ellos es el que me quitó las armas. Me pongo alerta. Clive dice que son Perros de la Ley fuera de servicio. No creo que nos hayan reconocido, pero siempre existe la posibilidad.

—No —me apacigua Kai, consciente de mi temor—. Mira.

Señala la jaula de cristal, desde donde ahora nos observa Mósí, que ignora el tumulto del recinto para centrar toda su atención en mí.

—La jefa quiere verte —dice con una voz resonante uno de los guardias, que me pone su pesada mano en el hombro.

—Aceptamos la invitación con mucho gusto —responde Kai en un tono cordial.

El guardia se ríe.

—Tú no. Nos han dicho que llevemos a la cachorrita de Neizghání. A nadie más.

—¿«La cachorrita de Neizghání»? —No sé si tomármelo como un insulto o como un halago.

—No irá a ninguna parte sin nosotros —protesta Kai.

—Tenemos órdenes de llevarla solo a ella —insiste el guardia.

—Lo sé, pero seamos razonables. No vamos a permitir que os la llevéis sin nosotros, así que deberíais dejarnos acompañaros —dice Kai mirando al guardia a la cara. El bálsamo que me puso en los párpados les confiere a sus ojos un vivo color plateado.

El guardia gruñe y cruza una mirada con su compañero. Cuando este se encoge de hombros, el otro miembro del clan del

Oso lleva la vista más allá de mí. Cuando me giro, veo que Mósí asiente con discreción.

—Está bien, tráete a tus mascotitas, aunque no te servirán de nada en el foso. —Sin más, gira sobre los talones y se aleja en la dirección por donde vino para que lo sigamos.

Miro a Clive, que, también ancho de hombros y repujado de músculos, no deja de tener un aspecto más inocente con ese pelo rizado y esas pecas. Y a Kai, que me estudia como si yo fuera lo más importante del mundo.

—Creo que estáis tarados —les espeto—, y que vais a conseguir que os maten si seguís adelante con esta mierda, pero os agradezco el gesto.

—No es solo un gesto, Maggie —dice Kai—. Tenemos que cubrirte las espaldas.

—¿Clive? —pregunto.

El pelirrojo adopta un semblante solemne.

—Nos salvaste la vida, a mi hermana y a mí. No tienes ni que preguntarlo.

Yo no puedo hacer mucho más, y ellos ya son mayorcitos y pueden decidir por sí mismos. Así que, si quieren seguirme no se sabe adónde, ¿quién soy yo para impedírselo?

—Muy bien —digo. Me palpo el cuerpo para comprobar que las armas siguen en su sitio, pero entonces recuerdo que las dejé en la entrada—. Pues vamos a conocer a Mósí.

La guarida de Mósí, porque no se la puede calificar sino de «guarida», está excavada en el subsuelo, en las profundidades cavernosas del Shalimar. Los guardias nos conducen por una escalera sinuosa que desciende mucho más allá de la sala principal y nos llevan por un pasadizo que parece atravesar la propia tierra roja de Dinétah. Las paredes del túnel redondeado son de roca basta y de tierra compactada, incluidos el techo y el suelo. Avanzamos a través de la oscuridad como los topos. La vista siempre se me ha adaptado bien a la noche, pero incluso yo tengo que dejar que los guías del clan del Oso, que portan sendos faroles de gas, nos indiquen el camino. Desde aquí, procedente de arriba, se perciben el retumbo y el clamor del público. Nos encontramos justo debajo del foso de combate, de forma que no deja de caernos encima un hilo de polvo o de tierra suelta cada vez que alguno de los contendientes se estampa contra el suelo.

Al cabo, llegamos a una abertura donde el túnel se ensancha y da paso a una cueva lo bastante amplia para acogernos a todos, unos al lado de los otros, aunque aún cabrían unas diez personas más. La cueva es redonda y consta de una plataforma que domina el fondo y de un pasillo que dobla una esquina a nuestra

izquierda. El suelo está alfombrado con una amalgama de pieles y, por encima de la plataforma, una serie de roedores pequeños penden del techo por la cola a modo de lámparas decorativas. Entre ellos hay unos cuantos ratones pardos del desierto y varias ratas de las que tanto abundan en Tse Bonito. Cuento también alguna que otra ardilla gris. Todas las alimañas vigilan la cueva con sus diminutos ojos negros e inertes. No puedo contener un escalofrío. Lo insólito da lugar a lo macabro.

Kai está lo bastante cerca de mí para que nos rocemos con el hombro cuando me susurra al oído:

—¿Qué es este sitio?

—No cabe duda de que Mósí es una gata —observo.

Desliza la vista por el techo.

—Eso explicaría lo de los animales muertos, como mínimo.

Repaso mentalmente lo que sé acerca de los gatos, que por otro lado no es mucho. Nunca he tenido uno como mascota y los félidos silvestres de las montañas, como los linces y los pumas, tienden a ocultarse en cuanto detectan mi presencia. A la gata de Grace parecí caerle en gracia, pero tampoco me atrevería a asegurarlo. De hecho, quizá ni siquiera unos conocimientos amplios sobre el mundo de los felinos me servirían para comprender a Mósí, si bien es cierto que saber lo fundamental sobre el comportamiento de los coyotes me ha ayudado a entender a Ma'ii en más de una ocasión.

Nuestra anfitriona baja por la escalera de caracol que desciende hasta la plataforma del fondo, haciendo arremolinarse el vestido verde de fiesta. Supongo que en la parte alta de esa escalera está la jaula de cristal con vistas al foso de combate. No sería la mejor ruta por donde escapar, ya que no sé cómo podría romper las paredes de cristal, pero parece ser la única vía por donde abandonar la cueva, aparte del pasadizo por el que hemos llegado. Si fuera necesario, ya vería cómo echar abajo esos cristales.

Mósí se detiene por un momento en el último escalón para evaluarnos. Es mayor de lo que imaginaba. De lejos parecía joven, pero ahora alcanzo a ver las vetas cenicientas de su cabello moreno, así como las arrugas finas que nacen de las comisuras de sus párpados y de su boca. Aunque, ¿qué importancia puede tener la edad para una criatura inmortal? La verdadera pregunta es por qué Mósí se ha decantado por esa fachada en concreto. ¿Qué espera conseguir con ese aspecto de señora mayor? Si así pretende hacerme creer que se preocupa por mí, no le está funcionando.

Nos observa a todos antes de centrar la atención por un

instante en Kai. Le sonríe, como si lo hubiera reconocido. Es curioso, pero a menudo Kai hace reaccionar a los demás de algún modo extraño, sobre todo a los Bik'e'áyée'ii. Esta es una más de esas ocasiones.

Al cabo, Mósí se fija en mí. Me hace señas para que me acerque al estrado, donde hay amontonadas varias pieles de conejo. Cuando llego allí, mis mocasines se hunden silenciosos en la mullida alfombra peluda.

—Bienvenida, hija —dice con una voz que suena como un ronroneo inquisitivo—. Deja que te vea.

Me detengo bajo la penumbra de la caverna y dejo que me mire.

—Creía que los gatos veían en la oscuridad —la reto.

—Así es, hija. Y también oímos los latidos de vuestro corazón. Y lo olemos cuando os excitáis, entre otras muchas cosas. —Olisquea el aire, agitando apenas la nariz.

No me parece muy horripilante. Espero a que deje de caminar a mi alrededor, lo bastante cerca de mí para rozarme los brazos con los bigotes.

—De modo que tú eres el arma de Neizghání, su hija belicosa.

Otra vez Neizghání. Puede que no se deba tan solo a mi reputación. Puede que Ma'ii le haya hablado a Mósí acerca del que fuera mi maestro.

—¿Qué te ha contado Coyote?

—Oh, no es Ma'ii quien me ha hablado de ti. Sino la madre.

—¿La madre de Neizghání? ¿Mujer Cambiante? —Nunca había considerado la idea de que la madre de Neizghání supiera nada de mí, y menos aún la de que le hablara de mí a nadie.

—Mmm… Eso es. Siempre se ha mostrado amable con nosotros, con el Gato, con el Bisonte, con el Ciervo… Incluso con el Coyote. Y somos nosotros quienes le hacemos compañía en su Casa del Oeste, no vosotros los cincodedos, con vuestros problemas y vuestras trifulcas.

Creo que espera que me sienta desairada, pero la mera idea de pasar un solo minuto de mi tiempo junto a Mujer Cambiante me parece sobrecogedora. No porque sea un miembro del Pueblo Sagrado y, por tanto, posea unos poderes que yo ni siquiera alcanzo a concebir, sino porque Neizghání es su hijo.

Mósí sonríe al verme palidecer.

—Oh, no temas. No hablamos de nada que no se supiera.

—¿Y eso qué significa?

—Eso es. —Se toca la nariz con un dedo y señala primero mi corazón y después mi entrepierna—. Eso es.

Ahora sí, horripilante a más no poder. Se me empieza a agotar

la paciencia, ya de por sí limitada. No estoy de humor para jugar a las adivinanzas con una gata. Hemos venido por una razón, que no es la de analizar la relación que había entre Neizghání y yo con otra Bik'e'áyée'ii entrometida y chismosa. No tengo ni idea de por qué a todos les interesa tanto, pero ahora no es el momento.

—¿Te dijo Ma'ii por qué queríamos hablar contigo?

Mósí ladea la cabeza, andando todavía en torno a mí. Me dan ganas de agarrarla y atenazarla. Me tiembla la mano del esfuerzo que hago para no moverla.

—Dijo que tenías algo —continúo—. Algo con lo que se pueden crear monstruos.

—¿Antes estabais entre el público? ¿Habéis disfrutado de las peleítas?

La evasiva me hace parpadear.

—Llegamos tarde y no las hemos visto —admito—. Pero en cuanto a esa cosa, Ma'ii dijo que era una lezna flamígera y…

—Los gatos somos depredadores, por supuesto, no verdaderos luchadores. Oh, luchamos cuando nos vemos acorralados, pero preferimos acechar a la presa. Es la persecución lo que nos deleita.

Deslizo los ojos hacia Kai. Él se maneja mejor con las palabras y Mósí parecía estar más interesada en él que en los demás. Quizá él consiga encarrilar a la Gata.

Cuando Kai me ve mirarlo, carraspea y da un paso hacia nosotras.

—¿Estas son tus presas? —pregunta mientras señala los roedores que cuelgan del techo. Mósí se detiene en seco y lo mira. Por un instante, tengo la impresión de que va a abalanzarse sobre él, pero en vez de eso, se echa a reír. Es una risa estridente y áspera que se prolonga lo suficiente para que Kai acabe girándose hacia mí con una expresión de desconcierto entre sus facciones delicadas. No tengo ni la más remota idea de por qué a la Gata le ha entrado una risa tan histérica, así que me encojo de hombros.

—No, bobito —responde Mósí cuando se serena y recobra el aliento—. Estos son los regalos que me han hecho mis amigos. —Se acerca al tropel de gatos domésticos que se pasean a sus anchas por la cueva—. Los cuelgo aquí en señal de respeto.

—¿Como esas madres que cuelgan los dibujos de sus hijos de la puerta del frigorífico, pero con un toque horripilante? —pregunto.

Mósí sonríe, un gesto desagradable que deja al descubierto sus alargados dientes delanteros.

—Te pido que me disculpes, Mósí —dice Kai sin inmutarse—. Debería haber sabido que una gran cazadora como tú tendría otras presas más valiosas.

—Mmmmmm —conviene la Gata. Me mira a mí por un segundo antes de volver a poner su atención en Kai para escucharlo.

—Hemos venido porque Coyote nos dijo que tenías algo que podría ayudarnos a averiguar quién está creando a los monstruos que están sembrando el pánico en Dinétah.

Kai se coloca también en la alfombra de pieles de conejo. Alarga el brazo, le coge la mano y tira de ella con delicadeza para invitarla a sentarse con él en el pelo suave de los roedores muertos. Me hace señas para que me siente con ellos y, a regañadientes, me agacho hasta apoyarme sobre los talones. Kai hace un gesto con la otra mano para que también Clive se siente.

—Mmmm… Eres un joven muy agradable —murmura Mósí sin dejar de observarlo. Desliza la mano arriba y abajo por la manga de terciopelo de la camisa de él antes de volver a entrelazar los dedos de Kai con los de ella—. Sí, un joven muy agradable. Le aportarás una curación muy fuerte al Pueblo. Sí, se la aportarás. Si sobrevives. —La Gata me mira y ríe entre dientes, como si la idea de que Kai sobreviva fuera una broma.

Kai se queda lívido pero mantiene la sonrisa. Le aprieta la mano a la Gata desquiciada como si esta fuera una conversación de lo más normal.

—¿Has oído hablar de los monstruos? —le pregunta.

—Algo he oído.

—Son malvados y carecen de inteligencia. Matan a los niños. A las madres y a los padres. A los hermanos y a las hermanas.

—¿Y vosotros queréis matar a quien ha hecho eso?

—Sí —respondo yo.

Los ojos de Mósí rotan hacia mí.

—Eso es, hija belicosa. Tú eres una cazadora, al igual que yo. Ansías paladear la sangre de tus enemigos, oír como el cuello se les parte entre tus mandíbulas.

Kai tose al oír la cruda descripción, y debo admitir que yo no lo habría expresado así, aunque tiene su parte de razón.

—¿Vas a ayudarnos?

Mósí frunce los labios, ahora la viva imagen de la consternación.

—No es tan fácil. Veréis, ya me han pedido lo que deseáis.

—¿Quién? —pregunta Kai.

—Acudió a Mósí, primero con amenazas. Pero le dije que no, me pertenece por derecho, se me trajo a modo de presente.

¿Arrebatarle un presente a alguien a quien se le entregó de forma voluntaria? La Madre no lo permitiría. Por eso, me han ofrecido grandes riquezas a cambio, pero ¿de qué les sirven las riquezas a los gatos?

Me muerdo el labio para no recordarle lo evidente. Esta gata en concreto regenta una casa de apuestas.

—Le dije lo mismo que os diría a vosotros —continúa.

—¿Que es…? —pregunto.

—Debéis luchar por ello. En mi foso.

—¿Eso es todo? —digo. No es nada que no hubiera planeado hacer de todas maneras antes de que Kai apareciese con las entradas.

—Maggie, espera —me advierte Kai—. No sabemos qué…

—Acepto.

Kai se levanta y hace que me aleje unos pasos con él para mantener un aparte. La Gata me mira y esboza una sonrisa de depredador.

—No creo que sea buena idea —me susurra Kai intranquilo—. Todo esto me da muy mala espina.

—Ma'ii dijo que este era el modo de dar con el brujo.

—¿Y te fías de él?

—No, pero ¿no estamos aquí por eso?

—Solo digo que no es buena idea que te metas en el foso.

—Puedo apañármelas en el cuerpo a cuerpo. De todas las cosas de las que cabría preocuparse, esta es la que menos me preocupa.

—Será el último combate de la noche —aporta Mósí.

Me da igual si es el último o el primero. Y, en el fondo, estaba deseando saltar a la arena desde que supe de su existencia. El ambiente de violencia me resulta familiar, cómodo. Es algo que entiendo. Me aparto de Kai y vuelvo con Mósí.

—Acepto.

—Sí —ronronea la Gata con un destello en los ojos. Levanta la voz para llamar a los guardias—. Sed testigos: la hija belicosa de Neizghání ha jurado entrar en el foso. Este es un juramento que no habrá de incumplir, so pena de afrentar a los Diyin Dine'é.

—Somos testigos —recitan con solemnidad los guardias al unísono. La sonrisa de Mósí refleja tal satisfacción que casi puedo ver unas plumas escapársele de la boca. Aquí ocurre algo.

—¿Qué me estoy perdiendo? —le pregunto a Kai, que menea la cabeza, tan perplejo como yo.

—Maggie —dice Clive por detrás de nosotros. Miro de soslayo hacia la entrada, junto a la que sigue sentado. Las pecas resaltan lo pálido que está, y hasta los labios se le han puesto blancos—.

Antes no te lo comenté, pero el último combate no es a primera sangre. Es a muerte.

Capítulo 30

—Sea lo que sea, no merece la pena morir por esto.

Kai camina en círculos, más alterado de lo que lo había visto nunca. No para de darles vueltas a los anillos de la mano derecha, uno tras otro, volviendo a empezar de nuevo por el primer dedo al acabar con el último. Sus botas de piel de cabritilla levantan leves nubes de polvo cada vez que gira sobre los talones. Sus ojos, como dotados de vida propia, vuelven a irradiar un resplandor plateado.

Yo estoy sentada en el suelo, observándolo casi hasta divertida. Nos encontramos en una celda alargada y estrecha con dos entradas. La puerta del fondo da a un pasillo circular que rodea el foso de combate; la otra, a una valla de tela metálica que al abrirse se comunica directamente con el foso. Los guardias de Mósí nos sacaron de la guarida de la malvada gatita y nos trajeron aquí cuando me comprometí a pelear. Kai insistió en que debía acompañarme e, inclinando su cabeza de félido, gesto que no le sirvió para parecer más inocente, Mósí accedió. Sin embargo, echó a Clive de la cueva para que volviera al recinto y disfrutara en primera fila de la inminente carnicería.

—Gracias por el voto de confianza —le digo con desabrimiento a Kai mientras juguetea con el enorme adorno turquesa que lleva en el dedo corazón. Deja de darle vueltas nerviosamente y me mira de soslayo con desdén.

—No es eso. Me refiero a que nadie tendría que morir por este asunto.

—Eso no lo sabemos. —Tengo las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la pared, y no podría estar más tranquila. La verja metálica deja pasar el estruendo del recinto, en el que se distingue el clamor desgarrado de los espectadores, que gritan sus apuestas cuando no exigen ver sangre.

—Sí lo sabemos —replica Kai. Hace girar otro aro. Se aleja unos pasos antes de darse media vuelta y volver a acercarse a mí —. Quiero decir, sé que así podríamos descubrir quién es el brujo, pero tiene que poderse hacer de alguna otra manera.

—Kai, déjalo. Ya está hecho. No me pasará nada.

—Eso sí que no lo sabemos.

Enarco una ceja.

—¿Cómo? ¿No me crees capaz de ganar una pelea? Has herido

mis sentimientos.

—¿No puedes hablar en serio por una vez?

—Clive dice que los Perros de la Ley se desentienden porque aquí la gente viene por decisión propia, y porque se llevan una buena tajada de lo que gane la casa.

—No son los policías lo que me preocupa.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

Kai me observa incrédulo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila cuando vas a tener que luchar a muerte? Aunque sobrevivas, vas a tener que quitarle la vida a tu oponente.

—No sería la primera vez.

—¡¿Que no sería la…?! —resopla.

—Y tampoco hace tanto de la última.

—¡Esto no es un juego!

Exhalo ruidosamente.

—Creía que ya habías aceptado mi «naturaleza letal». Dijiste que no te importaba que sea Flecha Viviente. Que para ti no suponía ningún problema ser el socio de una asesina.

Se para en seco, consternado.

—Y es culpa mía, ¿verdad? Yo te empujé a disparar a Brazo Largo. Dios, yo te empujé a matarlo. Si no hubiera sido tan insensato… —Encorva el cuerpo, extenuado. Se acerca para escurrir la espalda por la pared y sentarse con las piernas cruzadas a mi lado. Menea la cabeza, devastado por la muerte del Perro de la Ley. Estamos tan cerca el uno del otro que podríamos tocarnos con el hombro, pero no lo hacemos.

—Los poderes de mis clanes consisten en matar, del mismo modo que los de los tuyos consisten en curar. —Extiendo las palmas de las manos y encojo un poco los hombros—. Es lo que soy. Creía que lo tenías asumido.

—Sí, monstruos. Matar monstruos, darles caza a los brujos, ayudar a la gente inocente…

—Antes lo veía todo o blanco o negro, pero ahora… No sé. Lo veo de otra manera, ¿sabes? Desde que Neizghání se marchó. Siento que ya no distingo a los monstruos de la gente buena, así que me limito a apretar el gatillo y a dejar que sea otro el que arregle el fregado.

—No creo que hables en serio.

—O tal vez sí. Tal vez yo no me cuente entre la gente buena. —Me viene a la cabeza lo que sucedió en Black Mesa—. Tal vez haga mucho tiempo que no tengo nada de buena.

—Claro que eres buena. Vi lo que hiciste en Rock Springs. Salvaste la vida de otros.

—Estuve a punto de hacer que Rissa muriera.

—Le salvaste la vida.

—No, yo no salvé a nadie. De eso te encargaste tú. Te lo vuelvo a decir: yo no soy ninguna heroína, Kai.

—Para ser una heroína no hace falta que seas perfecta, sino que estés dispuesta a hacer lo correcto, a hacer todo lo posible por proteger a la gente que te importa. Y estabas dispuesta a sacrificarte para que así fuese. Me da igual lo que digas para intentar negarlo. Yo también estaba allí. Lo vi con mis propios ojos.

Guarda silencio y extravía la mirada en la pared de enfrente. Me inclino hacia él y, ahora sí, lo toco con el hombro. Quiero darle las gracias por toda la fe que tiene en mí. No me la merezco, no sé muy bien qué hacer con ella, pero se lo agradezco de todas formas. Doy por hecho que no tardará en apartarse de mí, pero lo único que hace es mirar por un momento nuestros hombros en contacto.

Nos quedamos así sentados un rato más, oyendo la gritería amortiguada del público, que vitorea a dos contrincantes decididos a derramar la sangre del otro.

Al cabo de un rato, Kai me pregunta en voz baja, con aire ausente:

—¿Quién te metió toda esa basura en la cabeza?

Me aparto de un respingo.

—¿Cómo?

Se gira hacia mí. Pese a su aparente calma, sus ojos son dos tormentas que se están gestando bajo la superficie del mar. Me estremezco e intento centrarme, pero su repentino cambio de actitud me ha descolocado por completo.

—¿Quién te convenció de que no eres más que una asesina? —me pregunta, ahora con una voz más firme—. ¿De que Flecha Viviente es una especie de maldición? ¿De que tu pasado te convirtió en algo parecido a un monstruo?

—Es… Es… —balbuceo en un intento de argumentar una razón—. El mal es como una enfermedad —comienzo.

—Entonces ¿crees que eres una mala persona?

—No, pero si se te mete y…

—¿«Si se te mete»? Maggie, ¿tú te oyes? Puede que lo que te ocurrió fuera malo, pero eso no significa que tú seas mala. Y de aquel suceso malo surgió una bendición, no una maldición.

—No creo que…

—Pero antes sí lo creías, ¿verdad?

Recuerdo cuando pastoreaba las ovejas para mi abuela, y el pijama rosa con corazones en la espalda. Recuerdo cómo nos

reíamos viendo pelis del Oeste. Pero también recuerdo otras cosas.

—No durante mucho tiempo.

—¿Sabes? Tah te ponía por las nubes. Siempre hablaba maravillas de ti, empeñado en convencerme de que salvarías a nuestro pueblo. Para él eras una heroína.

—Tah siempre se…

—¿Fue Brazo Largo quien te llevó a pensar así? Recuerdo lo que te dijo. ¿Te tragaste el veneno que tanto le gustaba escupir a ese desgraciado?

—Claro que no.

—Entonces ¿quién? ¿Neizghání? ¿El maestro del que te niegas a hacer el menor comentario cada vez que alguien menciona su nombre? ¿Te dijo que estabas envenenada, que habías nacido para matar o algo así? ¿Te convenció de que nunca podrías tener amigos? ¿De que nadie podría amarte?

—¡Para ya! No es así. Tú no lo entiendes.

Se produce un estruendo en el foso, señal de que la lucha ha concluido. Nos giramos y nos incorporamos para intentar ver quién ha ganado. Y perdido.

—Pues déjame entenderte —me susurra con un urgente hilo de voz cuando se vuelve hacia mí—. Te escucho. Déjame entenderte.

¿Qué puedo decirle? ¿Que es la única vida que conozco? ¿Que es lo único que se me da bien? ¿Que saber matar es lo único que hace que valga la pena para Neizghání? ¿Que Neizghání es lo único que hace que valga la pena para nadie?

—No… No puedo —digo—. No sabes cómo ha sido mi vida. Tú tienes amigos. La gente te aprecia. Ya has visto cómo reacciona la gente cuando me tiene cerca.

—También hay gente a la que le gusta partirme la cara —me recuerda con ironía—. Los Urioste, los Perros de la Ley… ¿Te refieres a ellos?

Tengo que reírme.

—Oh, Dios, eso también es cierto.

Kai suspira y asiente. Después toma aire despacio y me mira, de nuevo con expresión seria.

—Es una de las primeras lecciones que me enseñó el abuelo: los poderes de los clanes son un regalo, no una maldición. Puede que nos cueste entenderlos, que no sepamos por qué solo se nos conceden a algunos de nosotros ni cuál es su verdadero potencial, pero no le cabía ninguna duda de que son un instrumento con el que afrontar los tiempos oscuros, la llegada de los monstruos. Y, como ocurre con cualquier otro

instrumento, se pueden emplear para hacer el bien o para hacer el mal. Un hombre bueno utilizaría un martillo para construir una casa, mientras que un hombre malo lo utilizaría para matar a su vecino. Pero el martillo es el mismo.

—Yo tengo más de pistola que de martillo. Soy un arma. Me fabricaron para matar.

—Pues sé una pistola, entonces. Pero una pistola que se use para proteger y no solo para destruir. O para ninguna de las dos cosas. Si fundes una pistola, solo queda el metal, al que puedes darle la forma que quieras. En ningún sitio está escrito que no puedas hacer igual contigo misma.

—Entiendo lo que me quieres decir, pero no me conoces. En realidad, no. No sabes las cosas por las que he pasado, ni las cosas que he hecho. —Los ojos grises que se apagan cuando abro la garganta con el cuchillo. La hoja ensangrentada que limpio en el abrigo del muerto. Brazo Largo, con la cara reducida a una masa de carne picada. Y la niña, cuya cabeza echó a rodar ladera abajo.

Y otras cosas. Muchas otras cosas.

—No hace falta que las sepa —dice Kai—. Las cosas que hayas hecho, tu pasado, no son más que una historia que te cuentas a ti misma. En parte es verdad, pero en parte también es mentira. —Me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos.

Frunzo el ceño y me echo atrás.

—¿Crees que estoy mintiendo?

Con un tono de voz insoportablemente amable me responde:

—Solo a ti misma.

Es lo mismo que me dijo Ma'ii, pero ahora no tengo tiempo para darle vueltas a la coincidencia. La puerta del fondo se abre de golpe. Nos giramos para mirar. Es uno de los guardias del clan del Oso. Nos levantamos cuando entra y lo vemos cruzar la celda para abrir la verja de tela metálica con una llave. Kai me coge la mano y me la aprieta con fuerza. Se lo permito. Puede que incluso yo también le apriete la mano un poco a él.

—Dos minutos —gruñe el guardia, que me entrega un cuchillo. No tardo en darme cuenta de que es mi Böker: dieciocho centímetros de acero afilado, ligeramente curvo, más pesado por arriba para poder descargarlo con mayor fuerza. Han abierto mi caja.

El guardia sonríe.

—Da gracias por que se te permita usarlo. Pero Mósí supuso que lucharías mejor con tus propias armas, y quiere ofrecerle al público un buen combate.

Me guardo el cuchillo en la funda vacía del cinturón.

—Anunciarán tu nombre, y entonces saldrás. Un poco de espectáculo siempre viene bien, hace que suban las apuestas. Como eres una chica, todo el mundo está apostando contra ti y, en fin… —Suelta una risita maliciosa.

—En fin ¿qué? —pregunto.

—¿Quién va a apostar contra él?

—¿Contra él? ¿Quién es «él»?

El guardia extiende con socarronería sus labios finos.

—¿Todavía no te imaginas a quién te vas a enfrentar?

—No.

—El público está deseando ver esta pelea.

Lo miro sin entender.

—Solo hace un momento que me he ofrecido para luchar. ¿Cómo es posible que la gente ya esté deseando verla?

El guardia se ríe.

—Mósí sabía que vendrías. No ha parado de hacer correr la voz desde que el Coyote le trajo esa cosa por la que vais a enfrentaros.

—¿Qué? ¿Ma'ii le trajo a Mósí la lezna flamígera?

—Aunque Mósí tenía algunas dudas sobre tu rival —añade el guardia—. Pese a las promesas del Coyote, no estábamos seguros de que finalmente apareciera. Pero el Coyote no se equivocaba.

—Ma'ii. Estás hablando de Ma'ii.

—¿Por qué iba Ma'ii a traerle a Mósí la lezna flamígera en vez de dárnosla a nosotros directamente? —pregunta Kai, tan estupefacto como yo. Lo miro preocupada. ¿Qué está tramando el embaucador?

—Y nos aseguró que tú también vendrías —dice el Oso—. Que no podrías negarte. Te tiene calada, amiguita.

Ignoro esto último.

—De modo que todo esto es obra de Ma'ii.

El tipo del clan del Oso encoge sus hombros abultados.

—No sé qué tendrán planeado Mósí y él. Lo que sí sé es que va a ser un combate histórico. Aunque… —Me mira de arriba abajo, sin duda intentando decidir si apostar por o contra mí— si lo que se cuenta sobre ti es mentira, será un baño de sangre.

—¿«Un baño de sangre»? —Se me cae el alma a los pies—. ¿Contra quién demonios voy a luchar?

Sin embargo, el guardia no tiene tiempo de contestarme. Están anunciando mi nombre.

Capítulo 31

Entro en la arena.

El griterío me abofetea los sentidos. La sangre se me dispara por las venas y me azota los oídos, reduciendo el estruendo a un bramido sordo. Escudriño la multitud, que abarrota las gradas y vocea enfebrecida, pero no puedo verla muy bien con los focos cegadores apuntándome a la cara. Mósí parece una silueta dentro de su jaula de cristal, y también es así como veo a Clive en el sitio que debía ocupar. Kai se ha perdido en la penumbra de la celda, donde espera con la bolsa de sus bálsamos y sus oraciones, por si me hicieran falta.

En ese momento un destello me llama la atención. Es Ma'ii, con su traje azul claro y naranja. Hace girar una varilla manchada de hollín entre las garras de sus dedos, mientras sonríe. Me lleva un momento deducir lo que es.

Se toca con la lezna el ala del sombrero de copa, a modo de saludo. O de despedida.

Y ahora lo sé. Sé quién me espera en el otro lado del foso una fracción de segundo antes de que anuncien su nombre.

—¡Naayéé' Neizghání!

Sale del túnel del extremo opuesto y el público se sume en un rapto mudo. Es tan impresionante como lo recuerdo: guapo, sí, pero feroz e indudablemente antinatural; la melena de ébano le llega a la cintura y le cuelga suelta sobre la espalda; los ojos oscuros recuerdan a los momentos que preceden al alba; el rostro es la obra de un maestro escultor, con los pómulos afilados, la nariz aguileña y las cejas pobladas; en el pecho, que hoy no lleva protegido con la armadura de sílex, destacan unos músculos rocosos y el elegante tatuaje de un rayo sobre el corazón; las piernas fornidas están cubiertas por un pantalón de cuero fino; y los pies, por unos mocasines de caza tradicionales. Es por entero el héroe legendario, emergido de las fábulas para saltar al foso y enfrentarse a mí.

El silencio se impone cuando entra en la arena, grácil y letal. Lo conozco, me he formado con él durante años y he jurado matarlo esta noche, y aun así también yo me quedo boquiabierta y pasmada en su presencia. Cuando levanta el brazo veo que empuña una daga de rayos, una versión reducida de su espada icónica. Sonríe. El estruendo resurge, la grada corea su nombre.

Me mira, perforándome con esos ojos espantosos, y su sonrisa pasa a adquirir un aspecto amenazador como el sol naciente.

—*Yá'át'ééh*, Chíníbaá. —Su voz se alza sobre el alboroto del público, arrollándome como un trueno—. No esperaba encontrarme contigo hoy.

Intento pensar por un momento, pero no acierto sino a preguntar:

—¿Por qué?

Mi voz suena tensa como la piel de un tambor. Estoy tiritando, un hilo de sudor se me descuelga por la espalda y tengo las manos tan mojadas que a duras penas podría empuñar el cuchillo. Mósí está diciendo algo acerca del combate, anunciando las apuestas o las reglas o alguna otra cosa irrelevante. Lo único en lo que consigo pensar es en el hombre que tengo delante de mí. Un millón de preguntas se me agolpan en la cabeza. Quiero correr hacia él y estrecharlo entre mis brazos, aferrarme a él y no soltarme nunca. Quiero hundirle el cuchillo en el corazón y provocarle el mismo dolor que él me provocó a mí. Pero, sobre todo, quiero saber por qué. ¿Por qué me abandonó? ¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí? Sencillamente… ¿por qué?

Se ríe, y su risa es un grave retumbo terroso.

—¿Dónde, si no, iba a estar? He venido a reclamar lo que me pertenece, haciendo correr la sangre si es preciso. La pregunta sería más bien ¿por qué estás aquí tú? La muerte les llega a todos los cincodedos tarde o temprano —prosigue—. ¿Estás segura de que esta es tu hora?

Intento responder, pero no me sale la voz. El corazón me vapulea el pecho con la fuerza de una taladradora.

Neizghání levanta los brazos y acalla al público. Una luz llamea en la punta de la daga.

—¡Que nadie diga que Neizghání no conoce la piedad! —grita para después girarse hacia mí—. Puedes retirarte, Chíníbaá.

—¡No! —El grito procede de la jaula de cristal: Mósí—. Has contraído un compromiso con esta casa, al igual que ella. No podéis renunciar a luchar sin provocar la ira de los Diyin Dine'é.

Neizghání levanta la barbilla para responder a la Gata.

—¿En qué me afecta a mí la ira de los dioses? ¿Va a darme la espalda mi madre? ¿Va a fulminarme mi padre? No tengo miedo. —Me mira a mí, pero actúa para el público—. Y tú, Chíníbaá —dice con una sonrisa cómplice—, ¿tú tienes miedo?

Trago saliva. Me lamo los labios secos y me recuerdo a mí misma por qué estoy aquí.

—Ma'ii nos ha engañado a los dos. Es él quien tiene la lezna

flamígera.

Neizgháni me mira sorprendido.

—Claro que es él quien tiene la lezna del Dios Negro. Se la robó a mi madre, que la guardaba en la Casa del Oeste. Ha prometido devolvérmela cuando terminemos aquí.

—Pero… —balbuceo, desesperada por asimilar esta nueva revelación. ¿Neizgháni lo sabía? ¿Significa eso que yo tenía razón y él forma parte de todo esto? ¿O significa que la lezna no tiene nada que ver con los monstruos? De ser así, ¿cómo…?

El clamor de los espectadores es demasiado apabullante. Exigen que derramemos nuestra sangre. Me resulta imposible pensar.

Neizgháni me mira con altivez, casi apenado.

—Abandona la lucha, Chíníbaá. Vete a casa.

—No. —Sé que es irracional por mi parte, que no tengo ninguna necesidad de enfrentarme a Neizgháni. El escaso juicio que aún conservo me dice que Ma'ii está detrás de todo esto, que la promesa de la lezna flamígera solo era un cebo para traerme aquí y obligarme a vérmelas con Neizgháni. Me la ha jugado y la única forma de frustrar los planes del embaucador es irme de aquí. Pero no puedo. El orgullo, el miedo y una explosión de rabia me lo impiden.

El guardia del clan del Oso estaba en lo cierto. Ma'ii me tiene calada.

Yergo el cuerpo. Deslizo la vista por la grada y pienso en lo que dijo el Oso acerca del espectáculo que el público espera ver. Me sereno, me trago el miedo y el asombro, y me mentalizo para lo que viene ahora. Saco la cadera, levanto el Böker y, con una seguridad de la que Kai se sentiría orgulloso, empiezo a limpiarme las uñas. Con despreocupada parsimonia. Con los dieciocho centímetros de acero cortante.

—Puede que seas tú quien debería rendirse —le sugiero—. ¡Que nadie diga que yo, Chíníbaá, no conozco la piedad!

La bravuconada no podría sonar más ridícula, pero surte efecto. El público rompe a rugir. Y ahora incluso corea mi nombre. «¡Chíníbaá! ¡Chíníbaá!». No con tanto apasionamiento, pero algo es algo.

Neizgháni frunce el ceño.

—¿A qué juegas? —Ahora habla a media voz, solo para mí.

—Me abandonaste —siseo—. Creí que ya no volverías nunca. —Caigo en la cuenta de algo—. ¿Pensabas volver? ¿Alguna vez?

Ni siquiera tiene la decencia de fingirse arrepentido. Se limita a mirarme a los ojos. Es un hijo de puta. Y entonces descubro que ya no estoy asustada. Ahora estoy cabreada.

—¡Luchemos! —bramo con los brazos levantados. El público se convierte en mi eco y vuelve a entonar mi nombre, esta vez al borde del frenesí.

Neizghání menea la cabeza.

—Eres muy testaruda —masculla. No se siente cómodo.

—Ya deberías saberlo —le espeto. Quizá haya sonado un poco infantil, pero me da igual.

—Recuerda que ha sido decisión tuya. —Junta las manos con una palmada resonante—. Sin piedad, entonces. ¡Luchemos!

Y suena la campana.

Le lanzo un golpe.

Neizghání me bloquea y me empuja hacia atrás con un buen juego de pies. Pero yo también sé moverlos.

Nos rodeamos el uno al otro, midiéndonos. Golpear, parar, otra vez. Esta danza violenta ya es para mí lo más natural. La repetimos millares de veces para practicar.

Él llega el doble de lejos que yo. Me tira un corte, perezoso, que me alcanza en el brazo descubierto. El filo helado de la daga me muerde la piel, que no tarda en arderme, mientras un hilo de sangre se descuelga por el bíceps. Él ya me habría ganado a primera sangre. Así de fácil.

No espero más. Invoco los poderes de mis clanes. Una llamarada líquida me recorre las venas, como si estuviera bebiendo fuego, y el tiempo parece ralentizarse según gano velocidad. Mis músculos se flexionan y vigorizan, creciendo aprisa. El poder me enardece, me hace volar. Y ahora somos casi iguales. Pero la cuenta atrás de mis poderes ha empezado, y Neizghání viene hacia mí de nuevo.

Se me echa encima con la intención de tirarme al suelo. Espero hasta el último momento, y entonces introduzco el pie para barrerle las piernas y dejar que la inercia lo derribe. Gruñe al golpearse contra la tierra, sorprendido. Adelanto el cuchillo y lo impulso contra sus riñones, pero él se aparta rodando y yo solo consigo pinchar el aire.

Se ha levantado de nuevo y tiene los ojos como platos de pura incredulidad.

—¿De verdad te has propuesto matarme?

—Esa es la idea. —Sé que no me había visto moverme así de rápido desde aquella primera vez, y ya no soy una niña aterrorizada. Él se encargó de que no volviera a serlo.

Ahora está al fondo de la arena y al instante siguiente lo tengo encima. Esta vez sí se espera que yo reaccione con agilidad. Me atenaza entre sus brazos enormes y me empuja para echarme al suelo. Me resisto clavándole las uñas y empujándolo en sentido

contrario. Gruñe y tensa los músculos, hasta que me levanta y me estampa contra la tierra. Se me corta la respiración y jadeo en busca de aire.

La grada prorrumpe en aullidos y él se ríe y levanta los brazos con dramatismo en respuesta a los gritos. Después me dedica esa misma sonrisa a mí. Ni siquiera le cuesta respirar.

—Lo echaba de menos —dice—. Te echaba de menos. Vuelve conmigo.

Me quedo tirada en el suelo intentando recobrar el aliento, intentando entender sus motivos, intentando determinar su siguiente llave.

—Me abandonaste.

Pese a su gesto inocente, su voz suena burlona.

—Necesitaba tiempo.

—¿Un año?

—El tiempo vuela, aunque no parece haber pasado por ti. —Repara en mi pecho, demasiado descubierto después de haberlo arrastrado por la tierra—. De hecho, incluso diría que ha sido generoso contigo. —Estira la sonrisa y se echa la melena por detrás del hombro—. Quizá tendrías que darme las gracias.

—Que te jodan —le suelto y, acto seguido, ruedo, impelo el cuchillo y se lo hundo en la pierna.

Todo asomo de ironía se le borra de la cara cuando aprieta los dientes y contiene un aullido de dolor. Me coge del antebrazo y me levanta del suelo de un tirón. Por un momento, me quedo colgada de su mano como un pez de un anzuelo, y después me lanza a lo lejos.

Hago aspavientos con los brazos mientras vuelo, pero esta vez consigo apoyarme sobre los codos en lugar de caer de plano sobre la espalda. El cuello se me tuerce hacia atrás dolorosamente, aunque todavía tengo el cuchillo en la mano.

Neizghání me asesta un golpe brutal con la empuñadura de la daga, y noto que algo se me rompe en la muñeca.

Profiero un grito, y un espasmo de agonía me obliga a estirar los dedos y soltar el arma. Neizghání le da un puntapié al Böker, que se aleja brincando hacia el fondo del foso, donde ya no lo alcanzo. Recojo contra el pecho la mano inútil e intento echar a rodar, pero él me detiene y se me sienta a horcajadas en el estómago, presionándome la espalda contra la tierra.

Levanto las caderas y paso las piernas en torno a su pecho, inmovilizándole los brazos. Se retuerce para liberarse, pero consigo retenerlo. Impulso las caderas hasta que lo obligo a inclinarse hacia atrás, y aprovecho la inercia para incorporarme. Por un momento, nos quedamos sentados y enredados el uno en

el otro, frente a frente.

Mi posición es más ventajosa, pero no puedo mover la mano, de modo que opto por lo único que se me ocurre: le aporreo la nariz con la cabeza. Salta un chorreón de sangre, a la vez que lanza un bramido y libera los brazos de una sacudida. Como si yo no pesara nada, me proyecta hacia el otro extremo de la arena.

Me golpeo contra la tierra, de tal manera que el hombro se me aplasta y la cabeza me rebota en el suelo. Me quedo allí tendida, atolondrada. Está jugando conmigo. Claro que está jugando. Pese a los poderes de mis clanes, no soy rival para él. Para Neizghání esto solo es un pasatiempo. Pero he hecho que se enfurezca, y el juego se ha terminado.

Tengo que reaccionar.

Sin embargo, me es imposible. Se me ha roto algo y el cuerpo ya no me responde como necesito.

El corazón me martillea el pecho con una contundencia resonante, tanto que es lo único que oigo. El clamor del público me llega amortiguado como el rumor incierto de un vendaval lejano. Parpadeo, pero despacio, muy despacio. Los poderes de mis clanes se han agotado, se han consumido por completo bajo la presión de la lucha, y ahora no puedo ni moverme. Conmocionada, indefensa y malherida, no puedo sino ver como Neizghání se acerca a mí.

Ya solo mantenerme consciente me supone un desafío. Un velo negruzco comienza a taparme la vista.

Creo que veo a Kai, forcejeando con los guardias del clan del Oso, gritando algo que no oigo. Aunque ocurre algo extraño. Está muy lejos. Y está brillando. Es una silueta de un imposible color plateado, rodeada por una nube oscura. Algo así no puede ser normal.

Neizghání me coge del hombro sano y me gira boca arriba. No puedo contener un grito cuando un latigazo de dolor me castiga la columna. Se coloca sobre mí, con la barbilla y el pecho ensangrentados. Le he fracturado la nariz.

Hinca las rodillas en el suelo y vuelve a sentarse a horcajadas sobre mí. Esta vez no tengo fuerzas para resistirme. Pesa demasiado y concentra todo ese peso sobre mi pelvis. El pánico hace presa en mí, y ya solo puedo forcejear débilmente para liberarme. Neizghání aprieta los muslos, inmovilizándome.

Tiemblo a consecuencia de la ingente dosis de adrenalina que los poderes de mis clanes requieren. O quizá a consecuencia de la conmoción. Una oleada arrolladora de miedo me deslumbra.

Neizghání se inclina hacia mí, acariciándome la piel con su melena sedosa. Con su mano enorme me presiona el cuello y tira

de mi cara hacia la suya. Espero a que me machaque la tráquea, pero en vez de eso, me pasa el pulgar con delicadeza por la garganta. Lo miro a los ojos, dos pozos insondables como la noche.

—Podría partirte el cuello con solo girar la muñeca —me informa prosaicamente—. ¿Es eso lo que quieres? —Se le ensombrece la expresión. Me constriñe la garganta.

Incapaz de hablar, no podría responderle ni aunque quisiera. La sangre y las lágrimas me ahogan.

La mirada se le ablanda cuando ve que me resisto.

—Ah, Chíníbaá, eres tan fiera, tan hermosa… —jadea asombrado—. Pero no sabes cuándo rendirte. Nunca lo has sabido.

Y entonces cierra sus labios ensangrentados sobre los míos y me obliga a abrir la boca con la lengua mientras me besa. Es violento, brutal e invasivo. Percibo un sabor a hierro y a sal. Sin soltarme la garganta y con su boca aún en la mía, baja la otra mano, cierra los dedos en torno a la empuñadura de la daga y me clava la hoja de rayos por debajo de las costillas.

Para hundirla poco a poco en busca de mi corazón.

Capítulo 32

Ardo. Un fuego me abrasa por dentro. La carne se me desprende de los huesos, la sangre me hierve antes de evaporarse. Grito mientras me quemo.

Y, entonces, agua. Como los ríos que descienden por las montañas durante el deshielo de la primavera. Un caudal que ruge, que me envuelve, que me refresca, que corre por todo mi ser para extinguir la hoguera que me calcina.

Un tsunami de sonidos entremezclados. Tan fuertes que me lastiman. Inarmónicos. Un graznar escalofriante. Doscientas personas que braman al mismo tiempo.

Y el dolor. El insoportable dolor. La agonía de los nervios punzados, de los músculos dilatados y de los huesos despedazados. Dios, cómo duele. Quiero hacerme un ovillo dentro de mí misma.

Un eco, un grito urgente que tira de mí.

«No sé qué estás haciendo, pero date prisa. ¡Va a volver!».

Pero suena lejano. Demasiado lejano.

«No, Mags, ¡quédate conmigo! Puedo salvarte, pero ¡es preciso que luches! ¡Tienes que luchar!».

Esa voz. La reconozco. Es amable. Y cuando la oigo, me anima a luchar. Quiero luchar. Lucho.

Pero no puedo obedecerla. Fui una testaruda. Ya he luchado. Y he perdido.

Y ahora el corazón no me responde.

Porque está roto.

Capítulo 33

Cuando despierto, estoy a oscuras. Y me duele el cuerpo. Aunque no tanto como antes. El dolor es el propio de la lesión, no la punzada abrasadora de una herida abierta, ni la agonía que produce un hueso triturado. Giro con cautela la muñeca, la que me partió sin la menor dificultad. Voy a pasarme los dedos por debajo de las costillas, por donde la daga penetró en busca de mi corazón, y es entonces cuando reparo en las sábanas y las mantas que me arropan. Estoy postrada en una cama que no es la mía, en un cuarto que no reconozco.

Entro en pánico, hasta que noto que la piel y el pelo me huelen a cedro y a tabaco. Casi puedo oír en mi cabeza el eco de las oraciones sanadoras. «¿Kai?». Sondeo la oscuridad con los ojos, pero no veo nada.

Exhausta y mareada, vuelvo a quedarme dormida.

Al despertarme de nuevo, compruebo que ha sido porque él me insiste amablemente. Me ha traído comida y me apremia a alimentarme. Por tanto, me incorporo, me echo la sábana sobre los hombros y doy un bocado. Pero entonces recuerdo que me han rajado el corazón con una daga de rayos y rompo a sollozar. Así, Kai deja la comida a un lado y se tiende en la cama junto a mí para abrazarme y dejarme dormir.

El sol ha descrito ya la mitad de su recorrido cuando vuelvo a despertarme. Las cortinas están desplegadas, pero aun así el resplandor del mediodía se escurre por los bordes de las ventanas. Siento la tentación de quedarme acostada, con los brazos de Kai bien cerrados sobre mí, pero sé que debo levantarme. Tengo que averiguar qué ha ocurrido, cómo es que aún estoy viva. Y sigue habiendo unos asuntos de los que he de ocuparme.

Dejo atrás el abrigo de la cama, con cuidado de no despertarlo. Piso por accidente algo blando y peludo que gañe con fastidio y sale disparado hacia la rendija de la puerta. La gata de Grace. Estoy en la casa de Grace. Solo que en un cuarto que no conocía. No, ahora que miro a mi alrededor, sí que reconozco la estancia. Es aquella en la que estaba Rissa la noche en que los monstruos la destriparon. Deben de usar la habitación como cuarto de enfermos. Cuando la vista se me adapta, compruebo que es así. Una mesa repleta de cuencos y vendas, un abanico de

plumas y un carrete de hilo dental, distintos preparados y bálsamos.

Busco mi ropa en la penumbra, pero luego caigo en que debía de estar inservible, o bien porque acabó demasiado empapada de sangre, o bien porque la tiraron cuando acabó todo. No me importa haber perdido el estúpido top de correas de Clive, pero ojalá los mocasines se hayan salvado. Y las armas. Me van a hacer falta. Si supiera dónde están, cogería un par de cinturones y me guardaría en ellos todas las armas blancas y de fuego que tengo. No volvería a desprenderme de ellas nunca más.

Veo que hay un albornoz al pie de la cama. Es de lana gruesa, y de un horrible tono lavanda, pero es mejor que nada. Me lo pongo y me ato el cinturón con toda la delicadeza que puedo, muy consciente de la herida que tengo en el costado. Abro la puerta y oigo el murmullo de unas voces al otro lado del pasillo. Antes de salir, miro a Kai de soslayo.

Está pálido y demacrado, y tiene unas ojeras marcadas. Su pelo apunta en todas direcciones, agrupado en mechones húmedos, y una película de sudor parece darle un lustre desvaído a su piel, como si hubiera tenido fiebre. Todo su cuerpo está consumido, igual que si hubiera perdido mucho peso en muy poco tiempo, cuando de entrada no le sobraba demasiado. Sé que ha recurrido a las oraciones que Tah le enseñó para salvarme, y sé todavía mejor que también ha recurrido a los poderes de sus clanes, y ahora su cuerpo está pagando el precio.

—Curación Grande —susurro.

Cierro la puerta sin hacer ruido al salir.

Clive es el primero que me ve. Se levanta sonriendo de oreja a oreja.

—¡Cazadora de Monstruos!

Arrugo la cara.

—No me llames eso. Hoy no.

Se pone serio.

—Maggie, entonces.

Miro alrededor de la sala, donde me encuentro varios rostros desconocidos. Doy un paso a un lado para colocarme de espaldas a la pared.

—¿Qué ocurre? —pregunto con la voz tensa.

—Los he llamado yo —dice Grace—. Me debían una. Así que ahora te la deben a ti. —Está sentada en el sofá que hay junto a Clive. Rissa ocupa un sillón. Oigo a Pecas en la cocina, tarareando alborotadamente y manipulando unas cazuelas. Pero son los otros los que me llaman la atención.

—Hoskie —dice con parsimonia Hastiin.

Inclino la cabeza para saludar al Chico Sediento. Tiene el mismo aspecto que cuando nos lo encontramos en el control de carretera hace unos días, con el pelo rapado y la barba descuidada, y sigue llevando el uniforme militar azul y el pañuelo de la calavera. Está apoyado contra la pared del fondo, la más próxima a la puerta. Otros tres Chicos Sedientos vestidos con traje de faena y protecciones de cuero me observan desde el suelo, donde están sentados en unos cojines lavanda. Si no me chocara tanto verlos ahí, me reiría de lo ridículos que están.

Algo se rompe de pronto en la cocina y todos respingamos como gatos de la tensión que se respira en la sala, llena de asesinos incómodos.

Grace suspira y se levanta.

—Iré a ayudarlo. De todas formas, se iba a cargar el café.

—¿Hay café?

Grace me sonríe.

—Solo, por favor —le pido cuando corre a ayudar a su hijo menor con las tareas domésticas.

—¿Qué haces aquí, Hastiin? —pregunto.

El Chico Sediento se encoge de hombros.

—Ya has oído a la señora. Le debíamos una. Y ahora prefiere que ese favor te lo hagamos a ti. Además, no iba a permitir que te cargaras a los monstruos por tu cuenta y te llevases el mérito tú solita.

Enarco las cejas.

—¿Has venido a ayudarme?

—Eso parece.

—Pero me odiabas.

Un tic nervioso le tensa la mandíbula.

—Me debes dinero, que no es lo mismo.

Siento el impulso de protestar, pero ¿para qué? Está aquí y eso es lo que importa. Y, a decir verdad, me alivia tanto contar con estos refuerzos que hasta le daría un abrazo al muy cabrón si no supiera que saldría por piernas.

—Gracias —le digo.

Me mira con fijeza por unos instantes y después gruñe.

—No te vayas a pensar que ya no me debes ese dinero —resopla.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Clive.

—Como una mierda —admito. Cierro los ojos y me apoyo contra la pared—. ¿Qué ha pasado?

—¿No te acuerdas?

Me acuerdo de casi todo: del foso, del beso sangriento, de la daga clavándoseme en el corazón.

—Al final se desató el caos —relata Clive con delicadeza—. Cayó un rayo sobre la jaula de cristal de Mósí. Las gradas se prendieron y el público salió despavorido. Kai hizo cuanto pudo para que te recuperaras, pero tuvimos que sacarte de allí. Recuperé esto. —Estira el brazo hasta el otro lado del sofá y saca una caja de metal, chamuscada y llena de abolladuras, pero, por lo demás, intacta.

Jadeo.

—¿Es lo que creo que es?

—Supuse que querrías tenerla.

—Gracias —boqueo. De alguna manera, y contra todo pronóstico, ha recuperado mis armas.

—Aunque el Böker no lo encontré. Solo la caja.

—No importa —le aseguro—. Es más que suficiente.

Grace vuelve con el café y una jarra de té que huele a hierbabuena, y todos cogemos una taza de nuestro veneno preferido. Nos pasamos la miel de unos a otros, y uno de los Chicos Sedientos murmura con deleite mientras se echa un poco en su infusión.

—¿Y ahora qué? —pregunta Rissa.

Se hace el silencio en la sala y todas las miradas convergen en mí.

Acuno la taza entre mis manos y encuentro su calidez relajante.

—Como dice Hastiin, sigue habiendo monstruos ahí fuera. Y sigue habiendo un brujo al que matar. Sé que he estado a punto de morir, pero aún estoy viva. Y, por tanto, estoy bien. —Es mentira, aunque es una mentira necesaria.

—Creo que todos sabemos lo que tenemos que hacer —dice alguien con voz cansada desde el pasillo. Nos giramos y vemos a Kai entrar en la sala. Se coloca a mi lado y me toma de la mano con confianza. Me sonrojo, avergonzada ante la muestra de afecto, y en un primer momento siento el impulso de soltarme. Sin embargo, me agrada el tacto de su piel, me reconforta tenerlo tan cerca de mí. Además, mientras dormíamos me acostumbré a que me tuviera entre sus brazos. Así, dejo la mano donde está.

—Kai tiene razón. —Respiro hondo—. Tenemos que ir a por Neizghání.

Un murmullo se propaga entre el grupo, sobre todo entre Rissa y los Chicos Sedientos. Hastiin, por suerte, guarda silencio. Kai me aprieta la mano para alentarme.

—¿Estás segura, Hoskie? —me pregunta Hastiin. Sé lo que piensa, que Neizghání es un héroe, y que no debemos darles caza a los buenos a menos que nosotros seamos los malos.

—No —admito—. Pero solo hay una forma de cerciorarse.

—Yo diría que hay otras formas mejores —opina Rissa.

—Intentó matarla —salta Kai indignado—. ¿Por qué iba a hacer algo así si no pretendiera detenernos?

Rissa resopla.

—Entre estos dos hay una historia demasiado larga como para…

—Neizghání sabía lo de los monstruos. Y lo de esa especie de mechero —dice Kai—. Si es tan noble, ¿por qué dejó morir a toda esa gente?

—Eso no significa que… —comienza Hastiin.

—Pero ¿por qué? —pregunta Clive, que se inclina hacia delante—. Si es él, y, sí, es lo que parece, entonces ¿por qué?

—Es inmortal —interviene Grace—. ¿Quién sabe por qué los inmortales hacen lo que hacen? ¿Quién conoce la voluntad de los dioses y todo eso? No es el momento de ponernos a determinar qué razones lo movían. Hay que ceñirse a los hechos. A lo que sabemos.

Asiento, agradecida por su aportación.

—Y lo que yo sé es dónde encontrarlo. —Todos me miran expectantes—. En Black Mesa.

Se produce un silencio momentáneo.

—¿Quieres que vayamos a Black Mesa? —pregunta Hastiin.

—Es el último sitio donde estuvimos juntos. En la antigua mina. Estará esperándome allí.

Hastiin cambia de postura, incómodo.

—Lo que tienes en mente no será solo una venganza personal, ¿verdad, Hoskie? Porque yo me he involucrado en esto para matar a esos monstruos, no para que los Chicos y yo nos juguemos el pellejo por una riña de enamorados.

—Yo también lo oí —interpone Kai—. Oí lo que le dijo a Maggie, acerca de los monstruos, de Black Mesa… Todo. Estará allí, y allí encontraremos a los monstruos.

Miente. Es imposible que oyera lo que Neizghání me dijo en la arena. Además, Neizghání no mencionó el nombre de Black Mesa en ningún momento. Kai no me mira. Mantiene los ojos fijos, puestos en los de Hastiin, como si pudiera persuadirlo con solo desearlo.

El Chico Sediento permanece inmóvil, y por un momento me da la impresión de que me va a retirar su apoyo. Al cabo, no obstante, resopla con fuerza y se da una palmada en la pierna.

—De acuerdo, entonces —dice—. Supongo que tendremos que hacer un viajecito a Black Mesa.

Lo planeamos todo en torno al estofado de alce y las tortillas

gruesas y esponjosas que Grace y Pecas improvisan para nosotros. Después, Rissa y Clive repasan el arsenal de Grace y determinan el material que vamos a necesitar, mientras discuten con los Chicos Sedientos sobre las modificaciones que habrá que llevar a cabo para convertir los fusiles en lanzallamas. La conversación es absorbente, una mezcla de emoción y de temor. Me quedo con ellos tanto tiempo como puedo, y aporto cuanto recuerdo sobre la geografía de Black Mesa y sobre las tácticas bélicas que Neizghání podría emplear. Es impensable que no nos esté esperando. Pero eso no es lo que me preocupa. No quiso matarme, e ignoro por qué. Por qué me perdonó la vida cuando me tenía a su merced. Por qué me besó como lo hizo. Y por qué me sugirió que volviera con él.

Abandono la charla sobre estrategias militares con el pretexto de que necesito descansar, pero de manera inconsciente me dirijo al cuarto de invitados de Grace. Reparo en la estantería que hay empotrada en la pared del fondo y deslizo el dedo por los lomos de los libros con la esperanza de distraerme y olvidar mis preocupaciones.

—¿Has encontrado alguno que te interese? —pregunta Kai por detrás de mí.

Al girarme, lo veo parado en la entrada, sonriéndome. Lleva los mismos pantalones amplios de soldado y la misma camiseta de AC/DC de antes. Ya empieza a tener mejor aspecto, aunque las arrugas que siguen flanqueándole la boca y las ojeras persistentes hacen que parezca mayor, más serio. Ya no es el joven regio e intocable que entró en el Shalimar. Ahora me recuerda a un príncipe caído o, cuando menos, asediado.

—Bueno, buscaba la *Guía de cómo matar a un guerrero inmortal que acaba de dejarte para el arrastre y derrotar a una horda de monstruos devoradores de carne*, pero no la he encontrado. —Doy una palmadita en uno de los huecos de la estantería—. Grace debe de haberla cambiado de sitio.

—Ah —dice Kai según pasa adentro—. Es un libro muy demandado. Alguien lo habrá tomado prestado y se le habrá olvidado devolverlo.

—Ya hay que ser mala persona…

Kai suelta una risita y se me acerca un poco más. Saca un libro del estante al azar.

—¿Qué tal este? —En la cubierta aparece un indio de las llanuras de aspecto genérico, descamisado, musculoso y con la melena suelta, que está besando apasionadamente a una mujer blanca cuyo cabello rojizo se mece al son de la brisa de la pradera. Una caravana de carretas y una manada de bisontes

deambulan al fondo.

—Mmm… Una novela romántica. No sabía que te iban estas cosas.

Kai deja el libro donde estaba.

—Entonces puede que no me conozcas tan bien como creías.

—Ah, te conozco más que bien —digo mientras recuerdo todo lo que ha sucedido durante los últimos días y noches. Mientras recuerdo sus brazos en torno a mí, su cuerpo apretado contra el mío.

Kai ladea la cabeza y me mira con un ojo entornado y el otro cerrado, como si intentara determinar si de verdad estoy tonteando. Y, sí, estoy tonteando, o al menos esa es mi intención. A decir verdad, no tengo ni idea de qué estoy haciendo, pero él se apiada de mí y curva los labios para moldear una sonrisa.

—Eso fue estrictamente por motivos de salud —asegura.

—Ah, ¿sí? —digo—. Tah nunca ha tenido que acurrucarse conmigo para facilitar mi recuperación.

—Hablando de tu recuperación, ¿cómo te encuentras?

Doy un suspiro y me apoyo contra la estantería, ahora que la frivolidad del momento se ha esfumado en parte.

—Espumajeando y con el carro cuesta arriba —admito.

Kai me mira con una expresión neutra.

—No tengo ni idea de qué significa eso.

—Se nota que eres de ciudad.

—Me declaro culpable.

Titubeo, preguntándome qué podría contarle. No obstante, después de todo lo que ha hecho por mí, merece que le hable con franqueza.

—Me duele —confieso—, por dentro y por fuera. Sé que el cuerpo se recuperará, pero aparte de eso… —Me encojo de hombros—. Lo quería, Kai.

Guarda silencio durante unos segundos, con la cabeza gacha.

—Hubo un momento en que no lo vi nada claro —dice—. Sabía que podría curarte la muñeca, e incluso la espalda. Pero… ¿el espíritu? Se negaba a regresar.

¿Está intentando decirme que he estado muerta? Me estremezco, poco dispuesta a darle demasiadas vueltas a la idea. Si hubiera muerto, sería consciente de ello, ¿no? Ni siquiera Kai podría traer a nadie de entre los muertos.

—Sabes de sobra que quien te quiere nunca te lastimaría de esa manera —dice sin apartar los ojos de mí—. El amor de verdad no mata.

No sé qué responderle a eso. Sé que tiene razón. Que lo que sea que hubiera entre Neizghání y yo ya no existe, si es que

existió alguna vez. Pero los sentimientos no desaparecen de la noche a la mañana. No puedo evitar sentirme así.

Sin embargo, puedo desprenderme de ellos en parte y empezar a hacer sitio para algo, o alguien, nuevo.

—Ahora ya estamos en paz —le recuerdo con la voz hinchada de falsa valentía, en un intento de dar con ese lugar luminoso donde nos encontrábamos hace un momento.

Kai frunce el ceño, sin saber muy bien por dónde voy.

—¿Por qué lo dices?

Doy un paso para acortar la distancia entre nosotros.

—Yo te salvé la vida, y tú me la has salvado a mí. Estamos en paz, ¿no? —Ahora nos encontramos frente a frente, tan cerca el uno del otro que noto su aliento en mi piel, que percibo el olor a cedro de su pelo revuelto.

Saca una sonrisa chulesca.

—Bueno, hablando en rigor, yo te la he salvado dos veces. Te has olvidado de Rock Springs.

—Lo de Rock Springs lo tenía controlado —le susurro al oído, tocándole con los labios el borde de la oreja—. Tú solo querías darte postín.

Él me desliza los brazos por la cintura y me susurra a su vez:

—No es así como yo lo recuerdo.

Aproxima sus labios a los míos, indeciso al principio, con la expresión iluminada por la misma bondad, por la misma fuerza insólita y al mismo tiempo amable que me salvó la vida, por la misma lealtad que lo llevó a apoyarme ante Hastiin hace un momento. Y, aunque en parte me siento como si tuviera que enfrentarme al monstruo más abominable con el que me haya cruzado nunca, me inclino y adhiero mi boca a la suya. Me sorprende lo suaves que son sus labios. Sus manos ascienden por mi espalda hasta que sus dedos gráciles se enredan con mi pelo, a la vez que me aprieta contra sí.

El beso, que no podría parecerse menos al fuego sádico de Neizghání, no desmerece en absoluto. Si Neizghání fue la llama abrasadora, Kai es el frescor calmante de un perfecto manantial de montaña, y así recorre todo mi cuerpo y alivia mi ansiedad, postulándose para doblegar mi soledad y mi dolor con un mero roce.

«El clan de los Curanderos», la idea revolotea entre mis pensamientos. El mismo beso de Kai tiene propiedades sanadoras.

Entonces da un paso más y presiona su cadera contra la mía. Coloca una pierna entre mis rodillas. Y yo me dejo llevar.

Se alza sobre mí, voraz. Gime y libera un retumbo grave que

me atrapa bajo una oleada de deseo. Lo aprieto un poco más contra mí, le rastrillo con las uñas los brazos descubiertos, lo beso con más fuerza. Su mano baja por mi espalda para ahuecarse y acoger mi nalga en ella.

Y en ese momento regreso a la caravana que mi *nalí* tenía en la colina, y vuelvo a estar tendida en mi propio vómito. Vuelvo a estar en Black Mesa, temblando a la sombra de una mina de carbón, con la sangre de los muertos secándose bajo mis uñas. Vuelvo a estar en la ladera que se levanta sobre Lukachukai, cortándole la cabeza a una niña.

Cuando solo quiero estar aquí y ahora, en mi cuerpo, con Kai.

El deseo que sentía se apaga al instante como si alguien hubiera pulsado un maldito interruptor.

Al notar que sucede algo, Kai se aparta y me mira preocupado.

—¿Estás bien? —me pregunta, con la respiración acelerada y la voz contenida y tensada por el anhelo. Me resulta tan halagador que no puedo retener una risa, reflejo de una dicha momentánea y explosiva.

—Sí, estoy bien —miento—. Es solo… Necesito ir despacio.

Kai sonríe aliviado y apoya su frente en la mía.

—Iremos todo lo despacio que tú quieras, Mags. —Cuando desliza las manos por mis costados, me roza la herida de debajo de las costillas. Arrugo la cara. Con cuidado, me abro el albornoz para ver la zona donde Neizghání me clavó la daga. La cicatriz medirá unos diez centímetros. Debió de ser un corte limpio, más profundo que ancho, y la hoja de rayos debió de actuar a modo de hierro de marcar cuando me la sacó, cauterizando la carne. La cicatriz abultada, con forma de rayo, ya nunca se borrará. Kai desliza los dedos por ella y me la aprieta con delicadeza. Hay algo ahí, bajo la piel. Se agita bajo las yemas de sus dedos. ¿El propio tejido cicatricial? Poco importa, porque enseguida entiendo lo que significa: es la forma que Neizghání tenía de declararme propiedad suya.

Me sobreviene una arcada y, de pronto, siento que me ahogo, al tiempo que las paredes se me echan encima aprisa mientras la habitación empieza a dar vueltas. Pero Kai me toma entre sus brazos y me susurra al oído para que me tranquilice. Algo dentro de mí se viene abajo. Deseo resultar atractiva, deseo que este hombre guapísimo y amable me desee. Pero estoy como una puta regadera.

Me echo atrás y pongo unos pasos de distancia entre ambos. Recupero el control de mi respiración. Apoyo las manos en las caderas hasta que por fin puedo hablar de nuevo.

—¿Por qué has mentido antes por mí? —le pregunto a media voz, sin intención de acusarlo, pero él me mira extrañado.

—¿Qué?

—Con Hastiin. ¿Por qué le dijiste que oíste a Neizghání decir aquello?

Kai titubea y baja la cabeza antes de volver a mirarme a los ojos.

—Sabes que estoy de tu parte, ¿verdad? Que pase lo que pase, te cubriré las espaldas.

—¿Y si estoy equivocada?

—¿Tendría alguna importancia? En cualquier caso, debes enfrentarte a él.

—¿No es eso lo que acabo de hacer? Y no ha terminado muy bien.

—No delante de una multitud —dice Kai—, y no de un modo tan inesperado. Enfréntate a él bajo las circunstancias que tú decidas. Cuando te sientas preparada. Cuando tengas un plan.

—¿Y si no puedo matarlo?

—No tienes alternativa. Es la única manera como podrás librarte de él. —Me pasa un dedo por la cicatriz y entonces sé que tiene razón—. Resulta que Grace tenía pilas —prosigue—, y mientras dormías, seguí escuchando los cedés.

Me había olvidado de los discos por completo.

—¿Has averiguado algo nuevo?

—¿Te acuerdas de los aros de Ma'ii?

—¿Los aros direccionales?

—Creo que sé cómo actúan. Y creo que sé cómo matar a Neizghání.

Cierro los ojos, agotada de pronto. Por una parte, me negaba siquiera a albergar la esperanza de acabar alguna vez con Neizghání; y por otra, me aterra pensar qué haré, o incluso quién seré, sin él. Sin embargo, ya llevo varios meses lejos de él, físicamente al menos. Entonces ¿qué es lo que tanto temo perder?

—Eh —dice Kai, que tira de mí hacia él—. No te preocupes, me tendrás a tu lado. No estarás sola. Y esta vez vamos a derrotarlo.

Quiero creerlo, y la mentira es tan dulce que la dejo reposar entre nosotros, concediéndonos un momento de paz antes de que se desate la tormenta.

—Y ahora háblame de esos aros.

Capítulo 34

Salimos del All-American de Grace durante esas horas oscuras que anteceden al amanecer. Encabezo una pequeña tropa. Clive y Rissa, con la velocidad y la agilidad que les otorgan las motocicletas, conforman la vanguardia. Llegarán los primeros, explorarán la zona y se comunicarán con nosotros por medio de los *walkie-talkies* que Grace nos ha proporcionado. Kai y yo los seguimos en mi camioneta, mientras que Hastiin y treinta de sus Chicos Sedientos cierran la marcha.

El cielo del oeste, de un negro difuso, se extiende sobre el desierto vasto. El manto de nubes es una bendición que mantiene a raya la luz de las estrellas, y la luna menguante ya no es más que un tajo mínimo. La ruta más sencilla pasa a través de Tse Bonito, pero acordamos que sería más seguro dar un rodeo muy al sur del pueblo, aunque perdamos algo de tiempo.

—Bordearemos el tramo sur del Muro —dispone Hastiin—. Dudo que los Perros de la Ley anden controlando esa zona tan alejada. No tienen bastantes hombres.

—Mira el lado positivo —dice Clive.

—¿Que es…? —pregunto yo.

—Podrás ver el tramo sur del Muro.

Hastiin asiente.

—Y que lo digas. Trescientos y pico kilómetros de turquesa sólida, con sus quince metros de alto. Una maldita maravilla del Sexto Mundo.

La descripción de Hastiin resulta ser bastante acertada. Al principio, se atisba un resplandor azulado y trémulo bajo el crepúsculo de la madrugada, más parecido a un mar lejano que a otra cosa. Pero, según nos aproximamos, veo lo que es en realidad: la obra de los Diyin Dine'é.

Cuando Hastiin levanta la mano, todos nos hacemos a un lado y apagamos el motor, una forma consensuada de detenernos y admirarnos.

—Al otro lado del Muro comienza la pesadilla del Agua Grande —le dice uno de los Chicos Sedientos a un compañero, lo bastante alto para que lo oigamos a través de las ventanillas abiertas de la camioneta—. Uno se siente afortunado por ser *diné*, ¿no crees?

—No —replica Kai, que habla bajo para que solo lo oiga yo—.

Uno se siente diminuto.

No le respondo, aunque tiene bastante razón. Esto nos recuerda la magnitud del poder al que nos enfrentaremos en cuestión de horas. Porque si los Diyin Dine'é pueden levantar algo semejante, ¿qué posibilidades tenemos frente a Neizghání?

—Vamos —digo. Vuelvo a encender el motor y salgo la primera. Los Chicos Sedientos y los Goodacre restauran la formación y continuamos hacia el oeste, dejando el Muro a la izquierda durante otros ochenta kilómetros, hasta que Hastiin nos hace señas para que viremos hacia el norte.

El tiempo pasa aprisa entre la emoción de ver el Muro tan de cerca y el nerviosismo generalizado, que nos mantiene entusiasmados y alerta. Al principio, la conversación fluye bastante animada a través de los *walkie-talkies*, y los mellizos avisan de todos los arroyos con los que la camioneta podría tener algún problema; pero al cabo de un rato, lo dejan. El viento se cuela ansioso por las ventanillas abiertas, y la quietud fría del amanecer llena el habitáculo. Kai y yo estamos callados, sumidos en nuestros respectivos pensamientos. El silencio crece poco a poco entre nosotros, hasta que adquiere una densidad incómoda.

—¿Has dormido bien? —le pregunto preocupada. Sé muy bien que tuvo que emplear una buena parte de sus fuerzas para curarme, y dentro de poco deberá darme las pocas que le queden.

Me mira durante unos instantes, aturdido, como un ciervo deslumbrado, pero después reacciona y sacude la cabeza.

—Sí, es solo que he vuelto a tener pesadillas. No consigo librarme de ellas.

Asiento. Estoy segura de que todos hemos dormido mal esta noche.

Dos horas más tarde llegamos a la salida de Rough Rock, donde dejamos atrás la carretera y todo rastro de civilización. Miro un momento hacia atrás de soslayo, pero el pueblo no tarda en desaparecer bajo la oscuridad.

—Ya falta poco —le digo a Kai—. El nido de Hombres Malos que eliminamos estaba en la mina. Aunque lleva un tiempo abandonada, el material que se quedó allí puede aprovecharse para trocar. Además, los Hombres Malos utilizan las vetas de carbón para sus ceremonias y… —Caigo en la cuenta de que estoy parloteando. Los nervios. Y Kai no me presta atención. Tiene los ojos detenidos al otro lado del parabrisas, en el cielo. Sigo su mirada.

—Mira qué cielo —dice—. ¿No te parece extraño?

A estas horas, debería ser un cielo luminoso, pintado del imposible color azul de las mañanas de otoño. Sin embargo,

presenta una leve tonalidad verdosa. Un trueno retumba en la distancia.

—Es como en mi sueño —musito.

Kai se gira de pronto hacia mí, con una mirada de preocupación asentada en los ojos abiertos como platos.

—Tuve un sueño, cuando nos conocimos. Una mierda muy rara. Aparecía Neizghání, vestido de brujo. Y también tú, con una especie de alas. El caso es que, en ese sueño, el cielo de Black Mesa era como este.

—Yo creo en los sueños —dice Kai con la voz ronca—. ¿Crees que significaba algo?

Frunzo el ceño.

—Espero que no, porque no acababa de la mejor manera. Eh, ¿seguro que estás bien? Te noto…

El receptor crepita.

—Conejo, aquí Rissa. ¿Estáis ahí? Cambio.

Kai levanta el *walkie-talkie*.

—Aquí Conejo. ¿Qué veis? Cambio.

—¿Sigues dejando que te llame Conejo? —digo.

—Dudo que pueda impedírselo —masculla.

—No vemos nada —confirma Rissa.

—¿Podrías ser más específica? Cambio.

—Me refiero a que aquí, en la entrada de la mina, donde Maggie nos dijo que miráramos, no hay nada. Cambio.

—¿Seguro? —intervengo a la vez que cojo el *walkie-talkie*. Con algún retraso, añado—: Cambio.

—Seguro. Dijiste que tomáramos el camino que lleva a la mina, ¿no? Pues estamos aquí, pero…

La transmisión se interrumpe de pronto, sustituida por un siseo estático, a la vez que un estrépito hace vibrar el altavoz y retumba a nuestro alrededor. Un rayo resplandece por encima de la torre de los lodos de la mina.

—Es la señal —le digo a Kai con la voz afilada y temblorosa. Detengo la camioneta, ahora con el cuerpo tenso de pura ansiedad. Abro la puerta y bajo de la camioneta. Kai se escurre para sustituirme al volante.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me pregunta.

—De momento, ciñámonos al plan, ¿de acuerdo?

Kai asiente.

—Maggie…

Levanto la vista, cada vez más agitada, ahora que la adrenalina empieza a entrar en juego. Ya estoy pensando en el siguiente paso.

—Recuerda que somos amigos, ¿vale? —me dice—. Y que…

estoy de tu parte.

Sonrío.

—Más que amigos. Socios. Y ahora vete. No hagas esperar a los demás. —Cierro la puerta y me quedo mirando la camioneta hasta que se pierde en la negrura. Sacudo las manos, nerviosa. Preocupada por lo demencial del plan y porque, pese a los ánimos de Kai, puede que esta vez no viva para contarlo.

Espero a que la nube de polvo que han levantado las ruedas se disipe y palpo las armas aprisa. Llevo la escopeta a la espalda y los cartuchos a la cintura. Esta vez no cuento con el Böker, pero conservo los puñales arrojadizos y la Glock. Además, tengo en el cinturón la nueva talega de cuero con los *naayéé' ats'os* de Ma'ii. Percibo la calidez de los aros en la cadera, como si estuvieran vivos. Cuadro los hombros y respiro hondo varias veces.

Empiezo a correr, despacio, para acostumbrarme al terreno seco y resquebrajado. Aquí la tierra es árida y no tiene nada que ver con la relativa exuberancia de las montañas ni con la de mi pequeño valle. La triste desolación de Black Mesa impera allí adonde mire. Con la creciente luminosidad del día, bajo el cielo verdoso, todo se parece tanto a mi sueño que se me pone la carne de gallina y el vello de los brazos se me eriza.

Llevo casi un kilómetro recorrido cuando avivo el paso, y no dejo de aligerarlo hasta que adopto un ritmo constante. La torre de los lodos gana altura por momentos, erigida hacia el cielo del color del vómito. Agacho el cuerpo y avanzo tan rápido y tan sigilosamente como puedo. Llego al primer cobertizo y subo por la estrecha escalera de mano metálica que abarca la totalidad de la torre. Las primeras plantas las salvo enseguida, pero para cuando estoy a medio camino, acuso en las manos el frío de los peldaños de metal, que se agitan y trapalean como si quisieran separarse de la pared y lanzarme contra el suelo. «Hace demasiado ruido», digo para mis adentros, aunque sé que es imposible que no me haya visto acercarme. Paro un momento para calentarme las manos y otear el terreno. Veo las motos surcando la mesa, pero no diviso rastro alguno de los monstruos. Palpo los aros de nuevo y me recuerdo a mí misma el plan de Kai.

—Puedes hacerlo, Maggie —me digo, porque una vez que llegue a la azotea, contaré con una vista de trescientos sesenta grados del paisaje. Es el lugar perfecto, y a juzgar por el rayo de antes, Neizghání debe de pensar lo mismo que yo.

No obstante, cuando llego a la azotea, no es Neizghání quien está esperándome.

—*Yá'át'ééh*, Magdalena —me saluda Coyote—. Cómo me alegro de verte. ¿Has venido a presenciar la masacre?

Capítulo 35

—Ma'ii.

—El mismo que viste y calza.

—¿Por qué será que no me sorprende encontrarte aquí? —pregunto, acercándome a él con paso airado. Lleva puesto otro traje de wéstern, si bien este está confeccionado en varias tonalidades de negro y gris e incorpora unos volantes alechugados de color crema en torno al cuello y una rosa rojo sangre en la solapa. Un sombrero vaquero negro le cubre la cabeza.

—¿Porque dónde, si no, iba a encontrarme?

—¿Dónde está? —le pregunto mientras miro alrededor de la azotea en busca de Neizghání. Pero solo estamos el embaucador y yo—. Sé que estabais juntos en esto.

Ma'ii me mira extrañado.

—¿Crees que yo me dignaría colaborar con ese zoquete? No puedes hablar en serio.

—Tienes que irte.

—No, Magdalena —dice con la voz un tanto crispada—. Creo que voy a quedarme.

Blasfemo, exasperada. Estaba convencida de que encontraría a Neizghání aquí arriba. Había admirado las bondades de la atalaya en el pasado, segura de que sería un buen sitio desde donde ver la totalidad del paisaje. También por lo del rayo. Aunque tal vez lo malinterpretara. Tal vez esté abajo en este momento. Noto los ojos de Coyote clavados en mí.

—Mira, me da igual qué papel desempeñes en todo esto. Ya me ocuparé de ti más tarde. Ahora mismo me…

Entonces lo oímos: el rugir de una decena de motocicletas que aceleran a la vez, la carga de un centenar de criaturas sedientas de sangre. Ma'ii ladea la cabeza y aguza el oído.

—Ah… Ahí está. La llamada a la acción. ¡Y nosotros aquí!

Corro a asomarme con él por el borde de la azotea. Una masa de cuerpos pálidos brota del labio del cañón y se dirige hacia el este. Como una marabunta de larvas, se acercan poco a poco. Se cuentan por decenas, por lo que alcanzo a ver, y se congregan en un claro que se abre entre los arbustos.

Diviso a los Chicos Sedientos, que avanzan aprisa en sus motos para encontrarse con ellos. Llevan los lanzallamas

acoplados a la espalda. La camioneta está aparcada a lo lejos, y una silueta solitaria que solo puede ser la de Kai aparece en la caja del vehículo, de cara al tropel de los monstruos.

Al unísono, los Chicos cambian de dirección y se distribuyen hacia ambos lados para flanquear a los monstruos. Activan los encendedores y despliegan un manto de llamas calcinantes sobre los *tsé naayéé'*. Los alaridos de los monstruos resuenan por la mesa a medida que se abrasan.

—Bien pensado —observa Ma'ii.

—Espera. Todavía no han terminado.

Kai se encarama al techo de la camioneta. Afirma los pies y extiende las manos. Casi puedo oír su canto desde aquí. Clive, no muy lejos de él, proyecta un latigazo de fuego hacia el cielo.

Y ahora llega el viento. Al igual que en Rock Springs, las llamas echan a volar. No tarda en gestarse una hoguera huracanada que incinera a la horda de monstruos como si de una bestia hambrienta se tratara.

—Fascinante —dice Ma'ii con los ojos puestos en Kai y en un tono que delata su admiración reticente—. E inesperadamente rápido. —Saca el reloj del bolsillo del chaleco y consulta la hora.

Desde la atalaya puedo ver que hemos diezmado sus filas. Ya solo queda una decena de criaturas. Clive y Rissa se unen a los Chicos Sedientos y juntos los reducen, o bien cortándoles la cabeza, o bien bañándolos en fuego. Sonrío y doy un suspiro de alivio. El plan ha funcionado.

En ese momento, algo me llama la atención desde el sur. Aparece por un recodo y sube por la colina.

—Ah —jadea Coyote, que no podría estar divirtiéndose más—. ¡La caballería!

Veo con espanto como una nueva hueste de monstruos toma la mesa y avanza veloz hacia la camioneta. Kai se gira hacia ellos con las manos en alto. Contengo la respiración cuando trastabilla. Sé que está exhausto después de haberme curado y de haber recurrido de nuevo a sus poderes tan pronto. Doy un grito, en vano, para que Hastiin, Clive o quien sea retroceda y lo ayude, pero no me oyen, y los monstruos se le van a echar encima. No lograrán auxiliarlo a tiempo.

Un rayo cae de súbito en medio del campo.

La luz es cegadora y, cuando consigo dejar de parpadear para protegerme del resplandor y puedo ver de nuevo, está ahí, a cuatro metros de Kai, entre este y los monstruos. Su porte es majestuoso, con el cabello negro ondeándole sobre la espalda como un velo sombrío, con la armadura reluciente. En la mano blande la espada de rayos.

Y, allí adonde apunta con ella, devastación.

—¡Qué puntual! —Coyote cierra la tapa del reloj con un golpe seco—. Ahora empieza lo bueno.

Presencio boquiabierta cómo Neizghání despeja el llano. Los monstruos caen derribados por todas partes. Algunos empiezan a arder espontáneamente, como por orden de él, mientras que otros se descomponen sin más. Con cada barrido que efectúa con el brazo, incontables cabezas saltan por los aires. Raudo e inalcanzable para sus bocas horrendas, es la violencia personificada. Es hermoso.

—Tengo que bajar —murmuro mientras lo veo arrasar al ejército de abominaciones.

Coyote se pasa las garras de la mano por los volantes cremosos de la camisa.

—Quédate un rato más, Magdalena. Antes me gustaría contarte una historia.

—¿Qué? —digo distraída mientras veo a Neizghání ensartar a un *tsé naayéé'* gigantesco. Es una fuerza de la naturaleza, pero hay demasiados monstruos mientras que él está solo. Y las alimañas siguen llegando, por centenares.

—Acerca de un coyote solitario, injustamente acusado, y de una joven a la que no le costaría nada ayudarlo a vengarse.

Ahora sí ha despertado mi curiosidad.

—¿De qué hablas, Ma'ii?

—¿No advertiste mi presencia? En aquella montaña, cuando mataste al primer monstruo.

Un grito vuelve a centrar mi atención en el campo de batalla, justo a tiempo para ver como un Chico Sediento cae bajo un enjambre de seres blancos. Incluso con la ayuda de Neizghání, los Chicos de Hastiin están sucumbiendo.

—Acaba con esto, Ma'ii. Sé que los *tsé naayéé'* son tuyos. ¿Por qué lo haces?

Coyote ladea la cabeza y parpadea.

—¿Los *tsé naayéé'*?

—No lo niegues. Sé que tienes la lezna flamígera. Sé que son una creación tuya.

—Oh, no lo niego, pero hay algo que se te escapa. No solo he creado a los *tsé naayéé'*, sino que los he creado a todos. Todos los monstruos son obra mía, Magdalena. Desde el principio.

—Sí, lo sé. El de Lukachukai, y también los de Crownpoint y los de Rock…

Coyote chasquea la lengua con fuerza, en ademán desaprobador.

—No, no, no. Ya desde aquel pinar solitario —canturrea

mientras se arregla con las garras los volantes de la camisa—, sobre Fort Defiance.

Se me hiela la sangre.

—En realidad, es muy sencillo —prosigue a media voz—. Sabía que Neizghání ya iba tras aquel brujo y sus criaturas. Solo tuve que hacer posible el encuentro. Una chica desesperada. Un rescate inevitable. Un héroe compasivo. ¿Cómo no iba a llevarte con él? —Se estremece con teatralidad—. Aunque lo de tu *nalí* fue una salvajada. Esos caníbales. Qué horror.

Me falta el aire. No estoy oyendo esto. No puedo oírlo. No puede ser verdad.

—Una lástima, desde luego. Los padres no pueden controlar a los hijos. Pero fíjate en mi última creación. —Estira el brazo para señalar el campo de batalla—. Sabía que necesitaba algo lo bastante monstruoso como para acabar con tu enfurruñamiento, y qué mejor que lo que condujo a Neizghání hasta ti. Una cría, asaltada por unos monstruos devoradores de carne. Aunque —dice con aire pensativo—, para serte sincero, y yo siempre soy sincero, estas criaturas me han decepcionado bastante. Son un poco simplonas, ya me entiendes. Y como conversadores dejan mucho que desear. ¿Sabías que no hablan? Pueden gruñir y gemir, pero nunca te sueltan nada ingenioso. Supongo que por eso siempre intentan comerles las cuerdas vocales a los humanos, no sabría decirte. Por desgracia, ellos menos. —Se ríe de su broma y después da un suspiro melancólico—. Resulta que la lezna flamígera puede dar lugar a la chispa de la vida, pero no a un alma.

Al fin consigo despegar los labios.

—¿Qué has hecho?

Una sonrisa de satisfacción le ilumina la cara.

—¿Tú qué crees? ¡He sacado lo mejor de ti!

—¿Qué? —gruño con la voz deshecha por la incredulidad.

—No espero que me des las gracias ahora, pero quizá con el tiempo… —Chasquea la lengua.

Me lo quedo mirando horrorizada.

—Los poderes de los clanes, obviamente —aclara con fastidio como si yo estuviera empeñándome en no entenderlo—. ¿Cómo, si no, iba a despertártelos? ¿Y a hacer que te adiestrara el más grande guerrero que los *diné* han conocido nunca? —Se inclina hacia mí con la mirada brillante e intensa—. Era imprescindible que sufrieses, Magdalena. Y que te enfurecieses, y que esa furia la concentraras en un determinado hombre.

—¿De modo que mi vida es una especie de juego al que has estado jugando con Neizghání?

—Esto no es ningún juego, te lo aseguro. Si acaso, es el juego más deleitoso de todos. Quién sabe. —Se alisa unos puños que ya están alisados—. Eres un ser glorioso, Magdalena. El arma mejor afinada de todas. Dudo que sepas apreciarlo. Y ese —mira el combate que se está librando abajo— lo agradece más de lo que cree. Existía el riesgo de que te matara una vez que fuera consciente de tu verdadero potencial, de que eres mucho mejor que él. Pero siempre estuve muy seguro de que te perdonaría la vida. Porque esto es lo más fascinante de todo, Magdalena: te ama. Es decir, todo lo que alguien como él puede amar a otra persona —se apresura a añadir.

Me tiemblan las rodillas.

—Pero dijiste…

—Lo que necesitaba que creyeras. Necesitaba tu odio, no tu clemencia. Y sí, te animé a que te llevaras a Kai Arviso a la cama —dice sorbiendo por la nariz—. Alguien tendrá que consolarte cuando Neizghání esté muerto. Nunca he querido que sufras. Al fin y al cabo, yo no soy ningún monstruo.

Un sollozo ahogado escapa de mis labios.

—Porque piensas matarlo, ¿verdad? —me pregunta entusiasmado—. Desde luego que sí. Después de lo mucho que te ha humillado. No merece mejor suerte.

—No deberías haber hecho esto, Ma'ii —digo con la voz grave y apagada. Saco la pistola de la funda que llevo a la cintura—. No deberías haberme hecho esto ni a mí ni a mi *nalí*. —Se me quiebra la voz—. Ni a Tah. —Porque ahora sé que su *hogan* se incendió a causa del rayo de Ma'ii. Quizá para azuzarme un poco más o para empujarnos a Kai y a mí a acostarnos, o quién sabe con qué otro fin retorcido. Ahora ya no importa.

Coyote suspira.

—¿No te parece que estás siendo un poco melodramática?

—No puedes joderle la vida así a la gente. Ni puedes joderme la vida a mí.

Levanto el arma y apunto a Ma'ii a la cabeza.

—Veo que te cuesta apreciar mi genialidad —murmura. Me mira a la cara y mira la pistola, pero no se mueve—. Sin embargo, sé que hoy Neizghání morirá a manos de su aprendiza. Lo estás deseando. Kai Arviso lo está deseando. Es una venganza fría de la que no me arrepiento.

No le respondo. Me limito a tenerlo encañonado.

Una oreja lupina se le contrae cuando su fantasía comienza a resquebrajarse.

—Oh, por favor, Magdalena. ¿De verdad crees que la violencia es siempre la resp…?

Un balazo en plena frente.

Se inclina hacia atrás y cae a la tierra a plomo. Me acerco al cuerpo y miro los ojos inmóviles y la boca abierta. Me agacho y le sajo la garganta con el puñal. Una cortina roja se despliega sobre la piel pálida. Sigo hundiendo la hoja, hasta que la cabeza acaba colgando de mi mano. La arrojo por el borde de la azotea. K'aahanáanii aúlla, salvaje y letal.

Observo como la sangre forma una red de hilos que desembocan en las grietas del suelo reseco. Poco a poco, las fisuras se llenan y la sangre se encharca en torno al cadáver decapitado, empapando las mangas del elegante traje de wéstern.

Capítulo 36

Cruzo la mesa a la carrera, con las piernas a punto de estallarme y sin apenas tocar el suelo con los pies. No son los poderes de mis clanes lo que me impele, sino el pánico, el desgarro que tengo en el corazón y el miedo a llegar demasiado tarde. En mi cabeza resuena una y otra vez la confesión cruel de Ma'ii, pero no tengo tiempo para procesar todo lo que me ha contado, para decidir cómo debo sentirme. Intuyo que he sufrido algún tipo de conmoción, y me sirvo de esa merma del juicio para guardar el horror escalofriante de lo que Ma'ii me ha hecho y profundizar en ello en otro momento. Ahora mismo he de ayudar a Kai.

—Ciñámonos al plan —susurro para mis adentros—. Nada ha cambiado. Ciñámonos al plan. —Los *naayéé' ats'os* son una frágil llama de esperanza en medio de este mal sueño.

Me zambullo de cabeza en la pesadilla.

La tierra está sembrada de cadáveres, de los cuerpos calcinados y descompuestos de los monstruos, ahora meras siluetas cenicientas con un aspecto demasiado humano. Pero también han caído humanos de verdad; aquí y allá, los trajes militares azules destacan entre los restos chamuscados de las criaturas. Chicos Sedientos. Sigo adelante, hacia el filo del cañón donde está la camioneta. Ya los veo; algunos de mis aliados siguen en pie. En un primer momento siento alivio al comprobar que están vivos. Un instante después, ese alivio se transforma en pánico.

Clive se arrodilla frente a Neizghání, que le coloca la punta de la espada de rayos delante de la garganta. El mellizo de los Goodacre se inclina hacia un lado como si estuviera borracho, cuando la sangre se le empieza a escapar a borbotones por la enorme grieta que tiene en la cabeza. Desesperada, Rissa intenta arrastrar a su hermano para alejarlo de Neizghání. Kai está junto a los mellizos. Los iris de sus ojos son ahora de un sólido color azogado, sin rastro alguno de su natural color castaño. Tiene los brazos estirados ante sí, con los dedos extendidos como si pretendiera mantener a raya una marea invisible. El aire zumba en torno a él, pesado y contranatural. Amenazador.

Una palabra de más, un movimiento equivocado, y estamos todos muertos.

—¡Neizghání!

Sus ojos brincan hacia mí, dos estanques donde anida la más negra noche. Los Chicos Sedientos que nos rodean levantan sus respectivas armas y colocan el dedo en el gatillo.

Me sumerjo en el tumulto con las manos levantadas.

—Hablemos —le digo. Soy consciente de que corro un gran riesgo al colocarme en la línea de fuego, de que Kai está reuniendo su poder elemental, pero mantengo la mirada puesta solo en Neizghání.

—El pelirrojo me atacó —se justifica—. Por mí, no lo habría tocado. He venido porque olí a los monstruos.

—Pues márchate. Los monstruos están muertos. Deja en paz a esta gente.

Neizghání se sonríe y, pese a todo, me recuerda al sol primero de una fría mañana de invierno.

—Ah, ahora me es imposible.

Uno de los Chicos Sedientos tose y todos nos sobresaltamos, temiendo que se desate una lluvia de disparos que por suerte no termina de llegar.

Espiro e intento apaciguar a K'aahanáanii, que no deja de gritarme que estoy en peligro y tengo que matar. A alguien. A quien sea. A todos.

A duras penas consigo que mi voz suene firme.

—¿Sabías que los monstruos eran obra de Ma'ii? —le pregunto, levantando la voz para que me oigan todos—. Sé que tú no tenías nada que ver.

Su ceño fruncido es un nubarrón que cubre el sol.

—Claro que no tenía nada que ver.

—Yo no lo sabía. Ma'ii dejó algunas pistas. Unos rayos. Hizo que pareciera que podrías haber sido tú.

El semblante se le ensombrece un poco más.

—El embaucador ha causado mucho sufrimiento con su insensatez —admite—. Me ocuparé de él.

—Ya me he ocupado yo.

Me mira sorprendido, pero después alarga la sonrisa.

—Chíníbaá'.

—Por lo tanto, ya sabes que esta gente no está contra ti. Déjala ir.

Se queda callado, como si estuviera pensando.

—A ese no. —Señala con la espada a Kai. Siento que la tierra se abre a mis pies, que amenaza con tirarme al suelo. Tendría que haberlo imaginado, tendría que haber previsto que Neizghání consideraría a Kai una amenaza, un rival. Aun así, no pienso dejarlo a merced del Cazador de Monstruos.

—No puedes hacerle nada —protesto.

Neizghání desgrana una risa melodiosa como un trueno de primavera.

—¿Y quién me lo va a impedir?

—Yo.

Me mira de arriba abajo hasta que se fija en mi costado izquierdo.

—¿Te gusta el regalo que te hice?

De forma instintiva, me paso la mano por la marca con forma de rayo que tengo bajo las costillas, pero la aparto enseguida cuando reparo en su sonrisa complacida.

—Para que nunca te olvides de mí —dice—. Y para que siempre pueda encontrarte. —Da dos pasos hacia mí. Siento un impulso apremiante de retroceder, pero permanezco donde estoy. Si espirara ahora, nos tocaríamos. Contengo la respiración. Se inclina hacia mí, en actitud cómplice, y su cabello me roza la piel.

—Veo que te ha corrompido.

Doy un paso atrás, trastabillando, como si me hubiera asestado un mazazo con su afirmación. ¿Sabrá de las noches que pasamos juntos en la cama de Grace, del beso que nos dimos ayer?

Frunce los labios mientras examina mi expresión, aunque no consigo intuir qué está pensando.

—Es muy listo, Chíníbaá, y no te recriminaré lo crédula que eres. Pero debes saber que ese…

Meneo la cabeza. Doy otro paso atrás. No soportaría otra revelación, otra traición. Me haría polvo.

—No…

Guarda una pausa para mirarme.

—Entonces, pregúntaselo. Pregúntaselo tú misma. Pregún-tale qué hace aquí. Por qué se empeñaba en ser tu «socio». —Pronuncia esta última palabra con especial desprecio.

—No le…

—¡Pregúntaselo!

Me giro hacia Kai. Aunque ha liberado el poder que estaba conteniendo, a su alrededor el aire sigue estando sobrecargado y todavía tiene sendos anillos de plata en los ojos. Está pálido y bañado en sudor, y ha echado hacia atrás su pelo perfecto para apartarlo de su cara perfecta.

—No es así, Maggie.

Trago saliva, horrorizada de pronto. Su voz temblorosa, su mirada de espanto…

Neizghání decía la verdad.

—No es ¿cómo? —Mi voz suena tan débil, tan llena de temor,

que no me reconozco.

Neizgháni se ríe.

—Díselo. La Gata supo lo que eras en cuanto te vio. Oyó tus palabras seductoras. Dile cuáles son los poderes de tus clanes.

—¿De qué habla, Kai? ¿Del clan de los Curanderos? —En ese momento, caigo en la cuenta de que nunca llegó a decirme cuál era el poder de su otro clan. Di por hecho que guardaba alguna relación con el clima. Pero ahora no estoy segura. ¡No estoy segura!

—Quizá al principio solo pensara en mí mismo —dice Kai, ahora con una actitud más cautelosa, la misma que mostró al dirigirse a mí frente al *hogan* de Tah cuando me enfrenté a Brazo Largo. Como si hubiera que temerme—. Pero todo este tiempo que hemos estado juntos… No ha sido mentira, Mags. Somos amigos. Amigos de verdad. Haría cualquier cosa. No pretendía…

—¿No pretendías? No pretendías ¿qué?

Titubea.

—Di —lo apremio levantando la voz—. ¡Dímelo!

—Mags…

—No me llames así —le espeto. Tiemblo cuando un miedo helado se me hunde en los huesos y amenaza con hacerme pedazos. Porque creo que ya lo sé. Su cara, su encanto… Todo resultaba demasiado irreal bajo las luces del Shalimar con aquel bálsamo en los ojos. Lo he tenido delante de mis narices todo este tiempo y he sido incapaz de verlo. Pero necesito oírlo de sus labios, necesito que lo confiese—. ¿Cuál es el poder de tu otro clan? No es el de los Curanderos, ni las Maneras del Clima. ¿«Para qué» naciste?

No intenta mentirme.

—Para Bit'ąą'nii. Habla Tras el Manto.

—¿Que significa…?

—Puedo disuadir a la gente de que me haga daño. Los Urioste, ¿recuerdas?

La paliza que recibió en el Burque por acostarse con la hija de un terrateniente español.

—Lo recuerdo.

Espira. Cierra los ojos por un momento como si se preparase para encarar una tormenta.

—Y puedo convencer a la gente para que me… ayude.

Lucho contra una arcada arrolladora que termina por doblarme. Todo encaja. El modo en que aquel primer día persuadió a Brazo Largo para que lo dejara marchar. Igual que hizo con Hastiin, y con Grace.

Y conmigo.

—«Pico de oro» —susurro al recordar las palabras de Grace.

—Solo tengo facilidad de palabra —me corrige bajando la voz —. Nada más.

Llevo la vista por la mesa, hacia el mundo que se extiende más allá. Pero no hay ningún sitio adonde pueda ir. No tengo forma de escapar de la verdad.

—¿Has empleado el poder de ese clan conmigo? —le pregunto casi con un susurro.

—Maggie —dice, y su voz arrastra tanto pesar que el corazón se me congela—. Tienes que entenderlo. Aquellos sueños… Al principio, no los entendía. El Cazador de Monstruos me perseguía. Es decir, ¿cómo…? ¿Qué interés podría tener yo para el Cazador de Monstruos? —Mira por un momento a Neizghání, que permanece a mis espaldas—. Pero los sueños no mienten. Sabía que alguien que caza monstruos vendría a por mí.

Imaginaba que confesaría que me manipuló para que lo besara, para que le permitiera quedarse conmigo. Pero esto… Y entonces recuerdo sus sueños, lo preocupado que estaba, cuando me insistía para que lo despertara si empezaba a hablar. Cómo intentó librarse de ellos emborrachándose en más de una ocasión. Y la cara que puso hoy cuando le pregunté qué tal había dormido.

—¿De qué hablas? —le pregunto.

—Lo que no sabía era si ese alguien que caza monstruos sería él… o tú. Y entonces apareciste en el *hogan* de mi *cheii*, y cuando caí en la cuenta de quién eras… En fin, no podía ser una coincidencia, ¿no crees? Tenía que conseguir gustarte. —Aquella noche en mi caravana, cuando me propuso acostarse conmigo con toda naturalidad.

—¿Para que…?

—Socios. Amigos.

Poco a poco surge otra sospecha horrible.

—¿Fue idea de Tah?

—¡No! —asegura—. Él no lo sabía. No le había hablado de mis sueños. Solo habría servido para que se preocupara. Yo ni siquiera sabía quién se dedicaba a cazar monstruos, hasta que un día Tah me habló de ti, de modo que cuando apareciste con la cabeza de aquella criatura, até cabos. Y vi claro lo que tenía que hacer.

—Porque a veces para vencer a un enemigo tienes que hacerte su amigo.

La razón con la que justificó por qué había sido tan amable con Coyote aquella primera noche. Pero no hablaba solo de Coyote, sino también de mí. Se quedó allí sentado y me contó lo

que pensaba hacer, y hasta ahora no lo he entendido. Qué ironía, lo previne sobre Coyote, sobre su naturaleza de embaucador, y luego Kai me confesó que él era igual de malo, igual de manipulador, y yo he estado demasiado ciega para verlo.

—Necesito saber una cosa, Kai. Necesito que me digas la verdad.

—Lo sé. Quiero contártela. Es lo que intento.

—Aquella primera noche, en mi caravana, cuando me propusiste que nos acostáramos, ¿pretendías conseguir algo en concreto? ¿Le dijiste a aquella chica solitaria y desorientada lo que creías que quería oír? ¿Te inventaste un cuento, como con Brazo Largo, para que cuando Neizghání viniera a matarte ya me habrías seducido, y así estaría dispuesta a enfrentarme a él por ti?

Parpadea como si el ultrajado fuera él.

—No, Mags, no fue así. —Titubea—. Bueno, quizá al principio. Pero después no. Después de que me salvaras de Brazo Largo, de que comprobara lo valiente que eres, lo mucho que quieres a mi abuelo. Y de que viera lo convencida que estabas de que eras una especie de máquina de matar, y que eso te estaba destrozando por dentro. Entonces me di cuenta de que eres mucho más que eso. Eres una guía, una heroína.

Neizghání articula un gruñido de desaprobación a mis espaldas, pero lo ignoro.

—¿Y aquel beso, Kai? ¿Qué fue aquello?

Se sonroja y me mira a los ojos.

—Aquello fue real.

Parpadeo en un intento de desprenderme de unas lágrimas inesperadas. Se me revuelve el estómago y tengo que cruzarme de brazos con fuerza para serenarme.

—Habría sido mejor que hubiera sido mentira.

—Maggie, no. No lo hagas. —Su voz suena amable, tierna. La misma voz con la que me habló mientras me moría en el foso. Me aferro a esa idea. Kai luchó por mí. Me curó. Aquello fue real. Aquello fue muy real. El beso que nos dimos fue real.

Tanto como su farsa.

—¿Me curaste para salvarme, o para que sobreviviera y luchara contra Neizghání en tu lugar?

—Te curé porque… no podía perderte.

Me giro, casi sin poder sostenerme en pie. Me inclino con las manos apoyadas en las rodillas e intento respirar. Me digo a mí misma que, si me la ha jugado, en fin, es culpa mía. Porque ¿no es eso lo que dije de Ma'ii? La única diferencia es que Kai ha sido más habilidoso.

Respiro hondo. Vuelvo a mirar a Kai y, Dios, cómo me duele. Nada me gustaría más que volver atrás en el tiempo y regresar a la biblioteca de Grace. Pero aquel momento ya ha pasado y nunca lo recuperaremos.

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué no recurres a Bit'ąą'nii, ahora que lo necesitas más que nunca? ¿No puedes convencerme sin más para que luche contra Neizghání por ti?

Kai asiente despacio y con cautela.

—Podría, pero no quiero mentirte. No quiero engañarte.

Una risa retumba por detrás de mí.

—Quien miente una vez miente siempre. Chíníbaá, acaba de reconocer que no se puede confiar en él. Te ha utilizado, ha hecho cuanto ha podido para volverte contra mí. Mátalo por haberte traicionado y acabemos de una vez con todo esto.

—Vete.

—No te avergüences porque te haya utilizado. Eres una cincodedos y vosotros no podéis…

—¡Que te vayas! —Al notar que se pone tenso, añado—: Por favor. —Me giro hacia él y veo que me está mirando con ojos inquisitivos—. Necesito… Necesito pensar.

Al principio, temo que se niegue, pero al cabo de un momento, se aleja furibundo.

Me acuclillo y apoyo las manos en la tierra para recuperar el equilibrio. Necesito un plan. Un plan mejor. No el de Ma'ii, ni el de Neizghání ni el de Kai. Y enseguida se me ocurre algo, horrible y monstruoso, pero perfecto. Me levanto. Kai también se yergue, como si se enfrentara a un pelotón de fusilamiento.

—¿Qué ocurre en tus sueños? —le pregunto—. Cuando ese alguien que caza monstruos da contigo.

Se estremece.

—Muero.

—¿Y después?

Menea la cabeza sin saber muy bien a qué me refiero.

—Y después ¿qué? —le insisto, porque tengo una idea. Una idea tan dolorosa que raya en lo absurdo. Pero si funcionara…

En su expresión advierto que lo ha entendido.

Y que tiene miedo.

Traga saliva y los tendones del cuello se le tensan. Lo veo devanarse los sesos en busca de alguna otra forma de salir de esta. La que sea.

Cierra los ojos cuando llega a la misma conclusión que yo. Cuando vuelve a abrirlos y me mira, son de un adusto color castaño, limpios de toda traza de plata.

Y, así, lo sé.

Desenfundo la Glock. Miro hacia atrás de soslayo y veo a Neizghání. Me observa con curiosidad, pero sin interferir, y está lo bastante lejos para que no pueda oírme si me acerco a Kai para hablarle.

—Tenías razón sobre mí —le susurro con una voz grave y urgente—. Sobre que soy algo más que una asesina. Y creo… Creo que quiero intentarlo. —Bajo la mirada hasta la cicatriz que parte de mi corazón—. Neizghání nunca me dejará, ni te dejará a ti.

—Si sobrevivo, pero has vuelto con él, habré muerto de todas maneras.

Doy una palmada en la talega que llevo en el cinturón con los aros para recordarle nuestro plan.

—¿No me crees capaz de ganar? Me ofendes.

Sonrío, aunque sin rastro de alegría en mi voz.

—Ten un poco de fe.

El rostro de Kai, ahora pálido como el de un fantasma, acoge una expresión febril. Me mira durante un largo instante. Tirita. Al cabo, extiende los brazos hacia los lados, en señal de rendición.

—Tengo fe.

Doy tres pasos atrás. Levanto el arma. K'aahanáanii guarda silencio, poco dispuesto a ayudarme a llevar esto a cabo. Y no me resulta nada fácil. Pero tengo el pulso firme y el blanco encañonado.

—Entonces, es hora de morir, Conejo —susurro.

Y, sin más, le meto un balazo en el corazón.

Capítulo 37

Kai se desploma. Suena un feo ruido sordo cuando se golpea contra el suelo.

Clive se arrastra y se lanza hacia mí dando un grito lastimero, armado con un cuchillo de caza en el que no me había fijado hasta ahora. Salto hacia atrás de manera que falla por mucho. Pero Neizghání aparece a mi lado de pronto y le golpea con el pomo de la espada en la cabeza, ya de por sí maltrecha. El pelirrojo cae derribado de bruces junto al cadáver de Kai.

Silencio. Un profundo silencio nos envuelve. La tierra tiembla. Un trueno retumba a lo lejos.

Hastiin y los demás nos observan. No sé si nos habrán oído. Si nos habrán entendido.

Y entonces Neizghání profiere una carcajada, sonora y dichosa, tanto que podría arrobar con ella al mismísimo dios del sol.

—Nunca dejarás de sorprenderme —asegura mientras empuja el cuerpo de Kai con la punta del mocasín—. Había olvidado cuán intensa es tu sed de sangre. Pero está mejor muerto. Lo que la Gata me contó acerca de sus poderes presagiaba un auténtico caos.

—Ya, bueno… —digo, intentando que parezca que no tengo el corazón hecho añicos, que no estoy a punto de vomitar las tripas al ver a Kai tirado en la tierra con un boquete en el pecho, mientras se desangra, al igual que en mis pesadillas.

No puedo quedarme aquí. Tengo que moverme. Echo a andar, pero no tengo ni idea de hacia dónde. A cualquier parte, lejos de aquí. Neizghání me sigue. Me pone la mano en el brazo cuando me detengo. Experimento un *déjà vu* que me duele como un puto martillazo en la cabeza. Volvemos a encontrarnos en Black Mesa. La de la otra vez, pero con otros cadáveres a mis pies y con la sangre de otros hombres en mis manos.

—¿No quieres saber por qué te besé, Chíníbaá? —dice—. En el foso. Nunca me lo has preguntado.

Me giro hacia él. Está demasiado cerca. Sus ojos albergan todos los secretos del mundo. Sus labios casi tocan los míos. Me trago la saliva que de pronto se me acumula en la boca, me resisto a la turbación que me nubla el juicio. Me tiemblan las manos. A causa del deseo, o de espanto, no estoy segura.

—He… He… —balbuceo en vano. Huele a rayo, a calor y a ozono. A poder. Me aferro al recuerdo de Kai. Del agua fresca de la montaña y de la paz sanadora. Pero ahora todo eso se ha corrompido. La grieta es tan grande que deja espacio para que Neizghání entre.

Su voz es un susurro fiero.

—Fue porque, en ese momento, estabas espléndida, y pude verte. Sí, pude verte. Nunca lo olvidaré. Chíníbaá, la chica que se presenta luchando. —Acuna mi mejilla en su mano, y noto la calidez de la palma en mi piel.

Recuerdo el beso que me dio en el foso, la presa brutal de sus labios sobre los míos, el acre sabor a cobre de la sangre, el hierro abrasador.

—Sabías a muerte —susurro.

Neizghání sonríe, indómito y dolorosamente bello.

—Tú también, Chíníbaá. Es lo que compartimos, el sabor a muerte. No volveré a ponerlo en duda. —Me toca justo debajo del corazón, donde me marcó—. Eres mía.

Da un paso atrás y me tiende la mano.

Entonces comprendo que no es demasiado tarde. Podría aceptar su mano y continuar segando vidas con él. Podría olvidarme de Kai, de mi plan demencial. Podría volver a cobijarme bajo el ala protectora de Neizghání y seguir siendo su aprendiza predilecta. Podría volver a sentir sus labios abrazados a los míos. La promesa de un futuro juntos aún está ahí, tentándome. La idea me seduce tanto que me marea.

Así y todo, hay algo que deseo más que a Neizghání. Incluso más que a Kai.

En lugar de cogerle la mano, le hago un gesto para que se adelante.

Cuando lo tengo de espaldas a mí, me descuelgo del cinturón la talega que contiene los *naayéé' ats'os*. Desato los cordones y saco los aros. Son exactamente como los recordaba: ni muy pesados ni demasiado ligeros, plumosos y levemente cálidos al tacto. Solo con verlos, mi idea me parece aún más disparatada, pero no se me van a presentar más oportunidades. Estiro el más colorido de todos para que pueda deslizarse.

Neizghání sigue mirando en la dirección opuesta. Actúo antes de que me arrepienta. Alargo el brazo, le paso el aro por la cabeza y se lo bajo hasta el cuello. Observo fascinada cómo se le aprieta, veloz como una anguila, a la garganta.

Doy un paso atrás y levanto la Glock. Lo miro con el dedo en el gatillo. Sé que una pistola no basta para matarlo, ni disparándole a bocajarro, pero quizá me sirva para ganar tiempo.

Lo que no deja de ser absurdo. Aunque gane unos segundos, lo único que conseguiré es retrasar un poco mi muerte, porque sin duda alguna me matará por haberlo traicionado. Así que tengo que hacerlo bien. Sí o sí.

Neizghání tropieza y se gira hacia mí, dejando caer la espada al suelo para forcejear con el aro que le constriñe la garganta. Resbala y tiene que apoyarse con una mano para no caerse. Arruga la cara y arquea las cejas en un gesto de confusión.

Lo rodeo aprisa, a una distancia considerable, para colocar los aros en sus respectivos puntos cardinales: este, norte, oeste y sur. Un temblor le sacude el cuerpo cuando dejo caer el último aro, y es entonces cuando se postra de rodillas, como doblegado por unas cuerdas invisibles. Intenta cogerme, flexionando los dedos espasmódicamente, pero lo esquivo sin ninguna dificultad. Agacha la cabeza como si le costara mantenerla erguida.

—¿Qué es todo esto? —Boquea y tose mientras su melena azabachada se descuelga en torno a él.

—Lo siento… —A duras penas acierto a articular las palabras.

—¿Qué me has hecho?

Permanece ahí, indefenso, y cojo su espada de rayos para que no pueda alcanzarla. Es ligera como la libertad y pesada como la tristeza, pero la empuñadura se adapta a mi mano como si la hubieran forjado para mí. Guardo la pistola y me quedo con la espada, por si Kai se hubiera equivocado y me viera obligada a cortarle la cabeza.

—Chíníbaá —tartamudea. Sus ojos de ónice saltan hacia la espada y después hacia mí—. ¿Vas a traicionarme? —me pregunta sin dar crédito—. Pero le has matado por mí. ¿Qué pretendes?

—No estoy segura —susurro—, pero tenías razón. Cuando te besé, solo percibí el sabor de la muerte. Y creo que quiero algo más que eso. Creo que también quiero abrazar la vida. Y el amor. Un amor que no intente matarme.

Neizghání entrelaza sus cejas espesas, como si ni yo misma supiera lo que estoy diciendo, y quizá sea así.

—No podrás retenerme así para siempre. Me soltaré, y entonces tendrás que responder por lo que has hecho. —Empieza a revolverse, a resistirse al poder que lo inmoviliza, pero cada vez más y más en vano, a medida que los *naayéé' ats'os* le arrebatan las fuerzas—. Acuérdate de todo lo que he hecho por ti —sisea con feroz desesperación—. Yo te convertí en lo que eres.

—Lo sé. Para bien o para mal, lo sé. —Recuerdo ahora lo que dijo Ma'ii—. Pero tengo una niña a la que salvar.

—¿Qué niña? —rabia él—. ¿Vas a elegir a una niña

cincodedos antes que a mí?

Me paso los dedos por la cicatriz y pienso en la niña de la loma que se levantaba sobre Fort Defiance, la que perdió a su *nalí* y que ha estado perdida desde entonces.

—Sí, supongo que sí.

Sus gritos me zarandean, como el intento último y desganado de un huracán moribundo, mientras la tierra lo engulle. Veo como el suelo se resquebraja a su alrededor y lo acoge en sus entrañas. Primero los tobillos, luego las rodillas y después el pecho, a la vez que la tierra se arremolina en torno a él como si fuera un pozo de arenas movedizas.

Me giro. No puedo seguir mirando.

Espero hasta que ya solo se oye el viento, que deambula pausado por la mesa. Me recuerdo a mí misma que es mejor así, aunque ahora mismo eso no me consuela. No puedo sino lamentarme.

El clic que emite el seguro de un arma al ser retirado me llama la atención. Me doy media vuelta.

Rissa está ahí, encañonándome con su AR-15.

—Deberías marcharte —me aconseja con la voz hueca como un tambor.

—¿Qué?

Su expresión es grave, tiene el traje militar ensangrentado y hecho jirones y los ojos enrojecidos. Mira de soslayo, primero a su hermano inconsciente y después a Kai.

—Aquí ya no eres bienvenida, Cazadora de Monstruos.

Me la quedo mirando sin creer lo que oigo.

—Pero lo he detenido. Iba a mataros a todos.

—No sé qué pretendería hacer Neizghání. Solo sé lo que has hecho tú.

—¿Lo que he hecho yo? Yo he… —Y entonces lo entiendo. Cree que he disparado a Kai a sangre fría. Siento la rabia y el asco que emanan de su cuerpo.

Honágháahnii resurge y me llena las venas con su fuego voraz. K'aahanáanii musita una canción de muerte por Rissa, pero no quiero matar a la hija de Grace. Lo único que ocurre es que no lo comprende.

—Kai te salvó la vida —me recuerda en un tono cada vez más desdeñoso—. Vi cuando te trajeron después de la pelea en el foso. Vi lo que hizo. Lo que sacrificó. Y vaya forma de mierda que has tenido de pagárselo.

—Pero yo no… —Me trago mi indignación, mi frustración, y me recuerdo a mí misma que esto es algo temporal. Que tengo que creer que Kai terminará despertándose y que, cuando así

ocurra, me encontrará. Y Rissa me deberá la mayor disculpa de su vida.

—¡Márchate! —me grita con el dedo temblándole en el gatillo. Unas gotas de sudor se le escurren por la cara. Sé que debe de percibir a K'aahanáanii, aunque no sepa muy bien lo que es—. Voy a dejarte ir por todo lo que has hecho por nosotros. Pero si un día vuelvo a verte, estás muerta.

—Como si pudieras matarme —respondo antes de pensarlo dos veces.

Rissa asiente con una expresión lúgubre.

—Sí, quizá no pueda. Pero ya lo averiguaremos.

Veo a Hastiin, que nos observa desde lejos. No se ofrece a ayudarme. También él cree lo que no es.

Me echo al hombro la espada de rayos de Neizghání y me encamino hacia la camioneta. Sin detenerme, Rissa me sigue a una distancia desde la que pueda dispararme. Los poderes de mis clanes me susurran distintas maneras de matarla, pero me obligo a acallarlos. Me siento al volante y coloco la espada en la rejilla de la escopeta.

Rissa se queda fuera. Siento sus ojos clavados en mí cuando cierro la puerta. Giro la llave en el contacto.

—Solo una cosa: no lo enterréis, ¿de acuerdo? —le digo—. Las cosas no son como creéis. Dadle una oportunidad.

No me responde en modo alguno, pero sé que me ha oído.

Miro por última vez hacia donde estaba Neizghání. No hay nada que destaque en el suelo. El viento arrecia y peina la tierra.

Me marcho.

Capítulo 38

Han pasado cuatro días.

El crepúsculo de la quinta jornada despliega un luminoso telón de rojos, naranjas y bermellones cuando estoy sentada al filo de un barranco desde donde se ve mi caravana. Aquí en la alameda se respira aire fresco, y permanezco bien oculta para quien pueda mirar en esta dirección. Cuando me marché de Black Mesa, anduve de aquí para allá. Me retiré a las montañas, donde me alimenté de los escasos víveres que llevaba conmigo. Al cabo, la sed me empujó de regreso a Crystal Valley, pero ya llevo varias horas en esta cornisa y aún no he bajado la ladera para entrar en la caravana.

Solo con verla sé que alguien lleva ocupándola desde que me marché. Antes me ha parecido atisbar como la luz del sol se reflejaba en un botón perlado, y que una mano nudosa y morena descorría las cortinas. Aunque, si me equivoco y no es Tah quien se encuentra en la caravana, creo que terminaré muriéndome de pena. Y, si estoy en lo cierto, en fin, ¿cómo le cuento lo de Kai? Por tanto, me quedo donde estoy, en la cornisa. Donde nadie me ve.

Los perros están bien. La pequeña, la única que sobrevivió de su camada, está acurrucada en mi regazo. Los otros andan por ahí, cazando, explorando o haciendo lo que sea que acostumbren a hacer los perros de la reserva. Esta, sin embargo, no se ha separado de mí.

Me acomodo la espada de rayos en la espalda. Echo de menos la escopeta, pero no puedo llevarlas encima ambas al mismo tiempo, y siento cierta debilidad por esta arma que puede invocar el fuego del cielo. Presiento que dentro de poco podría necesitar de algún apoyo sobrenatural. La lista de vidas que he arrebatado es larga, pero la lista de enemigos que me he granjeado es interminable. No me cabe la menor duda de que algún día Neizghání escapará de la prisión de Black Mesa y vendrá a por mí. Y también tengo la certeza de que, cuando volvamos a encontrarnos, uno de los dos morirá. Y supongo que tarde o temprano los Perros de la Ley descubrirán la verdad sobre el final de Brazo Largo, que llegará el día en que habré de responder por esa muerte. O quizá sea Rissa quien me ajusticie, fiel a su palabra.

El viento vuelve a arreciar y azota las ramas que me rodean. Llegan también unas nubes, preñadas de lluvia y un poco más bajas a cada hora que pasa. Son de un gris plomizo, casi negras, y están veteadas de plata, como los ojos de cierto curandero. Salta a la vista que va a caer un diluvio una vez que terminen de cargarse.

Abajo, algo me llama la atención. Veo abrirse la puerta de la caravana. Sale un hombre mayor con una taza en la mano. Desde aquí distingo el vapor blanco que emana de ella, y casi puedo oler el rico aroma terroso. Es absurdo cómo me rugen las tripas.

Tah me mira directamente.

Blasfemo por lo bajo. Nada demasiado ofensivo. Está claro que el viejo me ha avistado.

Bajo la pendiente, con la mestiza detrás de mí. Empieza a anochecer y oigo como el bosque cobra vida: el zumbido parsimonioso de los insectos, el frufrú de los tejones entre la espesura, las llamadas de las aves nocturnas. Por primera vez en varios días, siento aligerarse la pesadumbre que arrastraba desde Black Mesa.

Tah me tiende la taza y yo la cojo. Tomo un sorbo del amargo café solo y dejo que me abrase la boca. Sonrío.

—Entra en casa, hija *shí* —me dice mientras mantiene abierta la puerta—. Lo esperaremos juntos.

No le pregunto cómo lo sabe ni si me odia por lo que hice. Me limito a aceptar su bondad. Y a esperar que la tormenta, de esas que nunca han visitado Dinétah, se desate sobre mí.

Agradecimientos

Gracias a las mujeres de Write Club, que me permitieron unirme a su banda de chicas escritoras. Yo no podía ser más novata, pero, aun así, me acogisteis. A Hillary Fields, que me pidió que considerara una tercera vía; a Pam Watts, que dijo que la sutileza no tenía nada de malo; y a Randi Ya'el Chaikind, que siempre se dejaba caer.

A todos los que me apoyaron en GoFundMe para permitirme participar en el taller de VONA/Voices en 2015, en particular a Tami Riddle, que compró el maldito billete de avión.

A mis implacables lectores beta: Kaia Alderson, Tiera Greene, Mari Kurisato y Leslye Penelope. Al fin y al cabo, gracias a vosotros, los lectores no tendrán que visitar la Isla Triste, y además se llevan ese beso.

Gracias a mi marido, Michael Roanhorse, que sacrificó su tiempo y su trabajo, y que a veces hubo de desempeñar las tareas menos varoniles para ayudarme. A mi hija, que, aunque protestaba cada vez que mamá tenía que retirarse a escribir, también hacía dibujos de Maggie matando a los monstruos para que los colgara en el despacho.

Gracias a Pernell Begay por corregir mi ortografía navaja y por cerciorarse de que no me metiera en camisas de once varas. Asumo la responsabilidad de los errores y agravios que pueda haber cometido o causado.

Gracias a Daniel José Older, que me envió mi primera carta de rechazo, si bien después me lo compensó con creces. No tenías por qué responder a todos mis correos electrónicos de escritora recién llegada, y aun así, tuviste la amabilidad de hacerlo. Después de aconsejarme, con toda la cortesía del mundo, que me relajara.

Gracias a mi editor, Joe Monti, cómplice y amigo. Creíste en mí y en Maggie y siempre me faltarán palabras para expresar lo mucho que te lo agradezco. Te aseguro que nunca volverás a perderte en la reserva porque tú y tu familia siempre seréis bienvenidos en nuestra casa.

Gracias a mi superagente, Sara Megibow, por cubrirme las espaldas y por contribuir a mi plan para dominar el mundo. Nos queda mucho por hacer, pero ¡vamos sobradas de buen vino y, además, creo en nosotras!

Gracias, Tommy Arnold, por esa ilustración de portada tan alucinante.

Gracias a todos los grandes profesionales de Saga Press que han hecho realidad este libro. Es un trabajo que requiere una legión de gente, y un equipo editorial increíble.

Y gracias a vosotros, a todos los que habitáis en el extraño y maravilloso mundo del Twitter literario, por vuestro entusiasmo, por vuestro apoyo y por la comunidad que formáis. Me siento honrada.

***Ku'daa, ahxéhee'*, gracias.**

La autora

Photo copyright © Stephen Land Photography

Rebecca Roanhorse es una escritora de origen afroamericano y con raíces nativas americanas del pueblo de Ohkay Owingeh. También es abogada y graduada por Yale y vive en el norte de Nuevo México con su hija, su esposo y su perro. Es autora de varios relatos cortos premiados y ha publicado exitosas novelas, incluyendo dos de la serie El Sexto Mundo: Trail of Lightning (ganadora del premio Locus) y Storm of Locusts, así como Star Wars: Resistance Reborn, Race to the Sun, y dos libros de la trilogía de fantasía épica Between Earth & Sky: Black Sun (finalista de los premios Hugo, Nebula y Locus) y Fevered Star.